«Adictiva y adorable, dulce y sexy, *¡Amor al primer susto* es una delicia!».
—Sarah Beth Durst, autora de *La tienda de los hechizos, best seller* del *New York Times*.

AMOR *al* PRIMER SUSTO



Autora de UNA MALDICIÓN DE AMOR

NADIA EL-FASSI

VeRa



«Maravillosamente cálida, deliciosamente sexy y bellamente inclusiva: me encantó cada detalle».
—Sangu Mandanna, autora del *best seller La sociedad secreta de brujas rebeldes*

A Rosemary Shaw nunca le ha dado miedo su capacidad para ver a los muertos. De hecho, es lo que ha inspirado en secreto la mayoría de sus novelas de terror. Ahora, con veintinueve años, es una autora aclamada y su libro más exitoso está a punto de convertirse en una película taquillera. El rodaje tiene lugar en una hermosa mansión inglesa, así que no es de extrañar que haya fantasmas merodeando por allí. Sin embargo, aunque Rosemary puede lidiar con los fantasmas, no está tan segura de cómo lidiar con el irritantemente guapo protagonista masculino, que no encaja en absoluto en el papel.

Bajo su fama de galán de Hollywood, Ellis Finch esconde un secreto: está cansado de interpretar al héroe de las películas de acción y preferiría dedicarse a la jardinería con su adorable perro, Fig. La verdad es que se está haciendo demasiado mayor para cumplir con los estándares de la industria sobre cómo debe ser un

hombre. Protagonizar una película de terror histórica será perfecto para su nueva imagen, hasta que descubre que la autora intentó que lo echaran del proyecto. Pero Ellis no se rendirá sin luchar.

En medio del rodaje de la película y de la química entre Rosemary y Ellis, la mansión Hallowvale cobra vida, literalmente. ¿Podrá Rosemary desenredar el caos que se ha desatado?

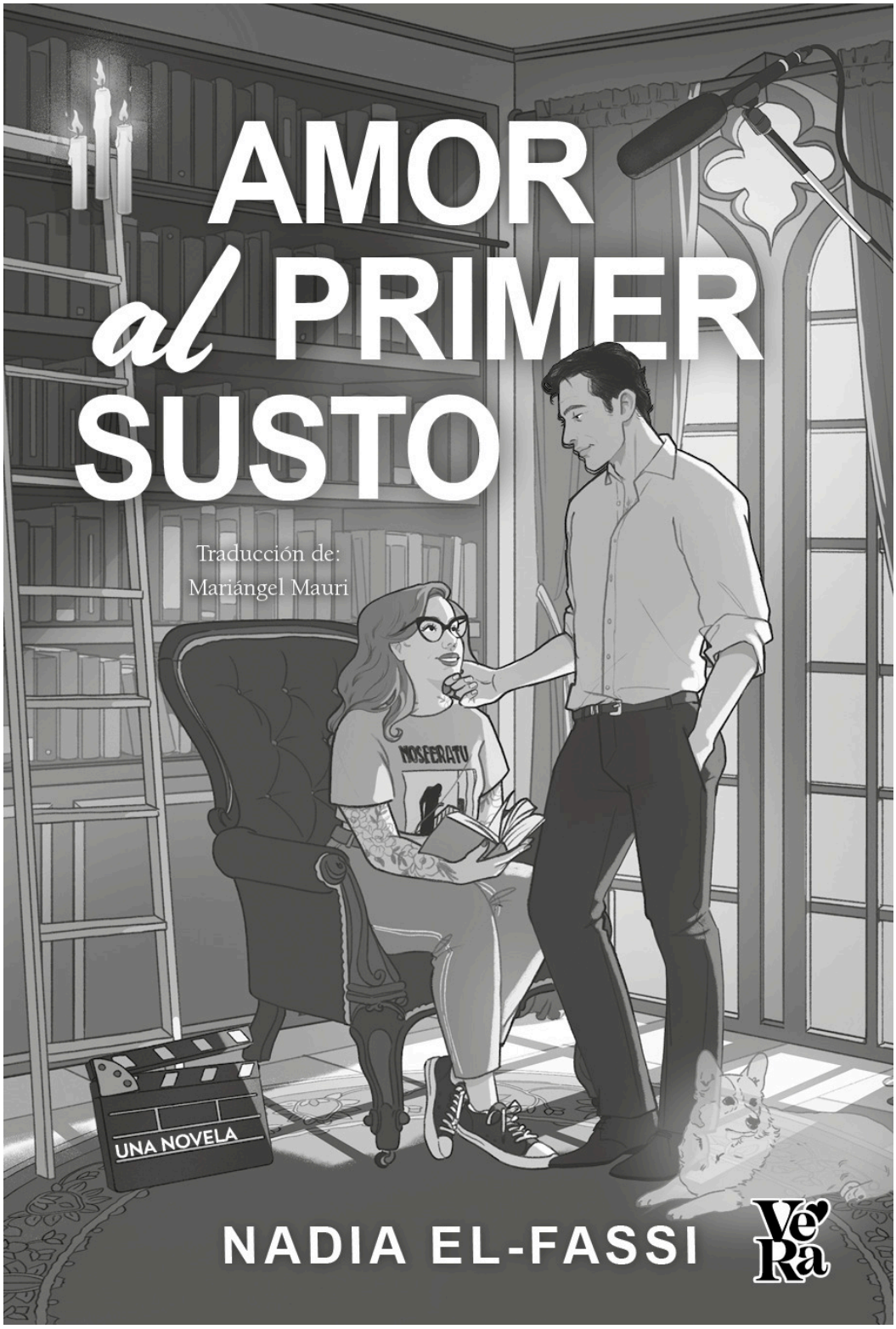
NADIA ELFASSI es una autora mitad marroquí, mitad australiana. Escribe novelas de romance y fantasía muy picantes. Es adicta al café helado, a los dramas de época, a comprar dados de Calabozos y Dragones y a ver películas de terror.

Vive en Londres con su marido y su gato perfectamente redondo.

¡Síguela en sus redes!

@nadielefassiauthor

@chronicles_of_n


AMOR
al PRIMER
SUSTO
Traducción de:
Mariángel Mauri
NOSFERATU
UNA NOVELA
NADIA EL-FASSI
VeRa

Para Chris, hayati, y Fitz, nuestro precioso gatito redondo.

NOTA DE LA AUTORA

Aunque este libro es una novela romántica de fantasía, ligera y reconfortante con su final feliz garantizado, también tiene sus momentos oscuros. Se hace referencia a la muerte de una madre a causa del cáncer y su tratamiento contra la enfermedad. También se alude a la muerte de una mascota, mencionada a través de un recuerdo. Les aseguro de corazón que esa parte termina bien, así que confíen en mí. Se habla de homofobia y se sugiere que se comparten públicamente imágenes de contenido sexual explícito. La historia de amor central de la novela tiene elementos claros de dominación y sumisión. He procurado tratar estos temas con delicadeza, pero confío en que cada uno conozca sus propios límites.

1

Rosemary tenía diez años la primera vez que vio un fantasma. Pasó en la cálida cocina empapelada de la casa de su abuela, mientras tomaba un refresco de vainilla y el ventilador del techo apenas lograba crear una brisa débil bajo el calor sofocante de Georgia. Sus padres nunca le permitían tomar refrescos, y justamente por eso Rosemary supo, al recorrer con los dedos el dibujo de fresas del mantel, que lo que todos temían al fin había ocurrido: su abuela había muerto.

No es que entendiera del todo qué quería decir eso en realidad. En los libros siempre había personajes que morían, pero eso no contaba porque bastaba con volver a empezar el libro y estaban vivos otra vez. Suponía que en la vida real tenía que ser distinto.

Pero entonces la abuela de Rosemary entró en la cocina. Rosemary levantó la vista; no parecía estar muriéndose. De hecho, tenía más color en las mejillas, y su pelo ya no era blanco como el pergamino, sino de un rojo encendido, igual que el de ella. Incluso las arrugas que tenía alrededor de los ojos parecían haberse suavizado y alisado.

Tampoco se veía como los fantasmas de los cuentos que leía Rosemary —no había ninguna sábana blanca a la vista—, pero el aire a su alrededor se había vuelto más suave y, cuando la abuela extendió una mano y le revolvió las ondas rojizas del pelo a su nieta, parecía estar envuelta en una especie de bruma luminosa.

—Hola, mi tesoro —dijo la abuela.

—¿Eres un fantasma? —soltó Rosemary—. ¿O un ángel? —Le habían hablado de los ángeles en la escuela dominical, pero leía libros sobre fantasmas y monstruos a escondidas.

La abuela soltó una risita, mirándose a sí misma.

—Bueno, no tengo alas, así que digamos que soy un fantasma. Pero escúchame, cielo, no me queda mucho tiempo antes de irme.

—¿Irte a dónde?

—A algún lugar bonito y en paz, creo. ¿Quieres que cocinemos algo antes de que me vaya? Podríamos hacerle a tu mamá un poco de mi mermelada de fresa para animarla.

Con unos brazos mucho más fuertes de lo que Rosemary recordaba, la levantó de la silla. Años más tarde —y tras muchas experiencias con fantasmas—, Rosemary entendería que eso era porque su abuela había muerto apenas unos momentos antes.

Luego le ató un delantal y le indicó que buscara unos recipientes medidores en los armarios y que sacara una cajita de fresas frescas del refrigerador.

—Estas todavía tienen pequeños insectos; eso indica que son frescas —le dijo la abuela, señalándolas, y luego le mostró a Rosemary cómo lavarlas y cortarlas bien.

Pasaron la siguiente hora preparando una tanda de la mermelada de fresa de su abuela. El aire de la cocina se llenó del aroma dulce del azúcar y el toque ácido de la fruta, y Rosemary se lamió de los dedos el jugo dulce de las fresas.

—Mitad de azúcar, mitad de fruta y un poquito de jugo de limón para intensificar el sabor —le explicó la abuela, apoyada en la encimera mientras Rosemary removía la mezcla burbujeante.

—Siempre he amado esta cocina —dijo, pasando la mano por la encimera de madera—. Cocinaba aquí con tu mamá todo el tiempo cuando era pequeña como tú.

—No soy tan pequeña.

—Claro que no, tesoro. —La abuela miró con nostalgia por la ventana hacia el jardín cubierto de maleza—. ¿Ves aquel árbol? ¿El árbol bajo y achaparrado que está allá?

—Ajá.

—Todas las primaveras venían mirlos de alas rojas a visitarnos y se pasaban la mañana entera cantando en ese árbol. Puedes distinguirlos de los mirlos normales porque tienen una mancha roja y

dorada en el pecho. Son aves preciosas. Dile a tu mamá que ahí es donde quiero estar.

La abuela de Rosemary había sido una especie de ornitóloga aficionada en su época, un pasatiempo que a la mamá de Rosemary le parecía un poco tonto, pero que a Rosemary le encantaba en secreto.

—¿Vamos a poder seguir visitándote? —preguntó Rosemary. Su abuela frunció el ceño.

—Puedes visitarme en ese árbol o en mi tumba, pero ya no voy a estar aquí. Al menos, no así —dijo, dejando escapar un suspiro.

—¿Qué pasa, abuela?

—Acabo de darme cuenta de que es la última vez que veo todo esto. Alguien va a tener que regar mis rosales.

La abuela le dio un beso, ligero como una pluma, en la mejilla.

—Ojalá hubiera podido quedarme más tiempo para verte convertida en una mujer, pero vas a estar bien, ¿no es cierto? —le dijo con una mirada cómplice—. Y escucha, tesoro, es mejor que no le cuentes a nadie sobre esto.

—¿Que hago mermelada?

—No, de la mermelada sí puedes hablar. Pero la mayoría de las personas no puede ver fantasmas, y algunos no van a entender. Puede que no te crean cuando les digas que te ayudé. No quiero que te metas en problemas, ¿entiendes?

Rosemary asintió y luego preguntó:

—¿Tú también podías ver fantasmas?

—Sí. Por eso quise venir a verte antes de irme. No mucha gente tiene este don, así que, a menos que le digas a un fantasma que puedes verlo, no lo sabrá. Pero muchos tienen historias interesantes, sobre todo los muy viejos. Esta receta de mermelada me la dio un pastelero que vivía en Keller. —Sonrió, y Rosemary le devolvió la sonrisa.

Con la cabeza inclinada sobre la cacerola, olieron la dulzura casi cremosa de la mermelada.

—Un toque final para que quede perfecta —dijo la abuela, sacando un frasquito de vidrio marrón de un armario—. El secreto

de la mermelada de fresa perfecta es una cucharadita de agua de rosas.

Un aroma intenso a rosas llenó la cocina. Entonces, Rosemary lo sintió: un apretón en el estómago y luego una ligera sensación de ausencia. A pesar del calor del verano, de pronto la cocina estaba más fría. Su abuela se había ido.

—Rosemary, ¿qué estás haciendo? —Su madre irrumpió en la cocina, la bajó del taburete en el que estaba subida y apagó el gas. Su papá se quedó en la puerta, pasándose las manos por las mejillas con fuerza para borrar las lágrimas.

—¿Qué estabas...? ¿Estabas haciendo mermelada? —Su mamá miró la cacerola y la pila de tallos de fresa en la encimera. Olfateó el aire.

—¿Le pusiste agua de rosas? —Miró a su hija con expresión de confusión e incredulidad.

—Era la receta secreta de la abuela.

Al oír mencionar a su madre, la mamá de Rosemary se derrumbó y abrazó a su hija.

—Mi amor, no estoy enojada por la mermelada. Pero hay algo que necesito decirte, ¿sí? ¿Por qué no vienes conmigo y nos sentamos un rato en el columpio del jardín de la abuela?

Al salir, Rosemary echó un vistazo por encima del hombro a la cocina vacía, al vapor que subía de la cacerola, que ya empezaba a enfriarse, y supo que acababa de heredar un secreto extraño pero emocionante.

***

El fantasma que Rosemary estaba mirando ahora era mucho más joven de lo que había sido el fantasma de su abuela diecinueve años atrás. A diferencia de aquel, este tenía los bordes grisáceos y un aire semitransparente. Estaba claro que hacía rato que rondaba por ahí.

Llevaba un cárdigan de lana gruesa que a Rosemary le sonaba característico de los 80, aunque no podía asegurarlo, y estaba leyendo una novela romántica situada en la época de la Regencia, bien subidita de tono, por encima del hombro de otro cliente de la

librería. La mayoría de los fantasmas podían sostener objetos físicos, pero trataban de evitar asustar a los vivos que tenían cerca (aunque no siempre lo lograban). Mostrarte sin querer podía dar lugar a programas de televisión de cazafantasmas pidiéndote que golpearas tres veces si estabas presente, cuando lo único que querías era que te dejaran en paz.

Rosemary habría apostado a que, cuando cerrara la tienda, ese fantasma se quedaría toda la noche hojeando libros. En lo que respecta a vidas después de la muerte, no estaba nada mal.

—Creo que ya podemos abrir la ronda de preguntas. ¿Alguien quiere preguntarle algo a nuestro aterrador trío aquí presente? —dijo Max, librero extraordinario y moderador del panel, dirigiéndose al público sentado en la sección de terror de la librería Tickled Ink. La voz de Max devolvió de golpe a Rosemary a la realidad y aspiró hondo, lo bastante bajo como para que el micrófono no lo captara. Se recordó a sí misma que se había preparado; sabía que habría una sesión de preguntas y respuestas. Repasó mentalmente su lista de posibles preguntas: todo iba a salir bien. La parte racional de su cerebro sabía que solo estaba esperando que la ansiedad la alcanzara. Otra respiración, y exhaló despacio. Miró el reloj. Probablemente faltaban menos de diez minutos para que terminara el evento, tal vez nueve. Podía soportar nueve minutos.

Max le había pedido a Rosemary que participara en el panel para, en sus propias palabras, «traer la conversación al siglo veintiuno», algo que ella entendía perfectamente.

Tickled Ink era su librería preferida en Brooklyn y quizá su lugar favorito en el mundo, sin contar el puf donde escribía. Gracias a Max, tanto la sección de terror como la de romance —las dos secciones más importantes de cualquier librería, según Rosemary— eran impecables.

Sus compañeros de panel, James Butler y David Marsh —dos nombres fuertes en el género de terror— iban a publicar libros ese mes, a pocas semanas de Halloween, y habían insistido en hacer un evento en la librería para aprovechar su popularidad. Max aceptó organizarlo solo si Rosemary también participaba, convencido de que ella atraería a clientes nuevos y habituales, a diferencia de James y

David, cuyos lectores eran en su mayoría hombres blancos de mediana edad. Las mujeres de sus libros tendían a bajar las escaleras «contoneándose» o a caer al agua vestidas apenas con un camisón transparente. Rosemary no estaba segura de estar preparada para el panel, pero sus amigas Immy y Dina terminaron convenciéndola.

—Me gustaría preguntarles un poco sobre su proceso de escritura. ¿Escriben todos los días? ¿Se ponen una meta de palabras? —preguntó alguien del público.

James carraspeó.

—Me gusta empezar el día corriendo; me despeja mucho la mente. Después escribo de nueve de la mañana a una de la tarde, y luego paro a almorzar. En un buen día escribo seis mil palabras. —Sonrió con suficiencia.

—En mi caso es distinto. Como muchos de ustedes saben, no sigo una rutina estricta —dijo David con una sonrisa, pasándose la mano por el cabello canoso y ralo—. Soy más bien un hombre de inspiración, así que espero a que me lleguen las ideas y después escribo como loco hasta que todo queda en la página. No suelo hacer investigación previa.

Rosemary sabía que no investigaba: había leído un borrador preliminar de su nuevo libro cuando su editor le pidió que le hiciera una reseña. Si vas a escribir una novela de terror ambientada en la gran matanza de búfalos de la década de 1870, lo lógico sería leer un poco de historia de la época en vez de mirar unas cuantas pelis sobre la Guerra Civil. No había podido darle ninguna cita que la editorial pudiera usar para promocionar el libro.

Finalmente, llegó el turno de Rosemary. Siete minutos o menos. Podía hacerlo.

—Como la mayoría de lo que escribo es terror histórico, con alguna que otra incursión por el terror de las profundidades marinas... —Una pequeña ovación sonó entre el público, de un admirador que agitaba un ejemplar de *Julia*, su primera novela, publicada cinco años atrás. Era una historia de terror situada en las profundidades del mar, inspirada en el sonido Julia, grabado por la Marina de EE. UU. en 1999—, y necesito investigar muchísimo para

asegurarme de que retrato cada época de la forma más auténtica posible. Como la mayoría de mis libros tratan temas sensibles como el racismo, la transfobia y la histeria femenina, me gusta hacerme el tiempo para entrevistar personas que me ayuden a que mis personajes se sientan genuinos. La semana pasada, por ejemplo, hablé por teléfono con una archivista académica encantadora sobre la extraña obsesión victoriana con las momias egipcias. Una de las cosas más fascinantes que me contó fue que organizaban fiestas en las que desenvolvían las momias: ponían un cuerpo momificado sobre la mesa del comedor y lo desenvolvían como si fuera un juego. Los detalles pueden ser tremendamente perturbadores, pero son una fuente de inspiración fantástica para escribir historias de terror. —Se rio, y de pronto se dio cuenta de que se había ido por las ramas y que debía volver al punto—. Así que empiezo las mañanas investigando y por la tarde escribo, porque soy muy afortunada de que todos ustedes lean mis libros lo suficiente como para que pueda dedicarme a esto a tiempo completo. Así que gracias.

El público hizo algunas preguntas más y, cuando el panel llegaba a su fin, un aplauso colmó los oídos de Rosemary. Agradeció a James y David por la maravillosa charla, aunque no lo sentía de corazón. Ellos le estrecharon la mano, pero casi sin mirarla a los ojos. Una versión más joven de sí misma se habría sentido herida, pero, a los veintinueve años, Rosemary ya estaba acostumbrada a que cierto tipo de autores de terror se comportara así.

Como había llegado antes para firmar ejemplares para Max, había escuchado a James y David —que claramente no la habían visto entrar en el depósito de la librería— hablar sobre su contrato para una película.

—Es el mismo estudio que compró los derechos de mi novela, pero adivina por qué se decidieron por la de ella —dijo David riendo, y Rosemary lo vio a través de las estanterías simulando sujetarse unos pechos invisibles.

Claro, sus pechos fabulosos eran la razón de su contrato cinematográfico, y no tenía nada que ver con el hecho de que *La posesión del mal*, su novela de terror gótico victoriano, fuera uno de los libros de terror más vendidos de la última década.

—Nunca se sabe —agregó James—, quizá hasta encontró otra manera de *convencer* a los ejecutivos del estudio para que aceptaran el proyecto.

Rosemary puso los ojos en blanco con tanta fuerza que casi se le fueron para atrás. Esos supuestos hombres hechos y derechos se escondían en un rincón, riéndose como idiotas de que ella aparentemente había vendido su cuerpo con pechos enormes a cambio de un contrato cinematográfico. Al final, tuvieron su merecido cuando la gran mayoría de los asistentes apareció con ejemplares de los libros de Rosemary para firmar.

Con el evento terminado, Rosemary miró a su alrededor y buscó al fantasma de antes. Pero ya había desaparecido, probablemente a un rincón más tranquilo de la librería para leer en paz. Rosemary estuvo tentada de perderse entre los pasillos del fondo para charlar con el fantasma —sobre todo porque no lo había visto antes en Tickled Ink —, pero se recordó a sí misma que la gente normal no hablaba con seres invisibles en público.

Max se acercó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Estuviste brillante, como era de esperar. —Se rieron, y Max la abrazó con tanta fuerza que la levantó del suelo.

—¿Quieres esperar un rato? Podemos salir a tomar algo cuando cierre... —le propuso con expresión esperanzada.

Unas semanas atrás habían salido a cenar. Rosemary no se había dado cuenta de que era una cita hasta que Max apareció con un ramo de flores. Y no es que le molestara; Max era atractivo con ese aire de surfista californiano, la piel dorada y el cabello aclarado por el sol. Además, la hacía reír. Se habían besado al final de la cita, pero Rosemary se dio cuenta de que, con la inminencia de su viaje, no era el mejor momento para empezar una relación. Le parecía atractivo, sí, pero había faltado algo en ese beso: una chispa vital. No era el tipo de beso que te desvela de noche, aunque ojalá lo hubiera sido.

—Me encantaría, pero mañana vuelo a Londres y todavía tengo que empacar mi maleta de libros.

—¿Tu maleta de libros?

—Sí, la maleta donde pongo todos los libros que me quiero llevar.

—Estás impidiendo que los libros electrónicos dominen el mundo tú sola, espero que lo sepas. Pero bueno, quizá cenemos cuando vuelvas. —Se sonrieron, y había en su sonrisa una ternura tan conmovedora que Rosemary deseó sentir otra cosa.

—Por supuesto, me encantaría —respondió. Max parecía estar a punto de decir algo más, pero en ese momento sonó la campanilla de la caja registradora, y ambos miraron hacia la fila de lectores que esperaban ansiosos para comprar ejemplares firmados.

—Bueno, el deber me llama —dijo Max—. Nos vemos cuando vuelvas de Inglaterra. Pásala increíble y no mates a los actores. —Sonrió con picardía antes de alejarse.

Ah, sí, los actores. Uno en particular. El actor que había sido una espina en la vida de Rosemary desde que supo que lo habían elegido para la adaptación cinematográfica de su libro, hacía ya varios meses. El galán de Hollywood y, según un tuit muy viral, un «papi» ejemplar: Ellis Finch.

Cuando Rosemary se enteró de que lo habían elegido para interpretar a Alfred Parlow, el protagonista masculino de su historia, se enfureció. Claro que había escuchado hablar de Ellis Finch, y su agente le había asegurado que era el actor más brillante de Hollywood, pero no se parecía en nada a su personaje. Alfred era un caballero victoriano debilucho —ordenado, flaco, tímido— y las imágenes de Ellis que había visto en Google mostraban que era alto y ancho de hombros, con un físico musculoso, pero no de esos que parecían matarse en el gimnasio. Tendría unos cuarenta años, un hombre de sonrisa seductora y unos ojos de un gris azulado tan intenso que parecían perforar la pantalla del teléfono. En algunas fotos aparecía afeitado, con una mandíbula tan perfecta que rozaba la provocación; en otras tenía una sombra de barba grisácea de cinco días. Su pelo castaño oscuro se ondulaba en las puntas y parecía tener algunas canas en las sienes. Según su página de Wikipedia, había nacido en Escocia y había vivido la mayor parte de su vida en el Reino Unido. Rosemary se preguntaba si tendría acento.

Había bastantes fotos suyas en internet, la mayoría tomadas por paparazis, a veces en un café o en una librería, y verlo cargando una

pila enorme de libros, con la camisa arremangada y dejando a la vista esos antebrazos musculosos, no le había provocado a Rosemary ninguna sensación extraña. Ninguna.

En realidad, se le había hecho un nudo en el estómago, producto, sin un rastro de duda, del rechazo profundo que le generaba. Por no hablar de las fotos en las que desfilaba con sus últimas novias por la alfombra roja: una colección entera de modelos espectaculares, bronceadas, que sonreían mostrando unos dientes perfectamente blancos. Aunque tenía que admitir que todas parecían ser de hacía más o menos una década, y no había nada reciente sobre él saliendo con nadie. Cuando buscó en internet «novia actual de Ellis Finch», se dijo para sus adentros que solo era parte de su investigación profesional sobre él.

Aun así, no era famoso por los dramas de época, aunque había actuado en uno años atrás. Al mirar la lista de películas que había protagonizado, quedaba claro que Ellis encajaba mucho mejor en los grandes éxitos llenos de acción.

Lo frustrante era que, al ver su rostro, *casi* podía entender la decisión del reparto. Había perfeccionado un tipo de expresión pícara que habría sido ideal si lo hubieran elegido como Wickham en una adaptación de *Orgullo y prejuicio*. O tal vez como Willoughby. Tenía algo que hacía que las mujeres de la ficción histórica se volvieran locas y cayeran de rodillas. Pero no tenía el mismo efecto en ella. Cuando se enteró de que lo habían elegido, Dina e Immy tuvieron que soportar una perorata de casi una hora sobre lo terrible que era esa elección. Era un tipo conocido por actuar en películas en las que los únicos personajes femeninos eran objetos de amor sin profundidad, los autos corrían a toda velocidad, las explosiones eran enormes (pero jamás mataban al héroe) y del argumento mejor ni hablar, porque simplemente no existía. Eso era lo que Ellis Finch sabía hacer, y ojalá se hubiera quedado en su terreno. Una vez, después de unas cuantas copas de vino blanco tibio en un evento literario, Rosemary le había mandado un correo a su agente para exponerle las razones por las que debían sacarlo del reparto. Recibió una respuesta amable pero firme: no. Ellis iba a ser su Alfred.

Lo cierto era que no encajaba para nada en el papel, y nada iba a hacerla cambiar de opinión.

***

Rosemary abrió la puerta del edificio y sacó de su bolsillo un pequeño frasco de vidrio con sal. Había un fantasma que a veces veía ir y venir del apartamento frente al suyo. Gruñía cada vez que alguien pasaba a su lado, y en una o dos ocasiones Rosemary lo había visto sacar una pierna como si quisiera hacer tropezar a alguien. Por suerte, estaba tan desvanecido que ya no era corpóreo. Rosemary no lo vio al entrar a su apartamento, pero justo antes de cerrar la puerta esparció una fina línea de sal sobre el umbral, solo para asegurarse de que no pudiera entrar.

Sal, lavanda, romero, salvia. Todas tenían la propiedad de calmar o ahuyentar a los fantasmas. En su investigación para una novela de terror folclórico anterior, Rosemary había hablado con un guardaparques indígena estadounidense que aseguraba que la obsidiana también tenía ese efecto. Por eso, Rosemary llenaba todos los cajones donde guardaba la ropa con pequeños atados de hierbas secas, casi siempre regalos de su amiga Dina, que era una bruja de la cocina. Le daban a su ropa un aroma agradable y además servían para mantener lejos a los espíritus indeseados. Pero la mayoría de los fantasmas que Rosemary había visto no eran malignos; casi siempre eran personas que habían muerto antes de tiempo y querían quedarse un poco más en este mundo, junto a los que amaban.

Rosemary observó su apartamento vacío. Hasta ayer, había estado lleno de cajas que había llevado a un depósito hasta encontrar un nuevo lugar. No había planeado mudarse justo durante el rodaje de la película, pero el universo se alineó cuando se dio cuenta de que su contrato de alquiler vencía una semana después de que empezaran las filmaciones. Conseguir un buen apartamento en Brooklyn era una hazaña, y ni siquiera un fantasma cascarrabias era motivo suficiente para abandonar un lugar con lavadora y secadora incluidas y ventanas del piso al techo. Pero Rosemary se iba a

Inglaterra y se quedaría allí hasta que terminara el rodaje, dentro de unos meses. No podía pagar el alquiler de un apartamento que no iba a usar.

Era raro ver las paredes vacías, con esos rectángulos un poco desteñidos donde antes colgaban sus pósteres retro de películas de terror. Toda su vida en Nueva York se había reducido a quince cajas medianas y un depósito de un metro cuadrado. No sabía si reírse o ponerse a llorar.

Mientras se cambiaba y se ponía el cómodo pantalón deportivo que estaba sobre la maleta abierta, esperó a que la invadiera la tristeza. Se suponía que debía sentirse mal por irse de Nueva York, ¿no? Había construido una vida allí durante tres años. Había hecho amigos, había escrito tres novelas. Se había mudado allí porque Nueva York era, o al menos eso creía, el lugar donde los escritores se forjaban a sí mismos. Estaba segura de que iba a extrañar a algunas personas y que recordaría ciertos momentos con cariño. Pero la ciudad también la había asfixiado. Algunos días se sentía encerrada, y solo podía respirar cuando salía a caminar al parque y veía un poco de cielo que no estuviera partido por los rascacielos. El cielo del lugar donde había crecido era tan amplio que podía tragarte entera, y extrañaba esa sensación de ser pequeña, pero sin sentirse sola.

Un pensamiento le cruzó por la mente: no tenía por qué buscar otro apartamento cuando terminara el rodaje. Podía encontrar otro lugar, tal vez más cerca de la naturaleza, y empezar de nuevo. Ya no sentía que Georgia fuera su hogar, aunque su padre siguiera ahí. No había sido más su hogar desde que su madre muriera. Rosemary lo había intentado con Nueva York, de verdad. Había estado desesperada por hacer de ese lugar su casa, pero nunca lo logró del todo. Para ella, su hogar era estar con sus amigos. ¿Cómo podía sentirse en casa cuando ellos estaban al otro lado del océano?

Se metió en la cama y bajó las persianas, cerrando lo que podría ser su última noche en Nueva York. Abrió la computadora y se obligó a escribir unos párrafos. Esa noche, como en los últimos meses, escribir era como ordeñar una cerda. Su próxima novela, una historia de posesión sobre un monje en un monasterio rural que

vivía en completo silencio, debía estar lista en dos meses, y Rosemary estaba muy atrasada. A esas alturas, ya debería haber llegado al momento culminante de la novela, pero seguía atascada en el primer tercio. No tenía valor para decírselo a su agente ni a su editora, aunque le mandaran esos correos amables solo para «saber cómo vas». Siempre había escrito un libro por año, y eso era lo que esperaban de ella. No podía decepcionarlos ahora.

Antes escribir le divertía, pero ahora era sinónimo de estrés. Tenía que escribir este libro, pero el anterior seguía en la etapa de corrección, mientras que para el siguiente necesitaba investigación y planificación. Se sentía como una cinta transportadora, produciendo palabras sin parar, sin tiempo para respirar. Ya pensaría en respirar cuando terminara con esta historia.

Su teléfono vibró.

En la pantalla apareció la foto de Immy y Dina, sus dos mejores amigas, que casualmente vivían a una distancia inabarcable, en Inglaterra. Rosemary atendió la llamada grupal.

—Despiertas a estas horas —dijo a modo de saludo.

—Es por los gemelos, les cuesta dormir de noche y hoy me toca a mí ver cómo están —dijo Immy entre bostezos. Había abrazado la maternidad como pez en el agua, y Rosemary se alegraba de que tuviera a alguien como Eric, su esposo, que veía la crianza como una tarea compartida al cincuenta por ciento, y además la mandaba a un *spa* una vez al mes.

—Y como hay luna llena, voy a esperar hasta medianoche para tomar un baño de luna en el balcón —dijo Dina. Al fondo, Rosemary oyó la voz de Scott, su prometido: —¿El baño de luna va a ser desnuda? —preguntó ilusionado.

Dina soltó una carcajada. Dios, cómo las extrañaba. No las había visto desde que nacieron los gemelos, hacía casi un año. Había querido volver a Inglaterra, pero entre las giras de presentación de sus libros, las firmas y el nuevo borrador, el año se le había escapado. No veía la hora de reencontrarse con ellas.

—En fin, queríamos saber cómo estás —agregó Dina—. ¿Cómo salió el evento?

—Bien, los otros tipos eran justo como me los esperaba...

—¿Como un par de bolas arrugadas de misoginia? —murmuró Immy.

—Que se jodan, tú eres más exitosa que los dos juntos —dijo Dina —. ¿Dónde está su película?

—Gracias por el ánimo, chicas, pero estoy bien, de verdad. Ya terminé de despedirme de este viejo apartamento y estoy preparándome mentalmente para conocer al que no vamos a nombrar.

—Ah, sí, ese actor horrible y tremendamente atractivo. Creo que ya leí un *fanfiction* que empieza así —dijo Immy.

—Bueno, este no es uno de tus *fanfictions*, no voy a desmayarme en cuanto lo vea —respondió Rosemary, quitándose una pelusa del pantalón para evitar hacer contacto visual, incluso a través de la pantalla.

—Ajá.

—Claro.

—Parece que están tratando de encontrarme pareja. Les recuerdo que no me interesa ese tipo de cosas. Además, no creo ser precisamente el tipo de mujer que le interese al galán de las películas de acción.

—¡Pero soy tan buena como casamentera! —se quejó Immy—. Mira cómo salió la última vez.

Dina se echó a reír: su anillo de compromiso relucía mientras se pasaba una mano por los rizos.

—Te propongo algo —insistió Immy—. Mira este video, lo voy a mandar al chat, y si honestamente me dices que no te parece atractivo, cierro la boca y no vuelvo a mencionarlo. ¿Trato?

—Trato —respondió Rosemary. ¿Qué tan difícil podía ser?

Su teléfono sonó y, un segundo después, ya tenía el video cargado en la pantalla y compartido entre las tres. Incluso con sus rostros diminutos en una esquina, Rosemary sintió esa alegría que solo los amigos pueden darte; una alegría que le entraba por los brazos y le burbujeaba en el pecho.

—Uy, ya vi este video —chilló Dina.

Scott asomó la cabeza en la videollamada y saludó con la mano.

—¿Es el video en el que besa a la lechera hasta dejarla sin aliento? —preguntó riendo.

—El mismo —respondió Dina con una sonrisa, y le dio un beso en la sien antes de que Scott desapareciera de la pantalla.

—Ustedes dos me hacen poner sentimental. —Immy bostezó. Rosemary puso los ojos en blanco y presionó el botón de reproducción.

Por lo que se veía, el video era de ese drama de época en el que él había actuado hacía unos años. Rosemary nunca lo había visto, por miedo a odiar su interpretación del personaje. El video se había compartido millones de veces en línea con el título «Ellis Finch: los mejores besos del cine, parte 1».

—¿Cuántas partes hay? —preguntó Rosemary, preocupada.

—Al menos diez —dijo Immy, sonriendo.

El clip estaba editado de tal forma que casi todo el diálogo había sido eliminado.

Comenzaba con Ellis Finch, con una camisa blanca abotonada que ondeaba en el viento y dejaba entrever sus músculos y el vello oscuro debajo, avanzando con paso decidido por una pradera bajo el sol. Con un brazo firme y bronceado rodeaba la cintura de la heroína y la atraía hacia él. Rosemary pensó que la besaría enseguida, pero eso sería demasiado básico para Ellis Finch o, mejor dicho, para su personaje. En cambio, le apartaba un rizo suelto detrás de la oreja, y con el pulgar le acariciaba una ceja, la mejilla, los labios, antes de deslizarse por su cuello y, por fin —por fin— besarla. La besaba como un hombre hambriento de contacto; como si ese fuera el último beso antes de una ejecución (no había visto la película, así que tal vez lo era); como si no hubiera conocido el amor hasta tenerla entre sus brazos.

Rosemary sintió una oleada de calor recorrerle el cuerpo hasta instalarse en su vientre mientras miraba el video, hipnotizada. Era plenamente consciente de cada pequeño movimiento del beso, del agarre brusco de Ellis alrededor del cuello de la lechera, no agresivo, pero sí carnal, con una mezcla de posesión y ternura. La hizo estremecerse. Por un instante se permitió imaginar lo que sería

recibir un beso así. Sentir esas manos presionando suavemente su cuello. Enfrentarse a tanta necesidad.

—Bueno, ¿qué opinas? —preguntó Immy, interrumpiendo sus pensamientos.

Rosemary tuvo que tragar saliva; de pronto tenía la boca seca.

—Ni siquiera puede contestar, así que claramente está de acuerdo con nosotras —bromeó Dina.

—Está bien, está bien —balbuceó Rosemary—. Admito que es algo atractivo, si te gusta ese tipo de hombre rústico, de aire salvaje.

—Rústico. Me sirve —dijo Immy, con una risa que se transformó en un bostezo—. Creo que voy a intentar dormir un poco. Dormir mientras los bebés duermen, es decir —agregó con una sonrisa.

Las tres se despidieron entre «las quiero» y «nos vemos pronto». Faltaba poco para reencontrarse en persona; Rosemary pasaría por la cafetería mágica de Dina en Londres apenas llegara y se instalara. Dina tenía un té de hierbas encantado que curaba el *jet lag*.

Esa noche, recostada en la cama, con la habitación vacía a su alrededor y las maletas por fin cerradas, Rosemary fue consciente de que estaba viviendo uno de esos Grandes Momentos de la Vida®. Igual que cuando dejó Georgia para ir a Nueva York, diciéndose que ese era el lugar donde vivían los autores exitosos, ahora dejaba atrás esa vida para volar al otro lado del mundo y ayudar a producir la adaptación cinematográfica de su propio libro. Mudarse a Nueva York había sido su sueño de la infancia; quería triunfar en el mundo editorial o morir en el intento. Lo había deseado tanto que en su anuario de la escuela la habían votado como «la candidata más probable a mudarse a la Gran Manzana».

Conseguir que hicieran una película de un libro suyo —y antes de cumplir los treinta— era definitivamente uno de esos sueños imposibles de los escritores. Igual que cuando vio su libro en la lista de los más vendidos del *New York Times*, todavía no le parecía real. Se preguntó cuándo se lo creería. ¿Tal vez cuando leyeran el guion en el estudio? ¿O tal vez cuando llegara a esa vieja mansión inglesa donde filmarían?

Apagó la luz y se hundió entre las sábanas con olor a lavanda.

—Por favor, que esta película sea un éxito —susurró a quien fuera que pudiera estar escuchando.

No era solo la fecha de entrega de la novela lo que la mantenía despierta. Muy pocos libros que vendían sus derechos cinematográficos llegaban a convertirse en películas; el estudio estaba apostando por su trabajo. ¿Y si los fanáticos del terror la odiaban? ¿O si los lectores pensaban que era una adaptación horrible y la cancelaban para siempre? Si quería tener la oportunidad de que otros libros suyos se convirtieran en películas y así impulsar su carrera en Hollywood, *La posesión del mal* tenía que ser un éxito de taquilla. Todo debía salir perfecto, y precisamente por eso Ellis Finch la atormentaba. No era el actor adecuado, y le aterraba que él fuera la razón por la que la película fracasara. El peso de toda esa preocupación la estaba hundiendo.

Aún con los pensamientos ansiosos burbujeando en su cabeza, Rosemary se quedó dormida, y sus sueños se poblaron con el rostro de Ellis Finch, la fuerza de sus brazos rodeando su cintura, besándola en el cuello... y más abajo.

2

—¿Quién carajo se cree que es esta Rosemary Shaw? —Ellis se frotó la tiza líquida entre las manos, con el teléfono en altavoz, mientras se preparaba para otra serie de peso muerto—.

—¿Ves? Por esto no quería contarte. Sabía que te lo ibas a tomar como algo personal —dijo su agente, Brody, desde el parlante ubicado en una esquina del gimnasio que Ellis tenía en su casa.

—Es personal. Le dijo a su agente que no cree que yo sea la elección correcta para Alfred. ¿No debería haber sido más clara con eso durante las primeras audiciones?

—No importa, Ellis. Olvida que te lo dije.

Ellis descargó su frustración en la barra, hizo cinco repeticiones convencionales y fue hasta la colchoneta para estirar. Fig había babeado la colchoneta por completo, y ahora estaba tirada en una esquina con su juguete para masticar favorito, una zanahoria.

—Eres un peligro —gruñó, acariciándole la cabeza mientras se acostaba.

—¿Qué dijiste? —bufó la voz de Brody.

—No te hablaba a ti. ¿Para qué me llamaste, entonces, si no era para comunicarme la agradable noticia de que la guionista no aprueba que me hayan elegido para el papel?

—¿Te acuerdas de nuestro trato, Ellis? Es hora de otra ronda.

—Ah, chantaje, cómo te extrañaba —dijo Ellis—. ¿Quién es la desafortunada?

—Jenna Dunn. Seguro la conoces.

—¿No se te ocurre nadie más acorde con mi edad? —refunfuñó Ellis. Detestaba que lo hicieran parecer uno de esos tipos asquerosos que salen con mujeres mucho más jóvenes.

—Me debes una, hermano.

Dios, cómo odiaba que Brody le dijera «hermano».

—Tuve que rechazar la oferta para el papel en *Soldado de la justicia: el juicio final*, que habría sido mucho más lucrativa, y lo sabes.

Ellis puso los ojos en blanco. No había forma de discutir con Brody cuando empezaba a hablar de dinero; el tipo era ciego a todo lo que no tuviera una etiqueta de precio. Así funcionaba su relación. Brody le conseguía papeles en películas de acción que Ellis no quería, pero que igual aceptaba, y cuando Ellis hacía una fortuna con esa franquicia, Brody se lo recordaba durante años.

O, como en este caso, porque Ellis había decidido *no* aceptar el papel más lucrativo, Brody usaba eso para obligarlo a hacer lo que él quería. Tal vez Brody pensaba que era sutil con sus maniobras, pero a esa altura Ellis estaba demasiado cansado como para resistirse.

Ellis era consciente de los trapos sucios que Brody guardaba sobre él; eran la base misma de su relación. Nunca iba a enfrentarlo. Y, después de todo, Brody era su agente desde que él tenía diecinueve años; el tipo sabía un par de cosas sobre cómo fabricar una estrella, como se lo había repetido mil veces.

—Está bien. Salgo a un par de citas, pero nada más.

Jenna Dunn también era clienta de Brody, y era al menos veinte años menor que Ellis. No le gustaba la imagen que daría ante la prensa salir con una mujer tan joven, pero era mejor que la alternativa. Brody no dudaba en recurrir a amenazas cuando no conseguía lo que quería; ya lo había hecho antes, muchas veces. Al menos, todo sería solo para las cámaras.

—Quiero seis semanas de citas, y posarán para fotos.

—Cuatro semanas —dijo Ellis—. Y no la vas a hacer pasar la noche en mi casa.

—¿Seguro? Jenna es una mujer muy hermosa.

—Brody, eres un asco —dijo Ellis, y cortó.

Un momento después, su teléfono vibró con un mensaje de Brody: «Mesa reservada en Omno, 20:00. 4 semanas».

Algún día, Ellis iba a despedir a ese desgraciado. Había aguantado demasiada mierda suya durante demasiado tiempo. O al menos eso

se decía a sí mismo. Sabía que nunca lo haría. Brody sabía demasiado sobre él, y Ellis sabía que, si Brody sospechaba siquiera que pensaba despedirlo, lo mandaría todo a la prensa. Todo. Y Ellis no estaba listo para eso. Todavía no.

Se enjuagó la tiza de las manos y abrió la puerta del gimnasio. Caminó por el sendero de adoquines serpenteante que atravesaba su jardín hasta la casa. Mentalmente anotó que iba a tener que replantar las hierbas y revisar el invernadero antes de irse a filmar. La parrilla, cubierta de óxido, lo miraba con tristeza desde un rincón junto al cobertizo. La limpiaría el próximo verano, y por fin haría esa barbacoa con amigos y familia que se venía prometiendo.

Le hubiera gustado pasar más tiempo en el jardín, pero nunca parecía haber suficiente tiempo para las cosas que amaba.

La helada de octubre se había asentado: el suelo estaba cubierto de hojas doradas que crujían al pisarlas. Había olor a leña quemada en el aire y pronto las tardes empezarían a acortarse cada vez más y habría que atrasar los relojes. La luz del porche se encendió cuando llegó a la casa, y Fig pasó como una bala a su lado hacia el interior. Resopló, saltó al sofá y se acurrucó en el lugar más cómodo. Cuando era cachorra, estaba llena de energía, tanto que él terminaba dando paseos a medianoche solo para cansarla lo suficiente para que se durmiera. Pero ahora tenía cuatro años y disfrutaba de las cosas buenas de la vida: mantas, zanahorias y hacerles agujeros a todos sus calcetines. Seguían saliendo a correr todas las mañanas, y Ellis la llevaba al *set* siempre que podía. Por las noches se acurrucaban en el sofá, mientras el fuego crepitaba en la chimenea, y miraban una película.

A veces, cuando Fig se quedaba dormida sobre su pierna, pensaba en lo afortunado que había sido con sus dos perros. Y entonces, inevitablemente, su mente se iba a Hank y se le cerraba el pecho. Miraba a Fig dormir tranquila y le prometía en silencio que no permitiría que le pasara lo mismo.

***

Se obligó a entrar en la ducha; el vapor le alivió los músculos doloridos. El entrenamiento no había logrado calmar del todo su irritación. ¿Qué había hecho para que esa Rosemary Shaw —a quien ni siquiera conocía— lo odiara tanto como para quejarse con su agente? ¿Y qué había dicho exactamente? Que él no era la elección correcta para el papel. Ella era solo una escritora, no una directora de elenco profesional. Ellis no se permitió más de diez minutos de quejas silenciosas bajo la ducha; tenía que cambiarse y ponerse algo más presentable y digno de una cita falsa que la ropa vieja y cubierta de tiza que usaba en el gimnasio.

Sabía por qué Brody había elegido Omno para la cita falsa —o, mejor dicho, por qué la asistente de Brody, Melissa, lo había reservado—: era un lugar muy conocido en las redes sociales. La comida estaba bien, pero la gente iba principalmente para que la vieran allí. Y ese era todo el plan de Brody; necesitaba que Ellis y Jenna fueran vistos juntos.

No es una táctica nueva, pensó Ellis mientras se afeitaba frente al espejo. Cada tanto, Brody fichaba a una nueva actriz con talento suficiente para entrar en un par de grandes producciones de Hollywood. Entonces, obligaba a Ellis a salir con ella en algunas citas, una forma infalible de darle a la actriz la «respetabilidad hollywoodense» que necesitaba para conseguir el papel que Brody le estuviera buscando.

Las mujeres siempre eran un encanto, y Ellis se aseguraba de que supieran que podían llamarlo si alguna vez necesitaban un intermediario con Brody. También las ponía en contacto con otras actrices que conocía bien y que podían orientarlas mejor sobre cómo sobrevivir en la industria. Ya era bastante difícil para él; no podía ni imaginar lo que sería para una mujer.

Se miró en el espejo en mitad del afeitado. Tenía líneas alrededor de los ojos que no estaban ahí hace unos años, y el pelo se le empezaba a encanecer en las sienes, una veta plateada aquí y allá. Puede que alguna vez hubiera sido un galán rompecorazones de Hollywood, pero esos días habían quedado atrás. Debajo del lavabo se apilaban cajas sin usar de tintura para el pelo que Brody insistía en mandarle, prueba de la determinación de su agente por exprimir

su carrera de héroe de acción hasta que fuera demasiado viejo para hacer de héroe y regresara como villano.

—Estás viejo, Ellis Finch —dijo, y su reflejo le devolvió una mueca.

***

El interior de Omno era todo paneles de madera de caoba pulida y luces vanguardistas; una mezcla de historia y modernidad. Funcionaba bien, aunque Ellis se preguntaba si el restaurante conservaría su glamur con las luces principales encendidas y la luz del día entrando a raudales.

Cuando llegó, Jenna ya estaba sentada.

—Perdón por llegar tarde, tuve que darle de comer a mi perro antes de salir —dijo Ellis sonriendo, y se sentó frente a ella en el reservado semiprivado que Brody había elegido a propósito para la cena.

—No pasa nada, de verdad te agradezco que hagas esto por mí —respondió Jenna, con una voz liviana y alegre. *Australiana*, advirtió Ellis. Era rubia y estaba bronceada.

—No me cuesta nada —dijo, mirando la carta de tragos—. ¿A qué papel estás apuntando, entonces?

—El del interés romántico en la nueva película de *Misión final*. Esta transcurre en el espacio.

—¿Y los monstruos qué son esta vez? ¿Alienígenas?

—Dinosaurios —dijo Jenna con una risa seca—. Va a ser una película pésima.

Ellis levantó la vista.

—¿Y aun así quieres estar?

Jenna respondió con una sonrisa que le iluminó el rostro.

—Por supuesto. ¿Has visto lo que recaudan esas películas? Los cines se llenan. Y esta se estrena el año que viene, el Día de la Independencia. Con un par de esas, ya estoy hecha.

—¿Hecha para qué?

—Para mi plan maestro.

Jenna se frotó las manos como una villana de película, y Ellis no pudo evitar reírse.

—Te estás riendo de mí.

—No —dijo él, y la sonrisa se desvaneció—. Estoy sorprendido. E impresionado. Tienes todo mucho más claro de lo que yo lo tenía a tu edad. —Por Dios, decir eso lo hacía sentirse prácticamente decrépito—. Y me hace preguntarme para qué necesitas a Brody. ¿Por qué dejar que te meta en este esquema suyo?

Jenna lo miró fijo por encima del menú.

—¿No se te ocurre que tal vez lo estoy usando yo por sus contactos? Mi hermano es abogado y me hizo el contrato. A Brody no le gustó nada, pero cuando quiera irme, puedo hacerlo. Es un medio para alcanzar un fin.

Ellis soltó un suspiro.

—Bueno, me alegra escuchar eso.

Pidieron bebidas y comida; una tabla de bocados diminutos que no calmó en lo más mínimo el hambre feroz de Ellis después del gimnasio.

—Entonces, ¿cuál es el plan maestro? —preguntó, completamente intrigado por el rumbo extraño que había tomado la cena.

—Quiero dedicarme a la dirección. Comedias románticas. Voy a ser la próxima Nancy Meyers.

***

El resto de la cena fue de maravilla. Jenna era rápida, ingeniosa y tenía los pies en la tierra, pero cuando Ellis le preguntó sobre comedias románticas, ya solo tuvo que ponerse cómodo en la silla y escuchar. Era como asistir a una charla TED muy apasionante. Ellis tuvo la sensación de que, si Jenna fuera veinte años mayor, habrían sido grandes amigos. Sin embargo, su mente se apagó un poco cuando empezó a hablar de visualizaciones y *hashtags*. Jenna era muy dulce, pero estaba claro que no tenían nada en común más allá de sus carreras.

Solo tenía que *parecer* una cita; no hacía falta que lo fuera *de verdad*. Ellis ni siquiera había tenido una cita real en mucho tiempo. No era que fuera exigente, sino que era difícil saber quién lo quería por quien era y quién solo buscaba fama por asociación. Y con el

sexo tenía que ser todavía más cuidadoso. Lo que deseaba no se lo confiaba a cualquiera.

Un destello brillante hizo desviar su atención hacia una punta del restaurante, donde una mujer había tomado una foto de su «cita», sin disimular demasiado y sin darse cuenta de que tenía el *flash* activado.

Y aunque todavía no los veía, intuía la presencia de los paparazis, como víboras esperando para atacar, afuera del restaurante.

Efectivamente, cuando salieron juntos y de la mano —parte del trato era que él llevaría a Jenna a su casa para reforzar la idea de que estaban saliendo—, una horda de paparazis los estaba esperando. Los destellos insoportables de las cámaras y los gritos desde todos los ángulos le recordaron la noche en que perdió a Hank, su último perro. Enseguida apartó esos recuerdos de su mente.

—Una vez más a la carga —le dijo a Jenna, que le apretó la mano.

—Las cosas que hacemos por dinero —señaló Jenna, guiñándole un ojo y alzando el rostro hacia las cámaras.

Ellis se aisló del ruido y vació el rostro de toda emoción mientras caminaban rápido hacia el auto y Jenna les regalaba a los fotógrafos su sonrisa de aspirante a estrella.

Al hundirse en el mullido asiento de cuero, suspiró aliviado y agradeció a su yo del pasado por haber pagado extra por los vidrios polarizados. Arrancaron: los destellos de las cámaras desaparecieron entre las luces de Mayfair, bajo el aire helado.

—Tengo que invertir en más lentes de sol —dijo Jenna, haciendo una mueca mientras se abrochaba el cinturón—. Casi me quedo ciega ahí afuera. ¿Seguro que no te molesta llevarme a casa?

—Para nada. Es parte del trato.

—Ah, sí, el trato. Brody nunca dijo qué ganas tú con todo esto. No serás un pervertido, ¿no?

—Por Dios, no. No soy un pervertido. Es solo que Brody y yo tenemos algunas deudas pendientes, y así es como decide cobrarlas.

Ellis sintió su mirada sobre él.

—Entiendo. Y si fueras un ladrón de cunas, lamento decirte que no me interesa salir con un viejo.

—Ja. Bueno, entonces somos dos. Pero no hace falta que me digas «viejo», ¿sabes? Solo tengo cuarenta y un años.

—Está bien, abuelo. Es esta calle.

Ellis se detuvo frente a un edificio de apartamentos de estilo georgiano. Era una zona bonita de Londres.

—Guau, mira —dijo ella, agitándole el teléfono frente al rostro y mostrándole una nota sobre su cita.

—Esos desgraciados trabajan rápido.

—Cierto. Al menos nos sacaron nuestros perfiles buenos —agregó Jenna, bajando del auto—. Gracias otra vez, abuelo.

Ellis puso los ojos en blanco, pero sintió una extraña necesidad de protegerla. Le repugnaba que la industria viera como algo normal relaciones con una diferencia de edad así.

—Nos vemos en la cena previa al rodaje dentro de unos días, entonces. ¿Dónde era al final?

—En el hotel Cloverwood.

—Qué glamur.

—Ya estás viviendo una vida de glamur, chiquita.

Esta vez fue Jenna la que puso los ojos en blanco.

—No me digas así.

Ellis esperó hasta verla entrar en el edificio, y luego se fue a casa.

***

Una hora más tarde estaba en la cama, con la chimenea de su habitación encendida y crepitando con leña de manzano, mientras Fig roncaba sobre sus piernas como una manta peluda. Luchando por conciliar el sueño, tomó *La posesión del mal*, que ya había leído completo tres veces. Su ejemplar estaba lleno de pensamientos y anotaciones que había apuntado en lápiz en los márgenes, para contextualizar la historia que luego tendría que trasladar a la pantalla. Buscó una de sus escenas favoritas, el gran clímax final, donde su personaje, Alfred Parlow, se da cuenta de que los fantasmas que infestan la mansión en ruinas de su familia no intentaban matarlo a él, sino a su tío. Ellis estaba deseando interpretar esa escena bajo la lluvia torrencial; el momento en que

uno de los fantasmas extendía un dedo huesudo, envuelto en niebla, y señalaba al Parlow anciano. La idea le producía escalofríos.

Era la primera vez en años que estaba realmente entusiasmado por actuar, sobre todo porque la historia era muy distinta de todas las películas de acción por las que era conocido. Por fin iba a interpretar algo más que frases ingeniosas, cuerpos aceitados y bronceados artificiales, hablando con una pelota de tenis en un palo. Solo un par de días más y estaría en el *set*. Solo un par de días más y por fin podría conocer a Rosemary Shaw en persona y decirle todo lo que pensaba.

3

Rosemary respiró hondo. Odiaba viajar en el metro: el sonido metálico de la música que salía de los auriculares de otros pasajeros, el olor a aceite y aire viciado y las axilas de demasiada gente. Las luces la encandilaban, y escapó del andén para encontrarse con que el vagón estaba todavía más lleno. Pero lo peor de todo eran las improntas, que no debían confundirse con fantasmas. Una impronta era un recuerdo, o tal vez un momento, manifestado en forma espectral. La población que no veía fantasmas estaba rodeada de improntas; cuando algo impactante le ocurría a un gran grupo de personas en un lugar, dejaba una cicatriz, y ciudades tan antiguas como Londres estaban plagadas de cicatrices. Como un palimpsesto, improntas de distintos períodos se superponían por toda la ciudad y, cuando te metías en sus entrañas, como el metro, irrumpían. Claro que esto solo era un problema si tenías la capacidad de verlas. Mientras el tren se adentraba a toda velocidad por el túnel oscuro, Rosemary alcanzó a ver rostros flotando en la oscuridad, algunos con los ojos cerrados y otros marcados por el miedo. Probablemente eran estaciones donde habían muerto civiles durante la Segunda Guerra Mundial. Hizo lo posible por no mirarlos con demasiada atención, aunque no estuvieran realmente ahí y solo fueran ecos de un recuerdo desgarrador.

A la primera oportunidad, se bajó del tren y decidió caminar desde Holborn hasta el café de Dina, ubicado en pleno Bloomsbury, a minutos del Museo Británico. No pudo evitar sonreír al ver el café de su amiga, con su toldo morado y las ventanas levemente empañadas por el frío.

Octubre en Serendipity era un espectáculo. La campanita tintineó cuando Rosemary entró, arrastrando las maletas (una para la ropa y otra más grande para los libros), y el aroma a canela, jengibre y un ligero toque de calabaza acaramelada la envolvió. La cafetera rugía, y los sillones y las coloridas mesas de madera estaban llenos de gente estudiando, conversando o tomándose un respiro en medio del ajetreo londinense. Había amuletos protectores contra el mal de ojo colgados de las paredes, junto a cuadros con los poemas favoritos de Dina. Ramilletes atados con cordeles de lavanda y eucalipto seco estaban sujetos sobre las ventanas delanteras y desprendían un perfume floral delicado, además de cumplir la función mágica secundaria de purificar el espacio, si Rosemary recordaba bien lo que Dina le había contado.

Cada rincón de ese lugar tenía el sello de su amiga.

Las tres —Rosemary, Dina e Immy— se habían conocido cuando estaban en la universidad, una noche de películas con disfraces de *Los locos Addams*, y desde entonces habían sido inseparables.

Oyó un chillido y, de pronto, se vio envuelta en un abrazo; una masa de rizos castaños le hacía cosquillas en el rostro.

—¡Estás aquí! ¡Por fin estás aquí! —Dina soltó una risa y le dio un beso en la mejilla.

—Te extrañé tanto... —dijo Rosemary, devolviéndole el abrazo—. Extrañé mucho este *lugar*. Pero, primero, ¡déjame ver el anillo!

Dina sonrió, levantando la mano izquierda.

—Dios santo.

—Lo sé.

—Podrías sacarle un ojo a alguien con eso.

Dina soltó una carcajada.

—A veces me siento como una urraca; me quedo mirándolo y arrullándolo.

—¡Y con razón! ¿Cómo está Scott? —preguntó Rosemary, mirando a su alrededor. Scott pasaba gran parte del tiempo trabajando desde el café en lugar de ir a su oficina en el museo, lo que a Rosemary le parecía más que una gran idea. Cuando no estaban trabajando, la pareja dedicaba cada minuto libre a planear la boda. Iba a ser una celebración íntima, pero sin duda creativa.

—Está bien, trabajando en su nueva exposición sobre tatuajes maoríes, pero ya lo vas a ver. Vamos a la cocina —dijo Dina, enlazando su brazo con el de Rosemary—. Immy me matará si seguimos poniéndonos al día antes de que la saludes.

Rosemary rodeó el mostrador y entró en la cocina de Dina. Le encantaba ese lugar. Del techo iluminado por el sol colgaban cacerolas y sartenes, los hornos estaban llenos de pasteles y tartas con un aroma irresistible y sobre la encimera de madera lustrada la esperaba una tanda recién hecha de *muffins* de arándanos. Sus favoritos.

Immy estaba sentada en un rincón, usando un sacaleches. Estaba radiante, con el pelo rubio rapado y un labial rojo intenso.

—No me mires, soy un desastre.

—Un desastre hermoso —dijo Rosemary con una sonrisa, inclinándose por encima del sacaleches para abrazarla—. ¿Cómo estás? ¿Cómo vas con eso?

—Mis pechos están gigantes... A Eric le encanta —agregó, guiñándole un ojo—. Pero me duelen muchísimo. Te juro que mi cuerpo reconoce cuando estoy lejos de los gemelos; la maternidad es una cosa muy rara.

—Seguro da ideas geniales para escribir —dijo Rosemary.

—Totalmente. Ya empecé a trabajar en una idea sobre una especie alienígena parásita que invade el cuerpo de una mujer y simula un embarazo. Te mando el borrador cuando lo termine.

—¡Espeluznante a más no poder! Me encanta —respondió Rosemary, mientras se sentaba en un taburete y le daba un mordisco a un *muffin*. El jugo azul de los arándanos se había filtrado en la miga, justo como le gustaba. Al comerlo, sintió que se le despejaba la cabeza y que el *jet lag* del vuelo de madrugada se disipaba. Se sentía renovada, llena de energía.

—¿Un *muffin* mágico antidesfase horario? Dina, eres una genia —dijo, riendo, mientras la bruja se echaba el pelo hacia atrás.

—En realidad tengo algo para ti, y tengo que dártelo antes de que empecemos a chismear como viejas, porque, si no, me voy a olvidar —dijo Dina. Entró en la despensa, revolvió un momento y luego

apoyó frente a Rosemary una vela cilíndrica color crema pálido. Rosemary se inclinó hacia delante e inhaló su aroma.

—¿Lavanda y albahaca?

—Tienes buen olfato —respondió Dina—. Estaba pensando en ti en esa vieja mansión y me preocupé. ¿Y si hay algún fantasma raro o improntas a las que no quieres llamar la atención? Va a ser difícil evitarlos si duermes allí. Así que busqué en mi libro de hechizos y encontré esta receta para una vela protectora. Si la enciendes en la habitación donde duermes, va a mantener alejados a los espíritus no deseados.

—¿Y a los actores no deseados? —bromeó Rosemary.

—Ya lo tienes en la cabeza, ¿eh? —dijo Dina, al mismo tiempo que Immy agregaba: —Si está en tu habitación, tan *no deseado* no será, ¿no?

Debería haber sabido que mencionar a Ellis Finch delante de esas dos era mala idea: ya estaban tramando algo.

—¿Cómo sé que no es una vela para encontrar pareja que va a hacer que todos los solteros y solteras corran hacia mí como si fuera un GPS sexi?

—Vas a tener que confiar en mí... Aunque una vela sexi no es mala idea, tengo que anotarla.

Y así, tan fácilmente, las tres volvieron a la comodidad de siempre: entre risas tomaron chocolate caliente con *muffins*, Immy les mostró fotos de sus ahijadas, Sidney y Ellen, dos niñas adorables y regordetas llamadas así en honor a dos de las mejores *final girls* de la historia del terror, y Dina les pidió su opinión sobre los arreglos florales, aunque aún faltaban diez meses para el gran día. Se casaba a fines de agosto.

Rosemary casi había olvidado lo maravilloso que era estar con sus mejores amigas en persona, en lugar de ver sus rostros bajo el brillo de la pantalla del teléfono. Ojalá pudiera verlas más seguido, pero no podía simplemente mudarse a Inglaterra, ¿o sí? Al fin y al cabo, en ese momento era una nómada sin apartamento, y podía trabajar desde cualquier lugar donde enchufara la computadora. Quería disfrutarlo mientras durara.

—No vas a creer quién estuvo aquí el otro día —dijo Dina.

—¿Quién?

—Noah.

Rosemary dejó escapar un gruñido.

—Preguntó por ti —dijo Dina con una sonrisa maliciosa. Rosemary gruñó más fuerte.

—¿Quién era Noah? —preguntó Immy—. Mi cerebro privado de sueño no se acuerda.

—Ah, porque nunca decíamos su nombre, solo el apodo.

Immy pareció desconcertada un segundo y luego abrió los ojos de par en par.

—Ah, ¡sí, sí! El amo del calabozo.

Noah, también conocido como «el amo del calabozo», había sido el hombre que le había enseñado a Rosemary las reglas de juego en el mundo del BDSM, cuando ella había vivido en Inglaterra durante su semestre de intercambio. Él no se hacía llamar así, pero, cuando Immy y Dina se enteraron de su afición por los juegos de rol, le quedó el apodo. No habían sido una pareja; simplemente tenían un acuerdo y les funcionaba a los dos, o al menos eso pensaba Rosemary en aquel momento.

—¿Cómo lo viste? —se animó a preguntar por fin.

—Bien, creo. Le tomó un momento ubicarme, y después parecía un poco tímido.

—Bueno, ya sabes lo que dicen: siempre son los tímidos —señaló Immy riendo—. ¿Qué pasó entre ustedes? No recuerdo que fuera un mal tipo.

—No, no lo era —dijo Rosemary—. Tenía una vibra dulce y gentil, pero era dominante en la cama, que saben que me encanta, y teníamos esa confianza entre nosotros que era tan importante... Aprendí muchísimo sobre lo que quiero durante el tiempo que compartimos... —Se quedó en silencio.

—¿Pero...? —preguntó Immy.

—Pero creo que al final pensó que esa confianza era algo más de lo que realmente era.

Dina le apretó la mano.

—Nuestra amiguita y su fobia al compromiso.

—Solo necesito encontrar a la persona indicada. Tal vez podrías hacer otra de tus lecturas de hojas de té para mi vida amorosa y ver qué sale.

—Ya la hice —dijo Dina. Un brillo travieso, que a Rosemary no le gustó nada, apareció en sus ojos.

—¿Y?

La bruja malvada se tocó la punta de la nariz.

***

Rosemary bien podría haber pasado otra tarde entera charlando sin parar con sus mejores amigas, pero el trabajo llamaba, y una hora después se detuvo frente al hotel Cloverwood, con tiempo suficiente para registrarse y acomodarse antes de la reunión preliminar con el elenco y el equipo de producción.

Salvo por la preciosa mansión campestre donde Immy se había casado hacía casi dos años, este era el lugar más elegante que Rosemary había visto en su vida. Era una casa alta de ladrillo blanco, con rejas de hierro forjado y una puerta verde bosque bastante imponente, pero lo suficientemente pequeña como para conservar un aire íntimo. Una corona otoñal colgaba del aldabón de bronce, y un botones sonriente se apresuró a tomar sus maletas.

—No hace falta —dijo ella, pero el hombre solo sonrió y negó con la cabeza.

—Nada de eso. Se las llevo a su habitación. ¿Solo vino a registrarse? ¿Viene con el elenco o con el equipo?

—Con el equipo, supongo. ¿Eso significa que todo el hotel está reservado?

—Así es. En la recepción la registrarán y le prepararán un té; está refrescando bastante afuera.

El botones se alejó con su equipaje, que colocó en un carrito dorado.

El vestíbulo del hotel era cálido y acogedor. Las baldosas de mármol blanco y negro resonaban bajo sus pasos mientras Rosemary avanzaba por un pasillo revestido de madera de caoba,

decorado con cuadros de antiguos caballeros ingleses y sus sabuesos de caza, hasta el mostrador de la recepción.

Se mantuvo atenta a los fantasmas —en un hotel tan antiguo seguro habría alguno—, pero, si había, no andaban rondando por el vestíbulo. Todo el personal usaba el mismo uniforme verde oscuro, impecable, sin un solo pelo fuera de lugar. En comparación, ella se sentía desarreglada, y volvió a agradecerle mentalmente a Dina por los *muffins* mágicos; sin ellos, estaría en un estado mucho peor.

—¿Viene a registrarse? —preguntó uno de los recepcionistas.

—Sí, por favor.

Mientras entregaba los datos necesarios, Rosemary miró a su alrededor. Vio los carteles que indicaban la *suite* Ampleforth, donde la reunión tendría lugar en poco más de una hora. A su izquierda, un letrero decía BIBLIOTECA Y SPA, y se permitió fantasear con pasar las horas en una biblioteca con spa, si algo así existía.

—Todo listo. Se hospeda en nuestra *suite* Hobb, en el segundo piso. Le va a encantar —le dijeron, entregándole una reluciente llave de cobre con un llavero de cuero grabado—. Es una de nuestras habitaciones más bonitas.

Guau, la producción realmente no escatimó gastos, pensó Rosemary, sintiendo un cosquilleo de emoción en el estómago.

—Muchas gracias —dijo, y subió por la sinuosa escalera alfombrada de verde hasta su habitación.

La *suite* Hobb tenía la cama más grande que Rosemary había visto en su vida. ¿Para quién la habían diseñado? ¿Un rey medieval que hacía orgías todos los días? Nadie necesitaba cuatro almohadas alineadas. Podía abrirse en estrella y aun así no llegaba a tocar los bordes. Cada centímetro de la habitación era un paraíso decadente y maximalista. Los ventanales altos daban al Támesis, con vistas al Puente de Londres y pesadas cortinas de terciopelo brocado a ambos lados. Se quitó los zapatos, disfrutando del silencio mullido de la alfombra.

Había un sillón profundo y acogedor para leer y un escritorio bajo la ventana. Debería sentarse e intentar escribir un poco. Tal vez lograba avanzar un par de párrafos, pero incluso pensar en escribir le provocaba aprensión. Además, ¿cómo iba a entrar en el estado

mental creativo cuando pronto estaría en una sala de reuniones con personas capaces de hacer o deshacer el legado de su libro?

Se quitó el vestido para ponerse otra cosa y sentirse más renovada. No se molestó en desarmar del todo las maletas; solo se quedaría una noche. Quería dar una impresión relajada, aunque con la elegancia justa para no desentonar. Se aplicó un labial *nude* oscuro que había comprado en el aeropuerto: tenía un envase gótico precioso y se llamaba Beso de la Muerte, así que era *imposible* no comprarlo.

Miró el reloj, aunque lo había consultado apenas un minuto antes. Todavía era temprano para bajar a la sala de reuniones. Tal vez una caminata le serviría para aflojar la tensión. Se puso un cárdigan y salió del Cloverwood.

En lugar de ir hacia el Támesis, giró al norte, rumbo al centro de la ciudad. Deambuló por sus calles sinuosas; quienes trabajaban en los rascacielos de vidrio ya se habían ido, y reinaba una calma inesperada. La historia brotaba como flores silvestres entre los edificios modernos en forma de *pubs* y capillas antiguas, con torres góticas y medievales muy ornamentadas y mucho más interesantes que las superficies lisas de vidrio. Rosemary tenía un edificio en mente; uno que no visitaba desde que era estudiante.

Las ruinas de St. Dunstan in the East, una iglesia del año 1100, eran el lugar que cualquier escritor soñaba con descubrir en algún paseo. Escondida en una calle lateral sin atractivos, sus arcos góticos estaban cubiertos de hiedra y la piedra ennegrecida por el tiempo. Volver a verla le provocó una nostalgia punzante; no había cambiado nada: parecía haber estado esperándola. Mientras Rosemary caminaba hacia allí, el cielo se abrió y una tormenta de octubre amenazó con empaparla hasta los huesos.

—Mierda.

Buscó el paraguas en su bolsa, pero enseguida vio que no estaba. Tendría que sumar tiempo para cambiarse otra vez al volver al hotel antes de la reunión. La ansiedad le apretó el pecho. No, no, podía manejar esto. No había motivo para entrar en pánico. El roble alto que se inclinaba sobre las ruinas de la iglesia la protegería de lo peor, y se secaría mientras regresaba caminando. Corrió hasta

refugiarse bajo las ramas otoñales verdes y amarillas. Inhaló el olor a petricor del musgo y la lluvia sobre la piedra, dejando que la ansiedad se disipara. Todo estaba bajo control.

Oyó a alguien maldecir entre dientes y vio a un hombre alto, con un jersey color crema, correr a refugiarse bajo el mismo árbol, claramente con la misma idea que ella. No estaba justo a su lado —de hecho, Rosemary estaba bastante segura de que aún no había notado su presencia—, pero se quedó mirándolo cuando él se pasó la mano por el pelo castaño oscuro, empapado por la lluvia, y miró el reloj.

Solo cuando se dio vuelta y sus ojos se posaron un segundo en ella, Rosemary se dio cuenta de que sabía exactamente quién era: Ellis Finch. El hombre al que llevaba meses temiendo ver. Era más alto de lo que esperaba, y también más ancho. Y, para su sorpresa, más pálido.

Tenía un tono sonrosado en la piel que hablaba de días al aire libre, pero nada de ese bronceado anaranjado que ella había visto relucir en las vallas publicitarias de su última película de acción.

Su jersey de punto grueso no debería haber resaltado sus músculos, pero lo hacía. Había algo extrañamente natural en él, incluso ahí, esperando bajo un árbol a que parara la lluvia, como si se hubiera convertido en el centro de su pequeño universo. Por más que lo intentara, no podía apartar la mirada.

¿Debía decir algo? En menos de una hora estarían sentados en la misma sala, revisando el guion que ella había escrito. Presentarse ante alguien que, en esencia, sería un futuro colega no podía ser algo malo, ¿no? Con cautela, Rosemary dio un paso hacia él.

—Hola —dijo, hablando sin pensar, algo muy poco habitual en ella —. Eres Ellis Finch, ¿verdad?

Él clavó los ojos en los suyos y se quedó observándola un instante. Rosemary sabía lo que vería: el pelo pelirrojo mojado por la lluvia, la piel pálida y pecosa, los tatuajes, las ojeras del largo vuelo apenas disimuladas por sus lentes de ojo de gato. Un pinchazo de inseguridad la atravesó.

Claramente no esperaba que ella le hablara. Su mirada gris azulada fue despectiva, y la boca se le endureció en una línea seria.

—Mira, no estoy de humor para selfis ahora —dijo Ellis.

—No quiero una foto. Solo vine a presentarme, soy...

—Lo siento, pero no me interesa —dijo sin mostrar el menor remordimiento.

Sin darle un segundo más para explicarse, Ellis se internó otra vez en la lluvia, encorvándose bajo el aguacero. ¿Era tan insoportable que prefería enfrentarse a un diluvio antes que hablar con ella?

Qué lástima que Ellis hubiera resultado ser un imbécil de primera. Una pequeña parte de ella —bueno, una gran parte— había esperado que todo su numerito hollywoodense fuera solo eso: una actuación. Pero ni siquiera la dejó terminar la frase. Apoyada contra las ruinas de la iglesia, esperando a que dejara de llover, Rosemary se preguntó qué expresión pondría Ellis cuando volviera a verla.

4

—Puedes con esto, mereces estar aquí —se susurró a sí misma mientras entraba en la *suite* Ampleforth. Ya estaba llena de gente, a pesar de que llegaba diez minutos antes, incluso después de apurarse para volver al hotel, cambiarse la ropa mojada y trenzarse el pelo, porque aún estaba un poco húmedo por el aguacero.

La *suite* donde se llevaba a cabo la reunión de producción era una sala bien iluminada con vistas al río, y con más de esos retratos de hombres blancos y viejos que la miraban con desconfianza desde las paredes revestidas en madera. No sabía muy bien qué hacer, hasta que vio lo que parecía ser una estación de café y té de autoservicio, con tazas y platillos de porcelana fina.

Actúa con naturalidad, da la impresión de que sabes lo que estás haciendo, se dijo. Deseaba que Josephine, su agente, estuviera con ella allí. Esa mujer sabía cómo imponerse y hablarle a un grupo. Rosemary se desenvolvía bien en el mundo editorial, sabía comportarse como autora, pero ¿rodeada de gente del cine? Sospechaba que no era nadie, en comparación con la fama que tenían todos esos directores y productores del mundo del cine, por no hablar de las figuras de Hollywood. Sin embargo, había algo en lo que sí era buena: disimular la ansiedad en situaciones grupales.

—¿Rosemary? ¡Ay, Dios mío, hola! ¿Cómo estás? —dijo una voz cantarina a su lado.

Rosemary sonrió al ver a la persona que tenía junto a ella, con su cabello negro impecable y una sonrisa deslumbrante.

—Soy Lyn, estuvimos escribiéndonos por correo electrónico, ¿te acuerdas? ¡Es increíble conocerte por fin! —dijo la mujer,

extendiendo una mano llena de anillos para estrechar la de Rosemary.

—¡Claro! Lyn, qué gusto ponerle rostro al nombre —dijo Rosemary, invadida por una sensación de alivio.

Lyn era su asistente de producción, probablemente la persona del estudio con la que más había hablado desde que le dieron luz verde a la película. En sus correos electrónicos, Lyn parecía muy entusiasta y, al igual que Rosemary, tenía la costumbre de abusar de los signos de exclamación.

—¿Te gustó tu habitación? Vi en internet lo gótica que era y pensé: es escritora de terror, tengo que ponerla en la *suite* más inquietante —dijo Lyn, riéndose con simpatía—. Ven, siéntate, te traigo café. ¿O prefieres té?

—No hace falta, Lyn, de verdad —dijo Rosemary.

—Insisto.

—Entonces te pido un Earl Grey, por favor. Con azúcar y leche. Pero, de verdad, puedo prepararlo yo —agregó, sin querer parecer presumida ni comportarse como una diva.

—Por favor, es mi trabajo. Además, pensé que tal vez querrías sentarte y prepararte un poco.

—¿Prepararme para qué?

Lyn frunció el ceño.

—El productor ejecutivo, Jeremy, decidió venir. Normalmente no se aparece en estas reuniones y... Bueno, puede ser un poco... exigente. Y trato con gente de Hollywood, así que cuando digo «exigente», sabes a qué me refiero —dijo Lyn, guiñándole un ojo antes de ir a prepararle el té.

Las demás personas fueron ocupando sus asientos alrededor de la mesa, y Rosemary notó que, aparte de Lyn, nadie le había hablado, aunque todos parecían conocerse entre sí.

Bueno, tú tampoco fuiste presentándote una por una, ¿o sí?, pensó.

Lyn regresó con el té, acompañado de una galleta de mantequilla con limón, y se inclinó a su lado.

—Siéntate aquí —le dijo Rosemary, dando unas palmaditas en la silla junto a ella.

—Imposible, todavía no soy lo suficientemente importante como para sentarme en la mesa —respondió Lyn con una sonrisa, sin que eso pareciera importarle en lo más mínimo—. Pero estaré allí atrás —agregó, señalando una fila de sillas contra la pared—, tomando notas. Ah, no mires ahora, pero Jeremy acaba de entrar.

Rosemary miró de reojo. Jeremy era más bien bajo, pero lo que le faltaba de estatura lo compensaba en anchura. Era evidente que hacía ejercicio, pero había algo en su aspecto que a Rosemary le resultaba desagradable. Era musculoso, sí, y estaba bronceado, pero con ese tono artificial de cama solar. El tipo de físico que los hombres creen que les gusta a las mujeres: todo abultado, lleno de venas, puro contenido para las redes sociales. Sinceramente, parecía deshidratado. Y ser alguien que escuchaba pódcast sobre el equilibrio entre la vida laboral y personal de los CEO. ¿Cuándo entenderían los hombres que las mujeres querían a alguien que pudiera lanzarlas sobre la cama y practicar un deporte, pero también que pudiera decir que sí sin dudarlo a una rebanada de pastel? Aunque quizá eso solo tenía que ver con lo que a ella le atraía de los hombres.

Jeremy le regaló a la sala una sonrisa barnizada y se sentó cerca de la cabecera de la mesa. Incluso desde tan lejos, Rosemary podía oler el aroma metálico y penetrante de su colonia.

Nadie se sentó al lado de Rosemary, y ahora Lyn se había sentado en una esquina, junto con los otros asistentes y coordinadores.

Unos cuantos hombres más entraron después de Jeremy, hablando de golf y de una fiesta en Soho House la semana anterior. Por un segundo, pensó que eso iba camino a ser un festín de testosterona, pero, por suerte, aparecieron algunas mujeres.

Estaba bastante segura de que una de ellas era Marissa, la actriz que iba a interpretar a algunos de los fantasmas de la mansión embrujada, pero cuando se dispuso a ir a saludarla, las voces se acallaron de golpe, como si hubiera entrado alguien importante. Incluso Jeremy se enderezó un poco más.

Rosemary se giró hacia la puerta y no pudo evitar fruncir el ceño.

El horrible Ellis Finch. El hombre más grosero de Londres. Se había cambiado el jersey color crema por una camisa azul marino;

seguía teniendo el pelo húmedo, peinado hacia atrás.

—Espero no llegar tarde: quedé atrapado bajo la lluvia —dijo Ellis con su ronca voz británica. Era demasiado grave para ser la voz de Alfred. Un punto más para la lista de contras.

El resto empezó a ocupar sus asientos, y Rosemary advirtió horrorizada que solo quedaban dos sillas libres: una para Vincent, el director, y otra para Ellis. El detalle crucial era que una de esas sillas estaba justo a su lado.

Observó con disimulo cómo Ellis se dirigía a la estación de té y se servía una taza. Le puso azúcar, un detalle inesperado y sorprendente. La taza y el platillo parecían de juguete entre sus manos, aunque, por supuesto, Rosemary no había prestado atención a su tamaño.

—¿Cuál es la hora estimada de llegada de Vincent? —preguntó Jeremy.

—Ya estoy aquí, ya estoy aquí —respondió una voz con acento francés, seguida de la entrada de un hombre trans, delgado y arropado de tal forma contra el frío otoñal (a pesar de que en la sala la temperatura era agradable) que parecía estar compuesto en un setenta por ciento de bufandas.

Vincent se sentó en la silla libre que se encontraba al otro lado de la mesa y, cuando cruzó la mirada con Rosemary, le dedicó una sonrisa rápida. No habían hablado mucho; al parecer, el estudio le había asignado el proyecto más tarde de lo habitual, pero en una breve llamada por Zoom Vincent le había explicado su visión y muchas de sus preocupaciones se habían disipado. Era un director muy reconocido en Hollywood; había ganado su primer Oscar a los veinticinco años por una película autobiográfica sobre su proceso de transición, y que dirigiera su historia era algo digno de pellizcarse para creerlo. Aun así, una inquietud seguía atormentándola, y se estaba sentando en la última silla vacía, justo a su lado.

Ellis no parecía haberla notado todavía. Era claro que estaba acostumbrado a salas grandes y llenas de gente, y había aprendido a prestar atención solo a quienes tenían autoridad, lo que, a pesar de que toda la película existía únicamente gracias a la imaginación de Rosemary, no parecía incluirla.

Mientras Vincent y Jeremy, en una punta de la mesa, murmuraban algo sobre el acto tres, Rosemary observó a Ellis sacar de su bolso un ejemplar maltrecho —no diría que muy querido— de *La posesión del mal*. Ellis pasó las páginas y Rosemary notó que estaban cubiertas de anotaciones breves, hechas a lápiz con trazo rápido. También tenía abierto el guion, y parecía compararlos.

Mientras hacía esto, Ellis se remangó el jersey y apoyó los antebrazos desnudos sobre la mesa.

En ese momento, Rosemary descubrió tres cosas sobre Ellis Finch. Primero, que sus antebrazos eran a la vez delgados y musculosos, y estaban cubiertos de un vello oscuro. Segundo, que tenía un olor delicioso. A jabón, algodón limpio y algo amaderado. ¿Cedro, tal vez? Y tercero, que una parte muy pequeña, infinitesimal, de ella se preguntó si no se habría equivocado al juzgarlo. Había dado por sentado que, por el tipo de películas de acción en las que había participado, no le interesaban los papeles serios ni los personajes profundos. Pero ahí estaba, comparando notas manuscritas tanto en el guion como en la novela que ella había escrito. ¿Era posible que le importara de verdad?

—Ah —se le escapó sin querer.

Unos ojos grises y serios se clavaron en los suyos y la examinaron de arriba abajo.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Ellis, en un tono de voz bajo y calmo, casi avergonzado por ella. ¿Acaso pensaba que lo había seguido como una acosadora? *Ay, por favor*.

—Estoy aquí para la reunión.

Ellis frunció el ceño.

—Bien, gracias a todos por venir. Podemos hacer esto rápido; solo hay un par de cosas que revisar ahora que estamos todos en la misma sala —comenzó Vincent, bebiendo de una enorme taza de café entre frase y frase. Rosemary tuvo la sospecha de que gran parte del trabajo de su asistente personal consistía en asegurarse de que esa taza nunca estuviera vacía.

—Entonces, ¿estamos todos? ¿Podemos empezar? —preguntó Jeremy.

—¿Dónde está la autora, Rosemary Shaw? Figuraba en la lista de hoy —dijo alguien desde el otro lado de la mesa, aunque Rosemary no alcanzó a ver quién era. La ansiedad le dio un sacudón.

—Presente —dijo, esperando que sonara en broma, pero en realidad la voz le tembló un poco y terminó sonando como la chica nueva el primer día de secundaria. Todas las miradas se posaron en ella.

—*Tú* eres Rosemary Shaw —dijo Ellis. No parecía demasiado contento con la revelación.

—Hasta donde sé —replicó ella con aspereza.

—No eres como esperaba.

¿Quién se piensa que es?

—Bueno, tú tampoco —contestó Rosemary, con el tono más suave y amenazador que pudo, para dejarle en claro lo que pensaba de él. Le produjo una satisfacción inmediata ver cómo la boca seria de Ellis se tensaba hasta volverse una línea dura.

Rosemary se giró hacia la mesa y asintió mientras Vincent continuaba la reunión, lanzando términos que le resultaban extraños para el tema, como «calendario a toda máquina» y «la cuenta atrás de los días». Rosemary estaba fuera de su ámbito y hacía lo posible por seguir el hilo, por lo que agradeció en silencio que Lyn estuviera en la esquina tomando notas. Ellis no volvió a hablarle, pero cada tanto sentía su mirada sobre ella, evaluándola.

5

Así que esa era Rosemary Shaw. La mujer que había intentado sacarlo de la película. No se parecía en nada a lo que Ellis había imaginado cuando pensó en su encuentro. No, al contrario de lo que esperaba, tenía delante a una estadounidense pequeña y altiva que parecía salida de una pintura prerrafaelita. Tenía el pelo cobrizo, largo y ondulado, recogido en una trenza, que dejaba al descubierto la línea suave y pálida de su cuello, y su rostro estaba enmarcado por unos lentes de ojo de gato que acentuaban su mirada penetrante. Era joven, más joven que muchos de los guionistas que él conocía, y había en ella una luminosidad que delataba a alguien que aún no estaba tan desencantada con la industria como él. Espléndida. Así la habría descrito.

Rosemary tenía unos labios carnosos de los que no lograba apartar la vista y, cuando le respondió con aspereza —seguramente se lo merecía por lo brusco que había sido con ella en el patio de la iglesia—, la nariz se le tiñó de rosa por el rechazo que le causaba.

Para Ellis, estaba claro que Rosemary Shaw lo detestaba. Cuando la reunión de producción empezaba a llegar a su fin, sintió que ella se movía en la silla; el aroma a lavanda (no empolvado, sino fresco y herbal) y a algo mentolado lo envolvió y, casi sin darse cuenta, Ellis se volvió hacia ella. Debería decirle un par de verdades, comentarle que sabía que ella no quería que interpretara a Alfred, pero, al girar en su asiento, su pierna rozó la de Rosemary; bajó la vista y vio un dibujo sobre sus muslos redondeados. Asomando entre las medias oscuras, se entreveía la curva sinuosa de un tatuaje. A Ellis se le secó la boca, y cualquier idea de discutir se desvaneció.

—¿Vas a la cena esta noche? —se le escapó.

Rosemary arqueó una ceja y lo miró con toda la dureza de sus ojos cafés.

—Eso tenía pensado. ¿Por qué?

—Porque vendría bien hablar un poco más. Tengo algunas preguntas sobre Alfred que me gustaría hacerte.

La expresión de Rosemary se suavizó. ¿Tal vez la aversión que le causaba no fuera tan intensa como parecía?

—Ah, ¿sí? Eh... Bueno, pensaba que...

—¿Qué pensabas?

—Que no te interesaría tener esa conversación conmigo —admitió Rosemary, bajando la voz casi hasta convertirla en casi un susurro.

—¿Porque no soy la «elección correcta» para Alfred, dices?

Rosemary vaciló por un momento ante sus palabras, pero logró recomponerse enseguida; al ponerse de pie, sus piernas se rozaron de nuevo. Ellis se levantó también, perversamente complacido de que ella apenas le llegara a la clavícula.

—Tengo derecho a mi propia opinión, Ellis.

—¿Y sigues sosteniéndola?

Rosemary hizo una mueca con el labio inferior. Mordible.

—Por ahora. Hasta que me demuestres lo contrario.

Antes de que él pudiera decir algo más, Rosemary se alejó, dejando tras de sí un rastro de lavanda.

***

Ellis se deslizó en la piscina climatizada; el vapor se elevaba a su alrededor mientras inhalaba hondo y se sumergía en el agua. Cerró los ojos y dejó que el mundo se disipara a medida que su pulso se aquietaba y los músculos se aflojaban tras la tensión acumulada durante la reunión de la tarde. Se impulsó desde el borde y, con soltura, empezó su rutina habitual de largos.

Cuantos más hacía, más se diluían los nervios del día. Siempre se sentía un manojo de nervios en las reuniones preliminares, y hoy más aún porque no se trataba de una franquicia en la que ya hubiera trabajado. Nunca había actuado en una película de terror, y sentía la necesidad de demostrar de qué estaba hecho.

Cuando entró en la sala, sintió las miradas de todos los peces gordos de la producción sobre él, evaluándolo, examinando su compra. ¿Les haría ganar suficiente dinero? ¿Atraería suficiente público a los cines? ¿Valdría el salario que Brody había negociado por él? Tal vez se veía mayor de lo que imaginaban, o menos glamoroso sin el maquillaje de estudio y la iluminación perfecta. Además, había conocido a Rosemary.

Hasta que me demuestres lo contrario. Sus palabras lo atormentaban. No sabía qué era peor: haber terminado en una discusión en susurros con la guionista, a quien probablemente le sacaba una década, o que lo único que pudiera pensar ahora fuera en impresionarla. ¿Por qué debía importarle si Rosemary Shaw creía o no que él merecía ser el protagonista de su película?

Ellis miró su reloj a prueba de agua para asegurarse de que aún tenía tiempo para algunos largos más antes de ir a prepararse para la cena. Antes había recibido un mensaje de Jenna confirmando que asistiría como su «pareja». No le sorprendería que lo tuviera agendado como «Abuelo» en el teléfono. Suspiró para sus adentros. Cuando entrara con Jenna esa noche, Ellis estaría cumpliendo el estereotipo clásico del actor hollywoodense de mediana edad con una mujer mucho más joven. ¿Qué pensarían los demás? ¿Qué pensaría cierta estadounidense gruñona?

Se impulsó desde el otro extremo, esta vez hundiéndose más en el agua y avanzando con amplias brazadas de pecho. Aguantó hasta el último segundo para salir a tomar aire, pero al hacerlo se topó con el techo de plástico de un resbaloso flotador de piscina. Desesperado por respirar, lo apartó, y tuvo una vaga sensación de que algo caía al agua mientras aspiraba el aire con avidez. Creía estar solo en la piscina, aunque alguien podría haber entrado mientras estaba sumergido. Esperaba que no fuera nadie de la producción.

Había un flotador vacío en la superficie de la piscina y, chapoteando para mantenerse a flote mientras alzaba un libro empapado y arrugado, estaba la última persona que Ellis quería ver en ese momento: Rosemary.

Se había quitado los lentes y su cabello rojizo se veía más oscuro después de que él la hubiera empujado del flotador sin querer. Por la

forma en que blandía el libro mojado como si fuera un arma, quedaba claro que estaba furiosa. Que te lanzaran a una piscina solía provocar ese efecto.

Ellis se pasó una mano por el pelo para quitárselo del rostro.

—Lo siento, no te vi.

Rosemary estampó el libro empapado sobre el flotador.

—Eso está más que claro.

—En mi defensa, tengo que decir que pensé que estaba solo.

—Esa no es una defensa.

—Bueno, me disculpo.

—Está bien —resopló Rosemary, y empezó a nadar hacia el borde. Ellis la siguió.

—¿Crees que no lo digo en serio? —Qué mujer impertinente. Solo estaba intentando disculparse, carajo.

Rosemary se volvió hacia él. Ellis se esforzó por no reparar en los mechones de pelo que se le habían soltado del moño y se le pegaban al costado del cuello ni en los tatuajes de flores y enredaderas que comenzaban en la muñeca, trepaban por sus brazos y se retorcían en delicados patrones hasta la clavícula antes de perderse bajo la tela de su traje de baño, bastante bien provisto.

—Estamos en medio de una piscina vacía y me parece que no hay forma de que no me hayas visto sobre un flotador rojo brillante.

—¿Qué va a hacer que me creas? ¿Que me ponga de rodillas? Puedo intentarlo, pero probablemente me ahogue. —Su intento de humor irónico no funcionó; las mejillas de Rosemary se encendieron aún más de la ira.

—Me voy. La piscina es toda tuya, Ellis.

Nadó hasta las escaleras y dejó caer el libro en el borde.

—Vamos, Rosemary. Lo siento. Déjame ayudarte a volver al flotador para que puedas relajarte un poco más y leer tu... —Miró el título—. ¿Libro de sirenas asesinas?

—No quiero tu ayuda.

Ya estaba casi afuera del agua, y Ellis se encontraba lo bastante cerca como para ver el vapor desprendiéndose de su piel y los remolinos de tinta que decoraban sus muslos y pantorrillas. Tragó saliva.

Salió de la piscina tras ella.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Rosemary.

—Te doy una toalla. Es lo mínimo que puedo hacer —dijo, sonriendo con suficiencia.

En ese momento, Ellis decidió que si convencer a Rosemary de que él era el indicado para el papel —o incluso de que podía llegar a caerle bien— estaba fuera de alcance, entonces al menos podía sacarla de quicio todo lo posible. ¿Era profesional? Por supuesto que no. Pero Rosemary tenía las mejillas sonrosadas, y a su parte malvada le encantaba discutir con ella. A regañadientes, Rosemary tomó la toalla y se alejó furiosa.

¿Era posible que hubieran puesto a esta mujer en la Tierra solo para molestarlo? Ellis se sacudió el agua del pelo y se secó. No quedaba mucho tiempo antes de la cena y quería visitar una librería.

6

—Malditos hombres —refunfuñó Rosemary, dejándose caer sobre la cama, recién bañada después de su caída en la piscina.

Todo iba tan bien... Tenía varias horas antes de la cena, se había recostado en el flotador, por fin relajada, y había abierto el libro justo en la parte en la que los exploradores de cuevas marinas se topaban con un nido de sirenas asesinas, hasta que el horrible Ellis Finch la había tirado al agua. Ni siquiera había alcanzado a leer una sola página, y ahora el libro estaba arruinado. Había intentado secarlo con el secador, pero el daño ya estaba hecho. Lo único que quería era un poco de tranquilidad antes de la gran cena de esa noche, y Ellis tuvo que aparecer con ese rostro estúpido y precioso y ese cuerpo tan sexi que daba asco para arruinarlo todo.

Ningún hombre debía tener un aspecto así; no era justo. Músculos marcados, hombros esculpidos, un cuerpo trabajado durante años de entrenamiento y algunas cicatrices (se preguntó de qué) que le cruzaban la parte superior del pecho. Ese pecho, por supuesto, estaba salpicado de vello oscuro que descendía hasta una profunda «V» justo encima del traje de baño. Tenía el pelo oscuro y muy corto y, cada vez que se pasaba la mano, a Rosemary se le iba la mirada al bíceps contraído.

La expresión habitual de su rostro era concentrada, seria, hasta que esbozaba una pequeña sonrisa y los ojos se le arrugaban con un encanto travieso. Incluso cuando tenía la sensación de que se estaba burlando de ella, Rosemary luchaba contra las ganas de devolverle la sonrisa: era contagiosa.

Ellis tenía exactamente el aspecto que debía tener un protagonista de una película de Hollywood, excepto —y eso era lo más irritante

para Rosemary— que también parecía el tipo de hombre que podrías conocer en un pueblo chico, dueño de una granja o de un vivero. No tenía dudas de que a Ellis Finch le quedaría de maravilla una camisa a cuadros.

Pero un cuerpo perfecto no compensaba una personalidad tan insoportable y odiosa. No sabía bien qué era lo que le molestaba tanto de Ellis, pero, fuera lo que fuera, la sacaba de quicio, y saber que iba a tener que aguantarlo durante el rodaje de su película solo empeoraba las cosas.

Rosemary se secó y se puso un vestido verde de líneas delicadas. Realzaba la calidez de su pelo y hacía resaltar la tinta de sus tatuajes. Se frotó un poco más de manteca de karité en los brazos, una crema que le había preparado Nour, la madre de Dina. No estaba segura de que fuera mágica —aunque Nour también era bruja—, pero la hacía sentirse como una reina. Y le daba un aroma a cacao y neroli. Se maquilló de nuevo, con un ahumado cálido que destacaba sus ojos café y un labial color vino tinto.

Se observó en el espejo. Ni Ellis ni nadie podrían hacerla sentirse pequeña esa noche. Estaban ahí solo por ella. Les iba a dejar *muy claro* quién era Rosemary Shaw.

El teléfono vibró y entró un mensaje de su papá.

«¿Qué tal la vista, cielo?», decía. Era una tradición desde que ella se había ido a la universidad. Rosemary tomó una foto del Támesis, con la gente paseando al atardecer y las farolas antiguas iluminando el río.

«Nada mal», respondió, enviándole la foto.

Su papá contestó con dos imágenes: una era una captura de la aplicación de sonidos de aves que había descargado, en la que se veían algunos pájaros que había grabado últimamente y que alimentaban la obsesión de su hija por la ornitología; la segunda era del granero, donde había una camada de tres gatitos blancos y negros y uno más pequeño, anaranjado, todos acurrucados sobre una manta térmica.

«¡Tú ganas!», respondió ella. «¿Dónde los encontraste? ¡Son hermosos!».

Llegó otra foto, esta vez de los gatitos tomando leche de mamaderas diminutas. «En el granero, pero no encontré a su madre. Me los voy a quedar, vienen bien para los ratones».

Rosemary sintió una punzada repentina de nostalgia por su papá y la casa de su infancia. Sus padres se habían mudado a la granja poco después de la muerte de su abuela, para poner en marcha su plantación de flores y calabazas. Ni siquiera cuando su mamá se enfermó accedieron a volver a la civilización; a los dos les gustaba demasiado el espacio abierto. Su mamá estaba enterrada ahí ahora, bajo su cerezo favorito, para poder descansar bajo sus ramas al sol. Se alegraba de que su papá tuviera a los gatitos para mantenerse ocupado hasta que ella fuera a visitarlo. Aunque, en realidad, no es que le faltaran cosas para hacer, entre la granja y el club de lectura del pueblo.

A veces, Rosemary pensaba en volver a casa para estar más cerca de él, y una vez se lo había preguntado. Después de una larga pausa, Russell Shaw le había dicho a su hija que solo volviera si era por ella, no por él.

«¿Les vas a poner nombre?», escribió.

«Solo si se me ocurre alguno bueno. Si no, ya lo harás tú cuando vengas. ¿Sigues pensando en venir después del rodaje, para Navidad?».

Casi podía oír la preocupación en esas palabras.

«Sí, papá. Por supuesto».

«¿Viste algún fantasma?», preguntó su padre.

Su papá sabía que podía ver fantasmas. Cuando cumplió trece, decidió contárselo a sus padres, pero a ninguno de los dos le sorprendió. Resultó que su mamá sabía que su propia madre podía ver a los muertos, y a Rosemary no le salía muy bien bajar la voz cuando charlaba con gente invisible. Pero, tal como su abuela le había indicado, sus padres le dijeron que no se lo contara a nadie más que a las personas en quienes más confiara.

«Un par. Londres es una ciudad vieja».

«Cuídate».

«Sí. Nos vemos pronto. Te quiero, papá».

«Te quiero, cielo», respondió él para despedirse.

Con el corazón un poco más pleno, Rosemary salió de su habitación y cerró la puerta.

Bajó al comedor donde se reunirían el elenco y el equipo. No sabía qué esperar: ¿el ambiente sería parecido al de la reunión o habría un clima más distendido? ¿La gente llevaría a sus parejas, suponiendo que la mayoría estuviera en Londres?

—La cena es en la biblioteca, señora —dijo un mayordomo de traje impecable, indicándole que lo siguiera por el vestíbulo. Qué mundo tan extraño en el que había terminado; un mundo en el que había mayordomos que la llamaban «señora». Con ese vestido, sin duda se lo merecía.

La biblioteca era una de las salas más bonitas que había visto en su vida. Principalmente por los libros. Estanterías que iban del piso al techo, todas talladas a mano en madera de cerezo oscuro, cubrían las paredes, y hasta había una escalera en un rincón para alcanzar los estantes más altos. Todo en esa sala era elegante y acogedor: desde los lomos dorados de los libros hasta la larga mesa decorada con jarrones de porcelana llenos de dalias y ásteres, iluminada con velas en candelabros de bronce reluciente. Sin el fuego que chisporroteaba a su derecha, la habitación habría resultado fría. Había llegado un poco tarde a la fiesta, así que tendría que seguir admirando la sala desde su asiento.

Buscó a Lyn con la mirada, pero no estaba, lo cual no la sorprendió. Si ni siquiera le habían permitido sentarse en la mesa durante la reunión, dudaba que estuviera en la cena. El grupo era mucho más reducido, quizá diez o doce personas. Jeremy estaba allí, con una mujer hermosa del brazo que le susurraba algo al oído. Rosemary se preguntó qué podía verle a un hombre como Jeremy.

Encontró su nombre y tomó asiento, observando la variedad de tenedores y cuchillos. Le envió un agradecimiento mental a Dina. En la boda de Immy, el año anterior, Dina le había explicado a Rosemary (que nunca se había sentido tan pueblerina en su vida) el orden correcto en que debían usarse los cubiertos y para qué plato servía cada uno. ¿Quién iba a imaginar que los británicos habían inventado un tenedor que solo se podía usar para el queso?

—Hola de nuevo —dijo una voz profunda y grave.

Rosemary alzó la vista y vio a Ellis sentándose frente a ella. Llevaba un jersey de cuello alto azul oscuro, el pelo peinado hacia atrás, y sus ojos grises seguían fríos, casi reprobatorios.

—¿Tuviste una buena tarde?

¿A qué estaba jugando? ¿Fingía no recordar que la había empujado a la piscina apenas una hora antes?

—En general, sí —respondió Rosemary, sin mirarlo, concentrada en la carta de bebidas con una indiferencia fingida. Por dentro, estaba hecha un nudo.

—¿Qué tal las sirenas asesinas? —preguntó Ellis con una sonrisa burlona.

—Totalmente irrecuperables, gracias a ti.

—Me disculparía otra vez, pero dudo que me creas.

Rosemary lo miró por encima de la carta.

—Por fin coincidimos en algo.

—Igual necesito preguntar —dijo Ellis—: ¿por qué estabas leyendo sobre sirenas asesinas en una piscina?

—Es relajante —respondió Rosemary, encogiéndose de hombros.

—Por favor, ilumíname: ¿qué tiene de relajante leer terror acuático mientras estás en el agua?

¿Para qué pregunta?

—Es una forma de catarsis. Estás a salvo dentro de las páginas, aunque los personajes tengan un final horrible.

—Pensé que el terror estaba pensado para dar miedo, no seguridad.

Ella entornó los ojos.

—Eso pensarías tú, ¿no?

Justo entonces, antes de que Ellis pudiera soltarle una réplica maliciosa, una mujer se sentó a su lado. Como era de esperarse, era hermosa. Y joven, poco más de veinte. Rosemary supuso que eso también debía ser previsible para alguien en la posición de Ellis, pero igual sintió una extraña decepción. La mujer tenía la piel bronceada y el pelo rubio de playa; parecía hecha de luz solar. Algo se le tensó en el pecho. *Está con alguien.* No entendía por qué eso le molestaba.

—¿No vas a presentarnos? —preguntó la mujer, alzando una ceja hacia Ellis.

—Claro. Jenna, ella es Rosemary. Rosemary, Jenna.

—Un gusto conocerte, Rosemary. ¿Eres uno de los fantasmas? Si no te molesta que te lo diga, pareces salida de una pintura.

—Oh. Eh, gracias —balbuceó Rosemary, que no estaba acostumbrada a que la elogiaran de forma tan directa cuando conocía a alguien—. Pero no actúo en la película; yo la escribí.

—Qué increíble. Yo estoy escribiendo mi propio guion ahora, así que voy a tener que aprovechar tus conocimientos.

Había algo en Jenna que resultaba genuino; era tan rápida, inteligente y cautivadora que Rosemary no pudo evitar sonreír. A pesar de la diferencia de edad, podía entender qué veía Ellis en ella.

—¿Qué tipo de guion? —preguntó Rosemary, justo cuando los meseros pasaban con una bandeja de copas de *prosecco* y dejaban una frente a ella.

—Una comedia romántica. Gira en torno a un dominante que está abriendo un calabozo sexual y la inspectora de seguridad e higiene que contrata para asegurarse de que todo cumpla las normas. El título provisorio es *Peligro de asfixia*.

Ellis tosió dentro de su copa y su mirada se cruzó con la de Rosemary por un instante. Había algo indescifrable en sus ojos.

—Bueno, con ese título ya empezaste fuerte. —Rosemary le dedicó una sonrisa a Jenna, que se recostó en la silla, visiblemente satisfecha consigo misma.

Sirvieron la entrada: un cuenco pequeño de sopa de calabaza e hinojo y una rodaja fina de pan de nuez y centeno. Mientras comían, Rosemary esperaba que alguien más se sumara a la conversación, pero todos a su alrededor estaban absortos en sus propias charlas.

—¿Y hace cuánto están juntos? —preguntó Rosemary, buscando cualquier cosa que rompiera ese silencio incómodo.

—Dos días —murmuró Ellis, al mismo tiempo que Jenna decía: —Unas semanas.

—Entiendo —respondió Rosemary, con todo el tacto que pudo reunir.

¿Por qué Ellis había dicho eso? ¿Era una broma? Y si la relación era tan nueva, ¿no deberían estar en la fase de adorarse sin parar? Si ella estuviera con alguien como Ellis —y en esa fantasía realmente le gustara su personalidad—, no se habría puesto ropa durante al menos las primeras dos semanas.

—Es algo reciente —dijo Jenna al final, aunque Rosemary notó el codazo que le dio a Ellis—. Nos conocimos por un amigo en común y conectamos enseguida.

—Qué lindo.

—¿Y tú, Rosemary? Me cuesta creer que estés soltera —dijo Jenna, dando un sorbo delicado a la sopa.

—Es muy amable de tu parte, pero sí, estoy soltera. Ya sabes cómo es el dicho: las únicas personas buenas son las de ficción.

Jenna asintió con gravedad, y Rosemary deseó que Ellis dejara de mirarla de esa forma. ¿Qué significaba esa expresión? ¿Lástima? No necesitaba su lástima. Estar soltera era una elección, y lo seguiría siendo hasta encontrar a alguien con quien realmente disfrutara pasar el tiempo. Así de simple.

—Igual, no me imagino que alguno de los personajes de ficción que escribes dé en el blanco —dijo Ellis, claramente decidido a no soltar ese tema incómodo.

—¿Por qué? —preguntó Jenna.

—Porque solo escribo historias de terror. Al final, todos están poseídos, mueren de forma espantosa o se transforman en algún tipo de monstruosidad impía. No es precisamente material romántico.

—No sé. ¿Nunca oíste hablar del romance con monstruos? —dijo Jenna.

En ese momento, Rosemary llegó a la conclusión de que ella y Jenna se iban a llevar de maravilla.

Por suerte, la mujer que estaba sentada junto a Rosemary, una empleada del estudio llamada Cathy, empezó a conversar sobre la adaptación de novelas al cine, y así no tuvo que hablar con Ellis durante el siguiente plato. Por fortuna, las porciones no eran muy grandes; Rosemary necesitaba espacio para el postre: una tarta

deliciosa de chocolate amargo y caramelo salado, decorada con piel de naranja.

Estaba en el paraíso de los postres y no quería irse jamás. Puede que incluso haya dejado escapar un pequeño gemido de placer con el primer bocado; esperaba que hubiera sido lo bastante bajo como para que nadie lo oyera.

Poco después de que un pequeño ejército de meseros retirara los platos del postre, los invitados se dispersaron hacia el bar del hotel, y Rosemary decidió que ya había tenido suficiente trato social por esa noche. Jenna había terminado en una enérgica discusión con Vincent sobre por qué Nora Ephron era la mejor directora de la historia del cine, y entre los apuros de despedirse de varias personas, Rosemary perdió de vista a Ellis. Gracias a Dios; no tenía ganas de lidiar con él otra vez esa noche.

Pensó en volver a su habitación, pero al salir al vestíbulo vio un cartel de bronce que indicaba una sala privada, con una flecha que apuntaba a un pasillo iluminado con lámparas.

Las risas de Jeremy y el golpeteo torpe de sus pasos resonaron detrás de ella, y Rosemary se apresuró a entrar en la sala; la noche sería mejor si no tenía que interactuar con él.

Entró y cerró la puerta tras de sí, respirando agitada por haber escapado de Jeremy. La sala era pequeña y acogedora, y estaba iluminada solo por un par de lámparas de mesa y un fuego crepitante de madera de manzano.

Por un momento, al fin sola, soltó un suspiro de cansancio.

—¿Escapando de la fiesta en el bar? —dijo una voz grave a su derecha, que le hizo dar un salto.

Ellis Finch, con un vaso de whisky en la mano, estaba recostado en un sillón profundo frente al fuego, con expresión sombría. Seguramente porque ella le había arruinado su momento de melancolía y alcohol.

Ellis parecía el típico dueño taciturno de una mansión, siempre listo para seducir doncellas ingenuas. Por suerte, Rosemary no era ninguna doncella.

—No me estaba escapando.

—Ah, ¿no? ¿Entonces entras en las habitaciones y suspiras con fuerza contra el marco de la puerta todo el tiempo?

—No suspiré.

Él dio un sorbo lento a su trago.

—Claro.

—Escuché a Jeremy y a sus seguidores en el pasillo —admitió ella, señalando hacia el vestíbulo—. No tengo ganas de lidiar con él esta noche. Ni de existir en ese mundo.

—Pero *ya estás* en ese mundo. O lo estarás cuando se estrene la película.

Ellis se había levantado del sillón y avanzaba despacio hacia ella. Rosemary sintió que las burbujas del *prosecco* que había bebido hacía un rato le bailaban en el estómago.

—Tal vez un poco más, pero nunca voy a ser como tú. Y me parece perfecto.

—A algunos les sirve. Disfruta tus momentos de privacidad mientras duren —dijo Ellis con una media sonrisa, y tomó un trago largo.

—¿Y tú por qué no estás allí afuera? ¿Cuál es tu excusa? No es muy caballeroso dejar sola a tu novia en una fiesta.

Ellis le lanzó una mirada fulminante por encima del borde del vaso.

—Tal vez no soy un caballero. Tal vez a mí también me gusta la privacidad, o al menos la poca que consigo. Además, Jenna no necesita a un viejo como yo.

¿Viejo? ¿A quién quería engañar?

Rosemary soltó una carcajada.

—Por favor, apenas rozas los cuarenta. Dime qué otro viejo pasa la mitad del tiempo sin camisa y embadurnado en aceite para bebés frente a una cámara.

Por la sonrisa satisfecha que se dibujó en el rostro de Ellis, Rosemary cayó en la cuenta de que acababa de hacerle un cumplido.

—Viste mis películas. —Ellis se acercó un poco más y, por alguna extraña fuerza gravitatoria, Rosemary no retrocedió.

—No intencionalmente. Están en todos lados, es ósmosis cultural. No te creas tan importante.

—Muy tarde. Me siento sumamente halagado. Me estoy desmoronando bajo el peso de tu halago.

Ahora, Rosemary sintió cómo se le dibujaba una sonrisa. Ellis terminó su trago y dejó el vaso sobre la mesa.

—La costa debe de estar despejada ya, si quieres volver a tu habitación, Rosemary.

Tenía que dejar de decir su nombre así, con esa voz grave y aterciopelada.

—En realidad, pensaba quedarme aquí y tal vez leer alguno de los periódicos.

—¿Y no te molestaría si me quedo y hago lo mismo? Podemos comparar opiniones sobre las secciones de críticas.

—Ningún problema —respondió Rosemary, apretando los dientes.

Ellis soltó una risita y apoyó la mano en la manija de la puerta, detrás de ella, rozándole el antebrazo. Sintió la calidez de su piel.

—De verdad no te caigo bien, ¿no? —preguntó.

—¿Por qué dices eso?

—Tengo ojos. Y oídos.

—No es algo personal, Ellis.

—Parece bastante personal, Rosemary —replicó él.

—Simplemente no eres como imaginé que sería Alfred.

—¿Qué tiene de malo cómo soy?

—No tienes la... forma adecuada —dijo ella, sin mucha convicción.

—¿Forma? ¿Qué forma debería tener?

Menos cuerpo de galán, estuvo a punto de decir.

—Deberías ser más delgado. Eres demasiado... alto. Se supone que Alfred es un victoriano frágil.

—No soy tan alto —bufó él, acercándose más—. Te falta imaginación. Tendrás que conformarte conmigo te guste o no.

—Está bien.

—Bueno.

Rosemary tenía la vaga impresión de que estaba pegada contra la puerta y de que Ellis estaba tan cerca que podía sentir su aliento en el rostro cuando le hablaba. Su aroma a madera inundaba todos sus sentidos. Su cuerpo bloqueaba la luz del fuego. La penumbra, el

calor que desprendía... Eran suficientes para hacerle pensar a una mujer cosas que no debía.

Esperaba que no pudiera oír su corazón, que parecía querer salirse del pecho.

—Me gustaría irme a dormir ahora, Rosemary —dijo Ellis, inclinando la cabeza para encontrarse con sus ojos.

Rosemary sintió que el sudor le brotaba por la nuca y le humedecía las manos. Lo último que necesitaba en ese momento era imaginar a Ellis Finch en la cama.

—Ve a dormir entonces.

Él se rio: una carcajada grave, profunda, inquietantemente seductora.

—Me estás bloqueando el paso.

Mierda. Estaba apoyada contra la puerta y lo único que Ellis quería era salir de allí, estar lejos de ella. Incluso había tenido la mano en la manija todo ese tiempo. Rosemary se apartó de golpe hacia un costado, muerta de vergüenza.

—Claro, perdón. Vas a querer ir a encontrarte con Jenna.

Ellis parpadeó.

—Jenna, sí. Bueno, buenas noches, Rosemary. Espero que las sirenas asesinas no te den pesadillas.

Cuando salió de la habitación, Rosemary notó un perrito pequeño que se apresuraba detrás de él y al que no había visto hasta ese momento. Tenía un pelaje plateado brillante y, al reflejar la luz del fuego, Rosemary se dio cuenta de que era translúcido.

Debajo de todo su rechazo, sintió una punzada breve de tristeza por Ellis. No solía ver fantasmas de animales y, cuando los veía, casi siempre eran perros o gatos que habían sido separados demasiado pronto de sus dueños y que no estaban listos para dejarlos. El amor entre una mascota y su humano perduraba.

Rosemary pasó la noche dando vueltas en la cama, y no fue por el desfase horario ni por las sirenas asesinas. Poco antes del amanecer, se despertó de un sueño en el que Ellis le susurraba órdenes suaves al oído; órdenes que ella estaba más que dispuesta a cumplir. Se despertó con una sensación de humedad entre los muslos y completamente descolocada. Hizo las maletas a toda prisa —su taxi

a la mansión Hallowvale pasaría en menos de una hora— y, al salir de la habitación, casi se tropieza con un ejemplar nuevo de su libro de sirenas asesinas, en el suelo junto a su puerta. Interesante.

7

A los veinte años, Ellis podía dormirse en cualquier parte. Una vez, durante el rodaje de una película de acción mediocre sobre un pirata temerario, se había echado una siesta en una de las hamacas viejas y malolientes de la galera.

Pero ya no le resultaba tan fácil conciliar el sueño, sobre todo cuando terminaba un día lleno de tensiones. La mañana anterior ni siquiera conocía a Rosemary y, en el transcurso de un solo día, había logrado sacarla por completo de quicio y arruinarle un libro. A su sensibilidad británica le resultaba doloroso. Aunque, pensándolo bien, tampoco estaba libre de culpa: la había provocado.

Había dado vueltas en la cama durante lo que le pareció una eternidad, repasando sus conversaciones. O discusiones, según cómo se mirara. Por momentos, su mente se desviaba hacia el recuerdo de cómo ella se había sonrojado en la piscina después de que él le ordenara, con suavidad, que volviera al flotador. Le había parecido... receptiva. No. Mejor no entrar en eso.

Solo pensar en ella de ese modo era peligroso. No importaba que, en teoría, fuera exactamente su tipo. Esas curvas, ese pelo... Lo iban a perseguir. Pero aun si a ella le interesara, cosa que claramente no era así, él no debería ni siquiera considerarlo. Le llevaba unos diez años, tal vez más, y estaba «saliendo» con Jenna, por lo menos durante ese mes. Había demasiadas razones en contra, incluso si una parte diminuta, infinitesimal, de Ellis se preguntaba qué sonido haría ella si le pasara el pulgar por uno de los pezones y le mordiera, apenas, ese carnoso labio inferior. Probablemente el mismo sonido que había hecho en la cena al probar el postre: un sonido que (no podía ignorarlo) le había ido directo a la verga.

Esa mañana se había despertado todavía perturbado por sueños raros en los que unas piernas tatuadas se enroscaban alrededor de su cintura. Solo dejó de sentirse así cuando el chofer salió de la autopista y tomó el camino ancho, bordeado de robles, que llevaba a la mansión Hallowvale. En algún lugar cercano, Fig estaría correteando detrás de su asistente personal, Eva, a quien había llevado para que lo acompañara durante la estadía en el *set*.

Eso era lo bueno de ser famoso: podía llevar a Fig a donde quisiera. Probablemente fuera lo más parecido a ser una diva que había alcanzado: garantizar que su mascota pudiera viajar con él cada vez que filmaba lejos de casa.

La mansión Hallowvale era aún más impresionante que en las fotos que había visto en internet, y el día acompañaba: corría una brisa fresca y limpia, y no había una sola nube en el cielo. Estaba completamente rodeada por colinas suaves y onduladas, y la piedra caliza amarillo arena de sus muros capturaba la luz del mediodía. La mansión, con sus torrecillas, ventanas góticas en arco y una enorme puerta de hierro forjado, parecía más un castillo; solo le faltaba el puente levadizo. Glicinas y hiedra trepaban por las paredes, y a un costado divisó un rosedal. La construcción tenía cientos de años: había sido levantada a mediados del siglo XVII y, a medida que avanzaban por el camino de grava que serpenteaba alrededor de una fuente con querubines, Ellis contempló con asombro las ventanas delanteras, con delicados vitrales. Era la elección perfecta para la película: de día tenía una calidez abierta y acogedora, pero a la luz de la luna la decoración gótica resultaría francamente espeluznante.

No era habitual que parte del elenco y del equipo se alojara en el *set*, pero Hallowvale tenía una casa de huéspedes muy bonita en los límites de la propiedad, donde Ellis se alojaría. El resto del equipo dormiría en hoteles cercanos. El viaje desde Londres era bastante largo, y habría muchas tomas nocturnas, así que lo más seguro para todos era quedarse cerca. Ellis se preguntó dónde se alojaría Rosemary, teniendo en cuenta su rol de productora ejecutiva y guionista.

Los otros autos, en uno de los cuales viajaban Rosemary y Lyn, su asistente, a quien Ellis ya había conocido en rodajes anteriores, se detuvieron a su lado. Observó a Rosemary mientras contemplaba la mansión. Vio en sus ojos un brillo de emoción y una sonrisa reservada se dibujó en sus labios. Quiso saber qué estaba pensando. ¿Hallowvale era todo lo que había esperado? Ni una sola vez reparó en cómo los jeans que llevaba puestos le ceñían los muslos y el trasero de una forma encantadora. De hecho, ni sabía qué llevaba puesto: tan poca atención le había prestado.

Oyó ladrar a un perro y, de repente, Fig estaba a sus pies, moviendo la cola con entusiasmo y saltándole encima.

—Hola, preciosa, te extrañé —dijo Ellis, inclinándose para llenarla de mimos, mientras ella se daba vuelta de inmediato para que le rascaran la barriga.

—Espero que no te haya dado muchos problemas —dijo cuando Eva le pasó la correa. Con Fig ahí, se sentía un poco más tranquilo.

—Para nada, siempre es un encanto. Se cansó persiguiendo palomas torcaces en el campo de allá —le contó Eva con una sonrisa, mirando a la perrita.

—Vaya, vaya, si es Ellis Finch —exclamó una voz elegante y potente. Lance Lilitree, joya de la corona de los actores clásicos británicos, se acercó con paso despreocupado, con su bastón decorativo en la mano. Si Ellis no lo hubiera conocido bien, habría pensado que Lance ya llevaba puesto el traje de lord victoriano de la mansión.

—Lance, qué gusto verte —dijo Ellis, sonriendo mientras se abrazaban—. Tanto tiempo sin vernos.

—Es verdad. Ahora tienes unas cuantas canas más, pero a mí todavía no me salió ni una. —Lance rio, consciente de la broma recurrente de los tabloides sobre su afición a teñirse el pelo.

—No todos nacemos bendecidos —dijo Ellis—. Lamento que no hayas podido acompañarnos anoche.

—Yo también —respondió Lance, compungido—, pero mi querido Arthur actuaba en el Sam Wanamaker y no me lo quería perder por nada del mundo. Hace un Yago tan perverso que es una maravilla.

—No me cuesta creerlo.

Lance se inclinó hacia Ellis y le susurró al oído en un gesto conspirador: —¿Ya la conociste?

—¿A quién? —preguntó Ellis, frunciendo el ceño.

—A nuestra talentosa autora, nuestra guionista extraordinaria. Rosemary Shaw.

—Ah..., sí. Estuvo anoche.

—¿Y? —Los ojos de Lance se agrandaron—. Hablé con ella por teléfono hace unos meses, para resolver algunas dudas que tenía sobre lord Parlow, y me pareció un encanto. Si yo jugara para el otro equipo y tuviera cuarenta años menos, sin duda le habría anotado mi nombre en su tarjeta de baile. Para ser tan joven, es sumamente audaz y brillante, ¿no es cierto?

Como Rosemary no estaba cerca para oírlo, Ellis admitió la verdad.

—Sin duda. Es muy perspicaz.

***

No pudo seguir charlando con Lance mucho más porque todo el elenco principal y el equipo de rodaje —entre ellos Vincent, Jeremy, Cathy, Lance, Marissa y Rosemary— fue llevado a una visita guiada de reconocimiento por la mansión.

Vincent y Jeremy ya habían estado en la casa, así que el objetivo de la visita era familiarizar a Ellis y a Lance con su distribución y con algunos lugares clave donde filmarían. Vincent se involucraba de una forma muy práctica con el trabajo de dirección, algo que Ellis valoraba muchísimo.

La visita la encabezaba una mujer blanca, ya mayor y de porte distinguido: la señora Fairfax, administradora de la finca. A Ellis le recordó a una maestra severa de primaria.

Al principio del recorrido, alrededor de la fachada principal, Vincent se acercó a Ellis para hablar sobre algunas tomas importantes que quería hacer y cómo quería que las abordara. Aunque estaba concentrado en «modo trabajo», Ellis no podía evitar sentir la presencia de Rosemary detrás de él, conversando animada con Lance. De tanto en tanto, oía destellos de su acento sureño o alguna carcajada. Cuando estaba con él casi no sonreía, y jamás se

reía. ¿Qué hacía Lance que él no? Ah, claro: Lance no se empeñaba en sacarla de quicio.

Hicieron una pausa junto a la base técnica, a la derecha de la entrada principal, donde había camiones y tiendas de campaña de las distintas secciones y un enjambre de gente descargaba y armaba el equipo para el rodaje del día siguiente.

Mientras Vincent y Jeremy se detenían a hablar con uno de los asistentes de dirección, Ellis sintió que Fig tensaba la correa y, antes de poder sujetarla, salió disparada.

Por suerte, no se alejó demasiado. Por desgracia, parecía haberle tomado cariño a Rosemary y movía la cola con frenesí mientras restregaba el hocico en su mano.

—Eres una cosa preciosa —le oyó decir cuando se acercó. Sus miradas se cruzaron; Ellis notó cómo la expresión de ella se oscurecía casi al instante, como una repentina tormenta de abril.

—Supongo que debería agradecerte por el libro —dijo ella, sin sonar agradecida en lo más mínimo.

—No, no tienes por qué. Primero y principal, fue culpa mía que se haya estropeado.

—Bueno. De todos modos, gracias.

—Aunque sí deberías disculparte —soltó Ellis, un poco en contra de su voluntad. ¿Estaba coqueteando con ella? *Mierda*.

Rosemary alzó una ceja y se puso de pie. En ese momento, sopló una de esas frías ráfagas de octubre que le levantó el pelo hacia él. Aroma a lavanda y menta.

—¿Por qué sería eso? —preguntó.

—Me quedé leyendo un rato el libro sobre las sirenas asesinas. Da miedo. Me tuvo despierto toda la noche.

—¿O sea que soy la culpable de que no hayas dormido bien?

Sí, me persigues hasta en sueños, pensó.

—Tu elección de lectura.

—No es mi culpa que seas un miedoso.

Ellis soltó una carcajada tan fuerte que Lance giró la cabeza en su dirección.

—No soy un miedoso.

—Ah, ¿no? —dijo Rosemary, inclinando la cabeza a un lado—. Demuéstralo. Dime qué otras cosas de terror leíste o viste. Acepto películas y libros por esta vez.

—Qué generosa. *La posesión del mal*.

—Eso no cuenta, y lo sabes.

Ella se acercó un paso más, y Ellis sintió una sacudida en la mano; por un instante desesperado, quiso tocarla.

—Me ganaste. —Se inclinó hacia ella, lo bastante cerca como para ver sus labios teñirse de un color cereza—. No veo mucho terror, Rosemary. Es mi secreto más oscuro y terrible.

Rosemary parecía estar conteniendo las ganas de darle un manotazo.

—No hablas en serio.

—Muy en serio, me temo. Nunca estoy de humor para eso. Soy más de las comedias románticas.

—¿Y *El exorcista*?

—No.

—Pero es un clásico. —Rosemary parecía a punto de llorar—. ¿*La nave del terror*? ¿*La cosa del otro mundo*? ¿*El resplandor*?

—Perdón, soy un novato en el género de terror.

—Si vas a interpretar a Alfred, tienes que haber visto los clásicos. Te voy a hacer una lista. Considéralo investigación.

—¿Quieres que vea una pila de películas de terror mientras estamos en una casa gigante y antigua que bien podría estar embrujada?

—¿Tienes miedo?

—No, no creo en fantasmas ni nada de eso.

Rosemary se acercó un poco más, con una sonrisa casi imperceptible en los labios.

—Deberías.

—Y si las veo, ¿eso va a hacer que por fin creas que soy la elección correcta para tu película?

Ahí estaba otra vez, mirándolo con esos profundos ojos cafés. Tan profundos como para ahogarse en ellos.

—Lo voy a considerar.

***

La señora Fairfax los llevó luego a la casa de huéspedes, sobre todo porque Jeremy se quejaba del frío del campo y quería cambiarse antes de continuar el recorrido por la mansión antigua, que seguramente tendría muchas corrientes de aire.

Esta casa debía tener un cuarto del tamaño de la mansión, y a Ellis le gustó aún más por eso. Estaba en un claro abierto y recibía el sol de lleno. Allí se alojarían Ellis, Lance, Rosemary, Vincent, Jeremy y algunos miembros del equipo durante el rodaje. Trató de no pensar en que Rosemary dormiría bajo el mismo techo ni en por qué eso le importaba. Por una charla breve con Lance había sabido que la agente de Rosemary era muy astuta y había negociado que ella formara parte plena de la producción, lo que incluía la estadía con el elenco y el equipo principal.

—Es una belleza —exclamó Rosemary, y él asintió con total convicción. Parecía casi una cabaña grande, con una puerta de madera roja brillante, piedra cálida y una fachada acogedora. Dos altos árboles perennes flanqueaban la casa, y Ellis oyó el canto alegre de los pájaros. Estaba deseando volver a despertarse con el canto de las aves después de haber pasado la noche en el hotel de Londres, donde no se oía.

—Pasen, pasen —dijo la señora Fairfax, sosteniendo la puerta principal. Antes de entrar con Fig, Ellis se inclinó para comprobar que no tuviera barro en las patas.

La entrada daba a una escalera curva, con una ventana alta que iluminaba el vestíbulo y sus baldosas blancas y negras con una luz dorada.

—Por allí está la cocina, a gas y equipada con un refrigerador bien provisto. Avísennos si necesitan algo en particular y mandamos a alguien al pueblo a comprarlo. Por ahora, compré una selección general —dijo la señora Fairfax. Luego giró a la izquierda y los condujo a una sala de estar con paneles azul claro que daba al frente de la casa. Una chimenea con leña apilada, apagada por el

momento, era el centro de la habitación. Sillones cómodos y un sofá donde entraban cinco personas ocupaban el resto del espacio en torno a la chimenea. Del otro lado había estanterías con libros y un piano pequeño. Las paredes estaban cubiertas de cuadros de paisajes desparejos y retratos en miniatura: era el paraíso del maximalismo.

—Esta es la sala principal. Siéntanse libres de usarla cuando quieran.

—¿Quién vivía aquí en su época? —preguntó Rosemary.

—Esta casa estuvo ocupada por la viuda lady Lightbourne, madre del duque de Lightbourne. Se decía que organizaba unas fiestas hermosas en esta sala —respondió la señora Fairfax, pasando la mano por la repisa de cerezo pulido.

—Como haremos nosotros —exclamó Lance, dando una palmada —. Ahora que vi que hay un piano, tenemos que organizar nuestra propia velada, ¿no les parece? Esta noche nos reuniremos aquí después de la cena para conocernos mejor.

Sonrió y asintió de un modo que no admitía objeciones.

8

En menos de cinco minutos de haber puesto un pie en la mansión Hallowvale, Rosemary supo sin lugar a dudas que estaba embrujada. Maira, una de las responsables de localizaciones, y la señora Fairfax les estaban dando a Ellis, Rosemary, Lance y Vincent un recorrido por la mansión, esta vez centrado solo en las habitaciones donde se filmaría.

Le envió un agradecimiento silencioso a Josephine, su agente, por haber negociado sin descanso para incluirla en todos los aspectos de la producción. Había visto la sorpresa de Ellis al enterarse de que ella se quedaba en el lugar. Probablemente esa fuera otra razón por la que no la soportaba: se metía demasiado. ¿Y qué sabía él? Su carrera no dependía enteramente del éxito de esta película.

En el gran salón de entrada, donde dos escaleras curvas ascendían hasta un rellano en el entrepiso, todo de madera cálida iluminada en un caleidoscopio de colores por los vitrales a su espalda, Rosemary vio a personas de distintas áreas del rodaje montando todo. Los escenógrafos y el equipo de cámara iban y venían desde las puertas principales hacia las salas que se abrían desde el salón de entrada, cargando estuches rígidos, trípodes y otros equipos de filmación cuyos nombres Rosemary desconocía. Un grupo apilaba los estuches unos sobre otros, formando una torre de cajas negras en un rincón, antes de salir a buscar más equipo.

Fue en ese momento cuando las vio. Dos mujeres vestidas de una forma totalmente diferente a la ropa negra, pulcra y deportiva del equipo técnico. Tendrían alrededor de veinte años, pero su vestimenta pertenecía claramente a la época de la Regencia. Llevaban vestidos de día sencillos, de algodón, teñidos en rosa

pálido y crema, y el pelo recogido en moños bajos: una con rizos castaños oscuros, la otra rubia ceniza. Aunque por un segundo Rosemary pensó que podían ser extras, ambas tenían ese brillo antinatural en los bordes. Y además estaban discutiendo a los gritos, sin que nadie más pareciera notarlo.

—¡Cómo te atreves! —le gritó la fantasma morena a la otra—. Todo este tiempo y nunca me lo dijiste.

—No me mires así, nunca lo habrías entendido —le devolvió su compañera con un grito cargado de dolor.

Rosemary sintió el tumulto emocional que irradiaban en oleadas, y quizá no fuera solo cosa suya: la gente a su alrededor parecía un poco más irritable, más triste que un momento antes. Pero los fantasmas no podían contagiar sus emociones a los vivos, ¿o sí?

La mujer morena tomó algo que parecía un paquete con guiones, que estaba apoyado sobre uno de los estuches negros, y se lo arrojó a la otra. Un par de personas parecieron darse cuenta, pero, con tanta gente moviéndose, seguramente pensaron que alguien más lo había tirado. Por experiencia, Rosemary sabía que la mente de las personas no pensaba enseguida en fantasmas cuando veía algo raro.

El paquete no atravesó el cuerpo de la otra, como Rosemary había esperado, pero soltó un grito ahogado, más de frustración que de dolor, y se alejó furiosa, dejando a la morena hirviendo de rabia al otro lado del salón.

—¡No me vuelvas a hablar nunca más! —le gritó, y salió corriendo hacia una pared cercana y desapareció.

A Rosemary no le sorprendió demasiado que hubiera fantasmas en Hallowvale. Al fin y al cabo, era una casa antigua. Lo que no esperaba era ver a un par de fantasmas que llevaban siglos allí y que aún conservaban la capacidad de manipular la materia. ¿Podían tomar cosas y arrojarlas, pero también atravesar paredes sólidas como si fueran aire? Tendría que replantearse su definición de lo que un fantasma podía hacer.

Lo que más la perturbó fue cómo la ferocidad de la pelea parecía haberse filtrado, aunque fuera por un instante, hacia los vivos. Tal vez solo lo había imaginado. De cualquier modo, tendría que mantenerse alerta y usar la vela repelente de fantasmas que Dina le

había hecho. Esa noche, y todas las noches hasta que se fuera de Hallowvale, iba a encenderla y a esparcir sal en la puerta de su habitación.

Al darse cuenta de que se había quedado atrás demasiado tiempo, Rosemary apresuró el paso para alcanzar al grupo, internándose en un pasillo en penumbras, con retratos de hombres de aspecto serio acompañados de sus perros de caza, que la observaban desde las paredes.

Oyó voces apagadas más adelante y se detuvo antes de entrar en una de las salas laterales. No estaba segura de qué la había detenido. Las voces se volvieron más claras.

—Quedaría mejor simplemente con pronunciación estándar —decía Jeremy—. Es lo que pidió el estudio.

—¿Mejor para quién? —replicó Vincent, en un susurro.

—Para el público estadounidense, sin duda. —Esa voz era la de Ellis.

—Bueno, si es algo por lo que van a hacer tanto escándalo, supongo que podemos hacerlo con pronunciación estándar. ¿Ellis? —preguntó Vincent.

Rosemary se acercó despacio, procurando no pisar una tabla que chirriara. Era raro escuchar a esos hombres tener lo que parecía ser una reunión secreta sin ella. No podía estar segura de que no la hubieran incluido si no se hubiera rezagado, pero el tono bajo le despertó sospechas.

—El público estadounidense no tuvo problemas con series como *Peaky Blinders*, así que pueden soportar un leve acento de Mánchester.

—¿De verdad importa tanto? —se quejó Jeremy.

—Sí, importa. El acento norteño de Alfred refuerza su personaje. Hace que su tío lo vea como de menor estatus social. Le va a dar más matices a la película —dijo Ellis. ¿Estaba defendiendo su libro?

—Sí, sí. Estoy de acuerdo con Ellis —respondió Vincent con vehemencia—. Lo siento, Jeremy, vas a tener que darle la mala noticia al estudio.

—No se van a poner contentos —aseguró Jeremy.

Rosemary retrocedió y se escabulló hacia un pequeño nicho con una ventana en arco. Ellis había defendido su guion, había discutido a su favor para asegurarse de que la película fuera fiel al original, y ella ni siquiera estaba en la misma habitación cuando pasó. ¿Por qué lo haría? Recordó el libro y el guion llenos de anotaciones que Ellis había llevado a la reunión en el hotel Cloverwood. *Tal vez le importa*, pensó. También había algo en la forma decidida en que había hablado. No era una orden, no. Pero sí había un ligero tono de autoridad en su voz. Eso significaba que lo que decía era definitivo. Y eso, tuvo que admitir Rosemary, era muy excitante. El intercambio que habían tenido la noche anterior volvió a su mente: la sensación del aliento cálido de Ellis en su clavícula cuando le dijo que estaba bloqueándole el paso. Bueno, sí, era muy excitante. Había algo en él que la hacía pensar que sería así en la cama. Dominante. Amable. No es que eso fuera a pasar, porque, por un lado, Rosemary, por más orgullosa que estuviera de su aspecto, no tenía el cuerpo que los hombres de este siglo consideraban atractivo, y, por otro, Ellis estaba saliendo con Jenna Dunn y, aunque un poco desparejos, parecían bastante felices. Rosemary no era de romper parejas. Pero podía permitirse imaginar ciertas cosas, ¿no? No había nada malo en eso. Quizá Ellis no fuera tan terrible para Alfred como ella había pensado.

—Parece que hubieras visto un fantasma. —La voz grave de Ellis sonó a su lado, y Rosemary se dio cuenta de que se había perdido tanto en su pequeño ensueño fantasioso que no lo oyó acercarse.

—¿Qué? —balbuceó. ¿Podía adivinar lo que estaba pensando? ¿Estaba escrito en sus pupilas dilatadas y en el rubor de sus mejillas?

—Dije que parece que hubieras visto un fantasma. —Dio un paso más hacia ella. El aroma familiar a cedro y jabón invadió sus sentidos. Mierda, ¿en qué momento el olor de Ellis se había vuelto familiar?

—Ah, sí; de hecho, vi dos. En el salón de entrada. —Guiñó un ojo, esperando que el humor disimulara el revoloteo de mariposas en su estómago. Ellis soltó una risa seca.

—Vamos. La señora Fairfax va a mostrarnos la torre embrujada.

Rosemary asintió y salieron del nicho. Pronto alcanzaron al grupo y, a medida que se internaban más en las entrañas de la mansión, el entusiasmo de Rosemary iba en aumento.

Podía imaginar con facilidad a sus personajes caminando por esas salas, sentados en sus escritorios a la luz de las velas. Podía ver a los espectros y demonios que había creado acechando en rincones helados, esperando atacar. Era perfecto.

—Y justo aquí arriba hay una habitación llamada el Campanario. Es el dormitorio más alto de la casa, y creemos que funcionó como laboratorio de un astrónomo aficionado.

—Esta será la habitación de Alfred —dijo Vincent por encima del hombro, mientras empezaban a subir por una escalera angosta y en espiral, tallada en piedra.

Solo cabía una persona a la vez en los escalones de losa, y Ellis le indicó a Rosemary que pasara primero. Mientras subía, notó una serie de vitrales delgados que dejaban entrar la luz. Pero no eran como los del salón principal. Cada panel, unido al siguiente, mostraba un grupo de hadas danzando alrededor de hongos de sombrero rojo en un claro del bosque.

—¿Quién hizo estos vitrales? —preguntó, dirigiéndose a la señora Fairfax, que venía detrás de Ellis.

—¿Las ventanas? Curiosamente, no lo sabemos. Deben de haber sido encargadas cuando se construyó la casa, pero no hay rastro en los registros.

—Es raro ver hadas en un vitral así; uno esperaría algo religioso —agregó Ellis.

—En efecto. Aunque se dice que los bosques entre Hallowvale y Osprey House, la otra mansión georgiana más pequeña que hay cerca, estaban repletos de seres feéricos. Así que quizá no sea tan extraño —dijo la señora Fairfax con un tono nostálgico.

Rosemary dio un paso adelante para mirar el cristal más de cerca, pero el pie se le resbaló en una hendidura gastada del escalón.

Perdió el equilibrio al instante, cayó hacia atrás y se giró hacia un lado, esperando sentir la piedra fría contra la espalda.

En cambio, sintió dos manos cálidas aferrarse a su cintura de ambos lados, sosteniéndola con firmeza.

Ellis logró sujetarla antes de que cayera, así que solo giró sobre sí misma. Quedó frente a él. Sus manos se apoyaron contra su pecho musculoso, y sintió el subir y bajar de su respiración. El corazón de Ellis latía rápido bajo sus dedos. Rosemary alzó la vista, lista para disculparse, para agradecerle, para decir cualquier cosa...

—Te tengo —resolló Ellis. Sus palabras le provocaron una oleada de calor que le recorrió la columna.

Al atraparla, las manos de Ellis debieron deslizarse sin querer entre el jersey y los jeans de ella. Sus dedos se hundieron en la curva baja de su espalda. En su piel desnuda.

Rosemary estuvo a punto de gemir al sentir esa intimidad tan absoluta, el contacto de su piel caliente contra la suya. Ellis debió de notarlo al mismo tiempo, pero no retiró las manos; la sostuvo hasta que ella recuperó el equilibrio. El mundo se desvaneció: solo estaban ellos dos.

—Las escaleras son viejas —susurró Rosemary.

—Sí.

—Me resbalé.

Ellis la miró desde arriba y ella hubiera jurado que, por una fracción de segundo, su pulgar le acarició la piel, de un lado a otro.

—Te atrapé.

—Gracias —dijo con voz entrecortada.

—De nada —respondió Ellis, y el gris de sus ojos se mostró más oscuro y profundo que antes.

Solo cuando la señora Fairfax se aclaró la garganta Rosemary se dio cuenta de que seguían detenidos en la escalera y que los demás ya estaban en el Campanario.

Se dio vuelta y subió el resto de los escalones de a dos, alejándose de Ellis lo más rápido posible. Antes, al menos, lo odiaba. Era gruñón, grosero, insensible y había arruinado su libro. Pero ahora... ¿qué? Ya no podía decir que Ellis Finch le resultara indiferente. El lugar donde su mano le había tocado la cintura estaba ardiendo.

9

Rosemary se sintió aliviada al enterarse de que Ellis, al igual que Lance, tenía habitaciones en otro piso de la casa de huéspedes, lejos de la suya. No hacía falta cruzárselo a primera hora de la mañana ni al final de la noche.

Cuando terminó el recorrido por la mansión, Vincent tuvo que acudir a una reunión con los asistentes de dirección, y Ellis se fue a su tráiler de peluquería y maquillaje para hacer nuevas pruebas de vestuario. La presencia de Rosemary no era necesaria en el *set* en calidad oficial hasta el día siguiente —y tampoco tenía mucho que hacer más que observar cómo filmaban su película y dar algún consejo de vez en cuando—, así que volvió a su habitación y desarmó la maleta. Bajo la ventana había un escritorio hermoso, con vistas al bosque supuestamente infestado de hadas.

Se sentó e intentó escribir. Logró una línea, luego otra. Por primera vez en un par de semanas, Rosemary sintió que algo en su cerebro empezaba a palpitar, como si la puerta a la parte creativa de su mente se estuviera abriendo poco a poco, centímetro a centímetro. Entonces apareció un correo en la pantalla, de su editora en Estados Unidos. Solo quería saber cómo iba todo. ¿Creía que podría enviar el primer borrador completo el mes siguiente, tal como habían acordado?

Rosemary inspiró con un sobresalto, y la puerta en su mente se cerró de golpe. Una sensación de ansiedad fría le invadió el cuerpo y volvió a aplastarla. *No, no está listo*, quiso gritar. Necesitaba tiempo. Tiempo para respirar y escribir a su ritmo, para crear una novela de la que pudiera sentirse orgullosa de verdad. Pero, hasta ahora, siempre había cumplido con las fechas de entrega. No quería que su

editora pensara que algo andaba mal, ni con ella ni con el libro. Sabía que trabajaba con otros autores más difíciles y no quería convertirse en una de esas personas. Iba a tener que encontrar la forma de terminar el borrador en el próximo mes. No había otra opción. Ese había sido su mantra durante un tiempo ya: si había que hacerlo, lo haría. Sin importar cuántas noches sin dormir o ataques de pánico por estrés implicara.

Intentó continuar, pero después de eso le resultó imposible encontrar las palabras. Había camiones de comida en el *set*, así que fue a buscar algo rápido para cenar y se lo llevó de vuelta a la habitación para intentar escribir un poco más.

Cuando regresaba, la tarde iba dando paso a la noche, y el bosque a su alrededor cobró vida con una orquesta de cantos de pájaros: zorzales con sus trinos melodiosos, las grajillas con sus graznidos roncos y otras aves pequeñas con sus gorjeos encantadores. Algo del peso que la agobiaba se le aflojó en los hombros.

Debería salir al bosque, tal vez la mañana siguiente, antes de que empezara el rodaje, y observar las aves. En toda la locura de los últimos dos días, Rosemary había olvidado una de las cosas que más la habían entusiasmado de visitar la campiña inglesa. Se alegró mucho de haber empacado los binoculares y su libro sobre aves de jardín británicas.

***

Una hora después, Rosemary oyó un golpecito suave en la puerta abierta.

—Hola, preciosa. Estoy organizando una pequeña velada abajo, como prometí. ¿Bajas o...? —Lance llevó la vista por encima del hombro de Rosemary hacia la computadora abierta, con el documento de Word a medio llenar—. ¿Necesitas trabajar un poco más?

Alejarse un rato del terror blanco de la pantalla seguramente le haría bien.

—Me cambio y bajo enseguida —respondió con una sonrisa, lo que le valió un gesto aprobatorio de Lance.

Se cambió y se observó en el espejo del baño en *suite*.

Se había puesto un vestido verde con lunares blancos que realzaba su escote de una forma muy atractiva, aunque dejaba algo de espacio para la imaginación con su falda suelta. En la casa hacía un poco de frío, así que se puso un cárdigan color crema.

Pensó que estaba bastante bonita, con su piel pálida sonrojada, los labios pintados de rojo y el pelo cobrizo. Siempre había odiado usar lentes; creía que le tapaban el rostro, hasta que un día, en una *boutique* en Savannah, una óptica la ayudó a encontrar un armazón que se ajustara a la forma de su rostro. Con dos pares de lentes estilo ojo de gato en su bolsa, se terminó el problema.

Ahora Rosemary usaba la ropa y los lentes como un arma contra el mundo. También los tatuajes, supuso. Si proyectaba seguridad, tal vez lograría engañar a su mente para que creyera que de verdad la tenía. Respiró hondo un par de veces, buscando afirmarse, mientras se miraba en el espejo.

—No hay nada por lo que ponerse ansiosa —se dijo—. Es solo una reunión íntima entre colegas. No hay presión. Sé tú misma.

Su reflejo no parecía tan convencido. Al menos Lance iba a estar ahí, y además podía simplemente evitar hablar con Ellis.

Lo curioso era que evitar a Ellis ya no tenía el atractivo que había imaginado. Rosemary admitió que tal vez disfrutaba discutir con él. El verdadero problema era si estaba en condiciones de sostener una conversación con el hombre más sexi de 2022, según la revista *GQ*, sin recordar el calor abrasador de su mano en la parte baja de su espalda.

Justo cuando estaba por salir, el teléfono vibró.

Era un mensaje de Immy en el chat grupal Las Raras.

«¿Cuántos fantasmas viste?», decía el texto.

«Dos mujeres de la época de la Regencia, pero ninguno más por ahora».

«¡Qué genial!», comentó Dina. «¿Vas a hablar con ellas?».

«No estoy segura todavía. Cuando las vi, estaban discutiendo. Y no quiero que nadie me vea y piense que estoy loca».

«De todos modos, van a pensarlo», replicó Immy, con varios emojis de corazones para que Rosemary entendiera que estaba bromeando. A veces, Rosemary admitía que le costaba captar el humor británico tan seco de sus amigas.

«¿Cómo es la casa?», preguntó Dina.

«Hermosa. Espeluznante. Exactamente como debería ser. Y ya me doy cuenta de que hay un montón de aves increíbles por aquí. Mañana voy a salir a observar pájaros».

«Estás completamente loca, te amo», dijo Dina. «¿Algún otro intercambio con ya sabes quién?».

La sensación de la mano de Ellis acariciándole la piel de la espalda volvió a golpear a Rosemary como un rayo.

«Nada fuera de lo normal. Está saliendo con Jenna Dunn».

No estaba segura de por qué no se lo había contado antes a sus amigas. Tal vez porque no quería pensar demasiado en eso; si lo hacía, terminaría hecha un manojo de excitación y emociones confusas.

Immy envió varios emojis de caritas furiosas, seguidos de: «¿¿¿Quién mierda es???».

«¿Estás segura?», escribió Dina. «Porque mi mamá le leyó las cartas y dijo que está soltero. Y las cartas no mienten».

«Si tú lo dices», respondió Rosemary. No quería decirle a Dina que su magia estaba equivocada, considerando cuántas veces se había demostrado lo contrario. Pero ella los había visto juntos y había confirmado que estaban saliendo. *Tal vez las cartas no siempre aciertan*, pensó Rosemary mientras bajaba las escaleras.

Escuchaba a Lance juguetear con las teclas del piano mientras avanzaba, y la risa grave de Ellis por algo que Lance debía de haber dicho. ¿Cómo encajaba ella en ese mundo? ¿Y cómo se suponía que iba a vivir todo eso —quedarse en ese lugar precioso, ver cómo su propio libro cobraba vida— y después volver a su vida de todos los días? La idea de regresar a su pequeño apartamento siempre la había llenado de alegría, pero ahora le resultaba sofocante. Extrañaba estar en el mismo país que sus amigas, saber que estaban a un viaje en auto o en tren de distancia (Inglaterra realmente era *diminuta*).

Inspiró hondo y empujó la puerta de la sala. El aire estaba más cálido adentro, seguramente porque en la chimenea crepitaba una hoguera de leña de roble que impregnaba la habitación con un aroma dulce a madera. Lance tocaba un dúo con un hombre elegante y pequeño, que tenía la cabeza apoyada en el hombro de Lance mientras compartían el taburete del piano. A Rosemary le tomó un segundo reconocerlo: era Arthur, el esposo de Lance, que meses atrás la había saludado desde el fondo de una llamada por Zoom, con un delantal que decía «Besos para el chef», cuando se reunió con Lance antes de que empezara el rodaje.

Ellis estaba sentado en el piso, recostado contra el brazo de un sofá. Tenía pegada en el rostro una sonrisa boba mientras miraba a Fig forcejear con un juguete para morder. Él no podía verlo, pero Fig intentaba arrancarle el juguete de la boca al perro fantasma, que le devolvía el juego con entusiasmo. Así que los dos perros podían verse. Interesante. Los animales, igual que los niños pequeños, tenían facilidad para detectar fantasmas, pero Rosemary se preguntó si Fig habría conocido a ese perro cuando aún estaba vivo.

—Rosemary, querida, ya casi pensaba que no vendrías. Me preguntaba si el desfase horario no te habría ganado la pulseada —dijo Lance desde el piano, con una sonrisa radiante, y de inmediato se puso a cantar «Love Grows Where My Rosemary Goes», aparentemente en su honor. Ella no pudo evitar devolverle la sonrisa; su mamá solía cantarle esa canción cuando era chica.

—Perdón, solo necesitaba refrescarme un poco —dijo, y se acercó al sofá. Sintió la mirada de Ellis sobre ella, incluso mientras jugaba con Fig. Uf, con el fuego encendido hacía un calor tremendo. Se quitó el cárdigan y lo dejó a su lado, sobre el sofá.

Arthur dejó su lugar junto a Lance y fue a sentarse junto a ella.

—Es un placer conocerte por fin, nuestra guionista extraordinaria. ¿Qué se siente ser la mujer más importante de la habitación? —le preguntó Arthur, con una sonrisa que le arrugaba las comisuras de sus ojos azules.

—No me adules así, no se me da bien recibir halagos tan directos —bromeó Rosemary.

—Vas a tener que acostumbrarte, querida. —Arthur le dio unas palmaditas en la mano, como si fueran amigos de toda la vida—. Cuando esta película se estrene, todos van a querer un pedazo del pastel Rosemary. Vamos, Ellis, dile algo bonito a nuestra chica para que se sienta más cómoda.

—Ay, no, no hace falta... —Rosemary se giró hacia Ellis—. No tienes que...

—Me gusta tu vestido —dijo Ellis en un susurro apurado, casi como si no quisiera admitirlo.

—¡Y esos tatuajes! Madre mía —agregó Arthur—. Quiero hacerme uno con Lance, pero él se niega.

—¿Qué te harías?

Arthur sonrió con dulzura.

—Un par de gorriones.

—¿Por qué gorriones? —preguntó Ellis.

—Porque se emparejan de por vida —respondió Rosemary, apretándole la mano a Arthur—. Me parece una idea preciosa.

—Entonces, tendrás que convencer a Lance; dice que tiene menos tolerancia al dolor que un bebé.

Al oír su nombre, Lance hizo un trino dramático en el piano para llamar la atención.

—Ahora que los tengo a todos reunidos, espero que consientan las excentricidades de un viejo y que nos regalemos un pequeño baile. Yo, por supuesto, seré la orquesta de esta noche. Arthur, amor mío, ¿pasas las páginas por mí? —Le dedicó a Rosemary una sonrisa de disculpa—. Mis reflejos ya no son los de antes.

Mientras Lance y Arthur elegían una canción y Ellis charlaba con Vincent y su pareja, que miraban uno de los mapas antiguos de la finca, Rosemary se entretuvo acercándose al bar. O, mejor dicho, al globo terráqueo. El globo se abría a la mitad: arriba había botellas de distintas bebidas alcohólicas y, abajo, un refrigerador pequeño para bebidas frías.

Rosemary no era de beber mucho, pero un poco de coraje líquido no le vendría mal esa noche.

—¿Ya te instalaste en tu habitación? —Ellis se acercó y se colocó a su lado, en un ángulo que le impedía a Rosemary ver a nadie más

en la sala; solo podía sentir el calor del cuerpo que estaba junto a ella.

—La habitación es preciosa, sobre todo el escritorio grande para escribir. Solo le falta la silla perfecta.

—¿Y cuál sería la silla perfecta para escribir? —Ellis ladeó la cabeza y una sonrisa divertida se dibujó en sus labios.

—Un puf. ¿Alguna vez te sentaste en uno?

—Suena más a algo para dormir la siesta que para escribir.

—Tendrás que confiar en mí, Ellis: el puf envuelve el cuerpo de una forma perfecta.

—Anotado —murmuró él, aclarándose la garganta.

—¿Y tú ya te acomodaste bien? —preguntó Rosemary.

—Ahora sí, pero Fig armó un escándalo tremendo en las habitaciones de arriba: gruñía al aire como loca, así que nos cambiamos. Ahora estoy al lado de tu habitación.

¿Ellis dormía en la habitación contigua a la suya? ¿Y si Jenna iba a quedarse? Dios, todo resultaba un poco mortificante. Rosemary sintió cómo se le encendían las mejillas.

—¿Me perdonas por fin por arruinar tu libro si te preparo un trago? —dijo Ellis. Se inclinó hacia ella al hacer la pregunta, y su aliento tibio le rozó el cuello y le erizó la piel.

—Depende de si me gusta el trago.

Una sonrisa enorme brotó de sus labios.

—Te va a gustar. ¿Suave o fuerte?

La mente de Rosemary se fue directo al abismo.

—Fuerte, por favor.

Ellis sacó una botella de ron oscuro especiado, jugo de limón y una botellita redondeada de jarabe de arce. Midió las cantidades, llenó la coctelera con hielo y, con un golpe seco, encajó el vaso y la coctelera. Rosemary observó, casi hipnotizada, cómo sacudía la coctelera de un lado a otro, con los antebrazos tensos, hasta que separó las piezas y sirvió el cóctel en una copa elegante, que puso delante de ella.

—Dime qué te parece.

El líquido tenía un tono dorado profundo. Rosemary dio un sorbo pequeño; primero sintió el sabor picante del ron, un ardor exquisito

que le recorrió la garganta. Después llegó el dulzor ahumado del jarabe de arce. Casi se le fueron los ojos hacia atrás porque, *guau*, estaba riquísimo.

—*Uff*... —susurró en un gemido, y enseguida se dio cuenta de que había sonado mucho peor de lo que pretendía. Se preguntó en qué punto de la conversación sería apropiado hacerse un ovillo y morir.

—Lo tomo como que te gustó —respondió Ellis con picardía.

—¿Dónde aprendiste a hacer cócteles? ¿O este es el único que sabes preparar?

—Tengo cinco recetas en la manga. Las fui aprendiendo en distintos lugares. Este me lo enseñó un operador de cámara durante el rodaje de *Locura y guerra* hace unos años. Es el mejor para el otoño.

Mientras hablaba, Ellis sacó una botella de whisky del globo, se sirvió un dedo, dejó la botella en su sitio y se llevó el vaso a los labios. Rosemary lo miró beber el líquido ámbar, e incluso cuando apoyó el vaso en la barra le costó apartar la vista del ángulo de su boca.

—Creo que deberíamos hacer una tregua —dijo ella, soltando las palabras sin pensarlas del todo—. Acordemos no molestarnos más y va a estar todo bien.

Los ojos de Ellis cobraron un matiz oscuro; su rostro tenía de nuevo esa expresión severa que la deleitaba.

—Tú no me molestas, Rosemary. Para nada.

Desde el piano, Lance se aclaró la garganta, y Rosemary entendió, sin saber cómo no se había dado cuenta hasta ese momento, que iba a tener que bailar un lento con Ellis. En una sala pequeña. Delante de sus nuevos colegas.

Vincent y su pareja se pusieron de pie y se dirigieron a la pista improvisada, que no era más que el espacio ocupado por la alfombra entre la chimenea y el piano.

—Ya que me he ganado tu perdón, ¿me concedes este baile? —Ellis hizo un gesto teatral con la mano y se inclinó en una reverencia exagerada.

—Ay, no lo sé... —respondió Rosemary. Tenía una sensación extraña: si bailaban juntos, habría algo entre ellos; algo que llenaba

con delicadeza el espacio donde la cálida mano de Ellis se unía a la de ella y sujetaba con cuidado; algo que los envolvía en una conversación sin palabras; algo que le hacía latir el corazón como un colibrí cuando Ellis la miraba desde el abanico oscuro de sus pestañas.

No lo pensó más y tomó su mano.

Apenas podía oír la música.

Solo era consciente del brazo de Ellis alrededor de su cintura, de su mano apoyada en la curva baja de su espalda, de cómo sus dedos se entrelazaban con los de ella, del calor de su hombro bajo su mano y de cuánta fuerza había concentrada ahí. Ellis la guio en un vals lento, de otro tiempo, alrededor de la sala.

—¿Dónde aprendiste a bailar así?

—Para mi primer trabajo como actor. Tenía quince años y era extra en un drama de época. No había necesitado recordar los pasos hasta ahora. —Se rio, y su aliento le hizo cosquillas en el cuello. Rosemary inhaló su aroma a madera.

—A Jenna debe de encantarle que la lleves a bailar. —Las palabras se le escaparon sin pensar. Aun así, no pudo evitar preguntarse cómo funcionaban juntos como pareja.

Ellis se puso rígido.

—Claro. Sí.

—Es muy dulce. ¿Cómo se conocieron?

—Por medio de nuestro agente.

Mientras bailaban, Rosemary vio a las dos fantasmas de la Regencia al otro lado de la ventana, iluminadas solo por la luna creciente que brillaba bajo en el cielo y el resplandor plateado que las envolvía como una bruma suave.

Estaba claro que no habían cumplido su promesa de mantenerse alejadas: discutían y gesticulaban con vehemencia. A Rosemary le pareció oír un trueno lejano, aunque la noche parecía despejada.

La canción llegó a su fin y, por suerte, Lance los libró a todos de otra interpretación. Por más hermoso que tocara, Rosemary no creía soportar otro baile con Ellis. Al volver a ponerse el cárdigan, notó que el perro fantasma había abandonado por un rato su puesto a los pies de Ellis y había atravesado la pared hacia la noche, donde yacía

panza arriba mientras una de las fantasmas lo mimaba y le daba besos en las patas.

—Gracias por esta noche, Lance, pero siento decirte que me voy a la cama —dijo Rosemary, aprovechando la pausa en la música para escapar.

—Como prefieras, querida. —Lance le sonrió, mirándola por encima de los lentes de lectura mientras hojeaba las partituras—. Para mí, la noche recién empieza.

Rosemary avanzó por el pasillo, prestando atención a cómo resonaban sus zapatos sobre el suelo de piedra. Debía recordarlo para su próxima novela de terror; sumaría mucho a la atmósfera. Para su sorpresa, no sentía la aprensión habitual después de una velada social; ese cansancio profundo que le producía interpretar una versión normal, segura y equilibrada de sí misma.

—Rosemary, espera. —Sintió una mano tibia cerrarse en torno a su muñeca y se giró para encontrarse con Ellis justo detrás de ella.

—¿Ya te vas a dormir?

—Sí, todavía me afecta el desfase horario —mintió. Él aún no la había soltado, y no sabía bien por qué ella no se apartaba.

—Entiendo. Bueno, me debes una lista.

—¿Sí?

—De películas de terror, ¿recuerdas? Dejaste muy claro lo vergonzoso que era que no hubiera visto ninguna —agregó Ellis sonriendo. Por fin bajó la mirada, notó que seguía sujetándole la mano y la soltó. No había razón alguna para que a ella le importara que la soltara.

—Entonces te doy mi número —propuso Rosemary. Dos colegas que intercambiaban contactos con fines de investigación, nada más. Un instante después de devolverle el teléfono, sintió una vibración en el bolsillo.

—Sé amable con las recomendaciones, ¿sí? No quiero tener pesadillas —pidió con su sonrisa enorme. Era puro encanto británico, totalmente arrollador, y no iba a poder soportarlo mucho más. Sus defensas estaban cayendo, y no le gustaba.

—Buenas noches, Ellis —dijo.

—Buenas noches, Rosemary.

Rompió el contacto visual, subió a su habitación y le envió una lista de películas. Una mezcla de clásicos con sus favoritas.

Una hora más tarde, su teléfono vibró. Al principio lo ignoró: estaba inmersa en una investigación sobre la Necrópolis Vaticana para una idea que tenía sobre una monja poseída; una idea que todavía estaba muy verde, pero el teléfono vibró dos veces más. Seguramente eran Dina e Immy en el grupo.

Pero no. En la pantalla apareció Ellis Finch, con la palabra «foto» debajo. ¿Le había enviado una foto? Demasiado rápido, Rosemary abrió el mensaje.

«Fig no está muy convencida de esto», decía, adjuntando una foto de la perra mirando con desconfianza una imagen congelada de *La cosa del otro mundo*.

«Cúbrele los ojos cuando llegues a la próxima escena», respondió Rosemary, para que no tenga pesadillas perrunas.

«Imposible. Voy a necesitar las dos manos para taparme los míos».

«¡La cosa... ni siquiera da tanto miedo!».

«Lo dice la mujer que estaba leyendo un libro de sirenas asesinas dentro de un cuerpo de agua», replicó Ellis.

«El terror me relaja, ya te lo dije».

«Necesitas encontrar otras formas de relajarte, Rosemary».

Vaya si lo necesitaba.

10

Rosemary estaba a punto de encender su vela para ahuyentar fantasmas y meterse en la cama cuando oyó un crujido en el pasillo. Un viento fuerte sacudía las ventanas y una corriente infló las cortinas con un soplo. No tenía miedo. Un relámpago destelló y, por un segundo, su habitación quedó bañada de blanco. Bueno, tal vez sí estaba un poquito asustada. No todos los días se duerme en una casa embrujada por fantasmas y, además, convertida en escenario de una historia de terror nacida de los rincones más oscuros de tu mente. De pronto, a Rosemary le pareció de suma importancia esparcir una estela de sal frente a la puerta. Revolvió en la maleta y sacó también una bolsita de lavanda seca para ponerla debajo de la almohada.

Solo llevaba los shorts del pijama y una camisa enorme con el póster de la película *La profecía*. Pero ya eran más de las diez de la noche, así que era muy poco probable que quedara alguien abajo. Rosemary se puso unos calcetines gruesos y bajó las escaleras. Otro relámpago iluminó el pasillo y la hizo estremecerse. Por un instante creyó oír a alguien llorar, pero pensó que debía de ser su cabeza jugando sucio. La magia de los *muffins* de Dina ya se había disipado, y sin duda estaba sintiendo los efectos del cambio de huso horario.

Encendió la luz de la cocina y se dirigió a la despensa, un armario pequeño lleno de especias, hierbas secas, encurtidos y frascos de mermelada. Imaginó que la mayoría los habría preparado la señora Fairfax. Vio un envase de sal fina en uno de los estantes más altos y estiró un brazo para alcanzarlo cuando oyó el clic de la puerta de la despensa que se cerraba a su espalda.

Fue un clic siniestro. Giró la cerradura. No cedió. Bien, no pasa nada. Dejó la sal y probó la cerradura con las dos manos. Al ver que tampoco funcionaba, inhaló hondo y se lanzó contra la puerta con todo su peso. Dolió *como la mierda*.

No podía llamar a nadie; su teléfono estaba arriba. Y era una casa antigua: las puertas como esa debían estar oxidadas y eran propensas a fallar. Podía gritar, pensó, pero ¿alguien la oiría con la tormenta?

Retrocedió y examinó la despensa. Tal vez hubiera un destornillador, con suerte, y podría forzar la cerradura. Antes de que pudiera perderse demasiado pensando en planes de fuga, oyó el inconfundible sonido de pasos sobre las baldosas de mármol del pasillo. Alguien bajaba.

—¿Hola? ¿Hola? ¿Hay alguien ahí? Necesito ayuda.

Los pasos se aceleraron.

—¿Rosemary?

Mierda.

—Hola, Ellis.

—¿Te lastimaste?

Sonaba un poco agitado.

—No, solo estoy atrapada. La puerta se cerró con llave cuando estaba adentro y no puedo salir.

—Ya veo.

Lo oyó sacudir la manija, pero la puerta siguió firme.

—¿Puedo atreverme a preguntar *por qué* estabas en la despensa a estas horas? —dijo. Se le notaba la sonrisa en la voz.

—¿Me creerías si te dijera que estaba buscando ingredientes para preparar margaritas a medianoche?

—¿Un intento más?

—¿Sal para esparcir en las puertas y que no entren los fantasmas?

—¡Ja! Bien pensado. —Ellis se rio y volvió a hurgar en la cerradura —. No se mueve, así que vas a tener que apartarte, ¿sí, bonita?

Rosemary no entendía muy bien por qué todo el cuerpo se le encendió, los nervios a flor de piel, cuando le dijo «bonita». Era ese maldito encanto británico otra vez; no significaba nada. Alguien debería avisarle a su cuerpo. Se alejó hasta el fondo de la despensa

y, con un único golpe seco y contundente, la puerta cedió hacia adentro y chocó contra la pared interior. Ellis permanecía en el umbral, iluminado apenas por la luz tenue de la cocina, con el pecho agitado por el esfuerzo.

Estaba sin camisa. Sabía que no era la primera vez que lo veía así, entre sus películas y la piscina, pero esa noche había algo distinto. Era otro Ellis; uno sin pulir para la pantalla. Llevaba un pantalón deportivo verde oscuro, y a Rosemary se le escaparon los ojos por los músculos marcados del pecho y el ancho de los hombros. Una gota de sudor le resbaló por la clavícula hasta el pectoral y, qué terrible, tuvo ganas de lamerla.

—Gracias.

—Cuando quieras, Rosemary. Qué suerte, ¿no? Justo bajaba a prepararme un té de regaliz —dijo, y sonrió con expresión pícara.

—Bueno, me alegro de que al fin puedas usar esos músculos escénicos para algo útil —replicó ella, aunque sin la menor malicia.

Ellis alzó una ceja. Rosemary tenía plena conciencia de que solo llevaba unos shorts de pijama y de que la camiseta, por más grande que fuera, no ocultaba que los pezones se le habían endurecido.

—Para que sepas, una vez levanté un auto falso de fibra de vidrio en un rodaje. Es muy duro fingir tanto esfuerzo.

Rosemary no pudo contener una carcajada.

—Por fin se ríe —dijo Ellis.

Cuando la miraba de esa forma, era difícil no imaginar cosas imposibles.

—Buenas noches, Ellis. Gracias de nuevo.

—Buenas noches, bonita.

Rosemary lo dejó en la despensa, muy consciente de cómo los shorts se le subían por los muslos. Estuvo a punto de bajárselos, pero se dio cuenta de que eso solo llamaría la atención. Salió rápido de la cocina y del campo de visión de Ellis.

Mientras subía con la sal por la escalera, oyó a una mujer llorar. Esta vez estaba segura de que no era su imaginación. Venía de la sala donde Lance había hecho su reunión unas horas antes. Con cuidado, Rosemary se asomó por la puerta entreabierta. Adentro, sentada a la luz plateada de la luna, estaba una de las mujeres

fantasma de la Regencia: la morena. Sostenía una carta; lágrimas fantasmales caían sobre el papel sin dejar marca. Una tristeza invadió a Rosemary de golpe. Durante un segundo inexplicable, sintió lo que sentía la fantasma: un dolor profundo e interminable en el corazón. La pulsación de la pérdida. Y luego se esfumó. ¿Había venido de la fantasma? ¿Era posible que pasara algo así? Apretó el paquete de sal y, al trazar la línea sobre el umbral de su habitación, hizo que fuera una estela bien gruesa.

11

A pesar de que tenía muchas ganas de quedarse en la cama, con Fig acurrucada en el hueco de su brazo, Ellis se obligó a salir al frío del amanecer. Eran las siete menos cuarto de la mañana, y la luz empezaba a filtrarse entre los robles y los espinos que bordeaban la mansión Hallowvale. Odiaba correr, lo detestaba con toda el alma, pero necesitaba algo que le pusiera la sangre en movimiento, y una caminata rápida no alcanzaba. Y aunque Fig no era, ni de cerca, una perra madrugadora —si es que algo así existía—, tenía que cansarla un poco antes de dejarla con Eva para que la cuidara durante el día mientras él filmaba.

La escarcha crujía bajo sus pies y el aire helado en los pulmones terminó de barrer cualquier resto de sueño. Los senderos que recorrían los bosques de la propiedad no estaban muy transitados, pero el frío de la mañana los había endurecido lo suficiente como para no resbalar. Ellis se detenía de vez en cuando para que Fig olfateara algún punto interesante o recogiera el palo más grande que pudiera llevar en la boca. Ellis sentía que iba despertándose con el bosque y la mente se le despejaba poco a poco de lo ocurrido la noche anterior. Cuando abrió la puerta de la despensa y vio a Rosemary en esos shorts de pijama pecaminosos, la cabeza se le había ido directo a la mierda. Estuvo a punto de confesarle allí mismo todo el asunto del falso noviazgo ideado por Brody, solo para poder... ¿Qué? ¿Besarla? ¿Llevarla a la cama? De algún modo, ninguna de esas opciones parecía suficiente tratándose de Rosemary. Si alguna vez se le daba la oportunidad —algo que no parecía nada probable, considerando que solo eran colegas—,

necesitaría un fin de semana entero con ella para empezar a abarcar todas las formas en que se ocuparía de darle placer.

Casi había considerado darse alivio por su cuenta, pero al pasar junto a la sala camino a la escalera se sintió abrumado, por un instante, con una sensación de tristeza abrumadora. Apareció y se fue en un segundo, pero se llevó consigo cualquier resto de deseo. Cuando recuperó cierta lucidez, se dio cuenta de que se estaba metiendo en un terreno poco profesional en su relación con Rosemary y tenía que moderarse. Reconocía que había algo en ella que despertaba esa parte suya que solía reprimir y ocultar, pero eso no cambiaba nada. Había demasiadas razones que impedían algo así entre ellos. La primera, y quizá la más importante, era que él le llevaba al menos diez años. Ellis no tenía intenciones de convertirse en uno más de ese montón de actores hollywoodenses de mediana edad que tanto despreciaba.

Se abrió paso entre los árboles, con Fig siguiéndole el ritmo, mientras repasaba sus diálogos para las escenas de ese día. El primer día de rodaje siempre le provocaba una leve inquietud; daba igual cuántos años llevara en el negocio. Pero esta vez no era como en sus franquicias de acción, donde interpretaba al mismo personaje película tras película. Aquí tenía que impresionar a Vincent, al estudio y, sobre todo, a Rosemary.

Oyó un crujido, seguido de un aleteo de pájaros y una voz de mujer que masculló una palabrota.

Ellis se detuvo en seco. No podían ser paparazis; no en una zona tan apartada. Era imposible. ¿De verdad no había ningún lugar donde estuviera a salvo de ellos? Ató a Fig de inmediato, aunque estuvieran en medio del bosque y no hubiera vehículos cerca. No quería volver a correr ese riesgo.

—¿Quién anda ahí? —gritó, escrutando los helechos y el claro de robles que tenía enfrente.

Una cabeza asomó por detrás de un arbusto. Una cabeza muy pelirroja.

—¿Rosemary?

—Hola.

—Estás llena de hojas.

Ella bajó la vista y se quitó un par de hojas secas del jersey. Ellis reparó en los binoculares que le colgaban del cuello.

—Los riesgos de esconderse en los arbustos —dijo ella, sonriendo. La luz de la mañana hacía que su pelo brillara como cobre, y Ellis sintió que una mezcla de deseo y culpa le inundaba los sentidos.

—¿Quiero saber por qué estabas escondida en un arbusto con binoculares al amanecer?

—Supongo que visto así parece bastante sospechoso, pero te juro que no es ninguna cosa rara. Soy aficionada a la ornitología —anunció con ese acento sureño tan suyo.

—Eres muy dulce —soltó Ellis, incapaz de contenerse. No debería haber dicho algo así, y sin embargo disfrutó ver cómo un rubor color melocotón le subía por las mejillas.

—¿Qué pájaro estabas buscando? ¿Gavilán? ¿Lavandera blanca? ¿Reyezuelo? ¿Acentor?

Ella dejó caer la cabeza a un lado y lo miró con expresión divertida.

—¿Estás nombrando todas las especies que conoces?

—Tal vez.

—Bueno, por mucho que me gustaría ver todos esos pájaros, no. Buscaba un bisbita. Son unas cositas preciosas. O eso creo, porque todavía no he visto ninguno desde que tú apareciste avanzando a los pisotones —dijo con las manos en la cintura.

—Disculpa, pero yo no doy *pisotones*. Soy un corredor muy elegante. Incluso ágil, dirían algunos.

Rosemary puso los ojos en blanco.

—De todos modos, perdón por haberte arruinado la observación del *bispita*.

—Bisbita —lo corrigió ella—. No pasa nada. Sería bastante raro ver uno aquí, pero quise probar suerte. No vamos a tener muchas mañanas para disfrutar al aire libre con todos los rodajes nocturnos que se vienen.

Un trino agudo resonó en el bosque y Rosemary giró de golpe la cabeza hacia la derecha, mientras recorría con la mirada los árboles bañados por el sol.

—Ven —susurró—. En silencio.

Ellis hizo todo lo posible por no pisar demasiadas hojas, absurdamente agradecido de que Fig no fuera una perra que ladrara mucho. Se metió bajo el arbusto, por la pequeña abertura que Rosemary había hecho para sí misma. Apenas alcanzaba para dos personas y una perrita pequeña. Ellis se alegró de haberse lavado los dientes y haberse puesto desodorante antes de salir a correr.

Rosemary se llevó los binoculares a los ojos, y él la oyó inspirar emocionada cuando por fin divisó el ave que estaba buscando.

—Toma —dijo, tendiéndole los binoculares. No se pasó la correa por la cabeza, por lo que Ellis tuvo que acercarse aún más a ella, tanto que sus brazos quedaron pegados. Sus dedos se rozaron y una descarga eléctrica le recorrió el cuerpo. Así de cerca, con Rosemary apretada contra su costado y el recuerdo de su cintura bajo sus manos aquella vez en la escalera... Bueno, era suficiente para poner a mil a cualquier hombre. Ellis se inclinó un poco al alzar los binoculares.

—¿Qué tengo que mirar? —susurró.

En lugar de una respuesta, sintió los dedos de ella en la nuca, inclinándole la cabeza en la dirección en que debía mirar. A la mierda; ya estaba completamente duro.

—Ahí —susurró Rosemary—. ¿Lo ves? —Estaba tan cerca que podía sentir su aliento tibio en la mejilla. Si giraba la cabeza apenas un centímetro, podría atrapar los labios de Rosemary con los suyos.

Justo en ese momento, lo vio en el pino. Un pajarito diminuto, de cuerpo redondeado y compacto. Casi esférico. El plumaje era mayormente de un marrón grisáceo camuflado, pero en la cabeza, delineada en negro, tenía una franja brillante de amarillo intenso. Lo reconoció como un reyezuelo listado, algo que sabía solo porque había buscado en Google las aves que comían en el comedero de su jardín. Pero por la forma reverente en que Rosemary había inspirado al verlo, con los ojos vidriosos, Ellis decidió hacerse el tonto.

—¿Qué es?

—Un reyezuelo —dijo ella—. ¿No es adorable? Tan regordete...

Él le devolvió los binoculares para que le diera una última mirada.

—Muy adorable.

Rosemary bajó los binoculares y le sonrió.

—Lo voy a agregar a mi cuaderno.

Por un momento, Ellis se rindió. Dejó que sus ojos la recorrieran, deteniéndose en los hoyuelos de sus mejillas, el patrón de pecas sobre su nariz y el castaño dorado de sus ojos. Necesitaba una palabra nueva para describirla; «hermosa» no le hacía justicia.

—Tienes hojas en el pelo —dijo Ellis.

Rosemary se pasó una mano por la cabeza y se sacó una de las muchas.

—¿Ya está?

—No del todo. Date la vuelta y deja que me encargue.

Deja que me encargue de ti, pensó.

Rosemary giró sobre sí misma y se quedó quieta mientras él le pasaba las manos por el pelo, retirando todas las hojas sueltas. En un momento creyó oír que ella soltaba un gemido bajo cuando le rozó la nuca con los nudillos, pero seguro había sido su imaginación.

—¿Viste alguno más esta mañana, antes de que yo apareciera dando pisotones?

—Un par de petirrojos bien gorditos. Son mis favoritos —susurró, como si los pájaros que cantaban en los árboles que los rodeaban pudieran ofenderse si la oían—. Y un carbonero. No hay que confundirlo con el mito de cola larga, aunque se parecen bastante.

—Te tomo la palabra —dijo Ellis entre risas—. Te habrás puesto a investigar sobre aves inglesas antes de venir, ¿no?

—Un poco. Viví en el Reino Unido cuando estaba en la universidad. A veces sacaba a mis amigas Dina e Immy al parque Richmond a observar aves. La última vez que vine fue para la boda de Immy, y estábamos en una casa enorme en el campo. Vi muchos estorninos.

Ellis notó cómo se le iluminaba la voz al describir el murmullo en bandada de los estorninos, y volvió a tener la sensación de que nunca había conocido a nadie como Rosemary Shaw.

—¿Cómo llegaste a interesarte por la observación de aves?

—Mi abuela era una gran amante de las aves. Siempre me llevaba por el vecindario a ver qué pájaros encontrábamos. Y a mí... —Se mordió el labio—. A veces me pongo un poco ansiosa. Por la vida en general, eventos sociales, cosas normales. Supongo que mirar aves

me devuelve a una época más simple, cuando lo único que tenía que hacer era caminar por el parque identificándolas.

—Te calma.

—Sí. Tienes que escuchar sus cantos y adivinar la subespecie por el plumaje, así que es bastante difícil pensar en todas esas cosas que te preocupan.

—Vaya, quizá debería empezar a observar aves. Supongo que lo mío es sacar a Fig a pasear u ocuparme del huerto. Como jardinero, tengo un ligero rencor contra las palomas —admitió.

—¡Con las palomas no! Todo el mundo es cruel con las palomas, pero ¿sabías que es culpa nuestra? Los humanos las domesticamos y ahora no saben volver a una vida normal de ave. Las convertimos en las carroñeras que son hoy.

—Nunca lo había pensado.

—¿Ves? Ya no puedes odiarlas. ¿Así que haces jardinería?

—Sí. Un poco —dijo Ellis, algo avergonzado. Casi nunca hablaba de eso—. Tengo un huerto y hierbas en macetas en el invernadero, y también un pequeño jardín para abejas.

—Qué hermoso, Ellis.

Rosemary se dio la vuelta para mirarlo de frente, y Ellis dejó caer las manos a los costados. Era eso o rodearla con los brazos.

En un acuerdo tácito, empezaron a caminar de regreso a la casa de huéspedes. Ellis soltó a Fig otra vez y lanzó un palo por el campo; ella salió disparada detrás.

—¿Siempre has tenido perros? —preguntó Rosemary.

El recuerdo de Hank lo inundó: aquella noche sobre el pavimento mojado y oscuro. La respiración trabajosa. El pelaje frío, enmarañado. Ellis tragó saliva.

—Sí. —Necesitaba cambiar de tema—. ¿Dijiste que te pones ansiosa?

Rosemary asintió, sin duda adivinando su intento de hablar de otra cosa.

—Probablemente no estés muy familiarizado con mi tipo de ansiedad.

—Inténtalo.

—*Mmm*. Bueno. Desde que salió mi primer libro y le fue bien, apareció esta necesidad de mantener el impulso. Tienes que publicar un libro por año para afirmarte en la industria. Y cuando ya llevas un tiempo, los lectores y las editoriales empiezan a esperarlo. Pero no es tan simple. No solo estás escribiendo el libro; también investigas para el siguiente, haces las correcciones del que entregaste hace unos meses, te promocionas en redes, vas a eventos y paneles, publicas artículos, grabas pódcast. Es difícil no sentir que te estás ahogando. Hasta ahora había podido manejarlo, pero con este último libro siento que estoy llegando a mi límite. El día tiene una cantidad limitada de horas y mucha gente que necesita cosas de mí. Y cuando me siento frente a la pantalla en blanco e intento crear, lo único que pienso es que las próximas palabras que escriba van a definir mi sueldo y mi valor personal durante los próximos años. Es... mucho.

Ellis soltó un suspiro largo. No creía que Rosemary hubiera planeado contarle todo eso; más bien se le había escapado.

—¿Hablas de esto con tus amigas?

—A veces. Pero están ocupadas con sus propias vidas, y sé que estoy viviendo el sueño de autora que tantas personas desean, así que no puedo quejarme. No quiero cargarles mis problemas tontos.

Ellis se detuvo y puso las manos sobre los hombros de Rosemary, deteniéndola.

—No son problemas tontos, bonita. Estás bajo una presión enorme.

Ella suspiró.

—Sí, es verdad.

—Cualquiera debería comprender si necesitaras más tiempo para entregar el próximo libro.

—Lo sé, lo sé, pero... me da mucha vergüenza decirlo.

—Dímelo. Por favor.

—Me gusta impresionarlos. Me gusta recibir elogios, la aprobación de la industria.

Aunque no era *en lo más mínimo* el momento adecuado, Ellis no pudo evitar imaginar todas las formas en que podría elogiar a Rosemary.

—Te entiendo —dijo, apretándole los hombros con suavidad. Los músculos tensos parecieron relajarse un poco con el contacto de sus manos—. Es más o menos como me siento con cada película. Toda mi carrera depende de mi último trabajo, y cada proyecto puede hacer que despegue o se hunda.

Rosemary soltó un resoplido.

—Me cuesta imaginarte nervioso.

—¡Ja! Entonces debo de ser mejor actor de lo que pensaba. Mira, podrías probar algo que a mí me funcionó una vez. Entro y me prometo que lo único que tengo que hacer es aparecer, hacerme presente. Me presento y ya cumplí con lo que tenía que lograr ese día. El resto es extra. De algún modo, me quita la presión. El objetivo es alcanzable, y lo demás deja de parecer insuperable.

—Hacerme presente —repitió Rosemary, asintiendo para sí—. Prometo intentarlo.

12

—Entonces, ¿quieres las buenas noticias o las malas? —preguntó Tania, la maquilladora de Ellis, mirándolo desde el espejo ancho, con una bolsa de pelo postizo en la mano.

—Empieza por las buenas.

—Bueno, no vas a tener que seguir afeitándote; puedes dejarte crecer toda esa barba plateada —dijo, coqueteando con Ellis sin pudor, como si no tuviera la edad de su madre—. Pero la mala es que vas a tener que usar estas bellezas. —Tania levantó un par de patillas postizas, espesas, castaño oscuro, con adhesivo. Ellis hizo una mueca.

—¿Quieres escuchar la peor parte?

—Tengo la sensación de que estás a punto de decírmela.

—Ni siquiera sé de qué pelo están hechas. Pero seguro es natural.

—Yo apuesto por crin de caballo —intervino Aaron desde un rincón de la habitación, donde estaban planchando al vapor al vestuario de Ellis.

—En ese caso, después del rodaje las mandamos al laboratorio para que las analicen —dijo Ellis con una sonrisa, e inclinó la cabeza para recostarse en la silla de maquillaje y permitirle a Tania pegarle en la cara las patillas de origen desconocido.

No era agradable, pero al menos podía comer y beber durante el día sin quitárselas. El teléfono le vibró en el bolsillo: un mensaje de Brody. Debía de ser pasada la medianoche en Los Ángeles, pero a esas alturas Ellis sabía que su agente consideraba que dormir era cosa de débiles. Si pudiera conectarse a una vía para mantenerse despierto de forma permanente, lo haría. Al fin y al cabo, dormido no se ganaba dinero.

«¿Cómo anda mi protagonista? ¿Cómo va la vida en las ligas menores?».

Ah, claro. Para Brody, todo lo que no le dejara una comisión de seis cifras altas era «menor».

Ellis se tomó una foto en la silla, con una de las patillas ya pegada en la mejilla.

«Las ligas menores me quedan de maravilla», respondió.

Incluso un mensaje de Brody bastaba para bajarle el ánimo, que venía alto después de su encuentro con Rosemary en el bosque esa mañana. Observaba pájaros. Era la cosa más adorable.

Brody contestó al instante: «Te ves hecho mierda; diles que te pongan corrector debajo de los ojos».

Ellis se miró en el espejo. Se veía... de su edad. ¿Cansado? Sí. ¿Con arrugas? Muchas. Pero al menos no estaba embadurnado en crema bronceadora, y eso era una bendición. No se dignó a responderle a Brody. Algún día reuniría el valor para dejar de trabajar con esa basura y buscarse un representante que no fuera un pedazo de mierda chantajista. Algún día.

Cuando terminaron con el maquillaje, Ellis se puso el vestuario por primera vez. Tenían sus medidas y Aaron era un genio con la máquina de coser, así que no le sorprendió que le quedara perfecto. Ellis se miró en el espejo. La primera escena que filmarían ese día mostraba a su personaje, Alfred, llegando a la mansión donde su tío enfermo agonizaba. Debía rodarse de día, para infundir en el público una falsa sensación de calma justo antes de que se desatara todo el terror. Así que se puso la camisa blanca, amplia, la metió dentro de los pantalones bien planchados y se colocó el chaleco, confeccionado con una tela apenas gastada que insinuaba la precariedad económica del personaje.

No había vuelto a ver a Rosemary desde esa mañana, pero la encontró al instante entre la gente que se preparaba para rodar afuera de la casa principal. A diferencia de la mayoría del equipo, no iba vestida de negro, sino con un jersey celeste pálido que le marcaba la figura. Su mirada descendió por sus muslos llenos, que parecían moldeados para esos jeans, hasta las botas altas. Tenía el pelo recogido hacia atrás y estaba concentrada escribiendo algo en

los márgenes del guion que tenía en la mano. Dios, esa mujer claramente lo tenía en la mira; ¿cómo se suponía que iba a concentrarse en el trabajo en condiciones tan atractivas?

—¿Todo listo? —preguntó Jeremy, acercándose a Ellis.

—Tan listo como se puede estar.

Jeremy levantó una mano y le dio una palmada en el hombro.

—Claro, claro. Ahora, el acento.

—Ya hablamos de esto. ¿De verdad piensas que no soy capaz de hacer un buen acento de Mánchester? Mi mamá es de ahí.

—No, no es eso. Sabes que no es ese el problema, Ellis. Los estudios...

—Los estudios estarán bien cuando vean el material. Lo voy a suavizar lo suficiente para que no resulte abrumador.

—¿O podrías bajarlo a cero? —propuso Jeremy, regalándole su más luminosa.

—No lo creo.

La sonrisa se le borró del rostro.

—A Brody no le va a gustar escuchar esto —dijo, como si fuera una advertencia para mantenerlo a raya.

—Siéntete libre de contarle todos los detalles, entonces.

Ellis se alejó, dando por terminada la conversación. La única opinión final que necesitaba sobre el acento era la de Vincent, y ya lo habían hablado aparte. El acento de Mánchester se quedaba, tal como Rosemary lo había escrito en el guion y en la novela. Y si eso hacía feliz a Rosemary, bueno, era un efecto secundario bastante positivo.

***

Llegó el primer día de rodaje en la mansión Hallowvale y, a los quince minutos de empezar, el cielo se vino abajo.

—Sigan, sigan —gritó Vincent por encima del aguacero—. ¡Le suma atmósfera!

Las primeras tomas salieron bien, dentro de lo que cabía esperar con la lluvia: planos de Ellis bajando del carruaje que su personaje

había alquilado y contemplando por primera vez la fachada gótica y amenazante de la mansión de su tío.

Ellis apenas llegó a decir su primera línea, «Ojalá el viejo se muera rápido», antes de oír a Vincent gritar: «¡Corten!».

Le dieron poco menos de diez minutos de descanso antes de preparar otra escena, la primera con Lance.

Ellis vio a Rosemary soplándose los dedos dentro de una tienda. Tenía frío. Alguna parte animal de su cerebro reaccionó con la necesidad urgente de solucionarlo y, antes de que pudiera preguntarse qué carajo le pasaba, ya iba camino a la tienda de comidas y bebidas. Allí vio a Lyn, la asistente personal de Rosemary durante el rodaje.

—Lyn, ¿tienes un segundo?

—Exactamente veinte —le respondió, sonriendo. A Ellis le alegró volver a coincidir con ella en un rodaje.

—¿Puedes decirme cómo toma el café Rosemary? ¿O el té?

Lyn entrecerró los ojos.

—¿Y para qué quieres saberlo?

—No. Por nada. Curiosidad.

—Ajá. ¿Curiosidad? —Lyn se inclinó un poco más cerca—. Es muy linda, ¿no? Y muy inteligente.

—No, no es eso... Yo...

—¿Y qué pasa con Jenna? ¿O es otra de esas situaciones?

Ellis no tenía idea de cómo carajo Lyn sabía del plan de Brody, pero claramente a eso se estaba refiriendo.

—¿Cómo sabes...?

Lyn le lanzó una mirada afilada, un recordatorio de que sabía todo lo que pasaba en el *set*.

—Le gusta el té con leche y dos cucharaditas de azúcar, y el café igual. Sé amable con ella, no está acostumbrada al mundo del cine.

—Lo sé —respondió él con sinceridad.

Llegó a la tienda de comidas, que por suerte estaba casi vacía en ese momento, y revisó las cajas de distintas variedades de té en busca de algo decente. Un English Breakfast estaba bien, pero si aparecía un Assam, oscuro, maltoso y delicioso... Bueno, no se iba a quejar. Y tuvo suerte: encontró algunas bolsitas. Perfecto.

Tomó dos tazas reutilizables y encendió la tetera eléctrica. Metió las bolsitas adentro: dos de azúcar para Rosemary y una para él. Antes tomaba el té sin azúcar, pero algo cambió cuando cumplió treinta y nueve. Una mañana se despertó, bajó a la cocina con Hank pegado a los talones y, mientras miraba el jardín, tuvo una revelación tan simple como sorprendente: merecía hacer cosas que lo hicieran feliz.

No más dietas forzadas por películas, no más deshidratarse para verse más marcado frente a cámara. Nunca iba a estar en mal estado físico: amaba el deporte y le encantaba levantar pesas, pero eso no significaba que no pudiera disfrutar de los pequeños placeres. Desde entonces, nunca volvió a sentirse culpable por una taza de té con azúcar.

La tetera terminó de hervir y Ellis sirvió el agua. Llevó las tazas a la tienda donde Rosemary esperaba a que pasara la lluvia.

—Pensé que te vendría bien un té —dijo, alcanzándole una—. Hace frío aquí afuera.

Lyn estaba al lado de Rosemary, claramente presente para ver a Ellis hacer el ridículo.

—¿Cómo? ¿Y para mí no hay té? —dijo, llevándose una mano al pecho como si se le rompiera el corazón.

—Ja, ja.

—No sabía que se conocían —dijo Rosemary.

—Fui asistente en la última de *Soldado de la justicia* —explicó Lyn, acomodándose uno de los auriculares—. Una vez le di un codazo a Ellis en el ojo por accidente. El *set* era en un lago espantoso y me resbalé en una plataforma improvisada.

—Es todo mentira —dijo Ellis, guiñándole un ojo a Rosemary—. Lyn me tiene bronca desde el primer día.

—Está clarísimo. Mejor revisa ese té por si tiene veneno —replicó Lyn, pero justo en ese momento recibió una llamada por radio y tuvo que salir corriendo.

—Lyn es la mejor —dijo Rosemary. Dio un sorbo al té y suspiró de una forma tan profunda y deliciosa que Ellis sintió una oleada parecida al deseo que le erizó la piel de la nuca—. Gracias, Ellis. Me hacía falta.

—Con gusto —respondió él. Se sentó a su lado en una silla plegable y miró el *set* empapado por la lluvia.

—Una vez pedí té en una cafetería de Brooklyn y el mesero me trajo una taza de agua calentada en microondas con la bolsita aparte —contó Rosemary.

—Sacrilegio. Traición —dijo Ellis.

—Nunca lo hubiera pensado antes, pero Dina, una de mis amigas, de las que te hablé, ahora tiene un café en Bloomsbury. Me prepara mezclas especiales y me las manda a Nueva York.

—¿Qué tipo de mezclas? —preguntó Ellis, viéndola dar otro sorbo con aire pensativo.

—Las típicas. Mezclas para el éxito profesional, mezclas para cuando me cuesta dormir...

—¿Te cuesta dormir, Rosemary?

—A veces. Me resulta difícil relajarme. —Ellis sintió como si una descarga eléctrica le recorriera las venas y una parte dormida de su cerebro empezó a reclamar atención. *Podrías darle eso. Podrías ayudarla a relajarse, quitarle el estrés.* Los músculos se le tensaron. Estaba hasta el cuello. En ese momento, lo único que deseaba era aliviarle todo ese estrés y todas sus preocupaciones. Y si podía hacerlo con la lengua, mejor todavía. ¿Cómo carajo iba a manejar esto?

—Qué bueno que tengas el té para eso —dijo—. Y la observación de aves.

—Exacto. Y ¿sabes qué? Después de lo que hablamos esta mañana, hice lo que dijiste.

—¿En serio?

—Sí. —Sonrió—. Me senté en mi escritorio antes de venir al *set* y me dije que solo iba a aparecer. Sin contar las palabras, sin planes. Y terminé escribiendo quinientas palabras.

Ellis le devolvió la sonrisa, fascinado por la alegría genuina que iluminaba el rostro de Rosemary.

—Es increíble. Me alegra mucho que haya funcionado. —Quiso decirle otras cosas, cosas que probablemente no eran apropiadas en un lugar de trabajo. La camisa de lana empezó a resultarle sofocante.

Se levantó de golpe y tomó las tazas vacías. Pronto tendría que volver al *set*.

—Las llevo a lavar —dijo, a modo de despedida torpe, y se encaminó hacia la tienda de comidas.

—Puedo lavarlas yo —dijo Rosemary. Cuando Ellis se giró, se dio cuenta de que Rosemary estaba casi pegada a él, tan cerca que podía ver los tatuajes que le bajaban por la clavícula y se perdían bajo la camiseta.

—Yo me encargo —insistió Ellis, arremangándose.

—Te vas a mojar el vestuario.

—Estuve bajo la lluvia toda la mañana, bonita. No pasa nada.

—¿Por qué me llamas así?

—¿Así cómo? ¿«Bonita»?

—Sí.

—Eh... Supongo que me pareces bonita. ¿Por qué lo preguntas?

Cuando Rosemary estiró la mano para tomar la esponja, rozó sin querer con la cadera la pierna de Ellis, y su cuerpo reaccionó como si lo prendieran fuego.

—Me sirve para investigar. Si ambientara otro libro en el Reino Unido, debería saber cómo llama un hombre a una mujer.

—Claro —dijo él, aferrando la taza enjabonada.

Ellis estuvo a punto de hacer una locura, como agarrarla de un brazo y atraerla hacia él. Quería sentir cómo esos labios suaves y carnosos se abrían para él, hundir los dedos en la seda de su pelo. Quería saber si podía hacerla suspirar de nuevo, arrancarle un gemido.

Pero se contuvo. Rosemary pensaría que le estaba siendo infiel a Jenna, y estaba seguro de que no querría ser una rompehogares, y menos aún meterse con un infiel. Aquello era una tortura. Estuvo tentado de mandar todo a la mierda con Jenna, mandar al carajo a Brody y sus planes. Pero sabía que no podía. Sabía lo que Brody tenía contra él, y también sabía que ese desgraciado no dudaría en filtrarlo todo a la prensa si Ellis se salía un milímetro del carril.

Entonces, su carrera se acabaría. Y todo por lo que había trabajado se esfumaría en un instante.

***

Hicieron una pausa para almorzar, y Ellis prácticamente salió corriendo hacia su habitación en la casa de huéspedes. No debía estar haciendo eso, sabía que no, pero cada vez que se cruzaba con la mirada de Rosemary en el *set* o veía cómo esos jeans demasiado ajustados le marcaban el cuerpo, la curva de ese trasero que se moría por aferrar... Bueno. Necesitaba algo que le bajara un cambio.

Gimiendo en voz baja, se bajó el pantalón deportivo y empezó a masturbarse.

Se permitió sumergirse en esa ensoñación conocida, esa en la que podía satisfacer todos y cada uno de sus deseos. Apretó su verga con más fuerza de lo habitual, deleitándose en su propia crudeza. Cualquier cosa con tal de aflojar la tensión.

Su pareja, una persona sumisa, confiaba lo suficiente como para entregarse; lo deseaba tanto como él, y eso era lo mejor de todo. Donde la otra persona cedía, él tomaba el control. En esa fantasía, la figura estaba de rodillas frente a él, y Ellis le apartaba el pelo y deslizaba la mano por la línea suave de su cuello. Solo que, al cerrar los ojos, esa figura empezó a transformarse. El pelo se volvió rojo; el cuello y las clavículas estaban cubiertos de patrones oscuros de tinta. Tal vez había sido ver sus pezones marcados bajo la camiseta la otra noche, o el suspiro que se le escapó cuando le quitó las hojas del pelo, o cómo había sentido su piel al tocar su espalda en la escalera, las mejillas encendidas de un rosado melocotón. La fachada que Ellis se había construido se resquebrajó, y fue demasiado tarde para dar marcha atrás. Se rindió y se permitió imaginar a Rosemary.

Era todo poder, sumisión y calor. En su fantasía, Rosemary lo tomaba de una forma increíblemente perfecta. Le abría esa boca preciosa y se tragaba su verga hasta la base, mientras él la penetraba hasta el fondo de la garganta. Todo el tiempo lo miraba y hacía exactamente lo que él le decía, y lo hacía de maravilla. Su

chica buena. Después, Ellis se daba un festín con su clítoris: la tomaba con los dedos hasta hacerla acabar. Le recorría con la lengua los tatuajes, le pasaba la boca por la raya caliente del culo. Cada centímetro de Rosemary sería delicioso, y suyo. Y cuando la tuvo gritando, le enredó ese pelo rojo y sedoso en un puño y se hundió de lleno en su sexo. Ellis embestía con su propia mano, más rápido, más fuerte, hasta que gimió de placer al acabar.

La neblina del deseo se disipó y dejó paso a la vergüenza. Se había imaginado a Rosemary chupándole la verga. *Qué mierda.* Tenía cuarenta y un años; debía poder manejar mejor sus impulsos. Lo peor era que el orgasmo no había servido de nada. Seguía deseándola. Y no podía hacer nada al respecto. Era la mujer más hermosa, inteligente y sexi que había conocido, y él estaba atrapado en ese plan retorcido de Brody.

Cuando era más joven, se acostaba con cualquiera que le despertara interés: mujeres, hombres, personas de género fluido. Pero eso fue antes de conocer a Brody, antes de volver a meterse en el dichoso clóset. Ya nadie creería que Ellis Finch era bisexual, y era mejor así. Tal vez no «mejor», pero sí más seguro. Para su carrera. Para su imagen pública.

Y no era solo su sexualidad: eran sus deseos. Anhelaba la descarga que le proporcionaban los juegos de poder, estar a cargo del disfrute de otra persona y ese placer supremo de darles lo que querían (a su tiempo). Permitirles ese abandono. Era lo más excitante que podía imaginar. Le encantaba ver cómo se desarmaban en sus brazos, confiando en que él las llevaría hasta ahí. Pero era mucho pedirle a alguien si no sentía lo mismo o si no era sumiso por naturaleza. Había un estigma alrededor de eso, lo sabía demasiado bien. Así que se guardaba sus necesidades para sí mismo, las escondía en sueños y, por lo visto, en sesiones de masturbación a la hora del almuerzo en el baño de su habitación.

Nunca podría tener con Rosemary lo que deseaba. No solo porque no podía contarle sobre la farsa de las citas, ni hablarle de su sexualidad, sino porque ¿qué probabilidades había de que Rosemary justamente fuera la sumisa perfecta para él? Ellis no se hacía ilusiones.

13

La camisa blanca y amplia de Ellis había sido enviada al mundo con el único propósito de torturarla. Rosemary había ido a observar una escena en la que el personaje de Ellis estaba solo en sus aposentos por primera vez, y él acababa de arrojar la corbata al suelo, furioso por el desprecio de su tío. ¿Quién hubiera pensado que ver a un hombre con vestuario de época quitándose algo tan insignificante como una corbata podía ser tan excitante?

Era el tercer día de rodaje, y un amanecer ventoso había dado paso a una mañana luminosa; el césped frente a la mansión estaba ahora surcado de hilos de rocío. El equipo había colocado un material opaco en las ventanas de una de las salas de la planta baja para que pareciera un dormitorio victoriano por la noche.

—¿Por qué no filman esto directamente por la noche? —le preguntó Rosemary a Lyn, cuando se encontraron en el camino de regreso al *set*.

—Están reservando los rodajes nocturnos para los planos exteriores y para la escena final de la explosión, porque eso lleva más planificación —respondió Lyn, y se detuvo para darle a Rosemary un caramelo de limón que sacó de una bolsa. Rosemary no recordaba cuándo le había dicho que tenía debilidad por los clásicos caramelos duros británicos, pero su asistente lo sabía todo sobre ella—. ¿Cómo estuvo tu cita para tomar el té con Ellis Finch? —agregó Lyn, alzando una ceja.

—¿De qué hablas? Eso no fue... Él no... —balbuceó Rosemary.

—Tranquila, Rosemary. Estoy bromeando. Solo me preguntó cómo te gustaba el té.

—Él está con Jenna.

—¡Ah! ¿Sí? Qué raro que hayas sentido la necesidad de aclarármelo si no era una cita.

No había engañado a Lyn.

—Yo nunca haría algo así... No soy ese tipo de persona —dijo Rosemary con voz firme.

Lyn sonrió.

—Lo sé. Se nota. Y por si te sirve de algo, no creo que tengas de qué preocuparte con respecto a Jenna.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rosemary frunciendo el ceño, pero Lyn simplemente le guiñó un ojo y se fue.

—Muy bien, gente, vamos armando. ¿Silencio en el *set*, por favor? —gritó el primer asistente de dirección. El segundo y el tercero repitieron la orden hacia el resto del equipo, como un eco, hasta que solo se oyeron murmullos que decían «Silencio en el *set* » y finalmente se hizo un silencio total.

—Acción —dijo Vincent, y Ellis cobró vida como Alfred Parlow.

Rosemary se había equivocado al pensar que Ellis no podía interpretar a su protagonista. Su postura, sus gestos... Todo en él se había vuelto ajeno. Una pequeña parte de ella se preguntó en qué momento los gestos reales de Ellis se le habían vuelto tan familiares.

Después de tirar la corbata al suelo, Ellis/Alfred se sirvió un brandi (una mezcla de jugo de manzana y té helado) y se lo tomó de un solo trago. Luego empezó a hurgar entre unos papeles. Esta era una de las escenas favoritas de Rosemary porque, por el rabillo del ojo del espectador, moviéndose con tanta lentitud que al principio casi no se notaba, aparecía el fantasma de una anciana. Flotaba, borrosa en el fondo, observando a Alfred mientras leía los documentos de su tío. El fantasma, interpretado por Marissa, envuelta en ropa gris con encajes y con un maquillaje francamente perturbador, se iba acercando poco a poco a Ellis. En ese momento, mientras Rosemary miraba por encima del hombro de Vincent hacia una de las pantallas, solo se veía el brazo de Marissa, suspendido justo detrás de la cortina. Era profundamente inquietante, tal como ella había esperado.

—¡Corte! —gritó Vincent—. Bien, traigan la bañadera y pónganla junto al fuego, y luego giramos para enfocar hacia allá.

¿La bañadera? Rosemary sacó el guion y volvió a leer la escena. No había ninguna bañadera. Soltó un suspiro al darse cuenta de que habían cambiado algo más sin avisarle. Quería hablar con Vincent, pero estaba enfrascado en una conversación con uno de los escenógrafos y el primer asistente de dirección, así que se conformó con ir a ver a Jeremy, que escribía en su teléfono en un rincón.

—Jeremy, ¿por qué hay una bañadera en esta escena?

—¿Eh? Ah, hola, Rosemary —dijo, sin apartar casi la vista del teléfono—. No te preocupes, es solo algo para los admiradores.

—Perdón, pero ¿qué admiradores?

—Ellis tiene una cláusula en todos sus contratos que exige un mínimo de una escena con el torso desnudo. Así que pusimos una.

—Alguien tendría que habérmelo dicho.

—Claro, perdón. —En su tono no había el menor rastro de disculpa.

Rosemary se dio la vuelta y vio a los escenógrafos dando los últimos retoques a la ancha bañadera de cobre y estaño junto al fuego. En cuestión de minutos habían transformado el rincón izquierdo de la habitación para que pareciera una pequeña sala de baño, y si no hubiera estado tan molesta por la incorporación de la escena sin camisa, se habría quedado boquiabierta.

—Solo se queda el personal necesario. El resto, afuera —gritó el primer asistente de dirección, y la sala empezó a vaciarse. A ella nadie le dijo que debía irse, pero Lyn había salido antes del último plano, así que no pudo preguntarle si ella contaba como personal necesario.

Rosemary retrocedió hacia la penumbra de la habitación y apoyó la espalda contra una estantería. Pasaron unos segundos antes de que cayera en la cuenta de que no estaba sola. A su lado, observando la escena con un interés más bien tibio, estaba la fantasma morena de la Regencia. La misma que Rosemary había visto llorar en el salón la otra noche. Ahora podía mirarla mejor, sin que ella notara que la estaba observando. Su rostro le recordó a un petirrojo: angelical, pero con rasgos afilados.

La fantasma parecía mostrar especial interés en Marissa, y Rosemary se preguntó si creía que ese era su aspecto real. El

folclore decía que los vampiros no podían verse en los espejos, pero Rosemary se preguntó si a los fantasmas les pasaba lo mismo.

En ese momento, la otra fantasma se deslizó a través de una pared.

—¡Aquí estás, Juliet! Quería hablar contigo.

Juliet, la fantasma morena, se volvió hacia ella.

—Ya terminamos de hablar. No confío en nada de lo que sale de tu boca.

—Querida, por favor...

La otra negó con la cabeza con vehemencia.

—No me llames así. Te dije que no volvieras a este lado de la mansión. Cecilia, por favor, vete.

—¿Por qué no me dejas explicarte, Juliet? —Su voz salió como un quejido, y Rosemary sintió cómo la frustración y la tristeza de las fantasmas se le metían bajo la piel. Al otro lado de la habitación, dos asistentes de dirección empezaron a discutir, y Vincent les soltó una reprimenda. No era algo propio de él.

Las fantasmas siguieron discutiendo y, cuando Juliet dio un pisotón, un jarrón que estaba sobre la repisa de la chimenea se cayó y se hizo añicos. Un par de miembros del equipo dieron un salto hacia atrás y se miraron con recelo, tratando de averiguar quién había dañado el decorado.

—¡No tienes nada más que decir! —gritó Juliet, y Rosemary, rompiendo la regla que se había impuesto de no interactuar nunca con fantasmas en un lugar público, la hizo callar.

Dos pares de ojos espectrales se clavaron en ella desde las sombras de la habitación.

—¿Acabas de hacerme callar? —dijo Juliet.

—Sí.

—Puedes vernos.

—Sí —susurró Rosemary, entre dientes—. Y oírlas. Ahora vayan a discutir a otro lado, están causando un desastre aquí.

Las dos miraron a su alrededor y vieron al equipo limpiando los restos del jarrón roto y a los dos asistentes pidiéndose disculpas.

—Yo me voy —dijo Cecilia—. De todos modos, ella no me quiere aquí. —Se secó una lágrima fantasmal y desapareció a través de la

ventana.

Juliet le dedicó a Rosemary una mirada incisiva, cargada de complicidad, y luego se desvaneció atravesando la pared por la que había entrado. Rosemary suspiró, consciente de que acababa de complicar su estancia en Hallowvale de forma considerable. A todo lo que pasaba entre ella y Ellis, y a su rol como productora, ahora se sumaba haberse involucrado en el embrollo de esas fantasmas. ¿Qué podía salir mal?

Al menos, ahora que se habían ido, tenía una vista despejada de Ellis junto al fuego.

Se preguntó por qué incluía escenas sin camisa en sus contratos. No parecía algo que él haría, pero, pensándolo bien, ¿cuánto se podía conocer a alguien a quien había visto por primera vez hacía unos días?

—Acción —dijo Vincent, y Rosemary observó, hipnotizada, cómo Ellis se desabrochaba el chaleco, lo doblaba sobre una silla junto al fuego y se quedaba con esa camisa blanca de lino, amplia y liviana, el vello oscuro del pecho al descubierto. Una imagen que le quedaría grabada en la mente para siempre.

Luego Ellis se quitó la camisa, y Rosemary sintió que una oleada de calor le atravesaba el centro del cuerpo. Iluminado por el resplandor del fuego, Ellis era todo músculos densos y compactos. Mechones oscuros sobre los antebrazos marcados, el rastro de vello que le bajaba por el abdomen hasta la V de las caderas. En la mente de Rosemary brotó una imagen de ella de rodillas frente a él, pasando los dedos por esa V perfecta mientras se metía su verga hasta el fondo de la garganta, dejándose usar. Ser sumisa para él la haría sentir poderosa, por contradictorio que sonara en su cabeza. Enseguida intentó frenar esa fantasía, pero se le fue de las manos, y su mente se llenó de escenas de Ellis ordenándole que lo montara hasta que las piernas le fallaran. Con solo pensarlo, se le erizaron los pezones bajo la camiseta. Un calor la empapó por dentro y la dejó palpitando.

Rosemary no lograba imaginar un mundo en el que una relación con Ellis funcionara. Él estaba con Jenna, y ella tenía una fecha límite. Incluso si a veces Ellis hacía cosas que la llevaban a

preguntarse... No. No era momento de que su cerebro se encaprichara con algo imposible.

Que le hubiera preparado una taza de té y le hubiera quitado unas hojas del pelo no significaba nada; de verdad, era patética.

Ellis, ahora en el papel de Alfred, empezó a quitarse los pantalones, y ella vio que llevaba una especie de short de baño color piel. Miró las pantallas y comprobó que las cámaras solo tomaban su torso hacia arriba. Al menos su película no iba a tener un desnudo frontal completo.

Pero esos shorts no ocultaban en absoluto el bulto bastante prominente del que parecía estar dotado. A Rosemary se le secó la boca al verlo entrar en la bañadera y soltar un leve gemido al sumergirse en el agua humeante.

—¡Corte! —gritó Vincent, y Rosemary parpadeó, volviendo en sí. Unos cuantos miembros más del equipo salieron de la sala, ya que iban a tener cinco minutos de descanso antes de la siguiente escena. Vio que Vincent también se marchaba, con un cigarrillo entre los labios. ¿Debería irse o quedarse a ver otra toma? Demasiado tarde: Ellis estaba medio vestido, secándose con la toalla y caminando hacia ella.

—Hola —le dijo—. No te había visto aquí.

La había descubierto; sabía que se había quedado a mirarlo. Tenía puestos otra vez los pantalones del traje, pero seguía sin camisa, con una toalla colgada del cuello. En serio, ¿tenía que estar todo el tiempo exhibiendo ese cuerpo tan increíblemente atractivo?

—Entendí que era personal necesario —respondió ella.

—Por supuesto. ¿Qué te pareció la escena?

—Me parece interesante que tengas una escena sin camisa incluida en todos tus contratos para tus *admiradores*.

Una sombra de culpa cruzó el rostro de Ellis.

—Por si sirve de algo que lo sepas, pedí que la eliminaran. Les dije que no estaba en el libro y que no sumaba nada a la película.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y tu contrato?

—Eso es cosa de mi agente. Solo aceptó dejarme hacer este papel si lo incluíamos, porque es algo que él viene empujando en todos mis contratos de franquicias de acción.

—¿Y por qué tienes a alguien así como agente?

Él suspiró.

—Es una historia larga.

—Está bien.

—Ellis, te necesitamos de vuelta —dijo una voz desde el pasillo.

Ellis le sonrió y regresó al trabajo. Rosemary necesitaba salir de esa habitación antes de derretirse en un charco de puro deseo.

***

La tarde se desvaneció hasta dar paso a la noche y, antes de que Rosemary se diera cuenta, Lyn ya la estaba acompañando a tomar un taxi. Había reservado una mesa grande para el elenco y los miembros más importantes del equipo técnico en el Thimble & Friar, en el pueblo de Oakmere, que estaba a poca distancia por una carretera rural que serpenteaba entre campos verdes. El sol ya se había ocultado tras el horizonte cuando el coche de Rosemary giró hacia la calle principal de Oakmere, y la única, presidida por un cartel que informaba a los visitantes que el pueblo había sido elegido tres veces el Mejor Pueblo del Año.

Rosemary comprendió el motivo de inmediato. La calle estaba flanqueada por casitas encantadoras, dignas de una postal, algunas incluso con techo de paja. Las tiendas tenían nombres como Mercería de la Sra. Opal o Libros Crookley, y en todos los escaparates, que tenían forma redondeada, había macetas repletas de flores. En uno había una cesta con un gato blanco que dormitaba plácidamente. El vehículo dejó atrás la hilera de casas desalineadas y se detuvo frente a la plaza del pueblo.

En el centro se alzaba una pequeña pérgola de madera blanca y, a pesar de que ya era de noche, la plaza estaba llena de gente que paseaba a sus perros. Aunque se encontraban a miles de kilómetros de distancia, Rosemary no pudo evitar pensar en lo mucho que Oakmere se parecía a Blossom Ridge, el lugar donde había crecido;

uno de esos lugares donde todo el mundo se entrometía en la vida ajena, pero en el que también podías escapar del aire de la ciudad y escuchar tus propios pensamientos con un poco más de claridad.

The Thimble & Friar era un pub estilo Tudor que crujía por todos lados, con el típico estuco blanco cruzado por vigas negras, y más antiguo que cualquier otra cosa en el pueblo. Probablemente era más antiguo que cualquier edificio de América del Norte, pensó Rosemary. La construcción parecía vencerse hacia un costado, como si ella misma hubiera tomado demasiadas cervezas. Guirnaldas de luces titilaban sobre la puerta del pub y alrededor de los marcos de las ventanas, y cuando Rosemary pisó la acera oyó el murmullo de risas y el chapoteo de las bebidas desde el interior.

—La mesa del fondo está reservada para el elenco principal y los ejecutivos —dijo Lyn, tironeando de Rosemary como si fuera la turista estadounidense embobada que era.

—Está bien. ¿Buscamos una mesa, entonces? Esa se ve acogedora. —Rosemary señaló una mesa redonda pequeña junto a la ventana.

—Rosemary —Lyn la apartó de la zona del bar, hacia un rincón más tranquilo—. ¿Tengo tu permiso para decir algo que puede parecer grosero?

—¿A mí? Claro.

—Bueno. —Lyn tomó aire—. Tienes que dejar de tratarte como si fueras basura.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Rosemary.

—Todo el tiempo haces cosas para restarte valor. Te acabo de decir que hay una mesa reservada para el elenco principal y los ejecutivos y tú diste por sentado al instante que no había lugar para ti allí, ¿no?

—Eh... Es que... Sé que soy productora ejecutiva, pero me suena más como una formalidad técnica que como algo real.

—Con todo respeto, ¿y qué? ¿Qué importa si figuras como productora ejecutiva solo porque escribiste el guion y el material original? Estás aquí. Y, además, *escribiste el libro y el guion*, mujer, y eso no es poca cosa. Eres lisa y llanamente la razón por la que todos

estamos aquí. —Lyn apoyó las manos en los hombros de Rosemary y le dio un apretón suave.

—¿Todos los asistentes personales les dan charlas motivacionales a sus jefes? —preguntó Rosemary, riendo.

Lyn sonrió.

—Solo los mejores.

—Tienes razón, lo sé —suspiró Rosemary, apoyándose contra una pared de madera antigua—. Cuando se trata de libros, sinceramente, no soy así. Sé lo que valgo. Pero esto... —Hizo un gesto a su alrededor—. Es todo muy nuevo. Pez chico, estanque enorme, toda esa historia.

—Bueno, me tienes a mí, y yo conozco esta industria como la palma de mi mano, así que te voy a dar algunos consejos. De hecho, mis padres se conocieron en un *set*, en los ochenta —dijo Lyn.

—Ah, ¿sí? ¿Haciendo qué?

—Haciendo películas. —Lyn movió las cejas de forma sugerente.

Rosemary dejó que Lyn la guiara de nuevo hacia la barra para pedir algo de tomar; un poco de valor líquido no le vendría mal si tenía que sentarse en una mesa con Ellis esa noche y mantener la calma.

Pidieron en la barra dos sidras locales y charlaron un rato sobre los tipos de películas que los padres de Lyn habían hecho en los ochenta y noventa. Resultó que se podía conocer al amor de tu vida rodando una película titulada *Cuando Harry se comió a Sally*.

—Muy bien, ya tienes tu trago, así que ahora deja de procrastinar conmigo y ve a sentarte a la mesa de los grandes —dijo Lyn, dando un sorbo a la sidra ácida y dulce que habían pedido.

—Yo me encargo de esto.

—Tú te encargas de esto. Y si no, seguro que Ellis Finch va a estar encantado de encargarse por ti.

Rosemary puso los ojos en blanco y sintió que el corazón le empezaba a latir más rápido cuando vio a Ellis en un rincón del pub. Había vuelto a su ropa moderna: una camisa color crema relajada, con las mangas arremangadas hasta los antebrazos (tan atractivos que eran un peligro), y parecía mantener una conversación intensa y bastante seria con Lance y Arthur, sentados frente a él (le gustaba

esa expresión seria y apasionada que tenía), mientras daba un pequeño sorbo a su bebida, que parecía un *old fashioned*. En su habitación, mientras se preparaba para ir al pub, había concluido que no había nada de malo en permitirse un pequeño enamoramiento. No iba a pasar nada.

—Ah, Rosemary, qué maravilla, puedes darnos tu opinión sobre la discusión que estamos teniendo. Ellis cree que *Sensatez y sentimientos* es la mejor obra de Austen, mientras yo intento explicarle que *La abadía de Northanger* es estructuralmente superior, al ser una sátira del género de terror gótico.

—Me encantaría estar de acuerdo contigo, cariño —intervino Arthur—, pero estoy con Ellis en esta.

—¡Traición conyugal! —bramó Lance, aunque igual le plantó un beso en la mejilla a su esposo. Mientras se sentaba junto a Lance, Rosemary no pudo evitar sonreír por que ambos estuvieran tan alterados por... Jane Austen.

—No dejes que te convenza usando palabras como «terror gótico» —bromeó Ellis, inclinándose hacia delante.

—Lo siento, señores, pero tengo que disentir de todos ustedes. Su mejor libro es *Persuasión*.

—¿*Persuasión*? —Lance soltó una carcajada cordial—. Querida mía, lo lamento, pero ¿cómo puedes pensar eso?

Rosemary se encogió de hombros.

—Supongo que soy una romántica incurable. Anne pasó todos esos años enamorada de Wentworth, incluso creyendo que no había ninguna posibilidad de un final feliz. Y cuando él dice «Vivo entre la agonía y la esperanza...»... Bueno, digamos que la Rosemary adolescente se acostaba en la cama soñando con que alguien le hablara así.

La mano de Ellis se detuvo en el aire cuando se llevaba el vaso a los labios, los ojos clavados en ella.

Lance le dio una palmadita en la mano.

—Ya veo. No hay esperanza para ti, eres una romántica empedernida. Y aunque yo también me considero un romántico, en este caso sigo creyendo que *Northanger* es la mejor novela, porque ninguno de ustedes logró convencerme de lo contrario. —Respiró

hondo y giró en su silla para responder una pregunta de Arthur, que ahora estaba enfrascado en una conversación con Vincent.

Rosemary levantó la vista hacia Ellis, que la observaba desde el otro lado de la mesa.

—¿Así que *Sensatez y sentimientos*? —preguntó.

—El mejor libro.

—Discutible. Convénceme.

—Es difícil de explicar. La primera vez que lo leí, pensé que Marianne y Willoughby tenían un romance arrollador y nunca entendí a Elinor y Edward. Luego, cuando lo volví a leer ya pasados los veinte años, lo entendí. Tener a alguien así, una persona que puede ser tu mejor amigo, tu confidente y tu amante... Esa es la relación ideal. Mucha gente que conozco, sobre todo hombres heterosexuales, trata a sus esposas o novias como una categoría aparte en sus vidas. No son sus amigas. Yo quiero estar con alguien con quien, incluso si no hubiera nada romántico entre nosotros, de todos modos me encantaría pasar mi tiempo. ¿Tiene sentido?

Rosemary dio un sorbo a su bebida para disimular el leve temblor de sus manos. Nada grave: solo el hombre más atractivo que había visto en su vida hablándole de su relación ideal, basada en Jane Austen. Totalmente tranquila con eso, claro.

—Creo que te entiendo. Tal vez deba releerlo.

—Quizá yo también debería releer *Persuasión*, para ver por qué tanto alboroto.

—Jamás te habría imaginado como lector de novelas románticas —dijo Rosemary.

—Vas a descubrir que estoy lleno de sorpresas.

El deseo la encendió por dentro, y se terminó su copa de un solo trago.

—Creo que necesito otra.

—Yo te la traigo.

—No, está bien —dijo ella, haciendo un gesto con la mano, y se abrió paso hacia la barra. Necesitaba un minuto para ordenar sus pensamientos, porque, por supuesto, no le alcanzaba con ser un hombre tremendamente atractivo: también le gustaba Jane Austen. A Dina e Immy les iba a dar un ataque cuando les contara.

Esperó en la barra mientras el camarero atendía a otro cliente. Miró las sidras locales de barril, pero enseguida optó por su bebida antiestrés preferida: ron con cola. Normalmente habría pedido un trago a base de ron y cerveza de jengibre, pero ya había aprendido por las malas, y entre las burlas de Dina e Immy, que no se pedían cócteles en esos pubs ingleses pequeños.

—Una chica tan hermosa no debería pagarse sus propios tragos. —Un hombre apareció a su lado, apoyado en la barra—. Perdón, en cuanto lo dije me di cuenta de lo cliché que sonó. Empiezo de nuevo. Hola, soy Josh.

—Hola, Josh. Tu segunda impresión es mejor que la primera.

Josh sonrió con picardía y se pasó la mano por el pelo, de color rubio ceniza.

—Apuesto a que les dices lo mismo a todos.

—Solo a los que me van a invitar el próximo trago.

¿Quién era esta mujer y qué había hecho con la Rosemary insegura de siempre? Nunca le había resultado tan fácil coquetear, y Josh era... agradable a la vista. La mandíbula marcada, unos ojos cafés muy bonitos y una sonrisa traviesa. ¿Qué no podía gustarle de eso?

Tal vez era más fácil coquetear cuando estaba claro que la otra persona también lo hacía. Las cartas estaban sobre la mesa y, a decir verdad, necesitaba sexo. Quizá esto sirviera. Cualquier cosa con tal de borrar a Ellis de su mente.

Por cierto, casi podía sentir su mirada clavada en ella desde el otro lado del pub, evaluando cómo estaba a punto de hacer el ridículo con un local. Rosemary giró el cuerpo para darle la espalda a la mesa —y a Ellis— y quedar frente a Josh.

—¿A qué te dedicas, Josh?

—Directo al grano —dijo él, tomando un sorbo de cerveza—. Me gusta. Soy profesor de matemáticas en la primaria del pueblo. O, como dirían ustedes los estadounidenses, «matemática», en singular.

Rosemary comprendió que estaba tratando de hacer una broma y soltó una risita.

Josh pareció complacido.

—¿Y tú a qué te dedicas...?

—Rosemary.

—¿A qué te dedicas, Rosemary?

—Escribo libros de terror.

—Guau, qué increíble. Creo que eres la mujer de mis sueños.

—Estás exagerando un poco, Josh. —Le dio un empujoncito con el brazo. Era simpático. Todo parecía fácil. Entonces, ¿por qué no sentía nada cuando él le rozaba la mano con el brazo?

—Rosemary, aquí estás. —Ellis apareció a su lado, con cara de pocos amigos.

—¿Qué pasa? —dijo ella con brusquedad, con los ojos muy grandes; una señal universal que indicaba claramente que estaba ocupada.

Ellis decidió ignorarla.

—Te necesitan en la mesa. Lance quiere seguir hablando de libros contigo.

—Bueno, si es así, tendrá que esperar un poco —dijo entre dientes.

—Oye, ¿te conozco de algún lado? —preguntó Josh, inclinándose hacia Ellis.

—No creo —respondió Ellis, y se cruzó de brazos.

Josh asintió, miró a uno y a otro con lentitud y levantó las manos en señal de rendición.

—Mensaje recibido. —Se inclinó hacia Rosemary—. Si tu perro guardián en algún momento te deja en paz, búscame en aquella mesa. Creo que podríamos pasarla bien.

Josh se alejó.

Rosemary se volvió hacia Ellis.

—¿Qué carajo fue eso?

—¿Qué cosa?

—*Lo sabes perfectamente*. Ese tipo era atractivo, estaba coqueteando conmigo y podría haber tenido una noche divertida antes de que aparecieras.

—¿Atractivo? Vamos, Rosemary, puedes aspirar a algo mejor.

—Claramente bebiste demasiado, Ellis. No ves con claridad.

Él la encerró contra la barra, y Rosemary sintió su aliento caliente rozándole el rostro.

—Veo perfectamente bien, bonita.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué ves? —preguntó ella, cruzándose de brazos.

—Que te mereces algo mejor.

—Bueno, si ves a esa persona *mejor*, por favor, mándala a mi mesa. Ahora voy a pedir mi trago —respondió, evitando mirarlo a los ojos.

—Cuidado con los camareros de aquí. Hacen los tragos muy fuertes.

—De adolescente bebía whisky en los campos de maíz. Voy a estar bien, Ellis. Y... —Se giró para mirarlo de frente y se le cortó la respiración al darse cuenta de lo cerca que estaba—. No necesito que vengas a rescatarme como si fuera una damisela en apuros, porque lo único que soy es una mujer que necesita que la... —Se frenó, consciente de lo que estaba a punto de admitir. A la mierda—. Que necesita un polvo.

¿Era su imaginación o los ojos se le habían oscurecido? ¿Su mirada se tornó ávida y bajó hasta sus labios?

—¿Qué acabas de decir? —gruñó Ellis, casi furioso.

—Dije que necesito un polvo, Ellis.

—No. Ibas a decir otra cosa. ¿Qué era? Dímelo, Rosemary.

La orden la recorrió de la cabeza a los pies, y sintió un nudo en el centro del cuerpo. Abrió la boca para decírselo, pero...

Está con Jenna Dunn. Ese pensamiento apagó de golpe su deseo de responder. Se obligó a darle la espalda e ignorarlo. Pidió su cóctel. Cuando se dio la vuelta, Ellis ya había regresado a la mesa y estaba dándole un trago largo a su vaso. Bien. Que se mantuviera lejos. Pensó en buscar a Josh y retomar la charla, pero la idea ya no le resultaba tan atractiva. Además, adentro hacía calor. Necesitaba aire. Pagó y salió al exterior.

***

Se apoyó en la barandilla de la pérgola y se dedicó a observar a los que pasaban, mientras su mente se aclaraba poco a poco. Miró a

través de las ventanas curvas del Thimble & Friar, donde la gente conversaba animada bajo la cálida luz del pub, que se extendía sobre el césped. Allí, en la pérgola, sintió la suave brisa de octubre rozarle la piel, susurrando entre las ramas de los viejos arces. El aire olía a frío, y Rosemary se estremeció. Estaba tan oscuro allí afuera que, de no ser por la luna llena, no habría podido orientarse.

Vio a alguien con una silueta familiar salir del pub, con un encendedor en la mano y con su perro fantasma luminoso a su lado, cruzando el césped en su dirección.

—Primero un arbusto, ahora una pérgola. No se te da nada bien esconderte, ¿sabes? —dijo Ellis, con su voz dulce y grave.

—Menos mal que no me estaba escondiendo. ¿Has venido a disculparte?

Ellis subió a la pérgola y se colocó a su lado, apoyando los brazos en la barandilla como si contemplaran el mundo desde un balcón.

—Me disculparé por creer que no puedes valerte sola, pero no me disculparé por espantar a ese tipo. Estaba poniéndose demasiado pesado.

—Quizá me gustaba. Fue... sincero.

—Te gusta que la gente sea sincera contigo.

—Sí. Menos complicaciones.

—Entonces, en nombre de la sinceridad, en realidad no fumo.

—Bien, es un hábito asqueroso.

—Solo necesitaba un poco de aire. Entre Vincent y Lance discutiendo sobre nominaciones a los Oscar y el jaleo de esa despedida de soltero junto a la barra, todo se volvió un poco insoportable. A veces saco este encendedor y les digo a los demás que salgo a fumar, así consigo un momento para mí. Funciona de maravilla en las fiestas.

Cuando él le sonreía así, apenas lograba concentrarse. ¿Cómo era posible que no se diera cuenta del efecto que le causaba? ¿Y por qué diablos estaba aquí con ella? Tenía novia. No estaba dispuesta a meterse en ese embrollo, aunque no entendiera bien lo que había entre ellos. Desvió la mirada hacia el césped, rompiendo el contacto visual.

Lenta y tímidamente, empezó a llover. Las gotas repiquetearon en el techo de madera sobre sus cabezas, se oyó el murmullo suave del agua sobre las hojas y la hierba. La lluvia se intensificó, alejando el pub y sus ruidos hasta que solo quedó una cortina nacarada de agua y el calor del cuerpo de Ellis a su lado. Ninguno de los dos habló, pero él alargó una mano, rozando casi con la punta del dedo la enredadera tatuada en su muñeca izquierda. Ese roce a medias era una tortura. Se detuvo y dijo: —Te cambio un secreto.

Rosemary asintió, casi sin atreverse a hablar.

—No salgo en serio con Jenna.

—¿Qué? —balbuceó ella.

—Es parte de un plan descabellado que mi agente, Brody, pone en marcha de vez en cuando. Me empareja con una actriz, «salimos» unas semanas, justo el tiempo necesario para que ella gane credibilidad en la industria y consiga el papel protagonista en la película que quería, y luego cortamos en buenos términos.

—Ellis, eso es una mierda.

—Lo sé.

—¿Por qué le permites hacer eso? Te está usando como peón en el mundo de las citas entre famosos.

Él soltó un suspiro.

—Lo sé. Pero créeme: si hubiera una salida, ya la habría tomado.

Rosemary apenas lograba asimilar la locura absurda del plan de su agente, y sospechaba que había más de lo que Ellis le contaba, pero una gran parte de su cerebro ya estaba ocupada celebrando una fiesta monumental, con fuegos artificiales imaginarios, por el simple hecho de que Ellis estuviera soltero.

—Ahora me toca a mí saber tu secreto, Rosemary —dijo él, y esta vez sí le tocó la mano: el costado de su palma contra la de ella, deteniéndose, apoyado en la barandilla de la pérgola.

—¿Qué quieres saber?

Sintió los ojos de Ellis sobre ella, abrasadores.

—¿Qué te gusta?

El corazón empezó a latirle con tanta fuerza que sintió que iba a salir disparado de su pecho; sintió el pulso acelerado justo en el lugar donde él la estaba tocando.

—Eh... ¿En qué contexto?

—Sabes a qué contexto me refiero —dijo él, mirándola con ojos hambrientos.

Rosemary apretó los muslos, aunque no sirvió de nada. Estaba perdida.

—Me gusta el juego de poder. Ser sumisa.

Ellis soltó el aire. Ella vio cómo sus manos se aferraban a la barandilla. Cuando levantó los ojos hacia su rostro, se encontró con unas pupilas dilatadas que parecían devorarla.

—No es tan raro, en serio —balbuceó ella—. Es bastante común que a la gente le guste ese tipo de cosas. Las dinámicas de poder. Y no significa que tenga una personalidad sumisa. Simplemente me gusta lo que me gusta, ¿sí? Y...

—Basta, bonita. No necesitas justificarte conmigo. Lo entiendo. Más de lo que te imaginas.

Allí, bajo la lluvia fría de octubre, las palabras no dichas de repente se hicieron demasiado grandes. Rosemary lo deseaba. En ese espacio silencioso de la pérgola, lo insignificante cobró peso: la respiración de Ellis en su rostro, la pequeña cicatriz plateada sobre su ceja, las gotas de lluvia que formaban un halo en su pelo. Él movió la mano para enmarcarle la mandíbula y deslizó el pulgar sobre sus labios. Casi la desarmó por completo. Rosemary se inclinó un poco más hacia él.

—¿Por qué me has contado todo esto? —preguntó ella, con la voz temblorosa.

—¿No lo sabes?

Los ojos de Rosemary se ensancharon.

—Eh...

Un estruendo sonó desde la entrada del pub: la puerta se abrió de golpe, balanceándose en sus bisagras, mientras Lance, totalmente ebrio, brazo con brazo con Arthur y Vincent, salía tropezando y cantando una canción francesa plagada de obscenidades. Se desplomaron en la calle, soltando improperios contra el pavimento por atreverse a hacerlos caer. El instante secreto entre Ellis y Rosemary se esfumó, aunque a ella le hubiera encantado que durara un poco más.

—Será mejor que les consigamos un taxi —dijo Ellis.

14

Cuando Lyn le respondió mal por unas galletas en la cocina —Rosemary había confundido unas galletas Hobnobs con las Digestives de chocolate— y, menos de cinco minutos después, vio a Lance discutiendo con Vincent en el jardín de rosas, supo que algo raro estaba pasando.

La situación venía empeorando de manera sostenida desde hacía un par de días: todo el elenco y el equipo estaba de mal humor e irritable, y Rosemary estaba casi segura de que era obra de las fantasmas. No dejaba de verlas por la mansión, alternando entre el abatimiento, el llanto y las peleas a los gritos entre ellas.

Rosemary empezó a llevar lavanda seca en los bolsillos y le deslizó un poco en el abrigo a Lyn sin que se diera cuenta. En cuanto a Ellis... Bueno, quizá le había dado una taza de té de ortiga, un remedio antiguo para ahuyentar espíritus indeseados. Por suerte, el pequeño perro fantasma de Ellis parecía funcionar como su propio amuleto protector, y Ellis parecía inmune al mal humor. O, al menos, eso pensaba Rosemary que pasaba, porque en realidad no habían vuelto a hablar formalmente desde la noche del pub, dos días atrás. Nunca aparecía el momento adecuado; y la verdad era que tampoco sabía qué decir, de todos modos. *¿No lo sabes?*, había dicho él, como si eso aclarara algo. Y enterarse de que no estaba saliendo con Jenna... Bueno, le producía alegría y furia en partes iguales. ¿Qué carajo estaba haciendo su agente, obligándolo a hacer eso? Y, más importante todavía, ¿qué tenía ese agente sobre Ellis para que aceptara el plan en primer lugar?

Rosemary se sopló los dedos enrojecidos por el frío y se envolvió un poco más en la bufanda y el abrigo enorme que llevaba, aunque

no sirviera de mucho. Su cuerpo estaba hecho para el sol de primavera y los veranos húmedos, no para este frío inglés que calaba hasta los huesos. Incluso con calefactores portátiles y todas las puertas cerradas, en el interior de Hallowvale hacía un frío horroroso. No le habría sorprendido encontrar el agua congelada al intentar abrir un grifo. Esa mañana filmaban una escena clave: el personaje de Lance, el viejo Parlow, por fin vería a los fantasmas que habitaban su casa, de pie ante él en la escalera circular de la entrada de la mansión. Un elenco de unas treinta figuras fantasmales ocupaba los escalones, tiritando dentro de vestuarios raídos.

Mientras a Lance le daban los últimos retoques de maquillaje, repasaba algo con Vincent, al pie de la escalera. Mientras esperaba a que armaran el plano, Rosemary sacó el teléfono.

«Dina, ¿sabés si los fantasmas pueden afectar el ánimo de un lugar?».

Su amiga abrió el mensaje al instante: «¿Como zonas frías?».

«Toda la casa es una zona fría. Los fantasmas son dos mujeres que están peleadas entre ellas, y creo que eso está contagiando al equipo», comentó Rosemary.

«Mierda», respondió Dina. «¿Probaste con lavanda?».

«Ya usé todo lo que tenía».

«Mmm. Y supongo que no puedes poner sal en todos los umbrales...».

«No sin que me miren raro. Además, esta es su casa, no quiero echarlas».

Los tres puntitos de la respuesta de Dina quedaron flotando.

«Creo que tienes que hablar con ellas. Mediar».

«No soy buena para esas cosas, necesitamos a Immy para eso».

«¿Me invocaron?», respondió Immy al instante.

«¿Tienes ganas de venir al campo a ayudarme a mediar en una pelea entre fantasmas?», escribió Rosemary. Agregó el emoji de las manitos en oración para reforzar.

«OJALÁ. Pero hoy los gemelos están con los padres de Eric y vamos a tener una cita. Y con "cita" quiero decir que nos vamos a

quedar en la cama toda la noche y usar el Fluffinator 3000 que acabamos de comprar».

«¿Quiero saber qué es eso?», preguntó Rosemary.

«Igual nos lo va a contar», respondió Dina.

«Es el vibrador para parejas más potente del mercado».

«Bueno, me alegro mucho por ustedes», dijo Rosemary.

«¡Suerte con tus fantasmas! Si dudas, haz lo que yo haría», escribió Immy.

«¿Qué sería eso?».

«Emparejarlos».

Rosemary estaba a punto de responder que no le parecía una buena idea cuando Cecilia y Juliet irrumpieron por una de las puertas del rellano del entrepiso. Resultaba casi gracioso, aunque de una forma un poco morbosa, verlas zigzaguear entre los actores que interpretaban a los fantasmas.

Pero esta era, por lejos, la peor pelea a gritos que habían tenido hasta ahora. Rosemary vio cómo los actores se apartaban, aun sin saber exactamente de qué huían. Los vivos tenían el suficiente sexto sentido como para saber qué cosas no les convenían.

—¡Me mentiste! ¡Después de todo este tiempo! —le gritó Juliet a Cecilia, que parecía haber recibido una bofetada.

Como si algo así fuera posible, la sala se oscureció: la luz invernal que salpicaba las baldosas se escondió tras una nube. Rosemary pudo ver su propio aliento y sintió un hormigueo en la nuca. Como si toda la ira y la frustración de las fantasmas se hubieran filtrado en el mundo de los vivos. Una sensación punzante y amarga le atravesó el pecho, y tuvo la impresión de que estaban al borde de algo. Lo sintió antes de oírlo. Un chasquido leve. Un sonido suave como el de una tela al rasgarse.

—¡Vincent, Lance, salgan de ahí! —gritó Rosemary.

Todo ocurrió demasiado rápido. Vincent lo vio primero y empujó a Lance hacia atrás, contra la escalera, mientras él mismo se apartaba de un salto. La gran araña, la corona del vestíbulo de entrada de Hallowvale, se hizo añicos contra las baldosas, no muy lejos de los pies de Rosemary.

Los cristales y la cerámica estallaron, y Rosemary giró sobre sí misma, alzando un brazo para protegerse el rostro. En los segundos siguientes, nadie dijo nada. Lo único que Rosemary podía oír era la sangre martillándole los oídos y el tintinear de los cristales rotos al asentarse en el suelo.

—¿Están todos bien? —gritó Vincent, recuperando la compostura antes que nadie.

Rosemary escuchó algunas maldiciones murmuradas, pero por suerte nadie parecía necesitar atención médica.

—Casa embrujada por donde la mires —oyó decir a alguien del equipo cuando se acercó a Lance, que seguía sentado en la escalera, donde Vincent lo había empujado para sacarlo del peligro.

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca —dijo, con una sonrisa enorme, aunque dejó que Rosemary lo ayudara a ponerse de pie.

—Gracias por salvarme la vida, tesoro.

—No seas dramático —respondió Rosemary entre risas.

—Soy actor. Es exactamente lo que hago.

***

Una vez que retiraron los restos de la araña y Rosemary se aseguró de que nadie estuviera herido, salió del salón en busca de Juliet o Cecilia. Esto tenía que parar. Sus peleas no solo arruinaban el ambiente: se estaban transformando en un fenómeno *poltergeist* y ponían en peligro a todos los que trabajaban en Hallowvale. Rosemary era la única persona que podía hacer algo al respecto.

Deambuló por las salas de Hallowvale guiándose por el instinto. Cuanto más se acercaba, más frío se volvía el ambiente, como si estuviera jugando al juego de frío y caliente, pero al revés. Finalmente, encontró a Juliet en un pequeño salón de día ubicado en el ala oeste. Al principio, la fantasma no advirtió su presencia, y Rosemary se tomó un momento para observar la habitación.

Había dos sillones profundos junto a la chimenea, un pianoforte antiguo y estanterías que cubrían una pared entera. En las paredes colgaban acuarelas enmarcadas del caserón, pero una en particular

captó la atención de Rosemary. Era, sin duda, Juliet, sentada en esa misma habitación con empapelado azul damasco, leyendo un libro. El pintor la había retratado con una expresión suave y pensativa, tan distinta de la angustia que mostraba ahora. En la esquina inferior derecha de la acuarela había una sola letra, una «C» escrita a lápiz.

—¿La privacidad es un concepto extraño para ti? —le preguntó Juliet, soltando un bufido, tras reparar al fin en la presencia de Rosemary.

—¿Hablas en serio? Eres tú la que está armando un escándalo tremendo y alterando a todo el mundo. ¿Te das cuenta de que podrías haber matado a alguien con tu numerito de *poltergeist*? ¿Te importa siquiera?

—*Mmm*... Eres muy atrevida.

Rosemary sintió que, aunque Juliet estaba sentada y ella de pie, la miraba con desprecio.

—Sí, bueno, bienvenida al siglo veintiuno.

Rosemary se quedó callada un momento. *Tienes que mediar*. Las palabras de Dina regresaron a su mente. Se sentó junto a Juliet y observó cómo la luz la volvía casi translúcida desde ciertos ángulos; el delicado colgante con una cruz de ámbar que llevaba brillaba suavemente. Si quería ganarse su confianza, tenía que mostrarse más conciliadora.

—El otro día no pareciste sorprendida de que pudiera verte.

Juliet se encogió de hombros.

—Tuve una doncella que también podía hacer contacto con los espíritus.

—¿Podrías contarme qué pasa entre Cecilia y tú?

—Arruinó nuestra amistad, y ya nada volverá a ser igual.

—¿Cómo la arruinó? —preguntó Rosemary.

Juliet permaneció inmóvil durante un rato largo. Rosemary empezó a preguntarse si había decidido ignorarla, como a una estadounidense impertinente más, pero entonces habló.

—Aceptó una propuesta de matrimonio.

—¿Y eso es algo malo?

—Sí —dijo Juliet entre dientes—. Siempre dijimos que no nos casaríamos hasta el último momento, cuando ya fuéramos casi

solteronas.

—¿Eso a qué edad sería? ¿A los veinticinco, más o menos?

—No seas ridícula. Veintidós.

—Ah, claro. —Rosemary intentó ocultar una sonrisa—. Entonces, solteronas.

—Buscaríamos dos vejestorios y nos casaríamos con ellos, y cuando murieran podríamos viajar por Europa. Ceci... Cecilia, quiero decir, quería ser artista.

Rosemary reparó en otra acuarela colgada en la pared. También era de Juliet. Estaba sentada al pianoforte, con el cabello peinado en rizos rubios, mirando directo a Rosemary. O, mejor dicho, al pintor. ¿Habría sido Cecilia quien hizo esas pinturas?

—¿Y tú? —preguntó Rosemary.

—Yo habría recorrido el mundo con mi amiga más querida. Pero tuvo que ir a comprometerse con un lord. Uno joven.

—Seguro tendría sus motivos, Juliet.

—No presumas que sabes nada sobre nosotras —replicó Juliet con aspereza—. Lo prometimos. O nos casaríamos viejas, o entraríamos juntas en un convento remoto y viviríamos allí como viejas cascarrabias. Ni siquiera habría descubierto su traición si no hubiera encontrado la carta escondida entre unos papeles la semana pasada.

—¿La carta?

—Del hermano de Cecilia, dirigida a lord Davenport, su prometido, detallando la dote. Y me la ocultó todo este tiempo.

Rosemary comprendió que Juliet solo estaba desquitándose, y sospechó por qué. Todas las pinturas de esa habitación eran de Juliet, o de Juliet y Cecilia juntas, y todas estaban firmadas con una «C». Cada una era como un mensaje cargado de sentido. En cada pincelada había una ternura que hablaba de algo más que amistad. Tenían que ser obra de Cecilia, si su teoría era correcta.

—Me gustaría hacerte una sugerencia —dijo.

—Bueno, no creo poder impedírtelo —refunfuñó Juliet, aunque se giró para mirarla.

—¿Es posible que tú y Cecilia no fueran solo amigas?

—¿Cómo dices? Era mi amiga más querida en el mundo, en vida y... después de ese horrible accidente en el carruaje.

—No, me refiero a si crees que es posible que lo que sentían la una por la otra fuera más que amistad. Y quizá por eso te dolió tanto que Cecilia aceptara una propuesta antes de que murieras.

Juliet apretó el collar de la cruz con el puño y se puso de pie de golpe.

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a insinuar algo así?

Rosemary sintió que un frío helado le recorría las venas.

—Vete —dijo Juliet con voz firme.

—Está bien, Juliet —dijo Rosemary en voz baja—. Me voy. Pero aléjate del equipo, por favor. No quiero que nadie más salga lastimado. Y piensa en lo que te dije. Estoy aquí si quieres hablar.

15

Después de ese encuentro tan estresante con Juliet, Rosemary necesitaba con urgencia una taza de té. Se estaba volviendo toda una inglesa en su afición al té. Sin que lo llamara, se le vino a la mente un recuerdo de su madre. Rosemary era chica y quería organizar una auténtica merienda inglesa. Pero en Blossom Ridge hacía tanto calor y había tanta humedad que, en vez de té negro, su mamá preparó té dulce, y se sentaron en el piso de la sala, sobre la manta de pícnic más elegante que tenían, a tomar té dulce en tacitas de porcelana y a comer sándwiches cortados en triángulos. Rosemary deseó poder hablar con su mamá sobre todo esto. Como siempre ocurre con el duelo, la persona que más quería que la consolara era la misma cuya ausencia había causado esa tristeza.

No podía dejar que el dolor la consumiera, no en ese momento. Empujó las puertas principales de Hallowvale para escaparse un rato a la casa de huéspedes y se encontró con una cortina espesa de lluvia. Genial. Buscó en el vestíbulo algún paraguas olvidado, pero nada. Iba a tener que correr.

Salió disparada bajo la lluvia, chapoteando en los charcos, que le mojaron los tobillos. En cuestión de segundos tenía el pelo pegado al cuello y a la cara, la ropa empapada y adherida al cuerpo. Y hacía un frío espantoso; incluso corriendo, empezó a sentir que la sacudían fuertes escalofríos. Al menos el frío ayudó a borrar ese rastro de pena que persistía en su corazón. Era difícil que la tristeza aflorara cuando estabas concentrada en entrar en calor y secarte lo antes posible.

Llegó a la casa y empujó la puerta para abrirla. Estaba cerrada con llave. ¿Por qué estaba cerrada? Golpeó, aun sabiendo que no

había nadie. Mierda. ¿Tal vez la puerta trasera de la cocina estaría abierta?

Mientras rodeaba la casa, secándose la lluvia de los ojos, vio una alternativa. La ventana guillotina de la sala había quedado entreabierta. Si lograba abrirla más, podría entrar. Un trueno partió el cielo y, si era posible, la lluvia arreció todavía más, golpeándole la piel helada. Necesitaba entrar ya.

Rosemary pensó que no era *técnicamente* un allanamiento si se estaba alojando allí. Y si nadie la veía, no pasaría nada.

Empujó la ventana todo lo que pudo y empezó a subirse al alféizar. Ya estaba a medio camino, con las piernas colgando afuera y los jeans empapados, cuando oyó que alguien se acercaba.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Ellis por encima del ruido de la tormenta.

—¿Qué te parece que estoy haciendo?

—¿Por qué no usaste la puerta?

—No tengo llave y está cerrada. ¿Tú la tienes?

—No —refunfuñó él—. Qué mierda.

—Exacto. —Rosemary intentó meterse del todo, pero no había nada de donde sujetarse para impulsarse. Forcejeó un momento, mortificada ante la idea de que Ellis la viera retorcerse.

—¿Me ayudas? Estoy atascada.

Giró la cabeza y vio a Ellis observándola con detenimiento.

—¿Qué quieres que haga?

—¿Puedes empujarme? ¿O sostener la ventana?

—De acuerdo. —Cuando Ellis se acercó, Rosemary notó que él estaba igual de empapado, con ropa deportiva ajustada que se le pegaba a los músculos. *Ya vas a poder babear por él cuando estés seca*, se regañó en silencio.

Con una mano, Ellis sostuvo la ventana abierta y, con la otra, le tomó un brazo para que pudiera impulsarse un poco más. Rosemary se aferró a su brazo para equilibrarse, pero el piso estaba demasiado lejos y, antes de poder reaccionar, estaba cayendo... y arrastrándolo con ella.

Cayó de espaldas, con un golpe que la dejó sin aire. Ellis quedó encima de ella, de cuerpo entero. Gotas de agua caían del pelo de

Ellis sobre el rostro mojado de Rosemary, y él seguía sujetándole la muñeca. El tiempo parecía haberse detenido. El cuerpo de Ellis parecía fundirse con su cuerpo, y cada punto de contacto enviaba descargas eléctricas que le recorrían la piel. Los músculos de Ellis se tensaron al darse cuenta de la posición en la que se encontraban, pero no se movió. Todavía no.

Ellis desprendía una mezcla de olor a cedro, sudor y lluvia. Exhaló con fuerza, y Rosemary sintió todo el calor de su cuerpo sobre el suyo. De más de una manera.

Tenía el rostro tan cerca que Rosemary podía ver las motas azul oscuro de sus ojos, la barba incipiente, salpicada de canas, que no se había afeitado.

—Rosemary —dijo Ellis, en un murmullo grave.

A Rosemary se le entreabrieron los labios, sorprendida por ese tono tan íntimo y seductor. Los ojos de Ellis bajaron de inmediato a su boca. Si tan solo se acercara un poco más... Espera, ¿qué estaba pasando? No deberían estar haciendo esto. Como si fuera una señal, su cuerpo empezó a tiritar por el frío y la humedad, aunque por dentro estuviera en llamas.

—Estás temblando —dijo él, y en un instante salió de encima de ella y la ayudó a ponerse de pie.

—Es por la lluvia —respondió ella. Le castañeteaban los dientes.

Ellis le frotó los brazos con energía para darle calor.

—Esto es lo que vas a hacer: vas a subir, llenar la bañadera, sacarte toda esta ropa mojada y te vas a quedar en el agua hasta que estés bien rosada y sientas calor en todo el cuerpo otra vez, ¿entendiste?

Ella asintió, con el pulso desbocado. Su tono serio, autoritario. Era... era todo lo que quería. La neblina del deseo sumiso invadió su ser y trató con desesperación de concentrarse en sus palabras y no en la necesidad que afloraba en su vientre.

—Y cuando termines, vas a bajar y te voy a preparar una taza de té, ¿sí, bonita? No quiero que te enfermes antes del rodaje nocturno.

Ella asintió otra vez, temblando, y Ellis le dio un leve empujón en dirección a su habitación.

Rosemary llenó la bañadera y el vapor caliente empezó a aflojarle los músculos tensos incluso antes de entrar en el agua. Apiló la ropa mojada en el piso y resopló al sumergirse en el agua.

Las palabras de Ellis se repetían una y otra vez en su cabeza. Le había indicado cómo cuidarse, la había ayudado cuando lo necesitó. Era todo lo que deseaba: esa vía de escape del ruido constante de su mente. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había podido soltarse de verdad con alguien? Las personas con las que se acostaba solían esperar cierta dominancia de su parte; suponía que los tatuajes daban esa impresión. Y siempre terminaba sintiéndose un poco incómoda después del sexo, cuando quedaba claro que ninguno de los dos estaba del todo satisfecho con su actuación.

Sintió que la invadía una oleada de deseo, un vacío profundo en el centro que ansiaba ser llenado una y otra vez. Ser usada, elogiada, cuidada. Que alguien se ocupara de su placer y la usara para el suyo. ¿Podría Ellis ser esa persona? ¿Era posible que la deseara? Abajo, la forma en que la había sostenido, cómo la había mirado, había sido algo... Algo que no harías con una colega ni con una amiga. La mano de Rosemary se detuvo en su clítoris y empezó a rodearlo con los dedos. Ya estaba muy mojada, muy sensible. ¿Y si Ellis hubiera subido con ella a su habitación, hubiera entrado con ella en la bañadera? Ella había hecho lo que él le dijo; se había metido en el agua y había dejado que su piel se pusiera rosada y tersa para él.

Él le diría cosas bonitas por eso. Le tomaría el mentón y le diría que era una buena chica. La recompensaría con las manos y la recorrería con la lengua. Si tenía suerte, Ellis la haría ponerse de rodillas. Por favor, cómo ansiaba la sumisión que le producía el dolor de estar de rodillas en el suelo, con los ojos llorosos mientras subía y bajaba la lengua por la verga de Ellis. Después él la iba a penetrar con fuerza, rápido, sin piedad. Como a ella le gustaba. Su mente quedaría en silencio. Él la llevaría hasta ahí, pensó Rosemary justo cuando alcanzaba el orgasmo, con la cabeza hacia atrás, gimiendo.

Gracias a eso, después se sintió un poco mejor. Menos alterada.

Y, sin dudas, más calentita. Solo que ahora tenía que bajar y enfrentarse a Ellis en la cocina, sabiendo que acababa de tener un orgasmo pensando en tener sexo con él. Pero, cuando bajó, Ellis no estaba.

16

Ellis estaba realmente furioso. Había mandado a Rosemary a tomar un baño, y ella había sido *tan dócil, tan perfecta*. Y mientras ella estaba arriba, haciendo exactamente lo que le había pedido, cuidándose, él se ocupó de prepararle té con galletas.

Rosemary tiritaba tanto que hasta el labio inferior se le había puesto pálido, azulado, y el cerebro de Ellis había regresado a un estado primitivo: lo único en lo que podía pensar era en *calentarla*.

Pero mientras Rosemary estaba aún en la bañadera, lo llamaron al *set* con urgencia para una reunión improvisada con Jeremy. Alguna otra estupidez del estudio, sin duda. Así que tuvo que dejar la taza de té, que a esas alturas ya se habría enfriado, y se perdió verla con la piel encendida, rosada por el calor del agua. Desde luego, no se le había cruzado por la cabeza imaginar de qué color estarían sus pezones ni qué sensación le causarían al pasarles la lengua.

La reunión no duró más que cuatro horas, pero para Ellis fue una eternidad. En cuanto Jeremy se levantó para irse, Ellis se retiró, sin importarle que pudiera parecer poco educado. No veía otra cosa que a Rosemary: su culo redondeado cuando se inclinó hacia la ventana, la forma en que sus labios se entreabrieron cuando él dijo su nombre. Y la sensación increíble de tenerla debajo. Volvió casi corriendo a la casa de huéspedes, se duchó y se cambió a toda velocidad. Había pensado mil formas de disculparse por lo que había pasado, pero cuando por fin la encontró, sentada en la sala junto al fuego, escribiendo en su computadora, lo único que le salió decir fue:

—Si estás escribiendo, puedo volver más tarde.

—Ellis, hola —susurró ella, y algo dentro de él se encendió. No parecía molesta. La observó: sus mejillas habían recuperado ese rubor color melocotón y los labios ya no estaban azulados. Bien.

—Las galletas —soltó de golpe. *Tranquilo, Ellis*—. Digo... ¿Encontraste las galletas en la cocina? ¿Y el té?

—Ah... —Rosemary sonrió—. Sí, gracias.

Ellis se quedó dudando en el umbral.

—¿Estabas escribiendo? —preguntó. ¿Desde cuándo era tan torpe con la gente que le gustaba?

—Estoy trabajando en un borrador, sí. Pero creo que por hoy ya está. Sé que mañana tengo que quedarme despierta hasta el rodaje nocturno, pero mi cerebro ya está hecho puré.

—Las grabaciones de noche y los días de rodaje sin descanso te dejan así —dijo—. Es como el desfase horario. —Se sentó frente a ella. Había sacado a Fig a pasear; la perra estaba tan cansada de perseguir palomas que dormía arriba, rendida.

—¿Te ayudó el baño? —preguntó—. Para entrar en calor, digo.

—Sí —respondió ella y, cuando se miraron, el deseo reflejado en los ojos de Ellis encontró eco en la mirada de Rosemary.

—Me alegro. —Dios, lo ponía tan nervioso—. ¿Y cómo va la escritura?

—Mejor. Todavía no me animé a avisarles a mis editores que voy a entregar tarde, pero estoy escribiendo otra vez. Y no es una porquería.

Ellis soltó una risa seca.

—Me cuesta creer que algo tuyo pueda ser una porquería.

—Me estás halagando.

Ellis se inclinó hacia delante.

—Mereces escuchar lo buena que eres, Rosemary. Mereces que te elogien. —Dejó que esas palabras quedaran en el aire, para que ella entendiera exactamente a qué se refería.

—*Mmm*...

Las mejillas se le tiñeron del color de un melocotón perfecto, y se acomodó las lentes sobre la nariz. De inmediato se arremangó; el calor debía estar afectándola. Podía asegurar que a él también.

—Quería preguntarte algo —dijo Ellis—. ¿Por qué todos tus tatuajes son flores que se abren por la noche?

—¿Cómo...? ¿Cómo lo supiste?

—Tengo algunas en el invernadero.

Rosemary inclinó la cabeza hacia un lado, como si lo mirara por primera vez. Luego pasó un dedo desde el interior de la muñeca y fue subiendo por el antebrazo hasta el pliegue del codo. Ellis pensó que tal vez acababa de descubrir un nuevo fetiche.

—Esta es una onagra. Y desde el codo se transforma en dos plantas: un nardo y una flor de luna. Mis padres tienen una granja de flores en Georgia. Las que florecen de noche eran la especialidad de mi mamá. Algunos de mis mejores recuerdos son con ella en el invernadero, después del atardecer, mirando cómo se abrían las flores. Los tatuajes son mi forma de seguir cerca de ella, ahora que no está.

—Lo siento, bonita.

Notó que Rosemary parpadeaba para contener las lágrimas.

—Está bien. Fue hace mucho.

Ellis pensó en Hank un segundo y, aunque sabía que perder una mascota no era lo mismo que perder a un padre, ese dolor a veces lo sorprendía en los momentos menos pensados.

—Igual puede doler —dijo—. ¿Sigues viviendo en Georgia?

Rosemary negó con la cabeza.

—Vivo en Nueva York desde hace un par de años. Pero ahora estoy... entre lugares.

—¿Tu papá?

—Mi papá sigue en Blossom Ridge. Lo voy a ver en Navidad. Pero esa es mi casa de la infancia; es decir, ya no es mi hogar.

—Te entiendo. ¿Vas a volver a Nueva York cuando termine la película?

Rosemary frunció el ceño.

—No lo sé. Todos mis amigos están aquí, en Inglaterra. No sé qué me queda allí, pero mudarme definitivamente aquí me parece un paso enorme.

Quédate, pensó Ellis, aunque no tuviera derecho ni motivo. *Quédate cerca*.

—Quiero mostrarte algo —dijo en cambio. No lo había planeado, pero la idea se le ocurrió en ese instante.

—¿Qué cosa?

—Es una sorpresa.

—*Mmm*. No me gustan las sorpresas —dijo ella, llevándose un caramelo a la boca. ¿Por qué la idea de su lengua chupando un dulce lo tenía luchando contra una erección?

—Vamos, esta te va a gustar.

Ellis tomó la mano de Rosemary, tan suave y pequeña dentro de la suya, y la levantó del sillón. No la soltó mientras la conducía fuera de la habitación, y ella tampoco parecía tener intención de soltarlo.

—Tendrás que ponerte algo para el frío —le dijo, y la envolvió en un abrigo grueso.

Salieron a la noche y caminaron casi sin hablar bajo el cielo despejado, desde la casa de huéspedes hasta Hallowvale. La casa estaba oscura y vacía a esa hora; el equipo ya había vuelto a sus alojamientos.

La llevó por la escalera angosta rumbo al campanario, donde la había atrapado en brazos aquel primer día en la mansión, pero esta vez Ellis dejó que su mirada recorriera con avidez las curvas exuberantes de Rosemary, visibles incluso bajo el abrigo grueso. ¿Debía estar haciendo esto? Ni siquiera sabía cuál era el plan. Solo sabía que, cuando Rosemary habló de no tener un hogar, había sentido un impulso instintivo de hacerla sonreír, de hacerla sentir bien. De hacerla *suya*.

17

La mano de Ellis envolvió la de Rosemary, y ella pudo sentir los callos de su palma contra la suya, tibios y secos. Estaban tomados de la mano; las personas que tenían simplemente una relación laboral no se tomaban de la mano. Él la guiaba por esas escaleras angostas y sinuosas que habían subido durante la visita a Hallowvale, solo que esta vez, al llegar a una muesca en los escalones, Ellis la condujo por una puerta de madera que ella no había notado antes. Otro tramo de escaleras de piedra ascendía en espiral hacia la oscuridad.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella, y oyó el eco de su voz contra las paredes.

—No muy lejos. Estuve explorando después de rodar aquí arriba el otro día y encontré esta habitación. Supongo que la señora Fairfax no quiso mostrarla en la visita porque no la estamos usando para ninguna escena.

Ellis empujó una puerta que chirrió al abrirse en lo alto de la escalera y dejó al descubierto una segunda habitación en la torre. Era un espacio circular pequeño, con un techo abovedado de cristal y, más arriba, las estrellas brillantes de la noche invernal.

—Qué hermoso —susurró Rosemary.

—Cuando tengo rodajes de noche, para no dormirme, a veces investigo qué constelaciones podría ver si el cielo está despejado. Esta noche tenemos suerte: deberían verse las Oriónidas.

—De chica miraba estrellas fugaces todo el tiempo. —Rosemary sonrió y se acercó a las ventanas altas y arqueadas para mirar hacia afuera. Abajo se extendían los bosques de Hallowvale, teñidos de

lavanda en la penumbra; la luz de la luna se reflejaba en las hojas vueltas hacia arriba, bañando las ramas de un brillo plateado.

—Gracias por traerme aquí. Sabía que me iba a costar no quedarme dormida esta noche.

Él se acercó y la rodeó entre sus brazos contra el cristal frío. Rosemary sintió que el deseo le nublaba la vista en los bordes; todo su campo visual era Ellis.

—Las constelaciones están allá afuera, ¿viste? —bromeó él, tomándole las caderas y haciéndola girar. Se quedaron mirando en silencio un momento y, aunque en la habitación no había luces encendidas, Rosemary alcanzó a ver su propio reflejo en la ventana: su aliento empañaba el cristal, y aún tenía el caramelo que se había puesto en la boca mientras escribía.

A pesar de que no había calefacción, sintió calor, y la recorrió un leve sudor; se quitó el abrigo y lo dejó sobre una silla.

—Mira, allá arriba. —Los dedos de Ellis le levantaron el mentón hacia arriba y a la izquierda, y Rosemary vio una estrella fugaz surcar el cielo.

—Increíble —murmuró.

Por instinto, se giró hacia él. Estaba justo ahí, su aliento cálido le rozaba el rostro; si se lo permitía, sus dedos podrían rozar ese pecho ancho.

—¿Qué estás comiendo? —le susurró él al oído, casi con un gruñido.

—Un caramelo.

—¿De qué?

—De pera.

Rosemary le mostró la lengua con el dulce encima y vio cómo las pupilas de Ellis se dilataban.

—Déjame probarlo.

Rosemary se sacó el caramelo de la boca y, con más valentía de la que sentía, lo llevó a los labios de Ellis. Él lo chupó, y ella percibió el calor de su lengua al rozarle el dedo.

—Delicioso —dijo—. Tiene gusto a ti.

Sin apartar los ojos de ella, hizo girar el caramelo en la boca y dejó escapar un gemido suave que Rosemary supo que era solo para

ella. Luego se lo sacó y lo sostuvo entre dos dedos.

—Abre la boca —le ordenó Ellis. Y ella obedeció, sin pensarlo, y permitió que él volviera a posar el dulce sobre su lengua. Luego, le pasó el pulgar por debajo del mentón y le cerró la boca con cuidado. El otro dedo le rozó los labios; fue un roce mínimo, pero bastó para hacerla tambalear. Quería más que un roce, quería quedar marcada.

—Tan buena —lo oyó murmurar, y si hubiera querido poseerla contra esa ventana, ella lo habría dejado.

La mano de Ellis descendió por su cuello, y con los dedos la retuvo allí. Estaba desesperada, necesitada; se arqueó hacia su contacto.

—Ellis —susurró.

—No debería estar haciendo esto —dijo él, pero al mismo tiempo acomodó el cuerpo contra el de ella y, sin pensar, Rosemary separó las piernas, invitándolo a colocarse entre sus muslos. Lo único que quería era sentirlo más cerca.

—Mierda —masculló Ellis, y con la otra mano la aferró de la cintura. Se apretó contra ella y la sensación de su dureza, justo ahí, contra ella, le envió un pulso directo al centro de su deseo. Rosemary se frotó contra él y se tragó los restos del caramelo.

Ellis inclinó la cabeza y sus labios apenas rozaron los de ella.

—Dime que pare. —Le dio un beso en una comisura, en la mejilla, en el cuello. Su barba le raspó la piel y un escalofrío delicioso le recorrió la columna.

—No —susurró ella—. No pares.

—Dime que no quieres esto y paro —dijo, deslizando una mano bajo su camiseta, acariciando su piel, sujetándole la cintura con fuerza—. Eres demasiado para mí, Rosemary. Dios, si supieras las cosas que quiero hacerte...

Rosemary no lo dejó terminar. Estaba cansada de no tomar lo que quería. Quería a Ellis, ¿para qué esperar? Giró el rostro y atrapó su boca con la suya.

Ellis gruñó contra sus labios y Rosemary se dejó llevar. Su boca era fuego fervoroso sobre sus labios, lujurioso y suave, pero no delicado. No hubo lentitud, ni cautela, ni vacilación en ese beso. Su lengua, caliente y húmeda, reclamó su boca; el agarre en su cuello fue firme, innegociable. Era todo.

Volvió a acomodarse contra ella, rozándole su miembro y, aun a través de la tela de dos pantalones, Rosemary percibió su tamaño. Ellis la besaba como un hombre hambriento, como si nunca fuera suficiente. Su caricia la enloqueció de deseo y lo único que podía calmarla era más. Buscó la hebilla de su cinturón, pero él le detuvo la mano.

—Pensé que querías... —dijo ella, con los labios hinchados de besos.

—Sí, sí —respondió él con voz grave—. Y sé cuánto lo necesitas tú también, ¿no, bonita?

El agarre en la nuca y en las caderas se volvió más posesivo. Rosemary sintió que el deseo le incendiaba cada centímetro de la piel.

—Muchísimo —gimió.

—Si vamos a hacer esto, vamos a necesitar reglas, límites. Para asegurarnos de no hacer nada que no quieras.

Mientras hablaba, Ellis le repartía besos por el cuello, siguiendo la línea de los tatuajes con la lengua.

—Nadie más mientras estés conmigo —dijo. No; *ordenó*.

Rosemary sintió a la sumisa en su interior casi gritar de felicidad. Esto era lo que anhelaba desde hacía tanto: ser de alguien.

—Nadie más —aceptó.

—Y yo decido cuándo acabas. —Ellis frotó su verga contra su centro, sabiendo exactamente lo que le hacía, consciente de que empezaban a gestarse las sensaciones de un orgasmo. Rosemary era un manojo de nervios, y estaba a punto de quebrarse. Ellis empujó con fuerza una sola vez.

—¡Mierda! —exclamó Rosemary, sintiendo el orgasmo tan, tan cerca.

Pero entonces él se apartó. Ella consideró suplicar.

—¿Te suena bien todo eso, bonita? —preguntó Ellis, con una expresión juvenil, traviesa y demasiado satisfecha.

Ella asintió, aún empapada de necesidad.

—Bien. —Ellis sonrió y acercó su boca a los labios de Rosemary una vez más.

18

Rosemary llevaba veinticuatro horas sumida en la frustración, y ya no estaba segura de cuánto más iba a aguantar. Al parecer, Ellis se tomaba muy en serio eso de ir despacio con ella, porque la noche anterior, en la habitación de la torrecilla, solo la había besado.

Desde el comienzo de los rodajes nocturnos, casi no habían tenido ni un segundo a solas. Solo una vez, hacía alrededor de una hora, cuando se produjo una pausa momentánea en la filmación para que Vincent atendiera una llamada importante, Ellis la encontró en un bosquecito en sombras, lejos del *set* principal.

—Hola, bonita.

—Hola.

—¿Te portaste bien? —le susurró con voz grave y melosa.

—Sí.

Le hizo una caricia con una mano por la parte superior del muslo y lo apretó de forma posesiva, lo bastante arriba como para que cualquiera del equipo que los hubiera visto entendiera exactamente qué estaba pasando entre ellos.

—Bien —resopló; por un segundo Rosemary sintió que el autocontrol de Ellis se resquebrajaba. Estuvo a punto de mandar todo al carajo y besarlo allí mismo. Pero entonces se oyó el aviso para que Ellis volviera al *set*.

Rosemary no era una sumisa *brat*. Sabía que dentro de la comunidad *kink* había un montón de sumisas a las que les gustaba ese rol de «portarse mal», pero ella nunca había tenido ganas de probarlo. Lo que anhelaba era el elogio. Trataba de no psicoanalizarse demasiado, pero si tenía que hacerlo, suponía que todo se remontaba a sus años de estudiante brillante en la escuela.

Aun así, dejando de lado esa cuestión, estaba desesperada por liberar su deseo. Si no fuera por las órdenes suaves que recibía de Ellis, ya se habría dado un orgasmo sola. Probablemente, varios.

Pero quería ser buena, portarse bien, sabiendo que la recompensa valdría la pena. Todo esto era tan nuevo, y llevaba tanto tiempo deseando vivir una dinámica así, que no iba a dejar que un orgasmo insignificante se interpusiera.

Aun así, ver a Ellis con esa camisa de algodón ondulante, tan atractivo y cautivador, no le facilitaba para nada las cosas. Decidió ir a ver qué estaba filmando la segunda unidad. Lyn le había dicho que se encargaban de tomas que no requerían al elenco principal.

Se internó en el bosque con una linterna en la mano.

Entonces, al pasar por encima de un tronco, oyó una risita suave a su derecha. Se detuvo en seco. ¿Qué había sido eso? Volvió a oírlo: una risa entrecortada, casi un suspiro, seguida por el eco de un perro que ladraba. Rosemary, a diferencia de todas las heroínas inteligentes y astutas que había escrito en sus novelas de terror, siguió los sonidos y se adentró más en el bosque.

Allí, en un claro bañado por la luna, encontró a Cecilia jugando con el perro fantasma de Ellis. El perrito estaba panza arriba sobre la hierba y Cecilia, en cuclillas, lo acariciaba y le decía que era un animalito dulce y bueno.

—Hola —dijo Rosemary, en voz baja para no asustar a la fantasma.

—Ah, hola.

—Soy Rosemary.

—Cecilia.

—Sí, lo sé. Parece que le caes muy bien —dijo Rosemary, señalando al perro fantasma. Las otras veces que había visto a Cecilia, casi siempre estaba discutiendo con Juliet, pero ahora, al verla sola allí, algo en ella hizo que la asociara a una flor delicada, tan frágil que un viento fuerte podría volarla.

Cecilia alzó la vista y le sonrió con dulzura. Si eso era posible en un fantasma, Rosemary pensó que tenía las mejillas manchadas de lágrimas.

—Supongo que se alegra de que le presten atención. Para los animales es difícil cuando sus dueños ya no pueden verlos. No entienden por qué.

Rosemary se acuclilló y vio que el collar de cuero tenía un nombre grabado: Hank. Dejó que el perrito fantasma le oliera la mano. Lo único que sintió, cuando se acurrucó contra su palma, fue un roce frío y tenue.

—¿Ya viste espíritus de animales antes? —preguntó Rosemary.

Cecilia asintió y se sentó en el suelo helado, envolviéndose con un chal bordado con rosas azules, como si pudiera sentir el frío.

—Cuando morimos, mi caballo se quedó conmigo un tiempo. Él también murió en el accidente del carruaje —dijo. Dejó que Hank se subiera a su regazo y le rascó entre las orejas.

—Los animales fantasma no son como nosotros —continuó—. Necesitan permiso para irse. Tienen que saber que su dueño va a estar bien. Se quedan para protegerlos y consolarlos.

—Es su asunto pendiente.

—Sí, supongo que sí.

—¿Entonces no va a poder seguir adelante hasta que Ellis lo deje ir?

Cecilia asintió.

—Si se queda aquí demasiado, se va a desvanecer aún más, y ya no podrá pasar a lo que venga después.

Rosemary pensó en todo lo que le habían enseñado en la escuela dominical, en su abuela, en su mamá. Tenía que preguntar.

—Cuando moriste, ¿viste...?

—¿Lo que viene después? —Cecilia dejó caer la cabeza hacia un lado—. Creo que por un segundo, tal vez. Fue una elección quedarme aquí. Lo vas a entender. Juliet murió primero y, cuando la vi y me vi a mí misma tendida allí, sentí una paz absoluta. Creo que, si me hubiera dejado llevar por esa paz, habría seguido adelante. Pero vi a Juliet, y ella se quedaba, y... Aunque no lo admita, me necesita. Así que yo también me quedé.

Rosemary sintió el peso de esas palabras, lo que en verdad decían.

—Y ahora ni siquiera quiere hablarme.

Rosemary asintió.

—Tal vez yo pueda ayudarte. A veces sirve contárselo a alguien. Y me imagino que hace mucho que no hablas con nadie.

Cecilia se secó las lágrimas plateadas.

—Este es el lugar donde vivía Juliet, ¿sabes? Su padre era el primogénito, heredero de la propiedad; se casó bien, y a Juliet nunca le faltó nada. Para mí no fue tan sencillo. Mi familia vivía en una casa más modesta, en el pueblo; mi hermano mayor era el párroco y, cuando murieron mis padres, me llevó a vivir con él hasta que pudiera casarme. Mi hermano no era un hombre amable. Pero no importaba, porque Juliet y yo éramos amigas. Pasaba la mayor parte del tiempo aquí. Por suerte, a su padre no le molestaba.

»Pero cuando cumplí veintiún años y seguía siendo una chica tímida sin perspectivas de matrimonio, mi hermano me dio un ultimátum. O me casaba, o me enviaba al norte, a una parroquia que conocía en Yorkshire y en la que necesitaban una institutriz.

—Te habrían separado de Juliet.

—Sí. El cortejo fue en secreto y acepté una propuesta, pero era lo último que quería. Aunque ella no supiera lo que yo... sentía por ella, no quería irme ni estar lejos. Ese día iba a decírselo, a explicarle todo. Pero morimos y, cuando elegí quedarme en lugar de seguir adelante, Juliet... —Cecilia se llevó los dedos a la boca, atrapada en el recuerdo—. Me besó. No creo que entendiera por qué lo hizo, y estuvo furiosa consigo misma durante mucho tiempo.

—Entonces, antes de morir, ninguna de las dos...

—No, para nada. Me hubiese encantado, por supuesto, pero a Juliet la habían educado según los principios de la Iglesia. Nunca habría cruzado esa línea. Creo que se dice a sí misma que solo me besó porque sintió alivio.

Se quedaron en silencio un momento. Rosemary recordó las acuarelas de la habitación donde había visto a Juliet la última vez, las que había pintado Cecilia. Le hacían pensar en esos cuadros que se ven en las galerías de arte, de dos mujeres a todas luces *queer*, cuyos rótulos siempre dicen algo como «Lady X y lady Y, dos grandes amigas que nunca se casaron y vivieron juntas toda la vida».

Recordó la forma en que Juliet miraba esas pinturas.

—No creo que Juliet esté enojada contigo por no haberle contado lo de la propuesta. No de verdad.

—¿Entonces por qué?

—Creo que siente lo mismo. Creo que, cuando se enteró de que ibas a casarte con un hombre, aunque haya sido hace cientos de años, tuvo miedo.

—Juliet nunca va a admitir lo que siente. —Cecilia se encogió de hombros, pero enseguida se le hundieron—. Pero esperé todo este tiempo y voy a esperar lo que haga falta. Por ella.

Rosemary apretó la mano de la fantasma: era suave como una pluma y fría. Entendió por fin por qué ambas seguían tan presentes, sin desvanecerse, después de tanto tiempo. Juliet y Cecilia eran el asunto pendiente de la otra. Y ahora dependía de Rosemary ayudarlas a resolverlo antes de que causaran más estragos en el *set*.

—Voy a hablar con ella —dijo Rosemary, tratando de tranquilizarla.

—Si quieres encontrarla, busca la capilla en ruinas, en el corazón del bosque. Va allí cuando quiere torturarse.

Rosemary dejó a la fantasma en el claro. Sentía que mil pensamientos revoloteaban en su cabeza. No tenía tiempo de buscar a Juliet de inmediato. Ya casi era medianoche y el director de la segunda unidad la había invitado a ver lo que estaban haciendo, filmando en los bellos jardines de la mansión tomas exteriores. Eso también significaba que no era probable que se cruzara con Ellis esa noche, pero necesitaba espacio para pensar.

Tenía que contarle lo de Hank. No quería que el espíritu del perrito se desvaneciera en la nada, pero para eso Ellis tendría que dejarlo ir. ¿Y cómo iba a hacerlo sin que Rosemary le confesara su secreto, que podía ver fantasmas?

Le envió otro mensaje a Dina: «Querida sabia y hermosa bruja».

«¿Qué se te ofrece?», respondió enseguida.

«¿Qué otras formas hay de hacer que alguien crea en fantasmas si no tengo una vela de Babilonia?».

Las velas de Babilonia solo funcionaban a medianoche en Halloween, y su llama ardía con un color azul y se extinguía rápido.

No permitirían que Ellis viera a Hank, solo que percibiera su presencia. Ella necesitaba que lo viera.

«Le pregunté a mamá y dijo que buscaras una piedra bruja. No se pueden hacer; tienes que encontrar una».

«¿Qué es una piedra bruja?», preguntó Rosemary.

«Una piedrita con un agujero en el centro. Miras a través de ella y te deja ver a los fantasmas, pero solo durante la luna llena. El que la use no va a poder oírlos, solo verlos».

Eso alcanzaba.

«Un millón de gracias», respondió Rosemary.

«¿Me vas a decir para qué la necesitas?», preguntó Dina.

«Es muy largo para explicarte en un mensaje, pero cuando nos veamos te cuento».

«¿Tiene algo que ver con el que no debe nombrarse?».

Rosemary dudó y luego escribió: «Tal vez».

***

Después de su encuentro con Cecilia, Rosemary pasó el resto de la noche con la segunda unidad, observando cómo filmaban un plano de apertura de la mansión gótica a la luz de la luna. Cuando amaneció, el director de la segunda unidad dio por terminada la jornada y todo el mundo se fue a dormir. Ya en su habitación, Rosemary se duchó y trató de prepararse para dormir. Sin embargo, por más cansada que estuviera, no conseguía conciliar el sueño. Necesitaba hablar con Ellis sobre su perro fantasma, pero no tenía ni idea de cómo sacar el tema.

Justo cuando se metía en la cama, pensando en leer unos capítulos de una de sus novelas de terror para relajarse (¡monjas demoníacas!), el teléfono vibró.

«No me puedo dormir, así que estoy viendo *La cumbre escarlata*», decía el mensaje de Ellis.

Rosemary había olvidado por completo que había incluido esa película en la lista de películas de terror para Ellis. Era el gótico moderno perfecto, y era un punto por el que estaba dispuesta a jugársela hasta el final.

«¿Qué te parece?», respondió.

«Hay algo raro entre los hermanos».

Rosemary soltó una risita. Había dado en el clavo. «¿Por dónde vas?».

«Ella está en la casa espeluznante y encontró unas grabaciones viejas».

«Esa parte me encanta. ¿Te está gustando?».

«Muchísimo. Los fantasmas son increíbles, me encanta el diseño de producción, pero...».

«¿Pero?».

«Pero no sé si diría que da miedo».

«Creo que mucho del terror gótico no busca dar miedo, sino inquietar, crear una atmósfera escalofriante y desplegar pomposidad».

«Tiene sentido. Espero no haberte despertado».

«No estaba durmiendo. Es difícil con la luz de la mañana».

«¿Pudiste escribir algo hoy?».

«No, me quedé en el *set*. No logré concentrarme».

«¿Por qué?».

Algo le revoloteó en el vientre. Había algo innegablemente erótico en saber que Ellis estaba justo al lado. Era electrizante.

«Creo que sabes por qué», escribió Rosemary, en un arrebato de audacia.

Los tres puntitos aparecieron en la pantalla y luego desaparecieron. La decepción se le hundió en el pecho cuando pasaron varios minutos sin respuesta.

Entonces, el teléfono sonó.

—¿Ellis?

—Hola, bonita.

A Rosemary la asaltó el absurdo deseo de decirle que lo había extrañado, que había extrañado *eso*. Aunque habían estado cerca todo el tiempo, no lo había sentido así: privado, íntimo.

—¿Qué estabas haciendo?

—Estoy leyendo una novela de terror.

Sonrió al oír su risa al otro lado.

—Muy fiel a tu marca.

—No quisiera decepcionar a mis fans —bromeó. Esa noche se sentía valiente, o tal vez era la seguridad de no tener que mirarlo a los ojos mientras hablaba.

—Así que no te puedes dormir —dijo Ellis, en tono juguetón.

—No. Cero sueño.

—Bueno, no podemos permitir eso... ¿No, bonita?

Rosemary tragó saliva y se sonrojó incluso en la intimidad de su habitación.

—¿Harías algo por mí, Rosemary?

Cualquier cosa.

—Sí —susurró.

—Quiero que te toques, que hagas exactamente lo que te diga. ¿De acuerdo? Dime que pare si no quieres hacer esto y corto en este mismo instante.

—Sí, quiero.

—Bien, perfecto. ¿Qué haces para tener un orgasmo?

Rosemary sintió las mejillas en llamas. *Todo su cuerpo* estaba en llamas. Nunca había hecho algo así, y la llenaba de una excitación intensa escuchar la voz grave de Ellis al otro lado de la línea.

—Uso un vibrador.

—*Mmm*. Me lo imaginaba. ¿Lo tienes ahí contigo, bonita?

Rosemary abrió el cajón de la mesa de noche y sacó el vibrador rosa chillón que había llevado.

—Lo tengo —susurró.

—Buena chica —dijo Ellis, y ella se retorció, empapada de deseo.

—Chúpalo. Mételo en tu boquita preciosa, cerca del teléfono. Quiero oírlo.

Rosemary era un charco resbaloso de deseo, y tenía los pezones tan duros que dolían: pedían a gritos que Ellis los tocara. Con el teléfono en una mano, se llevó el vibrador a la boca y lo chupó, imaginando que recorría la verga de Ellis con la lengua. Al otro lado de la línea, oyó un jadeo ronco.

—Bien, así —susurró Ellis—. Ahora quiero que te apoyes el vibrador en la entrepierna y lo mantengas ahí. No lo metas ni un centímetro.

Por desesperada que estuviera por sentirlo adentro, Rosemary hizo lo que él le dijo. *Necesitaba* hacerlo. Rozó la punta del vibrador contra la entrada de su vagina.

—Apoya el teléfono en tu cuello y masajea tu clítoris con la otra mano.

Obedeció.

—Sí. Qué bien se siente, Ellis.

—Lo sé, bonita. Sigue. ¿Sabes qué haría si estuviera ahí?

—¿Qué? —dijo Rosemary en un suspiro.

—Primero comprobaría lo mojada que estás por mí. Estarías empapada, ¿no, bonita?

—Sí.

—Después te besaría esos pechos perfectos y te dejaría montarme la mano. Pero todavía no podrías acabar. Cuando estuvieras bien al borde, me pondría de rodillas y te comería el sexo hasta hacerte gemir mi nombre. Solo acabas en dos lugares cuando estás conmigo. ¿Quieres saber cuáles son, Rosemary?

—Sí.

—En mi lengua y en mi verga.

Rosemary se estremeció, arqueando la espalda contra las sábanas.

—Inserta la punta del vibrador.

Por fin exhaló, aliviada, mientras lo deslizaba dentro, sintiendo esa presión deliciosa.

—Ay, Ellis. Es grande.

—Está hecho para ti, preciosa. Tómalo. Haz que entre bien.

Rosemary gimió, inclinando la cabeza hacia atrás.

—Buena chica. Así —dijo Ellis con la voz tensa.

—¿Y tú? —susurró ella, tomando valor—. ¿Dónde acabas?

—Yo acabo donde quiero, ¿no, bonita?

—Qué ganas... Sí.

—Pero si estuviera allí ahora, creo que te doblaría sobre la cama y te penetraría ese sexo hermoso desde atrás. ¿Te gustaría?

—Muchísimo.

Sus palabras, su obscenidad deliciosa, la envolvían en una bruma perfecta.

—Y después te llenaría de leche, porque a ti te gustaría tanto que te acabe adentro...

—*Mmm*. Dios, estoy tan cerca. Ellis, yo...

—Lo sé. Sigue, no pares.

La voz de Ellis se oía entrecortada, y Rosemary supo que, pese al control seguro que transmitía, estaba luchando tanto como ella.

—¿Sabes qué haría cuando terminara de llenarte, Rosemary? Me aseguraría de que todo mi semen se quedara adentro de ti y volvería a meterte los dedos. No me cansaría nunca.

Rosemary dejó salir un grito; el cuerpo se le tensó de golpe y el orgasmo la arrasó. Era el sexo más intenso e íntimo que había vivido jamás, y solo había sido una llamada telefónica.

Cuando su respiración se calmó, Ellis le indicó con suavidad que fuera a limpiarse, volviera a la cama y apagara todas las luces. Él seguía al teléfono.

—Ojalá vinieras —admitió Rosemary, envuelta en la neblina posterior al orgasmo. Tal vez estaba siendo demasiado sincera; ¿lo espantaría?

—A mí también me gustaría, bonita, pero creo que necesitas descansar. Y si fuera, no descansaríamos mucho.

Rosemary estaba a punto de decir algo que esperaba que sonara sexi y tentador, pero se le escapó un bostezo.

—Bueno, tienes razón —reconoció con una sonrisa—. ¿Sabes una cosa? Después de estos últimos días, tengo que decir que ya no me caes mal, Ellis.

Él soltó una risa baja.

—Me alegro. Duerme un poco. Los próximos días van a ser intensos.

Tal vez fuera solo otra parte de la dinámica entre dominante y sumisa, pero Rosemary sintió de verdad cómo se relajaba con sus palabras.

—Buenos días, Ellis.

—Buenos días, bonita.

19

Ellis despertó con un peso enorme sobre el pecho y algo cálido que le cubría el rostro. Abrió los ojos de a poco y se encontró con el rostro de Fig apoyado sobre el suyo. Sintió su aliento apestoso directo en la nariz. Delicia pura. La perra se había acomodado en el hueco de su cuello, como cuando era cachorra, solo que ahora era tan grande que quedaba atravesada sobre todo su torso.

—Bueno, Fig. Arriba.

A diferencia de Ellis, Fig estaba lista para salir al instante: se irguió sobre las patas traseras y empezó a rasguñar la puerta. Él se puso unos pantalones deportivos y una sudadera; era media tarde, pero en realidad contaba como si fuera la mañana, ya que estaban filmando de noche, y no esperaba cruzarse con nadie abajo. Pero, cuando abrió la puerta y Fig se lanzó escaleras abajo delante de él, vio la puerta de Rosemary y la noche anterior volvió de golpe.

¿Se había apresurado al iniciar sexo telefónico cuando apenas se habían besado? Pero Rosemary parecía tan entusiasmada, tan dispuesta. Ellis no encontraba palabras para el alivio que sintió al darse cuenta de que Rosemary era una sumisa voluntaria. Tenía la extraña sensación de que se entendían a la perfección.

Sacó a Fig al campo entre la casa de huéspedes y la mansión y empezó a lanzar un palo de un lado a otro para que descargara energía. Momentos así le recordaban a Hank y al breve período en que había tenido a Fig y a Hank juntos. Salían disparados detrás del mismo palo —Fig apenas más rápida que Hank, con sus patas cortas y su cuerpo redondeado de *corgi*—, pero Fig esperaba, y los dos volvían arrastrando las patas hacia él, cada uno con una punta del

palo en la boca. Cuando Hank murió, Fig también quedó devastada, pero se acompañaron para superar el dolor.

A su derecha, en la parte boscosa, había un par de ambientadores de *set*, y Ellis los saludó con la mano. Estaban preparando el lugar para una toma que se iba a rodar esa noche, en la que su personaje era perseguido por los fantasmas a través del bosque.

Ellos le devolvieron el saludo y Ellis oyó sus voces, que el viento arrastraba hacia él.

—Escuché que en el pub estuvo coqueteando con ella todo el tiempo —dijo uno. Ellis se detuvo para lanzarle otro palo a Fig. ¿De quién hablaban?

—Sí, no le quita los ojos de encima. Cada vez que miro, se están revolcando con la mirada.

—¿Él no estaba saliendo con esa modelo, Jenna algo?

Mierda. Hablaban de él y Rosemary.

—Los actores son todos iguales.

Casi pudo ver la mueca de desprecio en la voz del ambientador, y se alejó un poco para poder seguir escuchando sin que resultara obvio que estaba espiando.

—Tal cual. No pueden evitarlo cuando ven a alguien joven.

—Como DiCap...

—*Shh*, no digas el nombre —lo interrumpió el otro, riéndose—. Si lo dices tres veces frente al espejo, aparece y te pregunta si tienes menos de veinticinco.

Se rieron a carcajadas, y Ellis siguió caminando. ¿De verdad era como esos actores de primera línea que atravesaban la mediana edad cambiando mujeres jóvenes por otras todavía más jóvenes? «Rosemary tiene veintinueve», sintió ganas de gritarles. Solo era doce años menor que él. Solo doce.

—Por favor —gruñó, pasándose una mano por el rostro—. ¿En qué estaba *pensando*? Era igual de horrible que ellos. No, peor, porque pocas horas después de besarla por primera vez, le había ordenado por teléfono que se metiera un vibrador. Un degenerado. Un pervertido. Todo lo que Brody siempre le había dicho que era. Sabía que estaba cayendo en picada, pero la amargura le resultaba placentera: se la merecía. Sus necesidades, sus deseos, no estaban

bien. Aunque con Rosemary se sintiera bien, perfecto incluso, no importaba. Tarde o temprano le mostraría su verdadero yo, con todas sus perversiones, y ella saldría corriendo. Mejor cortarlo de raíz ahora, antes de involucrarse emocionalmente. ¿A quién engañaba? Ya estaba involucrado. De todos modos, no importaba; tenía que arrancar la venda de una vez.

La encontró en la cocina, trenzándose el pelo hacia un costado mientras esperaba que hirviera la tetera. La luz del sol entraba por las ventanas y le prendía fuego el cabello. Ella se dio la vuelta y lo miró, sus labios carnosos se curvaron en una sonrisa, y lo único que pudo pensar fue: «Es demasiado buena para ti, siempre va a ser demasiado buena para ti», y la sensación de pérdida, todo eso que podrían haber tenido juntos, se le hundió en el alma como una semilla podrida.

—No podemos hacer esto —le dijo con un nudo en la garganta.

—¿Qué cosa?

—Estuve comportándome de forma muy poco profesional —dijo Ellis.

Rosemary resopló.

—Creo que ya dejamos atrás lo poco profesional.

—Soy mayor que tú, Rosemary, lo suficiente como para que importe. Y además eres la productora ejecutiva aquí, y yo soy el actor, y esto... No deberíamos.

—Ninguna de esas es una buena razón, Ellis.

Rosemary avanzó hacia él y Ellis dio un paso atrás. Estaba demasiado cerca de quebrarse, demasiado cerca de decir «Que se vaya todo a la mierda, hagámoslo igual».

—Sí que lo son. Yo... Yo no soy una buena persona, Rosemary.

—¿De qué estás hablando?

—De las cosas que me gustan, de lo que quiero de ti...

Esta vez, Rosemary cruzó la habitación tan rápido que Ellis no tuvo tiempo de apartarse.

—¿Es por lo de anoche? —susurró—. ¿Por la llamada? ¿Por el beso? Ellis, no hiciste nada que yo no quisiera también. Quiero todo lo que tú quieres darme.

Cada palabra que Rosemary pronunciaba hacía que doliera aún más.

—¿Podemos fingir que nunca pasó? Sería más fácil.

Un dolor agudo le punzó el pecho al decir esas palabras; el sabor ácido del arrepentimiento fue inmediato. Rosemary parpadeó, como si no lograra asimilar lo que había dicho.

—¿Más fácil? ¿Para quién?

—Para los dos.

Lo miró. No, lo *atravesó* con la mirada. Ellis sintió que cada una de sus partes más desagradables quedaba expuesta.

—Pensé que eras mejor que esto —dijo Rosemary, y se fue.

20

Había pasado medio día y toda la tarde desde su humillante conversación con Ellis, y Rosemary avanzaba a paso pesado, linterna en mano, entre matorrales cubiertos de musgo y el bosque iluminado por la luna, rumbo al claro donde habían montado el *set* para la filmación de esa noche.

¿Poco profesional? Qué imbécil. Tendría que haber sabido que era demasiado bueno para ser verdad. ¿De verdad no podía simplemente encontrarse con alguien atractivo (muy atractivo), que estuviera soltero y se interesara en ella, que además fuera dominante en la cama y que todo saliera bien? Claro que no. Eso habría sido demasiado fácil.

Quería gritarle, quizá tirarle uno de los paños de cocina, pero cuando miró de nuevo hacia la cocina después de salir a toda prisa, Ellis estaba hundido en una silla, con el perro fantasma apoyándole las patas en las piernas, tratando de consolar a su dueño. Rosemary sintió un impulso repentino de volver y consolarlo también, pero él había dejado en claro que no la quería allí.

Al llegar al *set*, oyó a Jeremy riéndose de forma un poco exagerada por una broma de quien fuera que tenía al teléfono. Seguramente el estudio. Parecía ser lo único que hacía. Después de la charla con Ellis, de intentar resolver qué hacer con el perro fantasma y de todo el lío de necesitar terminar el borrador de su libro, Rosemary no estaba para nada de humor para aguantar las tonterías de Jeremy.

Estaban preparando una toma. Vincent le daba indicaciones a Ellis mientras él saltaba en el lugar, sacudiéndose el frío. Rosemary se aseguró de no mirar a Ellis; ni siquiera giró la cabeza en su

dirección. Iba a tener que hablar con él en algún momento, pero volver a verlo con esa camisa victoriana holgada la sumió en una especie de mezcla vergonzosa de confusión y excitación.

Jeremy dio una palmada para llamar la atención.

—Acabo de cortar con el estudio, y sugirieron que podría quedar bien si agregamos un momento en el que Ellis lucha con uno de los fantasmas.

Vincent frunció el ceño y se golpeó el labio inferior con un bolígrafo.

—Podría funcionar... Sin duda, añadiría acción.

Pero no tenía sentido. No solo iba en contra de la esencia de su libro, sino también de la que ya habían construido en la película.

Cualquier otra noche, Rosemary se habría quedado callada.

Esa noche, no.

—No va a funcionar —dijo—. En las escenas que ya filmamos quedó establecido que el poder de los fantasmas se debilita cuanto más lejos están de la casa. A esta distancia, no podrían luchar.

Jeremy se volvió hacia ella, con una mirada de desprecio evidente en el rostro. Juntó las manos como un modelo de catálogo, haciéndole un gesto para que se calmara. Eso la hizo hervir.

—Escucha, cielo, todos apreciamos tu entusiasmo. Pero sabemos que esto te queda grande, así que deja la dirección en manos de los profesionales.

Rosemary pensó en pegarle o en gritar, pero sabía qué les pasaba a las mujeres «difíciles» en el trabajo: no las volvían a invitar. En cambio, respiró hondo por la nariz para calmarse y se recordó a sí misma exactamente quién era.

—Jeremy, *corazón* —dijo, con todo el falso encanto sureño que pudo reunir—. Tal vez olvidaste que no solo escribí el libro, sino también el guion. Aprecio que tengas llamadas importantes y que transmitas la información. Está bien que los ejecutivos del estudio tengan un mensajero como tú, pero no eres el único con contactos. Yo también podría llamar a mis agentes. Y estoy segura de que les interesaría mucho saber de qué *manera* estuviste comunicando sus devoluciones.

—Quizá yo también llame a Lucinda. Es tu jefa directa, si no recuerdo mal. —Ellis dio un paso al frente. No necesitaba su ayuda, pero, de una forma perversa, la complacía sentirlo a su lado, respaldándola.

Jeremy levantó las manos.

—No hace falta molestar a Lucinda con esto.

—Ya veremos. Y coincido con Rosemary: no tiene sentido incluir una escena de pelea aquí. Deberíamos seguir con la escena tal como estaba planeada. ¿No te parece, Vincent?

Vincent, que había estado escribiendo con furia en el teléfono, levantó la vista.

—¿Qué? Ah, sí, claro. Seguimos como estaba previsto, gracias. —Al instante, su teléfono personal vibró, y continuó en un tono de voz elevado—. ¡Cinco minutos mientras atiendo esto! Es mi pareja.

Ellis dio una palmada.

—Bueno, asunto resuelto.

Rosemary vio a Jeremy alejarse dando zancadas y sacando un vapeador del bolsillo. Sintió que le temblaban las manos. Pero se había defendido, y estaba orgullosa.

No había necesitado la ayuda de Ellis, pero él había ayudado igual. A pesar de lo que le había dicho esa mañana.

—Rosemary, ¿podemos hablar? —dijo Ellis, muy cerca, a su espalda.

Ella se dio la vuelta, y la expresión en el rostro de Ellis la dejó inmóvil y la prendió fuego al mismo tiempo. Este no era el mismo hombre que la había despachado en la cocina horas antes. Este era ese Ellis, el verdadero, el que la había devorado con su beso, el que la había llevado a un orgasmo por teléfono. Con solo mirarlo así, sintió un vuelco en el estómago.

—¿Qué quieres, Ellis? —tartamudeó.

—Quiero hablar contigo.

—Bueno, habla —respondió con brusquedad.

Rosemary no era una sumisa desafiante. A excepción de esa noche. Esa noche quería que Ellis pagara por haberla lastimado, por haberla rechazado, por todo. No podía decirle que lo suyo había sido

poco profesional y después seguir queriendo más. Actuar así lo iba a volver loco.

—En privado —dijo él en voz baja.

—Somos profesionales, Ellis. ¿Recuerdas?

—Dame dos minutos, Rosemary.

Ella puso los ojos en blanco, pero asintió. Ellis la tomó de la muñeca y la llevó hacia la oscuridad del bosque. Algo así no debería haberla excitado tanto, pero el contacto con su piel la desestabilizó.

—¿A dónde vamos?

—A un lugar tranquilo —dijo sin más.

Avanzaron pisando raíces y esquivando ramas bajas, hasta que el ruido del *set* se volvió lejano y solo los iluminaba la luz de la luna que se filtraba entre los árboles.

—Vi un lugar hoy más temprano; es por aquí cerca —dijo Ellis. La condujo hasta un claro y allí, cubiertas de musgo y abandonadas por el tiempo, estaban las ruinas de la capilla de la que Cecilia le había hablado. El techo se había reducido a tres vigas desgastadas; el interior estaba desnudo, salvo por un altar de piedra y algunos bancos también de piedra. Una única ventana arqueada, que alguna vez habría tenido vitrales, le permitió a Rosemary ver el interior: estaba vacío.

—Pensé que te podría gustar este lugar. Tiene un aire inquietante —dijo Ellis y deslizó la mano, que aún le sujetaba la muñeca, para entrelazar sus dedos con los de ella. Rosemary pensó que debería haberse soltado, pero no lo hizo.

—¿Todo esto es un juego para ti? —preguntó—. ¿Desestimarme esta mañana, decirme que no quieres nada de esto, que no quieres estar *conmigo*, y después traerme aquí y mostrarme este lugar?

Él le sostuvo el rostro entre las manos.

—No, Rosemary. Nada de esto fue un juego.

—Entonces, ¿qué? ¿Por qué lo dijiste?

—Porque me dio vergüenza.

Rosemary sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿De mí?

—No, nunca de ti. Nunca. De mí. De lo que quiero.

—Pero ya te dije, Ellis. Yo también lo quiero.

—Hay cosas de mí, Rosemary, de las que no estoy orgulloso.

—¿Alguna vez lastimaste a alguien?

—No.

—¿Mataste, extorsionaste, explotaste a alguien, robaste?

—No. —La más mínima sonrisa asomó en las comisuras de su boca.

—¿Entonces qué?

Ellis dudó.

—No puedo decírtelo. Pero quiero pedirte perdón por lo que pasó hoy. Nunca debí decir esas cosas y herirte. Me arrepentí en el mismo momento en que las dije.

Había sido la forma en que las dijo. *No puedo*. Rosemary entendió que decía la verdad. Había algo ahí, algo que había hecho o que sentía sobre sí mismo, pero no tenía que ver con ella, en realidad. Fuera lo que fuera, lo había dejado muy mal. Y ella quería saberlo, quería ayudar, pero era demasiado pronto.

—Entonces, ¿no quieres comportarte de forma profesional conmigo? —susurró Rosemary, apoyando las manos en su pecho. Al instante sintió que el corazón le empezaba a latir más rápido. Dio un paso atrás y Ellis avanzó, arrinconándola contra la pared fría de piedra.

—Todo lo contrario.

—Bueno, tal vez haya cambiado de opinión —dijo ella, con voz pausada, tratando de zafarse de su abrazo. Al final, quizá sí le gustaba ser un poco desafiante, porque la forma en que Ellis la sujetó con las manos, empujándola otra vez contra el muro de la capilla, la dejó ardiendo de deseo.

Él gruñó con voz grave y apoyó una mano en la pared junto a su cabeza para bloquearle la salida.

—¿Quieres saber qué hice anoche, después de que cortamos? —Ellis recorrió con los dedos la curva de su cuello y le acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja. Era tan suave que casi no podía soportarlo.

—¿Qué hiciste? —preguntó Rosemary, temblando.

—Me masturbé en la ducha, bonita. Pensé en los sonidos que hacías cuando tenías metido ese juguete y quería que hicieras esos

sonidos por mí. No puedo dejar de pensar en ti, y no quiero hacerlo. Quiero esto. Te quiero a ti. A nosotros.

Rosemary soltó un suspiro entrecortado. Estaba en llamas.

Ellis la miraba como si quisiera devorarla, y ella quería ser devorada. Con cautela, Rosemary se desabrochó el abrigo y se subió un poco la falda. Esa mañana, antes de esa conversación espantosa con Ellis, se había puesto unos pantis que le llegaban a los muslos. Ahora le agradecía a su yo del pasado por haber elegido ese atuendo.

—¿Estás tratando de matarme, bonita? —dijo Ellis, inclinándose hasta apoyar la frente contra la de ella.

—Dime qué quieres que haga, Ellis.

Él la besó, machacándole los labios con los suyos. Rosemary le rodeó el cuerpo con los brazos, encajándolo contra ella. Deseaba a ese hombre más que a nada en la vida. Necesitaba la aspereza de sus caricias, quería que la marcara, quedar envuelta en él. El deseo la estaba haciendo delirar.

Ellis le levantó la falda, frunciéndola con un puño.

—Dame los dedos —dijo, y se metió sus dedos en la boca y los chupó con su lengua caliente.

—Ahora tócate para mí —ordenó.

Rosemary estaba a punto de deslizar la mano por la costura de su ropa interior cuando el teléfono de Ellis empezó a vibrar.

—Mierda —murmuró. Atendió la llamada mientras con la mano libre le rozaba la parte alta de los muslos, provocándola.

—Está bien, ya voy. —Cortó con un gruñido.

—Todavía no —susurró ella.

—Tengo que ir. Están listos para filmar de nuevo. —La besó, sonriendo contra su boca.

—Además, me encanta la idea de que te quedes así, caliente y empapada por mí, bonita.

***

Rosemary se quedó en la capilla después de que Ellis se fue; necesitaba un momento para recuperar el aliento. Todavía no

entendía del todo por qué Ellis había reaccionado así esa mañana, pero parecía estar arrepentido de verdad. Y ella se sentía más liviana a su lado, más feliz. No quería que se terminara.

Va a terminar cuando vuelvas a Estados Unidos, le susurró su mente traicionera. Aún quedaba tiempo de rodaje: después de dejar Hallowvale, pasarían otro mes en los estudios del norte de Londres. Y en ese lapso tenía que resolver dónde carajo iba a vivir, además de terminar y entregar el borrador de su nuevo libro. El estrés la ahogaba. No podía pensar en eso esa noche.

Había encontrado —mejor dicho, Ellis había encontrado— la capilla en ruinas a donde, según Cecilia, le gustaba ir a Juliet. No iba a perder la oportunidad de darle un vistazo. Quizá incluso pudiera usarla como inspiración para escribir. Una capilla desacralizada en medio del bosque era sin dudas algo espeluznante. Ellis la conocía bien. Empezó a caminar por su interior; haces de luz lunar se colaban por las vigas rotas. La hiedra se aferraba al altar vacío, y lo único que Rosemary podía oír era el roce de sus pasos sobre la tierra partida.

Entendía por qué Juliet venía aquí. Era un lugar sereno, propicio para pensar. Rosemary se sentó en el primer banco y alcanzó a ver algo que brillaba en un rincón, a la derecha del altar. Cubierto de hiedra y en parte oculto, había un pequeño nicho.

Metió una mano y tocó seda. Sacó el objeto y descubrió un pañuelo con un bonito bordado, con hilos de plata y oro que formaban un dibujo ondulante en los bordes. Dentro del pañuelo parecía haber un fajo de cartas, colocadas a distintos intervalos dentro de un pequeño diario encuadernado en cuero. Rosemary miró más de cerca.

Eran cartas de Cecilia para Juliet. ¿Juliet las había reunido y guardado allí todo ese tiempo? No estaban las respuestas de Juliet, pero también había un cuaderno de cuero, con el nombre «Juliet Hurst» escrito en una letra cursiva, ya descolorida, en la cubierta interior. La primera carta no tenía fecha y decía:

Queridísima Juliet:

Sé que dijiste que preferirías arrojar todos tus bordados al lago antes que asistir a otra tarde de té en el pueblo, pero te ruego que no me dejes sola con esas víboras. Sabes cuánto detesto los chismes. Nadie me deja olvidar aquel incidente del año pasado en los jardines, y si lo vuelven a mencionar, vas a tener que detenerme para que no les arroje un sándwich de pepino a la cara.

Rosemary tuvo que contener la risa. Esta era una faceta nueva de la Cecilia callada y algo reservada que había conocido. Una faceta que, con toda probabilidad, solo Juliet llegaba a ver. Se sintió mal por husmear, pero ¿cómo se suponía que iba a lograr que esas fantasmas se reconciliaran y se besaran (literalmente) si no tenía más información? La carta continuaba:

Mi hermano ha invitado a lord Davenport a cenar; qué tedio absoluto. No lee novelas, Juliet, y ya sabes lo que pienso de la gente que no lee. Por favor, ven. Esta es la tercera vez que te lo suplico, así que puedes imaginar lo desesperada que estoy. No hay nada que me guste más que sentarme en un rincón de una habitación contigo, queridísima Juliet, y ver pasar el mundo.

Siempre tu afectuosa amiga,
Cecilia

P. D.: Duquesa dio a luz a una camada de tres cachorros. Dos son de color arena, como ella y Duque, pero el tercero es blanco con manchas negras, así que sospecho que nuestra Duquesa ha sido bastante infiel. Te cuento todo esto para recomendarte aún más el viaje y para que no tengas excusa alguna para negarte a venir.

Después de esta carta de Cecilia, había una nota en la letra arremolinada de Juliet, escrita en el diario.

No puedo creer que C. haya vuelto a sobornarme con los cachorros. Mientras escribo esto, está dormida sobre mi regazo. La bauticé Preciosa, porque eso es para mí. Voy a escribirle a C. y decirle que no vuelva a invitarme a una tarde de té en la casa parroquial.

El chal por fin está terminado. Sí, diario, ese mismo en el que llevo trabajando tres meses. Lo bordé con rosas azules para que hagan juego

con los ojos de Ceci. Espero que le guste. No me importa si lo usa o no, porque es un regalo sencillo. Se lo daré después de la iglesia, el domingo.

La página siguiente contenía otra carta, en la caligrafía que Rosemary ya reconocía como la de Cecilia. Era difícil saber cuánto tiempo había pasado desde lo del chal.

Queridísima Juliet:

Perdona por haberte hecho bailar con lord D., pero prácticamente me obligó. Sé que es un poco cazafortunas, y concedo que toda su charla sobre caballos y sabuesos resulta algo burda, pero ¿acaso no hablo yo también de caballos y sabuesos contigo todo el tiempo?

Pero no es por eso por lo que te escribo: tengo buenas noticias. Esta mañana estuve en la tienda de Hallowton y tenían la novela. La que oímos mencionar a lady Marsh después de la iglesia. La que escribió «una dama». La compré de inmediato. Me pregunto si crees que se trate de alguien que conocemos.

Siempre tu amiga amorosa,
Cecilia

P. D.: Dime que vaya a visitarte pronto; cuando no estás cerca, te extraño enormemente.

El siguiente fragmento del diario de Juliet estaba manchado, casi como si lo hubiera escrito a toda prisa.

Esa mujer. Esa mujer insufrible. ¿Cómo puede decir que alguna vez me cansaría de oírla hablar de sus sabuesos o de los ponis? Le dije, sin lugar a duda, que puede hablarme de lo que quiera y que jamás me cansaré de escucharla.

Ayer, durante la misa, noté que mi atención se desviaba, como a veces me pasa. Debo tener cuidado: si papá nota siquiera un mínimo desliz, se pasa toda la tarde del domingo leyéndome los sermones de Fordyce.

Aun así, cuando nos pusimos de pie para cantar un himno, me quedé mirando la parte de atrás de la cabeza de C. Puede que mis labios siguieran

la letra, pero lo único en lo que pensaba era en aquel día del verano pasado, cuando nos sorprendió la tormenta mientras montábamos a Clover y a Tip. Nos refugiamos durante horas en ese granero viejo y extraño. Su cabello, siempre tan cuidado, se desarmó, y el vestido se le empapó por completo. Lo confieso, diario: pienso en ese día con frecuencia.

Todavía no la he visto con el chal puesto, aunque supongo que no es una prenda apropiada ni para bailes ni para la iglesia, los únicos lugares donde nos hemos visto últimamente. ¿Crees que lo usa, diario? Sé que dije que no me importaba, pero parece que necesito saberlo.

La siguiente carta estaba fechada unos días después de la entrada anterior del diario.

Queridísima Juliet:

Como sin duda habrás notado, uso el chal todo el tiempo, tanto que temo que la querida Bridget deba sacarlo de debajo de mi almohada por las noches para remendarlo. Ayer no pudimos hablar todo lo que me hubiera gustado, atrapadas como estábamos por la presencia de mi cuñada. No te dije —aunque quizá habría sido descortés mencionarlo en compañía— que cuando bebes jerez tus labios se vuelven rosados como frambuesas. No lo digo para ofenderte; es que te hace tan hermosa que no te conviene.

La semana que viene, en el baile de la duquesa, convenceré al mayordomo de que nos sirva un poco, y te robaré para llevarte a la biblioteca.

Siempre tuya,

C.

Después de eso, una última entrada en el diario.

He estado rezando mucho este último mes, pero todas mis oraciones están llenas de ella. ¿Estoy perdiendo la razón? Mi querida Ceci llevaba aquel vestido verde, el que la hace verse tan hermosa, en el baile de Summerton. Bailó con el vizconde y con lord D.

Esperé a que terminara el baile, la llevé al jardín y le pedí que bailara conmigo. Nos hemos abrazado muchas veces, claro. Pero esta vez fue distinto. Su contacto y sus manos entre las mías me parecieron blasfemos. Sostuve su mano sin guante dentro de la mía y, con un dedo, recorrió mis labios rosados por el jerez. ¿Soy tan débil como para caer con tanta

facilidad, o llevo cayendo desde hace mucho tiempo? En ese instante, necesitaba sus labios sobre los míos más de lo que necesitaba el aire.

En estas noches largas y madrugadas, salgo a sentarme en la capilla del bosque. Resulta más fácil pensar en esta oscuridad verde que en mis aposentos, donde el aroma de su perfume se queda prendido en mis vestidos. Ya no encuentro paz en la oración; paso el tiempo preguntándome. En otro tiempo, en otro mundo, ¿qué seríamos la una para la otra?

No había más entradas después de esa. Leerlas le dejó a Rosemary un dolor hondo en el pecho. Entendía ese sentimiento; lo había sentido una vez en la adolescencia y otra vez a los veinte: enamorarte de una mujer cuando crees que no es recíproco puede quebrar incluso el corazón más endurecido.

—Leíste mi diario. —Juliet estaba de pie, entre las sombras, junto al altar.

—¡La puta madre! —exclamó Rosemary dando un salto.

—Cerca. Esta era una capilla dedicada a María Magdalena —respondió Juliet con aire burlón, aunque parecía cansada y los rizos, que antes llevaba planchados, estaban totalmente revueltos.

—Perdona, no debería haberlo leído —dijo Rosemary, mientras devolvía todo a su sitio.

—No. No deberías. Ya te has entrometido demasiado. ¿No puedes simplemente dejarnos en paz? —Juliet suspiró y se dejó caer en un banco.

—Ojalá pudiera, pero si las dejo que sigan peleándose, quién sabe qué pasará la próxima vez. Ya te lo dije antes, Juliet: alguien casi muere. ¿De verdad quieres cargar con eso en la conciencia?

Juliet se quedó inmóvil.

—No, claro que no.

—Entonces, déjame ayudarte.

—¡No hay nada que puedas hacer! —exclamó, alzando las manos con desesperación—. Lo leíste, lo entiendes. Esos sentimientos que tenía eran anormales, impuros. Son la razón por la que sigo aquí. Son lo que arruinó todo.

Los ojos de Rosemary se agrandaron al oír sus palabras.

—¿Crees que por sentirte atraída por una mujer no pudiste pasar al otro plano?

Juliet se hundió en el banco y clavó la mirada en el altar vacío.

—Sí —susurró.

—No —respondió Rosemary con firmeza—. No es por eso. No tiene nada que ver con eso.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque a quién amas no es algo malo ni sacrílego en lo más mínimo.

—No es lo mismo para ti que lo fue para nosotras.

—Es otro tiempo, lo entiendo. Pero ahora eso no importa; ahora solo están ustedes dos. La razón por la que siguen aquí es la otra.

Juliet alzó la vista.

—Ojalá pudiera creerte. Pero sé lo que me enseñaron cada domingo, y sé que estar atrapada aquí, con ella, pero sin poder tenerla, es mi penitencia.

Y salió corriendo hacia el bosque, dejando a Rosemary sola en la capilla. Quería ayudarla, pero ¿cómo se suponía que iba a desarmar años de homofobia internalizada y odio hacia sí misma en apenas unos días? No podía. Rosemary nunca había tenido problemas para salir del clóset como bisexual. Algunos de sus videos caseros más viejos la mostraban disfrazada de princesa, diciéndoles a su mamá y a su papá que quería casarse con otra princesa. Se lo había contado a sus padres tres días después de ver *La momia*, lo cual, en retrospectiva, claramente no era una casualidad. Ellos habían hecho lo que todos los padres deberían hacer: decirle que la amaban y luego bromear con que lo habían sabido desde siempre. Había tenido tanta suerte como cualquiera podría desear.

Pero recordaba cómo había sido para Dina. Su mejor amiga había tardado muchísimo en decírselo a sus padres y, aunque la aceptaron de inmediato, el miedo que había construido alrededor de su corazón le había impedido dar ese paso durante años.

Rosemary pensó que podría intentar explicarle a Juliet que la diversidad sexual era natural, pero su único marco de referencia eran algunas especies de aves que solían formar parejas del mismo sexo. Dudaba que los datos sobre pájaros sirvieran en ese caso.

No. Necesitaba demostrarle a Juliet que podía tener un final feliz, incluso en el más allá, junto a Cecilia. Y, dado el poco tiempo que tenía, sospechaba que solo había una forma de hacerlo.

Regresó al *set* y buscó a Lyn.

—Tengo un pedido raro.

—¿Quieres que te consiga agua alcalina de manantial, la hierva, la enfríe, le agregue un gajo de lima perfectamente madura, una sola gota de aceto balsámico de treinta y cinco años y una cucharadita de miel de manuka? —preguntó Lyn.

—¿Qué?

—Eso es lo que me pedía mi jefa anterior. Era lo único que tomaba en el rodaje.

—Bueno, menos raro que eso.

—Entonces, dime —respondió Lyn.

—Necesito algunos libros de romance sáfico. Hice una lista. ¿Podrías encargarlos?

—¿Solo quieres que te consiga unos libros? ¿Eso es todo? Contrátame para siempre.

—¿Entonces no es un pedido tan descabellado? —preguntó Rosemary con una sonrisa.

—Para nada, los tendrás mañana. ¿Puedo preguntar para qué son?

—Para ayudarme a convencer a una amiga de algo.

—Perfecto —señaló Lyn, tocándose la nariz con un dedo.

21

Rosemary sintió la llegada del amanecer antes de verlo aparecer por la ventana: una luz rosada y pálida que ascendía despacio por el horizonte, filtrándose entre los árboles.

De madrugada, había dejado las novelas sáficas que le había conseguido Lyn en las ruinas, donde había encontrado las cartas, con la esperanza de que esos libros convencieran a Juliet de que no había nada malo en lo que sentía por Cecilia. Como no la vio en el lugar, regresó a la casa de huéspedes, pero no consiguió dormir.

Había intentado descansar un poco, pero se le ocurrió revisar el correo electrónico. Grave error. Había un mensaje de su editora: esta vez había resaltado en negrita la fecha en la que necesitaban el manuscrito completo. Rosemary comparó la fecha con su planificación y sintió gusto a bilis en la garganta. No había forma de cumplir con ese plazo. Ni siquiera escribiendo sin parar durante las dos semanas siguientes.

Se hizo crujir los nudillos e hizo clic en «Responder». Escribió que necesitaba más tiempo, que este libro le estaba costando y que lamentaba decepcionarlos. No lo pensó dos veces: en cuanto terminó, lo envió. Ya no estaba en sus manos, y les había dicho la verdad.

Horas después, cuando se despertó con el amanecer, con la cabeza vencida sobre el escritorio, Rosemary notó que el pequeño ícono de «Mensaje nuevo» brillaba en la pantalla. Se apresuró a abrirlo.

> ¡No hay ningún problema, podemos cambiar la fecha de publicación. Hablo con el equipo y te paso una nueva fecha de entrega, pero por ahora no te estreses. Lo vamos a resolver.

¡Enviado desde mi iPhone.

Rosemary se recostó en la silla y observó cómo el sol se elevaba por encima de los árboles; escuchó el coro matutino de petirrojos, grajillas y herrerillos. Se había torturado durante meses pensando en lo que le dirían y, al final, simplemente habían sabido comprender. En retrospectiva, no podía imaginarlos de otra manera, aunque sí le preocupaba un poco el equilibrio entre trabajo y vida personal de su editora: nadie debería responder correos a las cuatro de la mañana.

El trabajo de Rosemary no había terminado; todavía tenía que escribir el dichoso libro. Pero la idea de abrir el documento de Word ya no parecía tan abrumadora. Tal vez incluso resultaba estimulante.

Aún faltaban horas para que empezara la jornada laboral —una tarde y una noche de trabajo completas—, pero ya no podía dormir. De pronto sintió muchas ganas de golpear la puerta de Ellis y contarle que le habían dado una prórroga, pero dudó. ¿Estaban ya en ese punto?

Con energía renovada, se duchó y se puso su ropa cómoda para escribir: shorts de pijama de algodón, unos calcetines mullidos y uno de los viejos jerséis universitarios de su papá. No quería escribir en su habitación; necesitaba cambiar de ambiente, así que cargó su pesada computadora y la llevó a la sala.

La casa estaba sumida en el silencio; todos seguían en la cama.

La luz invernal entraba a raudales por los altos ventanales de la sala, y motas de polvo flotaban alrededor de Rosemary. Hacía un calor inesperado, incluso un poco sofocante, y se sentía olor a libros viejos, pergamino y un fuego reciente.

Se acomodó en uno de los sillones más grandes y recogió las piernas debajo del cuerpo.

—¿Rosemary?

Levantó la vista y encontró a Ellis allí, con la correa de Fig colgada del hombro. A sus pies, Hank estaba sentado en actitud paciente. Quiso hablarle de Hank, pero ni siquiera conocía el contexto. ¿Había muerto de viejo? ¿O había estado enfermo? Y aunque lo supiera, ¿cómo iniciar la conversación sin tener una piedra bruja? Si iba a

decirle a Ellis que podía ver fantasmas, tenía que poder demostrarlo al mismo tiempo.

Rosemary sintió un nudo en el estómago, una mezcla de nostalgia y otra cosa. Algo que la inundaba de una sensación cálida, como si estuviera sentada al sol.

—¿Qué haces que no estás en la cama? —preguntó él.

No era justo que dijera la palabra «cama» y eso bastara para que ella sintiera un cosquilleo en su interior.

—Mi editora me dio una prórroga para entregar mi próxima novela. Ahora que tengo más tiempo, voy a...

—Querías volver a escribir a un ritmo más pausado —dijo él. Se acercó a ella y dejó la correa sobre el sillón de al lado.

—Exacto. —Sabía que él la entendería—. ¿Y tú? ¿No se supone que los actores de primera línea necesitan dormir para mantener su belleza?

—Por desgracia para mi ciclo de sueño, Fig no sabe lo que es un rodaje nocturno. Acabo de sacarla a pasear por el campo y ya salió disparada escaleras arriba; seguro que está durmiendo la siesta en mi cama.

—Algunos viven mejor que otros —señaló Rosemary, con una sonrisa en los labios.

Ellis se giró para cerrar la puerta y puso el cerrojo.

En silencio, cruzó la habitación hasta el sillón frente al de ella y se quitó el abrigo. Aunque todo alrededor estaba en calma, el corazón de Rosemary latía tan fuerte que apenas oía otra cosa. Entre ellos había demasiados cabos sueltos, y no creía poder concentrarse de nuevo hasta que pasara algo más.

—Ponte de pie, bonita —dijo Ellis, en un tono... bajo, provocador, irresistible.

Ella se levantó, con un dejo de pudor. La piel se le erizó al ver cómo Ellis la recorría con la mirada.

—Ven —dijo él.

Una abrumadora necesidad de él la invadió: sus elogios, sus caricias, su boca sobre la de ella. Avanzó hasta quedar justo delante de él.

El pecho de Ellis subía y bajaba con fuerza, como si para él también fuera una tortura ese instante previo a unirse, esa certeza deliciosa. La certeza de lo que harían. La certeza de que ya no había marcha atrás.

—¿Qué vamos a hacer contigo? —dijo con voz áspera—. Aquí, con esos pantalones diminutos. Podría haber entrado cualquiera.

—Son solo pantalones.

Ellis pasó el pulgar por la curva de su muslo y se detuvo apenas al rozar el borde de la tela. La caricia le hizo arder la piel.

—Son indecentes. —Sus ojos, oscuros de deseo, se encontraron. La excitación, el nerviosismo y el deseo se apoderaron del cuerpo de Rosemary, y se inclinó un poco hacia delante, arqueando una ceja.

—Ah, ¿sí?

—Me dan ganas de hacer cosas indecentes.

Ella entreabrió los labios y, despacio, muy despacio, Ellis deslizó la mano izquierda por la parte posterior de su otro muslo y la atrajo con cuidado hasta que quedó arrodillada frente a él.

Sus ojos parecían devorarla; sus manos se deslizaron por su clavícula hasta que la palma quedó sobre el latido acelerado de su garganta y le enredó los dedos en el pelo.

—¿Qué clase de cosas? —susurró Rosemary.

Fue todo lo que hizo falta. Ellis inclinó la boca sobre la suya y ella cayó rendida. La besó como si lo hiciera con rabia, y ella respondió con la misma urgencia.

Rosemary dejó escapar un gemido tenue, suplicante, desde el fondo de la garganta, mientras rodeaba el cuello de Ellis con los brazos y lo atraía hacia ella. Le lamió el labio inferior, saboreando el roce de la barba contra su piel. Cuando sus manos encontraron el pecho de Ellis, descendieron por los músculos y le arrancaron un gemido profundo.

Ellis le repartió besos calientes y húmedos a lo largo de la mandíbula y fue bajando por su cuello. La alzó hasta sentarla sobre su regazo, con los muslos abiertos a ambos lados.

—Quítate esto —le ordenó, y ella levantó los brazos para que le sacara el jersey, dejándola solo con una fina camiseta de algodón.

Se sintió casi desnuda bajo su mirada cargada de deseo, con los pezones duros y sensibles.

—Lo sabía —dijo él, casi para sí, inclinándose para lamer de lleno el botón de su pezón a través del algodón. Con la lengua, trazó el tatuaje floral de enredaderas que rodeaba su areola—. Sabía que tenías unas tetas perfectas, peligrosamente perfectas.

El calor de su boca sobre ella, incluso a través del algodón fino, era una delicia, pero necesitaba más. Se quitó la camiseta, ofreciéndose sin reservas. Le encantaba ese cosquilleo, la emoción de estar casi a la vista. La puerta estaba cerrada con llave y faltaban horas para que alguien se levantara. Aun así, nunca había hecho algo así fuera de un dormitorio, y eso la hacía sentirse intrépida.

Luego, enlazó los dedos en la hebilla de su cinturón y se arqueó contra su cuerpo, frotándose contra la presión dura de su erección.

—Maldición —gimió Ellis—. Ábreme el cinturón, bonita.

Ella obedeció, disfrutando la orden. Ellis apoyó la frente contra la de ella y ambos miraron hacia abajo, hambrientos, mientras Rosemary le desabrochaba el cinturón y le bajaba el cierre, liberándole la verga. Era pesada y gruesa, y se estremeció de placer al hacerle un par de caricias cortas y firmes; Ellis hundió los dientes en su hombro y lanzó las caderas hacia delante por reflejo, buscando sus caricias.

—Eres muy buena, Rosemary —le susurró al oído—. ¿Palabra de seguridad?

—Sandía.

—Bien. —Ellis dejó salir un suspiro, y con la mano corrió la tela endeble y ya empapada de su ropa interior para acariciar su clítoris —. Estás muy mojada —dijo, y le hundió los dedos en la vagina, rodeándole el clítoris con el pulgar. Era una agonía deliciosa, y cuando sacó la mano, Rosemary lo vio untarse el glande con su humedad, tomando su mano y guiándola para mostrarle exactamente cómo le gustaba.

Cuando Rosemary aceleró el ritmo, Ellis volvió a embestir con las caderas, sin dejar de acariciarla con los dedos y besarla.

—Necesito probar tu sabor —dijo, y la levantó, apretándole los muslos con las manos, para sentarla en el sillón y arrodillarse frente

a ella. Le dio besos húmedos en el vientre, bajando hasta el vértice de sus piernas.

Rosemary dejó escapar un sollozo necesitado cuando él sopló con suavidad sobre la hendidura húmeda de su sexo, haciéndola retorcerse. La forma en que la miraba desde ahí abajo, con las piernas de ella enredadas a su alrededor, era casi suficiente para hacerla estallar. Sin dejar de mirarla, succionó la perla de su clítoris y hundió la lengua en el calor de su sexo. Rosemary gimió y enredó los dedos en el pelo de Ellis para retenerlo allí.

—Pórtate bien y acaba en mi lengua —le ordenó, y aumentó el ritmo, metiéndole también los dedos, curvándolos dentro de ella, presionando ese punto perfecto. Rosemary dejó escapar un grito (esperaba que la puerta cerrada ahogara su voz) mientras se arqueaba, veía estrellas y cabalgaba sobre el rostro y la lengua de Ellis hasta que el orgasmo cesó.

Cuando recuperó la sensibilidad en las piernas, se unió a Ellis en la alfombra y lo empujó hacia atrás hasta que quedó recostado contra el frente del sillón. Lo besó porque aún no podía hablar, saboreándose a sí misma en su lengua.

Quería que Ellis se sintiera tan bien como ella. Se montó sobre sus muslos y le rodeó la verga con la mano.

—Tu turno —susurró. Necesitaba que él acabara también; necesitaba saber que podía darle placer en la misma medida.

—¿Ahora? —Ellis sonrió, recostándose para mirarla—. ¿Y si digo que no?

Rosemary hizo un puchero.

—Por favor, Ellis. Déjame. —Ese juego era lo que quería. Era como un desafío, el cosquilleo erótico de esperar su reacción, de ver si iba a llamarle la atención por su costado provocador. Cada vez más, Rosemary se daba cuenta de que le encantaba ser una sumisa desafiante, pero solo con Ellis. Solo porque él podía igualarla y devolverle las provocaciones con órdenes suaves.

Se llevó la mano a la boca, se humedeció la palma de una pasada y volvió a él. Ellis gimió cuando Rosemary aumentó el ritmo, y con la otra mano buscó su escroto y jaló de él con suavidad.

—Mira lo que me estás haciendo —gruñó, cambió de postura y se puso de pie sobre ella. Verlo de pie ahí arriba, junto a la sensación de sus muslos musculosos bajo su mano, la hizo excitar una vez más.

—¿Recuerdas lo que te dije por teléfono, bonita? —preguntó Ellis, con esa expresión severa en el rostro que la deleitaba, y con una mano se aferró la verga, con una fuerza casi brutal; con la otra le acarició una mejilla.

—Acaba donde quieras. En mi boca, por favor, Ellis.

—Carajo... Oír eso basta para desarmar a cualquiera, Rosemary. Pero todavía no. Ahora quiero acabar sobre tus tetas perfectas. Abrázalas para mí.

Rosemary se tomó los pechos, pellizcándose los pezones con la fuerza justa para que el placer le doliera. Echó la cabeza hacia atrás, mirando cómo él la miraba; le temblaban las pestañas y todo su cuerpo se estremeció, casi sin poder contenerse. Estiró una mano hacia delante, sabiendo que después él podría castigarla por eso, sabiendo que no estaba obedeciendo al pie de la letra, y le frotó una sola vez con el pulgar la punta sensible de su verga.

Fue suficiente. Ellis jadeó diciendo su nombre, embistiendo con fuerza contra su puño, y su semen se derramó en hilos sobre los pechos, el cuello y el vientre de Rosemary. La sensación caliente y húmeda sobre su piel casi la hizo delirar. Era todo lo que deseaba como sumisa: esa sensación de quedar marcada, de ser usada para el placer. Aunque ella estuviera de rodillas, él la adoraba; sabía que ella había provocado eso, que le había dado esa descarga, ese goce, y una alegría profunda echó raíces en su pecho. Poco a poco empezaron a respirar con normalidad, y Ellis fue a buscar unos pañuelos a una caja que estaba sobre una mesa cercana.

—Casi no quiero limpiarte —dijo, ayudándola a ponerse de pie—. Estás increíble así, cubierta de mi semen.

Para provocarlo, Rosemary pasó un dedo por un rastro de semen y se lo llevó a la boca.

—Por Dios, Rosemary —dijo Ellis con voz ronca—. Vas a matarme.

La limpió y ella volvió a ponerse la camiseta.

—¿Crees que ahora vas a poder volver a dormir?

—Es poco probable —dijo ella, soltando una risita.

—¿Quieres... quieres venir a observar aves conmigo? Después de una ducha y eso —propuso Ellis, y se pasó una mano por el pelo—. Me parece que vi un busardo, o tal vez un milano, volando sobre los campos, pero no estoy seguro. Necesito una opinión experta.

—¿Quieres ir a observar aves conmigo?

—No se me ocurre nada mejor. Pero solo si traes esos binoculares que te quedaban tan sexis.

22

—¿Qué quieren de mí, malditos demonios? —gritó Ellis, mientras Ben, uno de los actores fantasma, lo inmovilizaba contra el suelo y le torcía el rostro en una mueca horrorosa, casi espectral.

—*Paaaarloooow* —aulló Ben a modo de respuesta.

—¡Corten! —gritó Vincent—. ¡Buen trabajo esta mañana, equipo!

Ben ayudó a Ellis a ponerse de pie y charlaron un minuto sobre planes para el fin de semana. No estaba previsto que rodaran esa mañana; de hecho, Ellis no había dormido casi nada. Su asistente fue a despertarlo a las ocho, cuando llevaba apenas tres horas de sueño. Pero, al parecer, Jeremy había hablado con el estudio y querían lanzar el tráiler un poco antes de lo planeado inicialmente. Y Vincent insistía con que esta toma tenía que entrar sí o sí. Decía, con su acento francés, que era el «corazón de la película». Ellis había puesto los ojos en blanco y, de mala gana, se levantó de la cama para ir a rodar.

Le habría costado mucho más levantarse si no hubiera sabido que volvería a ver a Rosemary. Ya había pasado otro día y otra noche de trabajo desde que por fin la había tenido en la biblioteca, y el recuerdo de esos gemiditos necesitados que había soltado mientras le chupaba el clítoris y de cómo le había cubierto los pechos con su semen lo tuvo toda la mañana luchando contra erecciones inoportunas. Habían salido a observar aves hasta media mañana. Rosemary le había señalado todas las especies autóctonas con su acento dulce, todavía con el rubor del orgasmo en las mejillas. Él la había hecho detenerse varias veces solo para acorralarla contra un árbol y volver a besarla hasta dejarla sin sentido. Hacía unos ruiditos mínimos cuando separaba los labios para él; no sabía si ella era

consciente de eso, pero daría lo que fuera por oírla hacer esos sonidos una vez más.

Cuando Ellis terminó de filmar, Rosemary ya había llegado al *set*. Estaba envuelta en su abrigo de invierno y tenía la nariz rosada por el frío. Mientras Vincent revisaba el material para decidir si quería otra toma, Ellis le preparó un café y se tomó un momento para llevárselo.

—Buen día —la saludó sonriendo, y le rozó los dedos con los suyos al entregarle el vaso.

A su lado, Ellis oyó a Lyn murmurar por lo bajo: —Ya era hora, carajo.

La sonrisa que Rosemary le devolvió, suave y rosada, hizo que algo se agitara en su interior; algo liviano, alegre, a lo que Ellis no estaba acostumbrado.

—Buen día.

—¿Cómo te sientes con la escena? —preguntó ella.

—Bien, creo que se notó el miedo de Alfred. ¿Tú qué piensas?

—Coincido. Estabas asustado, pero también curioso, que es exactamente lo que él habría sentido en ese momento.

Saber que a ella le gustaba cómo estaba interpretando al personaje que había escrito lo hizo vibrar de emoción. Cuando se giró para hablar con el equipo de vestuario, pensó en lo fácil que sería acostumbrarse a esto: verla todos los días, prepararle el café. Hacerle el desayuno en su cocina, con hierbas frescas del jardín, y después doblarla sobre la encimera y hacerla acabar al menos dos veces antes de seguir con el día. Tal vez podría armarle una oficina en casa, con vistas al jardín, para que pudiera ver los pájaros mientras escribía.

No te adelantes, se dijo. *Quizá para ella sea solo una fase*. Él era actor, y ella quería vivir la experiencia de salir con una celebridad. Pero incluso mientras lo pensaba, sabía que no era cierto. Rosemary no era ese tipo de persona. Pero ¿qué quería ella en realidad? ¿Seguir con él después de que esta burbuja estallara y volvieran al mundo real? ¿Y cómo reaccionaría si le contaba que era bisexual? Brody siempre se burlaba diciendo que las mujeres veían a los

hombres bisexuales como menos masculinos. ¿Eso pensaría Rosemary cuando se lo dijera?

Se quitó el chaleco del vestuario y se lo devolvió a Aaron.

—Perdón, creo que lo manché al caer sobre la hierba —dijo.

—No pasa nada, para eso está mi fiel bolígrafo quitamanchas —señaló Aaron con una sonrisa, y le entregó su ropa moderna y cómoda para que se cambiara.

Mientras se vestía en uno de los salones laterales cerrados, justo en la entrada de la mansión, le llegó un mensaje al teléfono.

«Sorpresa», había escrito Brody. «Jenna va a pasar a verte esta mañana. Llévala a pasear a algún lugar bonito. Mandé el descapotable».

—La puta madre —maldijo Ellis, y respondió—: «Yo no acepté esto».

«Mala suerte», contestó Brody. «Cuatro oportunidades para fotos. Aceptaste, y ahora las cobro».

Lo último que quería en ese momento era tener que lidiar con paparazis y con Jenna. Por supuesto que Brody había mandado un descapotable; ¿qué mejor forma de maximizar el tiempo en que los fotógrafos podían captarlos juntos?

Su primer impulso fue salir corriendo, pero no podía. Al mirar a su alrededor, notó su presencia y se reprochó no haberlos visto antes: fotógrafos, camarógrafos del detrás de escena, todos expectantes, aguardando la llegada de Jenna.

Empezó a caminar hacia Rosemary para avisarle, pero justo en ese momento oyó el ruido de neumáticos chirriando sobre la grava del camino de entrada. El imbécil de Brody había esperado a que Jenna ya estuviera ahí para avisarle, sin darle margen para escapar. Y sin tiempo para advertirle a Rosemary.

Un descapotable gris, elegante, avanzaba hacia él. Ya era tarde.

Por el rabillo del ojo percibió cómo un enjambre de paparazis se abalanzaba hacia ellos y, cuando Jenna tocó el claxon, Ellis levantó la mano en un saludo desganado. Hora de actuar para las cámaras; cada clic lo perforaba como si fueran los ojos de Brody mirándolo desde Los Ángeles.

Justo cuando Jenna bajó del auto, vestida con un traje entallado de tres piezas, Ellis vio a Rosemary de pie junto a Lyn, apenas detrás de la fila de fotógrafos que se había formado. Ojalá hubiera tenido tiempo de prepararla para esto, de prepararse él mismo para lo que iba a sentir al verla ahí. Era imposible no notar la expresión de desconcierto en su rostro, ni la forma en que se transformó en dolor cuando reconoció a quien estaba saliendo del auto.

—Bueno, pero mira si no eres el señor del castillo —dijo Jenna, riendo y acomodándose bajo el brazo de Ellis—. Deberías darme un beso en la mejilla, Ellis, o al menos parecer contento de verme.

—Claro, perdón —respondió con una sonrisa forzada, y le dio un beso rápido en la mejilla—. ¿Así que el descapotable?

—Brody lo mandó.

—Sí, me dijo. Ojalá me hubiera avisado antes.

—Perdón —respondió Jenna con sinceridad—. A mí me contó hace dos horas. No esperaba que me escribiera; allá es plena madrugada.

—¿En el infierno?

—¡Ja! De todos modos, perdón. Tuve que salir corriendo para prepararme y no había forma de mandarte un mensaje desde el auto.

Ellis olvidaba que la generación más joven le tenía un terror existencial a las llamadas telefónicas.

—Está bien, Jenna. —Se inclinó un poco más hacia ella para que los buitres tomaran sus fotos y después los dejaran en paz.

—¿Entonces puedes venir a dar una vuelta? Traje algo de comida. ¿Qué comen los viejos de ahora? —bromeó.

—¿Seguro que no quieres dedicarte a la comedia?

—¿Con esta cara? Jamás. —Miró alrededor y abrió los ojos—. ¿Quién es?

Ellis se volvió. Jenna estaba mirando directo a Rosemary.

—Es Rosemary, ¿te acuerdas? La conociste en la cena.

—No, no Rosemary. La persona que está al lado —susurró Jenna, completamente anonadada.

—¿Te refieres a Lyn? Es su asistente.

—Lyn. Ok. Genial. Muy genial.

Ellis soltó una risa breve.

—Sí, genial. ¿Por qué no te presento? Ya que viniste hasta aquí y, con suerte, les dimos a los fotógrafos lo que querían.

Jenna se acomodó el saco y se apartó el pelo hacia un costado. Ellis se dio cuenta de que era la primera vez que la veía nerviosa.

—Claro.

La llevó hasta donde estaban Rosemary y Lyn. Había muchas cosas que quería decirle a Rosemary en ese momento, pero sería mejor hacerlo cuando estuvieran solos. Se le ocurrió de golpe proponerle escaparse el fin de semana, alquilar una cabaña en algún lado y tenerla solo para él, lejos de las miradas ajenas.

Cuando Ellis presentó a Lyn y a Jenna, quedó claro en cuestión de segundos que a Lyn le había interesado Jenna tanto como a Jenna le había interesado Lyn. Hacían una bonita pareja, y si algo bueno podía salir de todo ese arreglo, eso al menos haría que Ellis se sintiera un poco menos mal con la situación.

—Eso fue... sorpresivo —dijo Rosemary, cuando Ellis la llevó a un pequeño recoveco silencioso dentro de la mansión.

—Tendría que habértelo dicho —admitió él.

—Habría estado bien. Lo entiendo, Ellis. Sé que no es real, es solo que...

—De verdad tendría que habértelo dicho. No fue una linda sorpresa.

—Para nada —señaló ella, con una exhalación profunda.

—Por si sirve de algo, pensaba decírtelo, pero Brody me avisó apenas unos minutos antes. La emboscada es una de sus tácticas favoritas.

—Lo haces sonar como un estratega militar.

—Lo es —subrayó Ellis con una mueca.

—¿La próxima vez me avisas si Brody va a hacer algo así? —preguntó ella, entrando en el círculo de sus brazos.

—Por supuesto. —Le dio un beso en la coronilla y sintió el aroma de su champú: lavanda y menta—. Espero que no tenga que haber una próxima vez.

—Yo también —susurró Rosemary—. Ojalá me contaras por qué te obliga a hacer esto.

Ellis no respondió; no podía, así que envolvió los labios de Rosemary en los suyos y la besó hasta que tuvieron que separarse para respirar.

—Solo quiero protegerte, bonita, de toda la mierda con la que tengo que lidiar a diario, tanto por Brody como por el resto de la industria.

—Lo entiendo, Ellis. Pero no quiero estar escondida. Si quieres esto... —Hizo un gesto entre los dos—. Necesito que lo entiendas.

—Lo entiendo. Pero también tengo ganas de secuestrarte todo el fin de semana y no ver a nadie más. ¿Qué te parece? —Le mordisqueó la oreja y disfrutó del estremecimiento de Rosemary, de sentirla arquearse contra su cuerpo.

—Podría sumarme a esa idea —dijo, y le sonrió.

***

Dos horas después, iban en el Land Rover de Ellis, con las maletas de fin de semana listas y Fig en el asiento trasero. Ellis había encontrado una casita de campo preciosa a poca distancia en auto, cerca de un pueblo de postal, y con la aprobación entusiasta de Rosemary, la había reservado. Estaba ansioso por llegar, por pasar el fin de semana cerca de ella en todos los sentidos posibles.

Mientras el auto avanzaba por caminos rurales llenos de curvas, a Ellis le pareció notar que otra camioneta los seguía. Tomó un par de desvíos y aun así les seguían el rastro, por lo que se metió en la autovía y se escabulló. Tal vez era paranoia, o tal vez el recuerdo de la cantidad de fotógrafos que había en Hallowvale, pero se preguntó si Brody no habría mandado a alguno tras él. Ahora los había perdido; eran libres.

Fig todavía estaba ajustando su horario de sueño, después de pasar muchas noches despierta por la emoción de tanta gente alrededor, así que seguía dormitando en su sillita para perros.

—Tienes un auto muy bonito —dijo Rosemary.

—Pareces sorprendida.

—Supongo que pensaba que todos los actores de Hollywood tendrían autos deportivos. Algo ostentoso. Debería haberlo sabido —

agregó, y soltó una risita—. Tú no eres un hombre ostentoso.

—Ja, ¿gracias? Supongo que no —admitió Ellis con una sonrisa.

—Ya casi llegamos —dijo, mirando el GPS—. La pareja que es dueña de la cabaña dijo que nos dejó el refrigerador lleno y que tienen un huerto con más verduras de las que pueden consumir, así que nos invitaron a cosechar y cocinar lo que queramos.

—Parece un sueño —comentó Rosemary, mirando por la ventanilla —. Me pregunto si veremos algún carbonero palustre por allí.

—¿Un carbonero palustre?

—Un ave del bosque rarísima. En los setenta había muchísimos, según los libros que leí, pero después disminuyeron mucho. Siempre quise ver uno. Tienen como una pequeña caperuza tiznada en la cabeza, pero son redondos como los petirrojos. Un poco más pequeños, eso sí.

—Voy a estar atento —dijo Ellis. Le encantaba la dualidad de esa mujer: un minuto hablaba con pasión sobre lo poco que la humanidad sabía sobre lo que vive en el fondo del océano y al siguiente se derretía por pajaritos adorables del bosque.

—¿Y qué quieres hacer en la cabaña, además de cocinar? —preguntó ella, con una inocencia demasiado estudiada.

—Creo que puedes imaginarlo. Pero no hay presión de mi parte, ¿sí? Si solo quieres que nos demos la mano y dormir en camas separadas, puedo vivir con eso. Aunque me gustaría mucho verte desnuda.

Por el rabillo del ojo, la vio moverse en el asiento.

—Esperaba que dijeras eso —susurró.

—Tenemos que hablar de límites, si vamos a hacerlo. No quiero empujarte a que hagas nada con lo que no te sientas del todo cómoda. ¿Quieres que sea dominante contigo?

—Sí. Pero solo durante el sexo, no fuera de eso.

—Para mí está bien —asintió él—. ¿Hay algún lugar donde no quieras que te toque?

—No —susurró ella, y Ellis sintió una especie de mareo de felicidad.

—¿Estás segura, preciosa?

—Muy segura.

—Carajo. ¿Y cómo te gusta acabar?

Rosemary se retorció en el asiento.

—Puedo acabar por el clítoris, pero... acabo más con penetración. Se siente más profundo. A veces, las dos cosas a la vez. Y hay algo más —dijo, nerviosa—. Nunca se lo conté a nadie.

—Ah, ¿no?

—Es difícil de explicar. No es un fetiche relacionado con la reproducción, ni siquiera sé si llamarlo «un fetiche», pero, cuando estoy con alguien que tiene pene, me gusta que me acabe adentro. La sensación que me produce siempre me hace llegar al orgasmo. Y tengo un DIU, así que es seguro —agregó.

Era absolutamente perfecta para él. Ellis aferró el volante.

—¿Te parece bien? —preguntó ella, y él se dio cuenta de que se había quedado callado.

—Rosemary, está más que bien. Es perfecto. *Tú* eres perfecta. —Deslizó una mano hasta su pierna y la apretó—. De hecho, creo que estás hecha para mí, bonita. Todo lo que quieres, quiero dártelo.

—¿De verdad? —exhaló ella.

—De verdad.

—¿Y a ti, Ellis? ¿Qué te gusta?

—*Mmm*, déjame pensar. —Su mano siguió los pequeños corazones bordados en los jeans de Rosemary y fue subiendo por la pierna—. Me gusta ser dominante, como ya sabes. Me gusta darle placer a mi pareja, incluso cuando eso implica negarle el orgasmo a veces. —Sus dedos subieron más, rozaron la cintura del jean y le desabrocharon un botón—. Me gusta tu boca, Rosemary. Quiero verte de rodillas, tomándome. Llevo días pensando en eso. Quiero que te montes en mi cara, quiero lamerte ese culo precioso mientras estás encima, y quiero acabar dentro de ti, sobre ti, donde se me antoje. ¿Qué opinas?

Rosemary dejó escapar un gemido cuando él deslizó la mano dentro de su ropa interior, que ya estaba empapada.

—Estás chorreando, bonita.

—Perdón.

—No te disculpes. Me encanta. Me encanta provocarte esto.

Ellis le rodeó el clítoris con los dedos, los ojos fijos en el camino y la mano derecha en el volante.

—Toda esta charla sobre fetiches te puso así de mojada, ¿no, preciosa? ¿Imaginando lo que voy a hacerte? —Sus dedos se hundieron en el calor de su centro mientras el pulgar seguía acariciándole el clítoris.

—*Mmm*, sí —murmuró ella, apoyando la cabeza contra el respaldo.

—¿Quieres acabar para mí, bonita?

—Por favor.

Ellis la masturbó, disfrutando de ese sonido obsceno y exquisito que Rosemary dejaba salir, hasta que su cuerpo empezó a tensarse. Entonces retiró la mano y se chupó los dedos, saboreándola como si fuera miel y sal marina.

—Ellis —gimió Rosemary—. ¿Por qué...?

—Todavía no, bonita. Vas a acabar cuando yo diga.

—Podría hacerlo sola —se quejó.

—Pero no lo vas a hacer. Eres tan buena conmigo, Rosemary... —dijo Ellis, frotándole el pulgar contra el labio inferior y dejándola saborear su propio jugo.

—Este viaje va a ser el más largo de mi vida —resopló ella.

23

—Y por aquí está la cabaña —dijo el señor Tokes, un hombre ya mayor, mientras guiaba a Ellis, Rosemary y Fig por un sendero empedrado, oculto a la vista desde la casa principal, flanqueado por lilas tardías en flor a ambos lados.

—Ha estado helando por aquí estos últimos días, así que al principio puede que esté un poco fría, pero ya les he encendido la calefacción —agregó, sonriendo.

—Gracias —dijo Ellis, aliviado de no haberse molestado en ponerse su disfraz de celebridad con gorra y lentes de sol. Ellis decidió aparcar junto a la casa del señor y la señora Tokes, una cabaña con techo de paja al final de una carretera estrecha y llena de baches, casi convencido de que era poco probable que aquella pareja mayor conociera alguna de las películas en las que había actuado. Y había acertado.

La casa de vacaciones se llamaba Los Álamos, un nombre perfecto por los árboles esbeltos de hojas amarillas plantados a su lado. Parecía sacada de una postal: de ladrillo rojo cálido, con dos chimeneas a cada extremo del tejado de pizarra, una puerta pintada en color crema y bermellón y ventanas rodeadas de hiedra trepadora. A Ellis se le aceleró el corazón cuando sintió que Rosemary le apretaba una mano.

—*Es preciosa* —dijo ella, solo moviendo los labios.

—¿Y qué hace una pareja tan encantadora como ustedes por estos lugares? —preguntó el señor Tokes mientras abría la puerta.

—Solo estamos tomándonos un descanso de la ciudad —respondió Rosemary, manteniendo la historia en términos vagos. Ellis se lo agradeció.

—Bueno, eligieron el sitio perfecto. Aquí no se oye nada más que la naturaleza. Les recomiendo que sigan ese camino de allí —agregó, señalando con la cabeza hacia un sendero de tierra que serpenteaba por un bosquecillo de abetos al oeste de la casa—. Toman ese camino por el bosque y suben la colina; es un paseo corto, fácil, y llegan a la cima de Chipping Hill. Es un lugar muy bonito para pasear al perro. Si fuera verano, les diría que prepararan un pícnic.

Les dejó las llaves y les dijo que miraran todo con calma y se sintieran como en casa.

—Llamen a la puerta si necesitan algo. Mi mujer está en el pueblo esta noche, en un concurso de preguntas y respuestas en el pub, así que estaré solo. Pueden escribir por la aplicación, supongo, pero no miro mucho el teléfono. Mejor llamen si me necesitan.

—Gracias —dijo Ellis, y el señor Tokes se retiró cerrando la puerta tras ellos.

Adentro hacía algo de frío, pero los techos de la cabaña, pintados de blanco, con vigas de madera a la vista, eran bajos y Ellis pensó que se calentaría pronto. Fig ya estaba olisqueando toda la casa y adueñándose del rincón más cómodo del sofá para echarse una siesta.

—¡Este lugar es una locura! —exclamó Rosemary, mirando la cocinita con sus azulejos de colores y el hogar abierto, junto al cual los esperaba un sofá acogedor. Ellis ya tenía planes para Rosemary en ese sofá.

Después de darse dos golpes en la cabeza con el techo bajo, siguió a Rosemary por la estrecha escalera. Había un baño pequeño, con una bañadera profunda con patas —más planes para Rosemary — y un dormitorio. Era justo lo que necesitaban. Desde el dormitorio, una ventana redonda daba al jardín trasero, con un huerto que parecía pedir a gritos que lo saquearan.

Desayunaron tarde en la cocina. Ellis preparó huevos con tostadas (huevos frescos de las gallinas del señor Tokes), mientras Rosemary cortaba fruta traída de una tienda local y luchaba con una cafetera de estufa para hacerles a ambos un café bien fuerte. Comieron de pie, apoyados en la encimera.

—¿Por qué tengo tanta hambre? —dijo Rosemary entre bocado y bocado—. Siento que podría comerme un caballo.

—Son los rodajes nocturnos. Los cambios de horario siempre son brutales: el cuerpo no sabe cuándo comer ni cuándo dormir, así que compensa haciéndote sentir hambre y cansancio todo el tiempo.

Ellis no pudo evitar reírse cuando Rosemary hizo el gesto de una pistola con los dedos y dijo: —Así es el mundo del espectáculo, querido.

Ellis había tenido cierto temor de que estar a solas con Rosemary le resultara extraño. Al fin y al cabo, venían de mundos muy distintos y se habían conocido hacía poco. No había tenido muchas relaciones, pero ¿no se suponía que no debían sentirse así de fáciles? Justo en ese momento, como una tormenta inoportuna, sonó su teléfono. En la pantalla apareció el nombre de Brody.

—Debería atender —dijo.

—Voy a deshacer la maleta —respondió Rosemary, y subió a la habitación para darle privacidad. Pero Ellis no quería privacidad; quería lanzar el teléfono por un acantilado.

—Eres un zorro muy listo, Ellis Finch —empezó Brody.

—Muy buenos días para ti también, Brody —respondió Ellis en tono seco.

—¿Dónde carajo te has metido, eh? Se suponía que ibas a dar una vuelta con Jenna. Ese descapotable iba a formar parte de un nuevo patrocinio para ella.

—Te debo fotos, no todo mi fin de semana, Brody.

Además, pensó, *Jenna seguramente habría encontrado a alguien mucho más interesante con quien hacer un pícnic de invierno.*

—¿Dónde estás? Dímelo y ya mismo mando a Jenna, a los paparazis y a todo el mundo, y todo esto queda perdonado.

—Ni lo sueñes. No necesito tu perdón, Brody. Solo quiero un puto fin de semana de paz y tranquilidad.

—¿Quieres paz? Lamento decírtelo, hermano, pero eres una estrella. *Yo* te hice una estrella. Y eso tiene consecuencias. ¿O necesitas que te recuerde qué puede pasar si no cooperas?

Y allí estaba, otra vez la vieja amenaza asomaba su cabeza espantosa. Siempre presente como un trasfondo en cada interacción

con Brody, pero sin salir del todo a la superficie hasta que su agente decidía que estaban contra las cuerdas.

Ellis suspiró hondo.

—No. No hace falta.

—Cuando vuelvas a Londres, programaremos otra sesión de fotos, y hasta quizá podrías parecer un poco más entusiasmado, ¿eh? En la última, los dos parecen deprimidos.

—Está bien —dijo Ellis, derrotado. Solo quería que la llamada terminara.

—Buen chico. Muy bien, que tengas un fin de semana de puta madre, Ellis. Espero que sea quien sea con quien te estés acostando, y sí, no creas que no sé cómo eres, valga la pena todo este lío.

Ellis escuchó a Rosemary canturrear suavemente para sí mientras deshacía la maleta arriba.

—Vale la pena —dijo, y cortó.

Se quedó un momento en la cocina, inhalando el aroma del café y de las bayas cortadas del desayuno. Observó las motas de polvo bailar en la luz que entraba por la ventana. Hizo un esfuerzo por que las manos le dejaran de temblar.

Un rato después, subió la escalera, siguiendo la melodía del tarareo de Rosemary. Se apoyó en el marco de la puerta de la habitación y contempló la figura voluptuosa de Rosemary mientras colocaba sus cosas sobre una cómoda junto a la cama.

Entonces avanzó con decisión y le rodeó la cintura con los brazos, hundiendo el rostro en su cuello. Tenía un olor exquisito, a vainilla y cerezas dulces. Rosemary suspiró y se recostó contra él, pasando las manos por sus antebrazos en un gesto que lo reconfortó.

—¿Todo bien? —preguntó ella.

—*Mhm*. Era mi agente.

—¿Tengo que contratar a un sicario?

Él soltó una risa baja, y se inclinó un poco más hasta apoyar la frente en el hueco de su cuello. Era una sensación cálida, suave.

—¿Y tú qué sabes de contratar sicarios?

—Te sorprenderías. El mundo editorial puede ponerse feo.

—¡Ja! Bueno, te aviso si en algún momento llegamos al punto en que haya que encargar un asesinato.

—Bien. Por lo pronto, ¿puedo darte un abrazo? —preguntó ella, girándose entre sus brazos para mirarlo de frente.

—Por favor —murmuró él. Aunque Rosemary era mucho más baja, lo abrazaba de una forma que parecía para envolverlo por completo. ¿Alguna vez se había sentido tan a salvo con alguien desde el primer momento? Si en ese instante le dijera que se sentía como en casa, dentro del círculo de sus brazos, ¿cómo reaccionaría ella? Pero no dijo nada. En cambio, la estrechó con fuerza, como si ella fuera su único anclaje, lo único que lo mantenía en pie. El temblor de sus manos se desvaneció, el nudo de ansiedad que siempre se le formaba cuando hablaba con Brody empezó a aflojarse. Rosemary lo sostuvo y todo volvió a ser manejable. Ellis levantó la cabeza para ver cómo iba con la maleta.

—¿Trajiste una vela? —preguntó.

—Eh... Sí. —dijo con aire avergonzado—. Es una vela para ahuyentar fantasmas. Por si acaso hay alguno que quiera molestarnos.

—Pensaba que no creías en los fantasmas.

—Eh... Es un regalo de mi amiga Dina; ella es... Bueno, a veces hace velas. Y pensé que sería mejor prevenir que curar.

—Sin duda —asintió Ellis. Cualquier cosa que ella necesitara para sentirse cómoda le parecía bien—. ¿Tienes ganas de salir a caminar? —le preguntó—. Siento que extraño el sol en la cara.

Rosemary suspiró y asintió.

—Sí, por favor.

***

Siguieron las indicaciones que les había dado el señor Tokes y llegaron a la cima de Chipping Hill para disfrutar de las vistas. Si tenía que ser sincero, una vez que se había recuperado de la llamada con Brody, la mente de Ellis se había volcado directamente al lado sucio de las cosas, porque la única vista que le interesaba era la de las caderas de Rosemary balanceándose delante de él mientras subían por el sendero.

Coronaron la colina y la luz de principios de noviembre atravesó las nubes, derramándose sobre el paisaje. A lo lejos, Ellis distinguió bosquecillos interrumpidos por los campanarios de piedra de las iglesias de los pueblos y por carreteras rurales que serpenteaban entre la espesura. Los campos eran un estallido de tonos naranjas intensos y verdes profundos, mientras el final del otoño cedía paso al invierno. A su lado, Rosemary soltó un suspiro de vapor y se ajustó el abrigo. Él soltó a Fig de la correa; siempre obedecía cuando la llamaba, así que no le preocupaba.

—Cómo extrañaba esto —dijo Rosemary—. La sensación de espacio. De cielo. En Nueva York es imposible; nunca ves el cielo sin que los rascacielos te bloqueen la vista.

Encontraron un banco que los protegía un poco del viento helado. Realmente era un lugar apartado; no había nadie más en los alrededores.

—Por eso me fui de Londres.

—¿No vives en Londres?

—Ya no. No estoy lejos, pero tuve que irme. Antes de tener perros vivía en un apartamento cerca de Soho, pero era muy ruidoso. No podía ni oír mis propios pensamientos. Ahora tengo un jardín.

—Siempre quise tener mi propio jardín —dijo Rosemary, con un tono soñador.

—Podrías ir a ver el mío. Tengo un invernadero pequeño y también un huerto de verduras y hierbas. Cuando Hank estaba vivo, me robaba todas las zanahorias.

—¿Hank es el perro que tenías antes de Fig?

Él asintió, sintiendo que las garras del dolor volvían a alcanzarlo.

—No hablo mucho de él. Murió hace como un año.

Rosemary le hizo una caricia suave en un brazo.

—No tienes que hablar de eso si no quieres.

—No, está bien. Quiero contártelo. —Allí, con ella, se sentía a salvo. Lo bastante a salvo como para revivir el recuerdo.

—Habíamos salido a dar un paseo de noche mientras yo me alojaba en un hotel por un rodaje. Supongo que pensé que a esas horas no habría paparazis, pero estaban esperando; debían de saber que el hotel estaba lleno de actores del reparto. Giré por una calle y

empezaron a disparar fotos. Me asusté, me tomaron por sorpresa. Y solté la correa de Hank. Él también se asustó; los *flashes* eran muy brillantes y hacían un ruido tremendo, y salió corriendo hacia la carretera. —Ellis inspiró con dificultad—. Debería haber sujetado la correa. Si hubiera mantenido la calma, si no hubiera perdido el control, nunca la habría soltado y no lo habría atropellado un auto.

Se frotó los ojos con rabia, tragándose el nudo en la garganta.

—Ellis, lo siento muchísimo.

—Solo tenía cinco años. Era un perro buenísimo.

—Me imagino.

—Seguiría aquí si no fuera por mí.

Rosemary lo atrajo hacia ella e hizo que se detuvieran en mitad del camino.

—No deberías sentirte culpable. Tuviste una reacción completamente normal ante un susto, y fue un accidente horrible.

—Es muy amable de tu parte, pero sé que hice las cosas mal. Hank seguiría aquí si no fuera por mi error. Seguro que él también me echaría la culpa si pudiera hacerlo.

—Creo que los animales a los que amamos siempre nos devuelven ese amor sin condiciones. Para siempre.

Rosemary dijo esto mirándose los pies, con una sonrisa suave en el rostro.

—¿De verdad crees eso?

Ella alzó la vista y le sostuvo la mirada.

—Sí.

En ese momento, Rosemary se inclinó hacia el suelo y recogió una piedra lisa y plana con un agujero que la atravesaba de lado a lado.

—Ah.

Se la llevó al ojo.

—¿No me digas que tú también tienes una colección secreta de piedras? —dijo él, esbozando una sonrisa.

—No, solo estaba buscando una como esta. Me parece... providencial.

A Ellis empezaba a resultarle más fácil hablar de Hank. O quizá era simplemente que abrirse con Rosemary era fácil. Le pasó un brazo

por los hombros. Siguieron caminando hasta la cima de la colina, contemplando unas vistas amplias y deslumbrantes.

Pasaron unos minutos mientras Ellis pensaba lo que quería decirle a Rosemary. Inspiró hondo.

—Podrías quedarte conmigo durante el resto del rodaje, si quieres.

—¿Estás seguro?

—Totalmente. No vuelvas al hotel que te reservó la producción. Quédate en mi casa conmigo, haz lo que tengas ganas de hacer en Londres, yo te llevo al *set* y todo eso. Solo tengo una regla en mi casa.

—¿Cuál?

—Que me dejes hacerte acabar todas las mañanas y todas las noches hasta que tengas que irte —precisó con una sonrisa traviesa. Enseguida, le levantó el mentón con un dedo para acercar su rostro y la besó. Nunca se cansaría de esa primera sensación de los labios de Rosemary contra los suyos. Cada beso parecía el primero. Cada caricia era nueva. Retrocedieron hasta chocar con una roca grande cubierta de musgo.

—Ay, Rosemary —murmuró cuando ella le arañó con suavidad la nuca con las uñas, provocándole escalofríos—. Ya estoy duro.

—¿Puedo hacerlo ahora? ¿Puedo chupártela? —susurró ella, mordisqueándole el labio inferior—. Me estuve portando tan bien.

—¿Crees que te lo ganaste, bonita?

—Ajá.

Ella deslizó las manos por su pecho hasta la bragueta de sus jeans, pero se detuvo allí, esperando paciente su orden. Ellis miró alrededor; no veía a nadie y no había casas ni edificios cercanos desde donde alguien pudiera estar observando.

—De rodillas —ordenó, y ella obedeció—. Carajo, mírate. Tócate las tetas, bonita. Qué suerte que no te pusiste sujetador.

Le costó reunir fuerza de voluntad para no empezar a masturbarse mientras veía a Rosemary levantarse la camiseta con un movimiento cauteloso y dejar al descubierto sus pechos. El frío le había puesto los pezones duros y erguidos, pero aun así gimió cuando los cubrió con las manos.

—Algún día, pronto, voy a hacerte acabar solo chupándolos.

—¿Me lo prometes? —rogó ella, alzando la vista hacia él, con las pupilas muy dilatadas.

—Te lo prometo. Ahora sácala, Rosemary.

Ella se la sacó y pasó el pulgar por el líquido que se había acumulado en la punta. Esa verga estaba lista; estaba lista desde que le había bañado los pechos con su semen dos días atrás.

Ellis se apoyó contra la roca, controlando la respiración. El más mínimo contacto de ella lo dejaba a punto de estallar. No se había sentido así desde la adolescencia.

—Abre la boca —gruñó—. Muéstrame la lengua.

Rosemary obedeció y abrió esos labios carnosos y rojos, preparados para él.

—Una lamida, Rosemary —dijo, empujándola hacia el calor de su boca abierta.

Ella lo chupó una sola vez, como él le había dicho, haciendo un sonido húmedo y marcado.

—Buena chica. ¿Puedes hacerlo otra vez?

Ella asintió con entusiasmo.

—¿Quieres que te penetre esa garganta tan bonita que tienes? ¿Quieres demostrarme lo bien que la aguantas?

Ella volvió a asentir, incapaz de hablar, mientras Ellis empujaba de nuevo dentro de su boca ansiosa.

—Vamos, bonita —ordenó.

Rosemary la chupó, rodeando la punta con la lengua, hundiendo las mejillas. La sensación era irreal; sabía exactamente lo que él necesitaba. Con la mano libre, le sostuvo los testículos, apretándolos en la base.

—Lo estás haciendo tan bien —gimió Ellis, intentando mantener algo de control en la voz. No iba a durar mucho. Le acarició la cabeza, manteniéndola fija alrededor de su verga—. Dame un golpecito en la pierna si se te hace demasiado.

Ella asintió; los ojos le empezaron a llorar por el tamaño de su longitud dentro de la boca. La imagen de la cabeza pelirroja de Rosemary sobre su verga, su lengua rosada rodeándole la punta, era una sensación increíble.

Entonces, Rosemary se apartó y lo miró.

—Puedes ser más brusco —dijo en voz baja, como si sus palabras no estuvieran ya haciendo añicos todo su mundo.

Ellis perdió cualquier atisbo de control y se hundió hasta el fondo de su garganta, tal como había estado soñando. Ella lo tomó a la perfección, y la vibración de sus gemidos lo empujó aún más cerca del borde.

—Ay, mierda, Rosemary. Qué bien. Eres tan buena conmigo... Voy a acabar, bonita —susurró entre dientes, y sintió que el orgasmo le estallaba en el centro del cuerpo. Pero Rosemary no se detuvo: siguió chupando, tragándose su semen. Incluso cuando los últimos espasmos empezaron a apagarse, ella continuó, limpiándole la verga con la boca. Fue algo más allá de lo celestial.

Ellis la levantó en sus brazos y la besó, disfrutando del sabor erótico de su propio semen, que brillaba en los labios de Rosemary.

—Estuviste increíble —la elogió, mientras la apretaba contra él—. Te voy a hacer sentir tan bien, Rosemary... —Le bajó la camiseta y, al hacerlo, le rozó un pezón con el pulgar.

—Vamos a la cabaña —le susurró ella en el oído. Ellis estaba más que listo. La levantó en brazos, llamó a Fig para que los siguiera y se encaminó de regreso a la cabaña justo cuando empezó a caer la lluvia.

24

La tormenta azotaba con fuerza y, cuando por fin entraron en la cabaña, Rosemary tenía la ropa empapada. Mientras Ellis le cubría la nuca de besos furiosos, le fue arrancando la ropa; se quitó su propio abrigo y se sacudió el agua del pelo.

Rosemary pensó que nadie en su vida la había besado así, nadie le había mostrado con tanta franqueza y sin complejos cuánto la deseaba en la cama. Era una sensación novedosa y estimulante. Le hablaba a esa parte más silenciosa de Rosemary que tantas veces se había preguntado si era suficiente. Incluso cuando alguien se lo decía de frente, esa parte no lo creía hasta que se lo demostraban. Ellis se lo estaba demostrando.

Al quitarse los pantalones, oyó el golpe seco de la piedra horadada al caer al suelo. Casi no podía creer que la hubiera encontrado en la colina. Dina lo habría llamado «destino».

Empezó a temblar en la cocina, oscurecida por la lluvia, y se quedó frente a Ellis vestida solo con la camiseta empapada y la ropa interior. Él la devoró con la mirada, se arremangó y pasó las manos por las curvas de su cuerpo.

—Si no subimos ya mismo, voy a doblarte sobre la encimera y penetrarte aquí.

Ella se giró, arqueó la espalda y presionó el culo contra su entrepierna.

—¿Así? —preguntó, con una inocencia provocadora.

—Dios.

Ellis le acarició el culo con las dos manos, casi deslizando una por el borde de su ropa interior, antes de hacerla girar para tenerla de frente otra vez y acorralarla contra la encimera.

—Sabes lo que me estás haciendo, ¿no? —le gruñó al oído—. Vas a subir, vas a quitarte el resto de la ropa y luego vas a arrodillarte en la cama para mí, bonita.

A Rosemary le hormigueaban las extremidades por la anticipación, y la necesidad de obedecer las órdenes de Ellis se convirtió en lo único en lo que podía pensar.

—Sé que me dijiste tu palabra de seguridad y puedes usarla en cualquier momento, pero también quiero que usemos un sistema de semáforo. Dices «rojo» y paro de inmediato; dices «ámbar» o «naranja» y bajo la intensidad hasta que vuelvas a sentirte cómoda; y si te pregunto y dices «verde», sé que puedo seguir. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió ella.

Quería recorrer con la lengua los músculos del abdomen duro de Ellis y hacerle todo tipo de cosas depravadas y eróticas. Menos mal que tenían la cabaña para ellos solos, porque no estaba segura de poder contener sus gemidos cuando las cosas se pusieran calientes.

—Buena chica —murmuró Ellis—. Subo enseguida.

Rosemary sintió su mirada mientras subía por la escalera estrecha y se quitó la camiseta al llegar arriba. La habitación, con el repiqueteo de la lluvia en la ventana, se veía aún más acogedora. La cama, con sus sábanas de algodón suave, estaba demasiado ordenada para lo que estaban a punto de hacer en ella.

Se deshizo del resto de la ropa y se quitó los lentes. Sin ellos apenas podría distinguir a Ellis, pero por experiencia sabía que a la gente no le gustaba que sus parejas usaran lentes durante el sexo.

Ya estaba empapada de deseo y ansiaba con desesperación tocarse para aliviarlo, pero Ellis le había dado una orden y quería cumplirla.

Se arrodilló en la cama, de espaldas a la puerta abierta, con las manos apoyadas en lo alto de los muslos. La anticipación dolía, pero la idea de tener a Ellis, de que la tocara, de que la llenara, hacía la espera más deliciosa.

Un minuto después oyó a Ellis subir la escalera y sintió que inhalaba con fuerza al entrar en la habitación. Se estremeció al sentir el roce de sus dedos cuando le apartó el cabello a un costado, dejando al descubierto el tatuaje de jazmín y madreselva que le

recorría la columna. El dolor de hacerse el tatuaje había valido la pena por el placer que sentía ahora, mientras Ellis deslizaba un dedo por el centro de su espalda.

—¿Dónde están tus lentes, Rosemary? —preguntó, con la voz baja y sensual.

—En la mesita de noche.

—¿Por qué te las quitaste? ¿No quieres ver?

—Sí. Pero pensé que quizá te molestaran... A veces estorban durante el sexo.

Rosemary oyó que Ellis soltaba una risa breve y luego apareció a su izquierda para devolverle las lentes.

—Póntelas, bonita. Quiero que veas todo lo que voy a hacerte.

Ella obedeció, y Ellis volvió a salir de su campo de visión. Un segundo después, sintió su aliento en la nuca.

—Abre las piernas, Rosemary, y avanza hasta la cabecera.

Hizo lo que Ellis le había pedido, con cierto temor a perder el equilibrio, pero el colchón era lo bastante firme para sostenerla.

—¿Y ahora? —susurró.

El rostro de Ellis apareció entre sus piernas. Se las abrió aún más con las manos y la levantó un poco. Se había recostado sobre la almohada.

—Ahora —dijo, entre jadeos, con el calor de su aliento tan cerca de su sexo que casi la volvía loca— vas a montarme la cara hasta que acabes. —Le agarró la parte de atrás de los muslos y le apretó el culo con firmeza para acercarla a él.

—¿Y si te aplasto? —preguntó ella.

—No va a pasar. No hay ningún otro lugar donde prefiera estar en este momento, Rosemary. —La miró desde el hueco que formaban sus piernas, con las pupilas dilatadas y una sonrisa en el rostro. Luego la atrajo hacia él. El primer contacto con su boca le provocó una descarga de placer en todo el cuerpo.

—*Ahhh* —exclamó Rosemary, mientras Ellis la lamía y usaba las manos para moverla, mostrándole cómo frotarse contra él.

Al principio sintió timidez, pero se desvaneció pronto, con cada lamida enérgica en su sexo, con cada beso que Ellis le plantaba en el clítoris. Él parecía disfrutarlo tanto como ella, gimiendo mientras ella

se retorcía contra sus labios. Le encantaba verlo perder el control; quería ser ella quien le provocara esa reacción.

Se dejó llevar, frotándose sin parar contra el calor de la boca de Ellis, hasta ver estrellas de colores cuando el orgasmo la sacudió. Fue tan repentino que el éxtasis se desvaneció demasiado rápido.

—Aún no terminamos —gruñó Ellis, y la levantó para girarla sobre la cama, dejándola de espaldas.

—Eso estuvo increíble.

—Lo sé, bonita. Pero apenas estamos empezando.

Con la mano abierta en el centro de su espalda, Ellis la empujó con suavidad hasta ponerla en cuatro patas.

—Mira lo que eres —murmuró detrás de ella, y ella se movió hacia atrás para sentir su contacto, para encontrar su cuerpo con el suyo.

Percibiendo su necesidad, Ellis le apretó el culo con las manos, amasándole la carne con rudeza. Era perfecto.

—Por favor, tócame —susurró ella.

Esta vez, Ellis deslizó dos dedos desde su clítoris, curvándolos hacia atrás hasta el pliegue de sus labios.

—¿Aquí te toco? —preguntó, con un tono travieso, mientras llevaba los dedos aún más atrás, rozando la entrada de su culo—. ¿O aquí?

Rosemary sabía lo que le gustaba, y lo que Ellis le estaba haciendo le *encantaba*. La volvía loca.

—*Sí* —susurró, dándole la aprobación que necesitaba. Ellis empezó a hacerle caricias en el trasero, y de pronto volvió a prenderse a su sexo con la boca, arrancándole un gemido agudo. Estaba llena por todas partes, pero necesitaba más. Lo necesitaba a él.

—Ellis, estoy... Estoy *a punto* —gimió y, justo cuando volvía a alcanzar el orgasmo, con la presión deliciosa de los dedos de Ellis masturbándola por delante y por detrás, él se apartó.

—*Nooo* —se quejó—. ¿Por qué paraste?

—Te lo dije. Quiero que me supliques. —Se rio y se movió para quedar frente a ella—. Me gusta cuando te pones así, sonrojada por mí.

Ella lo observó con ojos llenos de deseo mientras él se desnudaba, admirando el vello salpicado de canas de su pecho y antebrazos, la

profunda V de músculos que bajaba hasta sus muslos fuertes. No había nada de Hollywood, nada pulcro ni refinado en el hombre semidesnudo que tenía delante. Tenía el cuerpo de un jugador de rugby, alto y sólido.

Ellis la levantó hasta ponerla de rodillas y la besó. Esos besos eran un derroche de sensualidad, y no era algo muy frecuente. El sexo con hombres solía seguir una trayectoria fija: besos, un poco de preliminares y, enseguida, penetración. Los buenos amantes se aseguraban de que ella llegara al orgasmo primero, pero una vez en marcha no había pausas para besarse y acariciarse así. El sexo con Ellis, por intenso que fuera, también era juguetón.

Ella le mordisqueó el labio inferior, le recorrió el pecho con la punta de los dedos hasta llegar al borde de su pantalón y le abrió la bragueta.

—¿Ya podemos, por favor? —susurró, mirándolo con una inocencia descarada.

—Sí, carajo. Ahora —ordenó Ellis, y Rosemary sacó su verga gruesa. No pudo resistirse a juguetear un poco: le dio una chupada a la punta, mientras tarareaba una melodía, y se apartó justo cuando Ellis empujó las caderas para meterse más en su boca.

—Te necesito, Rosemary. Necesito estar dentro de ti, bonita —dijo con un hilo de voz, y la recostó sobre la cama hasta dejarla tumbada, con las piernas abiertas para él. Por fin, Rosemary sintió el peso del cuerpo de Ellis al tenderse sobre ella, envolviéndola por completo, y le clavó las uñas en la espalda. Ellis se retorció y gimió. Le tomó uno de los pezones con la boca y jugueteó con la lengua mientras la acariciaba con la otra mano.

—¿Verde? —preguntó, besándole la comisura de la boca.

—Verde —susurró ella. Ellis se tomó la verga y la llevó hasta su entrada.

—No sé cuánto voy a durar; si te siento tan bien y todavía no estoy adentro —gruñó—, pero te voy a compensar. —Y se hundió en ella hasta el fondo. Rosemary gritó; el placer de sentir cada centímetro, llena por el miembro enorme de Ellis, fue casi demasiado.

—Tremendo —susurró él, y volvió a empujar con fuerza, mientras que con la mano libre dibujaba círculos en su clítoris—. Me recibes tan bien... —la elogió, y la penetró cada vez más profundo, haciéndola estremecerse de placer hasta que Rosemary empezó a temblar, a retorcerse, sin control de su cuerpo ni de su voz, gritando mientras se tensaba y se dejaba invadir por el orgasmo.

Enseguida, oyó a Ellis susurrarle:

—Así, buena chica, acaba para mí. —Sintió el roce áspero de su barba mientras él le cubría los pechos de besos calientes, con la boca abierta, y se dejó arrastrar a un éxtasis total.

—Eres tan hermosa... —dijo Ellis, mirándola. A Rosemary se le nubló la mente al pensar en cómo estaba diciéndole algo tan hermoso, tan tierno y romántico, mientras seguía embistiéndola con las caderas, con la verga clavada dentro de ella.

—Tú también. —Alargó una mano para pasarle un dedo por el cabello oscuro. Recorrió despacio la cicatriz plateada de su frente. Estaba aprendiendo lo que le gustaba a Ellis y, cuando le rozó la nuca con las uñas, él se estremeció de pronto y la penetró más rápido.

—Perfecta, tan perfecta —susurró, casi cantándolo, mientras embestía y la besaba con un beso ardiente. Rosemary oyó cómo su voz se quebraba, cómo perdía el control.

Quería darle lo que necesitaba. Sintió las extremidades flojas cuando Ellis la giró sobre la cama y le pasó los muslos por encima de los de él para que pudiera montarlo.

—Buena chica, quiero que me montes. Súbete a esta verga —gruñó, empujando las caderas para encontrarse con las de ella. Rosemary le rodeó el cuello con los brazos y acercó sus cuerpos todo lo posible; sus jadeos se mezclaron. La única vez que Ellis se separó de sus labios fue para chuparle los pezones, enrollando la lengua en ellos hasta que Rosemary volvió a sentir que un nuevo ardor se encendía en su interior. No podía evitarla, esa avalancha de placer. Todos sus pensamientos se disiparon, y ya no sabía si gemía, susurraba o gritaba el nombre de Ellis. Cada caricia se convertía en una ola de placer; cada sacudida brutal de su miembro dentro de ella y cada movimiento de sus dedos en su clítoris la hacían flotar.

Era embriagador, vertiginoso. Se dejó ir, sabiendo que estaba a salvo. Sabiendo que, cuando terminara, él la traería de vuelta a tierra.

Ellis gimió y le sujetó las caderas para moverla más y más rápido. Ya no había nada suave en eso. Se miraron: el mundo se desvaneció por completo, y Ellis no se detuvo, y tampoco Rosemary. La presión de su cuerpo, la forma en que la miraba y susurraba su nombre como una plegaria, era demasiado perfecta, demasiado intensa. Rosemary sintió otra vez una tensión arrasadora en su interior y un nuevo orgasmo la arrasó.

—Aquí voy, bonita. Te acabo —rugió Ellis, y se descargó dentro de ella; todo el calor de su orgasmo se extendió sobre su cuerpo y prolongó el de ella, una y otra vez.

25

Rosemary nunca se había sentido tan relajada en toda su vida; estaba segura de eso. Debía de haberse quedado dormida, porque no recordaba que Ellis se hubiera levantado y, sin embargo, la bañadera estaba llena y echaba vapor.

—Qué bien huele —dijo con voz ronca.

—Había una bolsa de sales de eucalipto, así que eché un poco —le dijo Ellis al oído y la acomodó con cuidado en la bañadera. Rosemary pensó en decirle que habría podido entrar sola, pero todavía se sentía ligera, casi como si estuviera ebria, pero de la manera agradable.

La temperatura del agua era perfecta. El vapor se arremolinaba en el aire a su alrededor, y Rosemary apoyó la cabeza en el borde de la bañadera; su pelo rojizo caía hacia un costado. Ellis entró en la bañadera y se acomodó detrás de ella, mientras tarareaba para sí una melodía que a Rosemary le sonó familiar. Le movió la cabeza con suavidad para que quedara apoyada en su pecho. La bañadera era enorme, así que podían estirarse; aun así, las piernas de Ellis llegaban mucho más lejos que las de ella.

—¿Estás bien? —murmuró él.

—Genial. Siento que floto. ¿Es posible?

Notó que él asentía.

—Creo que entraste en el subespacio mientras cogíamos.

Rosemary sintió que una parte de su mente celebraba aliviada: *por fin*. Siempre había querido experimentar el subespacio, ese estado eufórico de ensoñación al que algunas personas sumisas podían llegar durante el sexo, pero nunca había logrado alcanzarlo. Ni con Noah, el hombre con quien había vivido por primera vez la

experiencia de la dominación suave, a pesar de que confiaba en él. Con Ellis le pasaba algo distinto; no solo tenía la guardia baja, sino que se sentía muy segura al entregarle el control cuando estaban juntos. Él sabía cómo llevarla hasta allí, y se lo había demostrado una y otra vez. Ayudaba que fuera, sin discusión, el hombre más atractivo que había visto y tocado en toda su vida.

—Ya puedo morir feliz —respondió Rosemary, con las extremidades flojas y blandas contra él.

Ellis le pasó una mano por el pelo para apartarle unos mechones del rostro.

—En un rato, cuando salgamos de la bañadera, también te voy a preparar algo de comer. —Seguía cuidando de ella.

—¿Lo pasaste bien? —le preguntó Rosemary, en un tono algo vacilante.

—Fue el mejor sexo que tuve en la vida, Rosemary. Ya te lo dije, estás hecha para mí.

Se quedaron en silencio unos minutos, dejando que el agua calmara cualquier molestia en los músculos de Rosemary. Afuera, la lluvia parecía haber cesado y la luz que entraba por la ventana tenía ese brillo limpio que aparece después de una tormenta.

—Esto me recuerda a aquella vez en la piscina —dijo Ellis.

—¿La vez que me arruinaste el libro y me empujaste del flotador? —quiso saber Rosemary, arqueando una ceja.

—Te conseguí otro libro. Y ya desde ese momento, te deseaba, a decir verdad. Aunque me estuviera mintiendo. —Ella notó que él volvía a endurecerse bajo su cuerpo. Sus manos se deslizaron por la curva de sus caderas y sus muslos.

—Ya has compensado el tiempo perdido —dijo ella. Ellis le besó una mejilla, pero esta vez dejó el rostro apoyado contra el suyo.

Rosemary lo pensó un momento y luego dijo: —Cuando volvamos a Londres después de Hallowvale, ¿te gustaría ir a alguno de mis eventos de firma de libros? No es nada del otro mundo, pero me gustaría que fueras.

—Por supuesto que iré. Tengo muchas ganas de verte en tu propio ambiente.

Después de eso, dormitaron en la bañadera mientras Ellis trazaba con un dedo el recorrido sinuoso de sus tatuajes. Rosemary sabía que nunca se había sentido tan cómoda con alguien en tan poco tiempo. Si no le hubiera parecido lo más natural del mundo, lo habría encontrado extraño. Ellis la hacía sentir como en casa.

—¿Habrá fresas en el jardín? Podría hacer un poco de mermelada para acompañar el desayuno de mañana —dijo Rosemary.

—En esta época del año, seguramente no, pero podemos ir hasta el pueblo y comprar. ¿Quizá una buena botella de vino para la cena?

—Suena perfecto.

26

Esa tarde, Rosemary descubrió que tenía un fetiche nuevo: ver a Ellis cosechar patatas y chirivías en el huerto. Bueno, quizá lo que la encendía era verlo jugar a pelear con Fig por una zanahoria y limpiarse las manos llenas de barro en los muslos. Fuera lo que fuera, Rosemary estaba encantada.

El señor Tokes tenía razón: en el huerto había una abundancia de tubérculos listos para sacar de la tierra. Una hilera de puerros largos y gruesos, las hojas redondeadas de las patatas, otra fila de chirivías con penachos verdes y una franja de hojas esponjosas de zanahoria. Fig mordisqueaba una zanahoria con un deleite asombroso.

Hacía muchísimo que Rosemary no recogía nada de un huerto. Sus padres tenían uno donde cultivaban frutas y verduras de temporada y, cuando su madre estuvo más enferma, su padre licuaba toda la cosecha para hacerle sopas que pudiera tomar. Los recuerdos de esa época afloraron a la superficie, y Rosemary se quedó sentada contemplándolos, en silencio.

A última hora de la tarde volvió la lluvia y entraron a toda prisa. Ya instalados en la cocina, se sentaron uno al lado del otro: Ellis lavaba y cortaba las verduras, y Rosemary troceaba las fresas para hacer mermelada. Habían tenido que pasar por la tienda del pueblo para conseguirlas, pero valdría la pena.

—¿Esta receta de mermelada es tuya? —preguntó Ellis.

—Era de mi abuela. Tenemos suerte de que el señor Tokes tenga una despensa bien surtida; el ingrediente secreto es un chorrito de agua de rosas. Ya no la preparo tan seguido como antes.

Rosemary recordó la última vez que la hizo para su madre. Para entonces, la paranoia ya se había apoderado de ella, un efecto

secundario de la morfina y del tumor, y se negaba a comer, convencida de que todo estaba envenenado. El recuerdo era doloroso; le arañaba el alma. Sabía que esa no era ella, que eran el horror y el dolor los que hablaban. Inspiró hondo y se dio cuenta de que quería contárselo a Ellis, compartirlo con él.

—Creo que es porque las últimas veces se la preparaba todo el tiempo a mi mamá y la asocio con ella. Y también las *pavlovas*, cubiertas con mermelada. Le encantaban, y necesitaba las calorías.

Ellis se inclinó y le dio un beso en la cabeza.

—¿Puedo preguntar qué pasó?

—Tenía cáncer. En realidad, estuvo enferma durante mucho tiempo, a rachas. La gente imagina que el cáncer es algo que te diagnostican y tres meses después te mueres. Y sé que eso pasa mucho cuando no lo detectan a tiempo, pero a ella se lo detectaron pronto, y al principio estaba en la fase dos. Pasó por quimio y una mastectomía, y la enfermedad remitió.

Rosemary sintió que se le quebraba la voz, pero continuó.

—Después tuvimos unos cuantos años buenos. La granja de flores iba bien, mamá y papá estaban felices. Aunque, en realidad, siempre lo estaban. La enfermedad volvió el verano justo antes de que empezara mi último año de secundaria, pero esta vez en el cerebro. Estadio cuatro. En ese punto no había mucho que se pudiera hacer. Los médicos fueron increíbles; la incluyeron en todo tipo de tratamientos nuevos, y algunos funcionaron durante ciertos períodos. Pero al final solo estaban comprando tiempo. Mes a mes se debilitaba más, y ya no podía ayudar en la granja. Lo único que hacía era sentarse en el porche y darle órdenes a mi padre, aunque creo que a él no le importaba. Un día, estábamos cenando al aire libre junto al cerezo del jardín y nos dijo que ya estaba lista, que estaba cansada. Es la única vez que recuerdo que discutieran de verdad.

Rosemary recordó la discusión; las voces apagadas, su padre suplicando. Ella quería que su mamá se quedara; habría dado cualquier cosa por eso, pero su mamá se mostró firme, convencida. Y, detrás de todo, Rosemary también recordaba el alivio de saber

que no tendría que verla sufrir mucho más. No hay dolor mayor que ver sufrir a tus padres y no poder hacer nada.

—Después de eso, todo fue muy rápido. Pasó a cuidados paliativos y la atendimos en casa, con enfermeras que iban todos los días. Al tiempo, casi no era ella; decía muchas cosas que no quería decir, no sabía dónde estaba. Eso es lo que pasa con el cáncer cerebral y todos los analgésicos: se los van llevando de a poco.

Rosemary inhaló con dificultad; las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Al final, fue tranquilo. Se quedó dormida y ya no despertó. Pensé..., o una parte de mí pensó, que quizá volvería a verla, que tal vez... —Ya no pudo seguir hablando, y Ellis la estrechó contra su pecho.

Los sollozos la desbordaron y, aunque quería contarle las horas que pasó sentada junto al cuerpo de su madre, esperando a que apareciera para despedirse, no logró articular palabra.

—No pasa nada, estás bien —dijo él. Le besó la frente y la sostuvo, meciéndose despacio de un lado a otro hasta que la respiración de Rosemary se calmó.

—Perdón, no sé por qué me puse a llorar. Por lo general, puedo hablar de esto sin problema.

—Tienes derecho a llorar, Rosemary.

Se quitó los lentes y se secó los ojos; seguramente tenía la nariz y las mejillas manchadas y enrojecidas.

—Es que... ha pasado tiempo ya. Lo hablo con Immy y Dina, mis amigas, pero no mucho con nadie más.

—Bueno, a mí puedes contarme lo que sea.

¿Y si te dijera que veo personas muertas?

—¿Lo que sea? Tal vez te tome la palabra. —Estaba cansada; hablar y volver a esos recuerdos siempre le drenaba la energía, así que se apoyó en el pecho cálido de Ellis.

El horno hizo un sonido para avisar que había alcanzado la temperatura adecuada.

—Mejor metemos las verduras a asar, y luego me enseñas esa receta mágica de mermelada —propuso Ellis con una sonrisa, adivinando cómo animarla.

Pasaron las últimas horas de la tarde haciendo mermelada en una de las dos placas de la cocina. Los cristales se empañaron cuando Rosemary vertió la mermelada en un par de tarros pequeños y Ellis se puso a sellar los filetes. Como era de esperar, Fig apareció husmeando en cuanto olió la carne, y Ellis aprovechó para darle su ración de alimento.

—Voy a llevarle un tarro de mermelada al señor Tokes como agradecimiento —dijo Rosemary, y se puso el impermeable para salir.

—De acuerdo, la cena estará lista en un minuto.

Ella le sonrió y salió bajo la lluvia; volvió unos minutos después, completamente empapada.

—Está horrible afuera —dijo, colgando el abrigo en el perchero para que se secara. Ellis estaba junto a la pequeña mesa del comedor, encendiendo una vela. Una sensación de calor le recorrió el cuerpo desde el pecho hasta la punta de los dedos. Se acercó a Rosemary y le besó las gotas de lluvia en la nariz y las mejillas.

—Vamos a comer.

***

Mientras Rosemary acurrucaba a Fig en su regazo, y la perrita dormitaba y perseguía conejos en sueños, Ellis se preguntó si era posible sentirse tan feliz.

Cosechar verduras del huerto, cocinar juntos y que Rosemary confiara en él lo suficiente como para contarle la pérdida de su madre y dejar que la consolara le dejaron una sensación maravillosa de satisfacción. ¿Existía algo así como un estado de plenitud dominante? Esa sensación que nace de cuidar a una persona, reconfortarla, hacerla sentir mejor le producía una profunda felicidad.

Eso lo condujo a pensar cosas que probablemente —no, sin duda — era demasiado pronto para pensar. Como que sería buen momento para plantar habas y cosecharlas el año siguiente con Rosemary.

No dejaba de imaginar cómo sería verla todos los días; besarla hasta dejarla exhausta de besos, hacerla desfallecer de placer, acompañarla y apoyarla, hacerla feliz, amarla.

¿Se estaba adelantando mucho? Por supuesto, y lo sabía. Rosemary había dejado claro que en ese momento se sentía desorientada, sin rumbo, pero, aunque tuviera amigas cercanas en Inglaterra, ¿no tenía toda una vida en Nueva York? Tal vez alejarse por un tiempo solo estaba haciendo que se diera cuenta de que ese era su lugar en el mundo. Y su familia estaba en Estados Unidos; no había forma de que quisiera vivir tan lejos. O con él.

Entonces pensó que podría aprovechar sus casas en el extranjero, la de Los Ángeles y el apartamento de Nueva York, que había comprado para los rodajes, pero era demasiado pronto para plantearle la idea a Rosemary. ¡Por favor, solo se habían acostado y estaban pasando el primer día juntos! Pensaría que estaba loco si le sugería cruzar un océano para estar más cerca. Ni siquiera habían definido qué era lo que había entre ellos.

—Se me acaba de ocurrir una idea nueva para mi libro —dijo Rosemary, mirándolo con una expresión de sorpresa y satisfacción en el rostro.

—Deberías escribirla.

Con cuidado, levantó a Fig, que seguía soñando, mientras Rosemary iba a buscar su computadora. Luego, se quedó observando el fuego de leña de manzano crepitar en la chimenea mientras ella tipeaba a su lado en el sofá.

Estuvieron un rato en ese silencio cómodo. Ellis siguió acariciándole la cabeza a Fig mientras dormía. Aunque estaba lleno por la cena, no veía la hora de volver a desnudar a Rosemary. Quería sentir sus muslos rodeándolo, ver sus pechos perfectos rebotar mientras ella se movía sentada sobre él.

Pero también había estado pensando en la conversación de antes, cuando le dijo que podía contarle cualquier cosa. Lo decía en serio. De nuevo se preguntó si para ella sería igual. Tenía muchísimas ganas de contarle que era bisexual.

Era una parte central de quien era, y estaba cansado de ocultarla. Pero la idea de que ella se enterara y reaccionara mal le resultaba

agobiante cada vez que aparecía. Todas las cosas desagradables que había oído decir a Brody o a otros tipos del ambiente lo atormentaban, lo hacían sentir como si estuviera sumergido hasta la cintura en un lodazal y, cada vez que pensaba que estaba listo para vivir siendo fiel a sí mismo, el lodazal lo retenía.

Deseó haber tenido amigos con quienes hablar de todo eso cuando salió del clóset. Pero Hollywood era un lugar tan aislante, sobre todo cuando no sabes en quién confiar.

Rosemary dejó de escribir y cerró la computadora.

—No lo puedo creer. Escribí setecientas palabras. De una vez.

—Suena a mucho.

—Para mí, sí. Fue como si estuviera poseída —explicó con una risita— y las palabras no me dieran tregua.

Se recostó en el sofá y se quedó mirando la computadora cerrada como si fuera un milagro.

—Gracias —dijo.

—No tienes que darme las gracias. La que escribió todo eso fuiste tú.

Rosemary le sonrió, y Ellis sintió una ráfaga de calor en el pecho.

—Aun así. Gracias. Me ayudaste a reunir el valor para pedir más tiempo y me diste el espacio mental para volver a sentirme creativa.

—¿Quieres que nos vayamos a la cama? —preguntó él, sin dejar de notar el destello de deseo en sus ojos.

***

—Ellis, ¿estás despierto? —susurró Rosemary, y Ellis, aún adormecido, sintió un beso suave en el cuello. Luego otro, más abajo, hasta su pezón. Y un chispazo de placer sensible lo recorrió cuando Rosemary mordió con suavidad.

—¡Ahora sí! —gruñó, rodeándola de inmediato con los brazos para sentarla encima de él y acariciarle el trasero.

Aún era de noche; por la ventana circular solo se divisaba un azul marino profundo. Lo único que se oía era el murmullo de la lluvia y la respiración entrecortada de Rosemary cuando él le lamió los pechos. El cabello le hacía cosquillas en el rostro mientras se retorcía

de placer, deslizándose con ansias sobre su verga, ya muy dura, y cubriéndolo con su calor.

—Ah, estás más que lista.

—Me desperté de un sueño contigo y aquí estás —le susurró Rosemary al oído, como un secreto. Todo en ella era suave y cálido, y lo envolvía con su olor dulce a cereza. Quería enterrarse en lo más profundo de ella. Y lo hizo. Algo en esa hora de la noche, en esas horas lentas, blandas, antes del amanecer, hacía que nada fuera real y que cada caricia pareciera mágica. Cada suspiro, cada beso. Era más que sexo, y ahora lo sabía.

Empezó a penetrarla muy despacio. Con una mano la mantuvo firme sobre su verga y con la otra jugueteaba con su clítoris, mientras empujaba las caderas hacia arriba, dándole a Rosemary lo que quería.

Verla arquear la espalda y gemir su nombre fue como una plegaria. Buscó su boca y rodó sobre ella, perdiéndose en el placer de su cuerpo, en lo bien que lo recibía. Había algo casi sagrado en todo ello.

A la luz de la luna, su piel parecía una pintura viva, y él quería darle todo el placer posible. La mente se le quedó en blanco al verla debajo, con el cabello revuelto, las mejillas sonrojadas, los labios hinchados de besos y esa necesidad absoluta en los ojos.

Era de esas cosas que recuerdas al final de todo: la prueba de que viviste una vida que valió la pena. Se hundió en ella hasta el fondo. Su cuerpo estaba hecho para eso, para ella.

—Lléname —le susurró Rosemary, estremeciéndose contra él, y Ellis se dejó llevar, descargando su semen dentro de ella, estallando de placer. Incluso cuando su respiración empezó a acompasarse y el sudor en la piel comenzó a secarse, ninguno se movió. Cuando Ellis se apartó de Rosemary, nada había terminado aún.

—Como dije que haría —gruñó, y con los dedos volvió a empujar su semen dentro de ella.

Necesitaba darle un orgasmo más; necesitaba oír la voz de Rosemary gritando su nombre, solo para después poder limpiar su piel bajo el vapor suave de la ducha y llevarla de nuevo a la cama.

27

Rosemary no quería abandonar el oasis acogedor de la cabaña, pero el rodaje los reclamaba, y el lunes por la mañana Ellis condujo de regreso al *set*. La semana siguiente fue una de las mejores de su vida. Cada amanecer, Ellis llamaba a la puerta de Rosemary y sacaban a pasear a Fig, mientras ella le iba señalando todos los pájaros que veía. Las caminatas le despejaban la cabeza y, muchas veces, mientras esperaba que empezaran a rodar una escena, anotaba ideas para su próximo libro en el teléfono.

En varias ocasiones tuvo ganas de hablarle a Ellis de Hank; se había dado cuenta de cómo Hank empezaba a desvanecerse, incluso mientras seguía trotando obediente al lado de Ellis. Rosemary no podía hacer caso omiso a eso. Llevaba la piedra bruja en el bolsillo, pero después de hablar más con Dina comprendió que debía esperar a la luna llena; de otro modo, no habría manera de que Ellis pudiera ver a Hank. Decirle que veía fantasmas era una cosa, pero no pensaba hacerlo sin poder demostrárselo.

Desde que habían regresado de la cabaña, habían ido robándole pequeños momentos de intimidad al día a día, pero el calendario de rodaje había sido agotador y extenso.

No ocultaban su relación, pero tampoco la hacían pública. Ellis le había dicho que, aunque en general se podía confiar en que el equipo no hablaría con la prensa, no quería correr el riesgo. Si la noticia salía antes de tiempo, Rosemary sería tachada como la causante de la ruptura con Jenna, la razón por la que Ellis y Jenna habían «terminado».

Solo tenían que aguantar hasta que Jenna consiguiera el papel que estaba buscando, y entonces Ellis y ella harían pública su

separación en buenos términos. Rosemary no podía negar que la idea de que su relación saliera a la luz la asustaba tanto como la emocionaba. ¿Cómo cambiaría su vida cotidiana si, de repente, el mundo la conocía como alguien que salía con un famoso? ¿Afectaría su carrera? Aun así, por ahora estaba disfrutando del vértigo del secreto.

El jueves posterior a su regreso de la cabaña, entre escena y escena, Ellis la llevó a una habitación privada de la mansión y la besó con pasión. Después, con los labios aún hinchados y las mejillas encendidas, Rosemary vio desde los monitores una escena en la que Ellis investigaba las antiguas dependencias del servicio, llenas de fantasmas ocultos en los rincones.

Lyn se acercó a Rosemary justo cuando Vincent gritó: —¡Corten!

—Te ves muy enamorada —le dijo con una sonrisa pícara mientras le ofrecía una taza de té.

—Podría decir lo mismo de ti. ¿Cómo está Jenna?

—¿Quién? ¿La actriz? Eh... Apenas la conozco —balbuceó Lyn.

—Muy convincente —dijo Rosemary en un tono seco—. ¿Quieres intentarlo de nuevo?

Lyn sonrió.

—Supongo que no soy buena para la sutileza. Pasé el fin de semana con ella, Rosemary. Fue tan romántico... Dame una cita más y creo que me enamoro.

—Qué rápido.

—Tengo la impresión de que tú, más que nadie, sabes cómo es eso.

Esta vez fue Rosemary la que se sonrojó y balbuceó: —Eh... No, no lo sé.

—Claro, claro. —Lyn le guiñó un ojo—. Jenna me contó toda la situación, ¿sabes? Ellis está metido en un buen lío.

Rosemary recordó la conversación telefónica que había escuchado entre Ellis y su agente en la cabaña, y lo callado y abatido que había quedado él después. Sabía que había algo que no le estaba contando, algo que le provocaba suficiente vergüenza como para aceptar el plan, pero ¿qué era?

—¿Dijo algo sobre por qué lo hace? —preguntó Rosemary con cuidado, en voz baja.

—No, ella no lo sabe. Pero sí dijo que Brody, su agente, es un imbécil total.

Ellis pasó cerca y le sonrió a Rosemary de esa forma que le arrugaba las comisuras de los ojos y la dejaba con el estómago lleno de mariposas. Se sentó en la silla de maquillaje para un retoque.

—¿Te quedarás en el *set* cuando vayamos a Londres? —preguntó Lyn, sacando la tableta para revisar el calendario de Rosemary—. Veo que tienes algunos eventos en librerías, así que no lo tenía claro. Yo estaré por aquí de todos modos, haciendo tareas generales de producción, por si me necesitas.

—Puede que pase de vez en cuando, pero más como espectadora. Ahora que... Bueno, ahora que sé que la actuación y el rodaje están en buenas manos, me entusiasma dejar que las cosas sigan su curso, ¿sabes? Así, todavía hay un elemento de misterio para mí y puedo emocionarme al ver la película ya montada.

—*Mmm*, lo entiendo —dijo Lyn—. ¿Y cuando termine el rodaje? ¿Qué vas a hacer?

Rosemary notó que, desde la silla de maquillaje, Ellis había dejado de hablar con Tania, su maquilladora, en mitad de una frase. Su cuerpo se había quedado inmóvil, como si estuviera esperando a escuchar su respuesta.

¿Qué iba a hacer *después*? Podía fingir que no lo había pensado mucho, pero la verdad era que le rondaba la cabeza desde que habían vuelto de la cabaña.

Lo suyo con Ellis había sido un torbellino, sí, pero eso no lo hacía menos real. Cuando pensaba en regresar a Nueva York, en sacar sus cajas del depósito y meterlas en otro apartamento diminuto, en volver a sus recorridos de siempre por el parque y mirar el ajetreo y el bullicio que ya no la entusiasmaban, todo se le volvía gris y poco atractivo.

Podría quedarse en Blossom Ridge, suponía, pero el pueblo pronto le quedaría pequeño y pasaría la mitad del tiempo escondida en la granja para no cruzarse con sus compañeros de la escuela. Para ellos, siempre sería la chica que perdió a su madre y se marchó.

Pero ¿Londres? Esa sola palabra la llenaba de emoción. La ciudad no le era ajena, y la idea de vivir allí le parecía más un regreso a casa que un nuevo comienzo. Ellis le había pedido que se quedara con él hasta el final del rodaje. Como si estuvieran tanteando el terreno para algo serio. La idea de despertarse con Ellis cada mañana, estar en la misma ciudad que sus amigas más cercanas, las bibliotecas, las librerías y los museos que tanto amaba... Todo eso brillaba en su mente. Era casi demasiado bueno para ser verdad, un sueño que podría romperse si no lo manejaba con cuidado.

—Todavía no lo sé —dijo—. Volveré a Georgia para estar con mi padre durante las fiestas, así que veré qué pasa después.

Le pareció que sonaba absurdamente imprecisa, pero si Ellis estaba escuchando, no quería asustarlo diciendo que estaba pensando en mudarse a Londres, sobre todo cuando aún no lo había decidido del todo. También tenía que concentrarse en terminar su manuscrito; eso debía ser su prioridad en ese momento.

***

A la mañana siguiente, Rosemary se despertó justo antes del amanecer y se puso un jersey abrigado en previsión de otro paseo matinal para observar aves con Ellis y Fig. Abrió la puerta y estuvo a punto de gritar al encontrarse con Juliet de pie frente a ella, con las manos apoyadas en las caderas.

—¿Una línea de sal? ¿En serio? Eso es muy grosero.

—¡Casi te atravieso de lleno! —exclamó Rosemary.

—Bueno, eso habría sido muy desagradable para ti, ¿no? Pero ni de lejos tan molesto como para *mí* tener que esperar aquí afuera a que te despertaras. —Juliet siguió refunfuñando hasta que Rosemary cedió y arrastró el pie para romper la línea de sal, permitiéndole entrar en la habitación. Ahora se alegraba especialmente de haber tenido la idea de trazarla, porque, si Juliet hubiera entrado en su habitación en mitad de la noche, le habría dado un susto de muerte.

Pensándolo bien, atravesarla, aunque fuera por accidente, también habría sido espeluznante. Solo una vez, cuando era adolescente, Rosemary había atravesado a un fantasma sin querer. El frío brutal le

había paralizado los músculos y la había dejado temblando y jadeando, como si la hubieran arrojado a un lago helado.

—Dejaste libros en mi capilla —dijo Juliet, como si la acusara de un crimen atroz.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque pensé que podían ayudar. Porque, aunque te niegues a creerlo, sí quiero ayudarte.

Juliet se cruzó de brazos.

—¿Leíste alguno? —preguntó Rosemary.

Juliet evitó mirarla, pero tampoco salió flotando por ninguna de las ventanas ni atravesó una pared o la puerta, así que Rosemary supuso que esa era su forma de intentar, al menos, hablar del tema. Podía entender lo difícil que debía de ser para Juliet afrontar algo así: cargaba con el peso de toda una vida y cientos de años de existencia después de la muerte sobre los hombros.

—Mi favorito es el de la duquesa y la viuda del capitán de la marina que se enamoran tras descubrir que sus maridos habían tenido una relación antes de morir de forma prematura. ¿Lo leíste?

—No era muy fiel a la historia —repuso Juliet, frunciendo el ceño.

—Lo escribió una mujer estadounidense en los noventa, así que no me sorprende.

—No me convenció —agregó Juliet.

—¿En qué sentido?

—Si el capitán y el duque habían sido amigos o amantes, no es creíble que sus esposas no se conocieran ya.

Rosemary estaba a punto de intervenir cuando Juliet soltó otro argumento.

—Y aunque no se hubieran conocido hasta después de la muerte de sus esposos, ¿cómo podían estar seguras de que no se... enamoraron solo porque eran las personas más cercanas que tenían? ¿Cómo podía cualquiera de ellas saber, saber *de verdad*, que la otra la eligió por deseo y amor verdaderos, y no solo por cercanía?

A Rosemary le quedó más que claro que ya no estaban hablando de la viuda del capitán y la duquesa.

—Creo —empezó, sentándose en el borde de la cama mientras Juliet caminaba de un lado a otro en silencio— que muchísimas personas viven y trabajan muy cerca unas de otras todos los días, y no por eso se enamoran. La cercanía es circunstancial. Alguien puede enamorarse de una persona que está al otro lado del mundo y con la que solo se ha comunicado por carta. O puede enamorarse de quien mejor conoce, de su amistad más cercana. Puedes querer a alguien de forma platónica, pero no te *enamoras* de todo el mundo.

Juliet se acercó a la ventana y se quedó mirando hacia afuera, con los bordes de su figura difuminándose como un espejismo contra la luz del amanecer. Permaneció allí un buen rato, en silencio.

—No creo que podamos volver a como era antes.

—No.

Juliet apoyó una mano en el cristal, cubriéndolo de escarcha.

—Y no creo que eso sea lo que quiero.

—¿Y qué quieres, Juliet?

La fantasma se volvió hacia Rosemary; lágrimas plateadas resbalaban por sus mejillas.

—Quiero dejar de odiarme por lo que soy. Quiero dejar de imaginar qué dirían mi padre y mi madre si lo supieran. La quiero a Cecilia. Quiero que sepa lo que siento.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano, en un gesto casi poco refinado.

—¿Me ayudarás?

***

¿Cuántas velas se podían robar del almacén de utilería en un solo día sin causar un escándalo? Veintitrés por su cuenta, pero con una cómplice fantasma, unas cuarenta y cinco en total. Juliet había estado revoloteando junto a Rosemary durante toda la jornada, desesperada por poner en marcha su gran gesto. Le habló al oído durante toda la filmación de la mañana, verbalizando cada una de sus ansiedades sobre el plan y contándole, además, lo preciosa que se vería Cecilia a la luz de las velas. Parecía que, ahora que había salido del clóset fantasmal, quería vivir su amor con libertad.

Cuando el día de rodaje llegó a su fin, Juliet y Rosemary llevaron las velas que habían ido escondiendo hasta el bosque. Bueno, Rosemary hizo todo el trabajo de transporte; de lo contrario, para cualquier observador habría parecido que una bolsa o un manojo de velas flotaba a su lado, lo cual no habría sido precisamente discreto.

El sol se había puesto hacía rato y la noche estaba despejada y fría.

Colocaron velas en las ventanas arqueadas, en los candelabros desnudos y sobre el altar cubierto de musgo de la capilla. El aire olía a fósforos encendidos y a la humedad verde del bosque. Era placentero y sereno moverse en silencio por la capilla, mientras encendían una vela tras otra. El único sonido era el roce de los fósforos y el leve aleteo de una urraca que había hecho su nido en las vigas. La luna llena flotaba sobre ellas, ya en fase menguante.

Rosemary pensó en mostrarle a Ellis cómo había quedado la capilla; al fin y al cabo, él la había llevado a ese lugar. Pero ¿podía explicarle por qué estaba allí y por qué estaba encendiendo todas esas velas? «Estoy ayudando a una fantasma a llevar a cabo un gran gesto romántico» sonaba a algo que haría que Ellis saliera corriendo.

Aun así, una parte de ella se sentía mal por mantenerlo todo en secreto. El tiempo también corría para contarle a Ellis lo de Hank, pero no encontraba la forma de sacar el tema. Lo que había entre ellos era frágil, y esta habilidad de Rosemary podía romperlo.

—¿Qué hora es? —se inquietó Juliet, paseándose por la nave.

—Las seis.

—¿Crees que habrá encontrado mi nota?

—Sí.

Rosemary apagó el último fósforo y dio un paso atrás para admirar su obra. La capilla ya no tenía el mismo aire gótico y lúgubre. El musgo y la hiedra, iluminados por las velas, parecían esmeraldas incrustadas en los muros, y la magia espectral que envolvía a Juliet la bañaba con una luz casi angelical.

—¿Y si no viene? Esto fue un error, Rosemary. No va a venir y me va a odiar para siempre.

—Dale tiempo, todavía no llega tarde.

—¿Y si no quiere volver conmigo? Después de todo esto, no creo que pueda pasar al otro plano si ella no sabe cuánto la amo.

Rosemary oyó una inspiración brusca detrás de ella. Cecilia estaba de pie en el umbral, y parecía una novia el día de su boda.

—¿Me amas?

Una sonrisa iluminó el rostro de Juliet y, por un segundo, Rosemary creyó vislumbrar a la mujer que había sido en vida.

—Tan profundamente que nada más importa, mi amor —dijo Juliet, llorando, mientras se precipitaba en brazos de Cecilia—. ¿Me aceptas por el tiempo que nos quede? ¿Para lo que venga después?

—¡Sí, sí! ¡Por fin! Qué mujer insensata —respondió Cecilia. Se abrazaron, primero con besos vacilantes, pero cuando Juliet atrajo los labios de Cecilia hacia los suyos con fervor, el beso se volvió más intenso. Rosemary, momentáneamente muda ante lo que estaba presenciando, reaccionó y se escabulló.

Afuera, como si hubiera seguido a Cecilia para hacerle compañía, estaba Hank. Rosemary se inclinó y sintió su pelaje leve como una pluma bajo la palma.

—Buen chico. Creo que ayudamos, ¿verdad? —le dijo—. No más candelabros que estallan contra el suelo. —Pero era más que eso, y lo sabía. Durante toda su vida había podido ver fantasmas, pero nunca, nunca había podido ayudar a uno. No se había dado cuenta hasta ese momento de cuán impotente se había sentido, observando a tantos de ellos atrapados en ciclos que los mantenían allí.

—Si te lanzo un palo, ¿me lo traes? —Hank ladeó la cabeza, moviendo las orejas.

—¿Con quién estás hablando?

Ellis estaba frente a ella. Hank corrió hacia él, saltando con excitación.

—¿Qué haces aquí?

—Te vi internarte en el bosque con una bolsa llena de velas hace como una hora. Solo quería comprobar que estabas bien.

—Qué mal, pensé que estaba siendo discreta. —Rosemary sonrió, pero supo que su sonrisa no se reflejaba en sus ojos. Ahora que había llegado el momento, no se sentía preparada. ¿Y si su relación

era demasiado frágil para esto? ¿Y si la piedra bruja no funcionaba y él pensaba que estaba loca?

—Estaba colocando velas en las ruinas —dijo.

—Qué bien. ¿Para qué? —Ellis se acercó y la envolvió en sus brazos como si fuera lo más natural del mundo.

—Vas a pensar que estoy loca.

—Sorpréndeme —la alentó, sonriendo.

Rosemary bajó la mirada hacia Hank, advirtió la forma en que la cola ya se le había desvanecido en parte.

Era ahora o nunca.

—Puedo ver fantasmas.

—Fantasmas. —Se quedó callado un largo rato—. ¿Y las velas?

—Es una historia larga, pero tuve que ayudar a dos fantasmas de la época de la Regencia a reconciliarse; eran las que estaban causando todos los accidentes en el *set*. Las velas formaban parte de un... gran gesto.

Ellis negó con la cabeza, como si intentara despertarse.

—*Fantasmas*.

—Sí.

—¿Y los fantasmas están... aquí en este momento?

—¿Juliet y Cecilia? No, creo que siguen en la capilla.

Él asintió despacio.

—¿Cómo puedo...? Quiero creerte, de verdad, pero ¿cómo? ¿Cómo puede ser posible?

Rosemary alzó la vista hacia la luna llena y, cuando sacó la piedra bruja del bolsillo, le pareció más pesada, casi palpitante y un poco tibia. El velo era delgado; había llegado el momento de decírselo, aunque le costara todo.

—Creo que tengo una forma de demostrártelo, pero... puede ser difícil.

Ellis se sentó en una banca de piedra justo afuera de las puertas de la capilla y se ajustó el abrigo. Bajo la luz de la luna y las velas, lo único que Rosemary podía ver era la confusión que le nublaba el rostro.

Con cierta vacilación, Ellis dio unas palmaditas a su lado en la banca.

—Si hay una forma, quiero saberla. Arranca la venda de una vez.

Rosemary se sentó y le tomó una mano. Hank estaba sentado a los pies de Ellis, con la cabeza plateada apoyada sobre su zapato.

—Cuando me contaste por primera vez cómo era Hank, no me sorprendió porque... —Le sostuvo la mirada—. Ya lo había visto. Hank..., el fantasma de Hank... Está contigo.

Ellis exhaló despacio, negando con la cabeza.

—¿Cómo que conmigo?

—Creo que, cuando alguien muere, tiene la oportunidad de seguir adelante hacia lo que venga después. Algunas personas pasan a ese otro plano, otras no, y algunas quedan atrapadas aquí un tiempo hasta que lo entienden. Con los animales no tengo tan claras las reglas. Hablé con Cecilia, una de las fantasmas, y me dijo que a veces los animales que fueron mascotas no se van. Eligen quedarse junto a su dueño, aunque este no pueda verlos, hasta que se desvanecen. Y eso es lo que está haciendo Hank, creo. Ha estado a tu lado todo este tiempo.

Ellis negó con más fuerza y se llevó las manos al rostro para secarse las lágrimas que le caían por las mejillas.

—¿Todo este tiempo? ¿Quieres decir que está aquí ahora?

Rosemary asintió y le tendió la piedra bruja.

—Sostén esto frente a tu ojo derecho y mira hacia abajo.

Ellis inspiró con dificultad y tomó la piedra con manos temblorosas. Cuando se la llevó al ojo, su voz se quebró en un sollozo suave. Con cuidado, con angustia dibujada en el rostro, bajó una mano.

—Hola, mi chico dulce.

Hank agitó la cola con entusiasmo al oír a Ellis hablarle. Le lamió las manos y dio un salto para apoyar las patas delanteras en sus piernas. Ellis se recostó, se dio unas palmaditas en los muslos y Hank saltó hasta su regazo.

—Dios mío, cómo te extrañé. —Ellis inclinó la cabeza y enterró el rostro en el pelaje de Hank, aunque no pudiera sentirlo. Hank se movía sin parar, saltando contra él, presionando las patas contra el pecho de su dueño—. Eres tan bueno, te extrañé tanto... Mi mejor compañero.

Ellis lloró en voz baja. Hank ladró, y Rosemary creyó oír un eco lejano.

—Siempre me lo imaginé corriendo por campos soleados con huesos infinitos o algo así —dijo Ellis, pasando las manos por el lomo de Hank.

—Corría por los campos, contigo y con Fig.

—¿Fig puede... verlo?

—Estoy casi segura de que sí.

—Eso explica muchas cosas, en realidad. —Ellis se secó el rostro —. ¿Y cómo es que puedo verlo? ¿Qué es esto?

—La piedra bruja te permite ver fantasmas, pero solo durante la luna llena.

—¿Después de esto no podré verlo otra vez?

Ellis miró a Hank, que se acurrucaba entre sus brazos.

—Ellis, creo que Hank necesita seguir adelante. Se está desvaneciendo, y no sé qué viene después, si es lo mismo para los animales que para el resto de nosotros, pero Hank necesita que lo dejes ir.

Bajo la luz de la luna, en el aire inmóvil y frío, Ellis se despidió de Hank frente a Rosemary.

—¿Me perdonas, compañero? ¿Por aquella noche?

Hank ladeó la cabeza y pareció responder dándole un lametón torpe en la mano.

—Gracias, Hank. Sé que no puedes entenderme, pero me salvaste. Una y mil veces, solo por estar ahí. Mi vida fue más plena gracias a ti. Lo siento mucho, lo siento. Y te quiero tanto... —dijo Ellis, y acarició el aire con suavidad—. Ya puedes irte, amiguito.

Hank se quedó inmóvil, como si las palabras de Ellis fueran cayendo sobre él. Rosemary sintió que el aire a su alrededor se hinchaba y, por un segundo, el mundo se volvió blando y permeable. Oyó un ladrido ronco, como si viniera desde muy lejos, y Hank se disolvió en la luz de la luna.

Ellis se inclinó hacia delante y enterró el rostro en el cuello de Rosemary, y ella le acarició el cabello.

—¿Te quedas conmigo esta noche? —Le preguntó él, con la voz ronca.

—Me encantaría.

Regresaron juntos a la casa de huéspedes.

No tiene miedo, no está huyendo, se dijo a sí misma para tranquilizarse, pero no lo creyó del todo hasta que le tocó la puerta y lo encontró sentado en la cama, con Fig roncando a sus pies.

—Te la estaba calentando —dijo Ellis cuando Rosemary se metió en la cama. Solo habían pasado un fin de semana juntos, pero meterse en la cama junto a él ya le parecía lo más natural del mundo. Se sentía como estar en casa.

—Entonces eres clarividente. ¿O médium? ¿Susurradora de fantasmas? ¿Cuál es el término técnico?

—Nunca elegí un nombre para esto. Siempre lo he visto como una rareza extraña de mi familia, o al menos del lado de mi madre.

—No puedo creer que los fantasmas sean reales. Dijiste que había dos en la casa, ¿Juliet y Emilia?

—Cecilia. Estaban peleadas, pero resultó que una de ellas llevaba un par de siglos atrapada en el clóset.

—¿Ayudaste a una fantasma a salir del clóset?

—Ajá. ¿Te imaginas estar atrapada ahí tanto tiempo? No me extraña que Juliet estuviera tan resentida.

Por un instante, Rosemary advirtió en el rostro de Ellis una expresión de dolor, pero la ocultó enseguida.

—Sí. Debe de ser horrible.

28

El correo llegó justo cuando Rosemary salió de la ducha esa mañana, sintiendo un cosquilleo en todo el cuerpo después de que Ellis le hubiera hecho toda clase de cosas traviesas bajo el vapor caliente. Si todas las mañanas pudieran empezar así, pensó, sería feliz para siempre.

El mensaje era de Josephine, su agente.

> El estudio llamó para preguntar si tienes algún otro guion. Sé que estás con plazos encima, pero ¿crees que podrías preparar las primeras veinte páginas para marzo?

Josephine no necesitaba especificar nada; Rosemary sabía que hablaba del mismo estudio que estaba produciendo *La posesión del mal*. Era enorme. Significaba que los ejecutivos de más arriba y los productores habían estado viendo el material diario y les había gustado lo que veían.

—¿A qué viene esa sonrisa? —preguntó Ellis, que se secaba el pelo con la toalla de una forma que hizo que Rosemary perdiera por un momento el hilo de lo que estaba pensando.

—Quieren otro guion mío.

—Guau, es maravilloso.

—Pero quieren una parte para marzo y, con el manuscrito del libro nuevo todavía pendiente, va a ser complicado. Puedo hacerlo, pero cuando lleguemos a Londres voy a tener que concentrarme en serio. Ojalá tuviera mi puf.

Ellis le puso las manos en los hombros.

—Puedes con esto. Será estresante, pero estaré cerca para ayudarte con ese estrés. —Le guiñó un ojo—. Y también puedes irte

algunos días a escribir al café de Dina. Dijiste que era un buen lugar para trabajar, ¿no?

Rosemary sonrió. Todavía tenía que pellizcarse para creer que Ellis recordaba las cosas que ella le contaba. Dios, la vara de las citas estaba realmente por los suelos.

—Tienes razón. Dina me mantendrá cargada de cafeína todo el día.

Bajaron juntos a la cocina y, cuando entró Lance, Rosemary dejó que Ellis llevara la conversación, mientras ella pensaba qué guion querría enviarle al estudio. Era una petición importante, sobre todo estando ya tan presionada. Los plazos volvían a acumularse, y esa opresión constante en el pecho amenazaba con asfixiarla. Pero hablar con Ellis la había ayudado a mantener a raya esa sensación por ahora; él creía en ella y, de algún modo, eso le hacía más fácil creer en sí misma.

De todos sus libros, *Julia* era el que más quería ver en la pantalla después.

Ese libro ocupaba un lugar especial en su corazón; había crecido viendo películas de tiburones y clásicos de ciencia ficción sobre las profundidades marinas como *El secreto del abismo*, y *Julia* era su homenaje a todo eso, aunque sin tiburones. Además, retaba a cualquiera a escuchar el sonido original de *Julia* y no sentir que estaba oyendo la voz de una abominación ancestral surgida de las profundidades. Con ese libro, había querido contar una historia que fuera, al mismo tiempo, un gran espectáculo de acción y que funcionara como un retrato íntimo de un científico, David, y de cómo su mente se iba desmoronando en la claustrofobia de un barco de investigación submarina. No se había atrevido a escribir el guion, consciente de lo difícil que sería llevarlo a cabo, teniendo en cuenta el tamaño del presupuesto que requería. Pero si *La posesión del mal* funcionaba bien en taquilla... Bueno, quizá los estudios se animaran a aumentar el presupuesto para su próxima película. Y mentiría si dijera que no había empezado a imaginar a Ellis en el papel de David. Se preguntó cuándo sería demasiado pronto para sacar el tema con él.

Mientras caminaban hacia el *set*, donde el equipo preparaba el último día de rodaje en exteriores en Hallowvale, Rosemary revisó el teléfono. La noche anterior, justo antes de dormirse, les había enviado un mensaje a Dina y a Immy contándoles cómo le había revelado a Ellis su habilidad para comunicarse con fantasmas y que pensaba quedarse con él una temporada en Londres, en lugar de alojarse con ellas o en un hotel.

Había recibido una avalancha de respuestas de las dos, alrededor de las cuatro de la mañana: Immy se había levantado para amamantar a sus bebés y Dina tenía que empezar a preparar la masa para los pasteles del día. Las dos querían conocerlo, y Dina quería leerle las hojas de té sin que él se diera cuenta. Rosemary les había explicado todo el plan de la relación falsa. Immy estaba convencida de que Brody debía ir a la cárcel por el delito de ser un imbécil.

—Mis amigas quieren conocerte —susurró Rosemary, apoyándose en el costado de Ellis.

—Bien. Yo quiero conocer a tus amigas. Mi hermana Annie también va a estar en Londres, un par de semanas antes de Navidad. Está supervisando la restauración de los archivos de una abadía antigua en las Tierras Altas de Escocia y está desconectada del mundo desde hace un mes. Creo que te va a caer bien.

—¿Una abadía antigua en las Tierras Altas? —Los ojos de Rosemary se abrieron de par en par.

—Ja, sabía que eso iba a captar tu atención. Annie estará encantada de hablarte horas y horas sobre catacumbas y bibliotecas antiguas.

—No veo la hora.

Ellis le dio un beso en la sien y se dirigió al área de peluquería y maquillaje. Rosemary buscó un asiento y observó al equipo trabajar, preparando el plano. Volvían a estar afuera de Hallowvale, rodando una escena más o menos a mitad de la película.

Toda esa gente trabajaba con todo su empeño para crear una película a partir de algo que había nacido dentro de su mente. Durante el último mes, absorbida por las tensiones internas de la

producción y el peso aplastante de los plazos, Rosemary se había olvidado de permitirse disfrutar de esto.

Recordó a otra autora de terror a la que admiraba, Mira Chambers, cuando le habló de lo rápido que se movían las metas del éxito. En ese momento no le había creído. Ahora, sí. Al principio, su sueño había sido terminar un manuscrito y luego conseguir un agente. Después de firmar con su agente, el sueño pasó a ser cerrar un contrato, y luego que el libro tuviera éxito. Lograr una adaptación cinematográfica siempre había sido algo tan lejano que parecía casi inimaginable. Y, sin embargo, ahí estaba. No quería que los plazos y los objetivos futuros eclipsaran su éxito de hoy. Era algo de lo que sentirse orgullosa.

Creo que estarías orgullosa de mí, mamá, le dijo al aire. El padre de Rosemary siempre había tenido una fe inquebrantable en el talento de su hija, como si su éxito fuera inevitable. Pero mamá lo entendía. Había visto cómo Rosemary se esforzaba, luchando con el peso de las ideas que surgían en su cabeza y con la dificultad de volcarlas en el papel de una forma que sintiera auténtica. Cuando era chica, se quedaba despierta hasta tarde anotando ideas para libros en su cuaderno, con una linterna bajo las mantas.

Si oía que alguien entraba en la habitación, se quedaba inmóvil. Sabía que la habían descubierto. Su madre asomaba la cabeza bajo las sábanas y se unía a ella en su cueva iluminada por la linterna.

—¿De qué trata este? —le preguntaba, y Rosemary se lo contaba. Dragones, fantasmas, demonios y cosas extrañas que acechaban en la oscuridad. Pasaban horas hablando de las ideas de Rosemary; por infantiles o tontas que fueran, su madre le había enseñado que sus historias importaban. *Mira dónde estamos ahora, mamá.*

Esa noche iba a conocer la casa de Ellis. Había intentado no pensar demasiado en eso, porque, cada vez que lo hacía, la invadía una oleada de emoción. Conocer su casa le parecía todo un paso. Quedarse con él, aún más.

—¡Y corten! ¡Gracias a todos, hemos terminado en Hallowvale! Guardemos todo, por favor —anunció Vincent con el megáfono. Unos aplausos discretos recorrieron el *set*; muchos del equipo

seguramente estaban deseando volver a rodar dentro de un lugar cálido y seco.

Rosemary sonrió y charló con el equipo unos minutos, y luego se excusó porque quería ir a despedirse de las fantasmas. Hasta ese momento, había preferido darles su espacio; sin duda tenían mucho que recuperar después de haberse declarado su amor el día anterior.

Encontró a Juliet y a Cecilia asomadas al pequeño balcón con parapeto, observando la zona técnica de la película, donde el equipo ya empezaba a recoger todo.

—Algunos del equipo están hablando de ti y de Ellis Finch —dijo Cecilia en cuanto notó que Rosemary se colocaba a su lado. Desde tan arriba, Rosemary no tenía que preocuparse por que alguien la viera conversando con el aire.

—¿Sí? ¿Y qué dicen? —preguntó Rosemary. De pronto, sintió una punzada de ansiedad en el cuerpo y tensó los nudillos contra la barandilla del balcón. Sabía muy bien cómo solían retratar a mujeres como ella —es decir, no famosas— cuando salían con hombres conocidos del mundo del espectáculo.

—En su mayoría, cosas buenas. No te alteres —dijo Cecilia, dándole una palmadita en la mano. Rosemary sintió el frío del contacto con la fantasma y se le erizó la piel del brazo.

—Escuchamos a algunos decir que habían trabajado en varias películas con Ellis y que nunca lo habían visto tan feliz —agregó Juliet.

—Y también hubo un par de comentarios sobre lo afortunado que era por haber... ¿Cómo fue que lo dijeron? Ah, por haberse «levantado» a alguien como tú.

Rosemary se ruborizó.

—Hubo algunos... Bueno, con opiniones bastante desafortunadas, pero los pusimos en su lugar. ¿Cierto, Ceci?

—Así es.

—¿Qué hicieron? —protestó Rosemary, llevándose una mano al rostro.

—Un pequeño toque de actividad *poltergeist*. Pero no se cayó ninguna lámpara esta vez —dijo Juliet, guiñándole un ojo—. Quizá

algún mensajito en el espejo del baño para cuando salieran de la ducha. Lo justo para que aprendieran.

Rosemary no pudo evitar reírse. No se podía creer que dos fantasmas la estuvieran defendiendo.

—Gracias a las dos. Por todo.

—¿Hoy es tu último día, entonces? —quiso saber Cecilia, inclinando la cabeza.

—Sí. Vuelvo a Londres en una hora. Vine a despedirme.

Las fantasmas se volvieron hacia ella; Cecilia retrocedió hasta quedar dentro del círculo de los brazos de Juliet.

—Yo debería darte las gracias, pero creo que eso no alcanza para expresar lo que siento —dijo Cecilia.

—No tienen que darme las gracias. Me alegra haber podido ayudar.

—Aun así, gracias, Rosemary —dijo Juliet, sonriendo—. Pase lo que pase después, sea lo que sea lo que venga para nosotras, queremos que sepas que te consideramos una gran amiga.

—Y siempre va a ser así —añadió Cecilia.

A Rosemary se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Hay algo que quería pedirles antes de irme —confesó Rosemary mirando a Juliet—. Tu diario, tus cartas. Sé que es mucho pedir, pero ¿podría prestármelos? Estoy pensando en escribir un libro...

—¿Sobre nosotras? —chilló Cecilia—. ¡Llévatelos! Juliet, deja que se los lleve. Imagínate, nosotras en un libro.

—Y se los devolvería cuando lo termine —les aseguró Rosemary.

Juliet negó con la cabeza.

—Quédatelos. Me preocupa que, con el tiempo, ya no podamos sostener cosas y se pierdan para la historia. Úsalos.

—Lo haré. ¿Y ahora qué van a hacer ustedes?

—Creo que nos quedaremos aquí un poco más. Oí a alguien del equipo decir que lo próximo que van a rodar aquí es una serie de la época de la Regencia. ¿Algo llamado *Bridgerton*? A las dos nos gustaría ver a qué viene tanto alboroto.

Rosemary imaginó a los fantasmas contemplando el decorado no del todo fiel a la historia de *Bridgerton* y sonrió.

—Creo que les va a encantar.

—Bueno, si ves una vela flotando en el fondo de algún plano, sabrás que éramos nosotras —dijo Juliet.

Y así Rosemary se despidió de ellas. Mientras bajaba las escaleras, se giró para ver por última vez a las fantasmas en el balcón. Bajo la luz invernal parecían casi translúcidas; la parte de debajo de sus vestidos ya estaba desvaneciéndose. Ver eso le produjo una sensación agridulce. Sospechaba que eran el asunto pendiente la una de la otra y que, ahora que por fin se habían encontrado y se habían confesado lo que sentían, su tiempo allí sería limitado. Pero quizá se equivocaba. Conocer a Juliet y a Cecilia le había enseñado lo poco que en realidad sabía sobre fantasmas y lo poderoso que podía ser el amor como motor. Tal vez podrían quedarse más tiempo si así lo deseaban. Aun así, era una sensación extraña ver a Juliet con el brazo rodeando la cintura de Cecilia, mientras señalaban y comentaban sobre el equipo de filmación, sabiendo que no volvería a verlas nunca más. Al menos, no en esta vida.

***

—Llegamos —le dijo Ellis a Rosemary, y le acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja.

Rosemary no había pensado quedarse dormida en el viaje de vuelta a Londres, pero el auto de Ellis tenía calefacción en los asientos, Fig se había subido a su regazo y el sonido de Ellis tarareando las canciones de la radio la había ido arrullando hasta que se quedó dormida. En algún momento debió de quitarse la chaqueta, porque ahora la cubría a ella y a Fig como si fuera una manta.

Aún somnolienta, se frotó los ojos y se subió los lentes por el puente de la nariz. Así que esa era la casa de Ellis. No se parecía en nada a lo que había imaginado. Se reprendió al instante; claro que debería haber sabido que Ellis no elegiría vivir en una especie de mansión fastuosa con columnas llamativas. No. La casa era Ellis de principio a fin. Elegante sin parecer ostentosa, con las paredes cubiertas de hiedra y rodeada de naturaleza por todos lados.

—¿Qué dice ese cartel? —preguntó Rosemary, señalando un letrero de hierro forjado que colgaba sobre la puerta principal.

—La panadería del viejo molino. Antes había un molino cerca, y esta era la panadería del pueblo. Lo curioso es que, a veces, se siente el aroma a pan recién hecho en la sala.

Habían llegado hasta la puerta principal por un camino corto de grava, con una araucaria que dominaba el jardín de la entrada, donde Rosemary advirtió varios árboles altos de hoja perenne que daban bastante privacidad. La casa era de piedra arenisca, con una gran puerta redondeada de madera de arce encajada en uno de los muros laterales. En cuanto Fig bajó del auto, salió disparada a olfatear y correr por el jardín, sin duda para comprobar que su territorio seguía intacto.

—Tu casa es preciosa —dijo Rosemary, observando cómo todo el cuerpo de Ellis parecía relajarse de golpe, como si soltara el aire.

—Me alegra que te guste. No sé por qué, pero me preocupaba que no fuera tu estilo. —Se rio, pero Rosemary percibió el matiz nervioso en su voz. Era un momento importante para los dos; lo entendía. Ella también se sintió un poco temblorosa mientras esperaba detrás de Ellis a que abriera la puerta. Fig se coló de un salto entre las piernas de su dueño: tocaba inspeccionar el territorio interior. A Rosemary le sorprendió lo rápido que se había familiarizado con las pequeñas manías caninas de Fig.

Alzó la vista y miró a su alrededor. El recibidor tenía un techo alto, paredes blancas y un suelo de madera cálida que se extendía por un pasillo y subía en espiral por una escalera. Hasta donde dormía Ellis. Donde ella dormiría con él. Rosemary se sintió totalmente normal al pensarlo.

Ellis se quitó los zapatos y tomó a Rosemary de la mano para guiarla por la planta baja, con Fig siguiéndolos de cerca.

—Esta es la sala. —anunció Ellis, asomando la cabeza por una puerta con arco—. Mi hermana Annie siempre me dice que tengo dinero de sobra para tener una biblioteca aparte, pero a mí me gusta ver todos mis libros cuando estoy en el sofá. —Sonrió, y a Rosemary se le cruzó por la mente si esa habitación le gustaba incluso más que Ellis.

—Entiendo lo que dice, pero este espacio es perfecto; podría vivir aquí —respondió Rosemary, recorriendo con la mirada los paneles de madera, las estanterías y el sofá bajo y ancho de terciopelo verde bajo la ventana. En primavera o en un día soleado, la luz debía entrar de una forma perfecta.

—Como dijiste que tus amigas quieren conocerme, ¿qué te parece si las invitamos junto a Annie a comer el domingo? Sé lo importantes que son Dina e Immy para ti, y sospecho que necesito su visto bueno si voy a ser tu novio. —Lo dijo con tanta sinceridad que Rosemary sintió una ráfaga de calor en el pecho, cerca del corazón.

—¿Novio?

—Si te parece bien.

—Encantada.

Justo en ese momento, lo oyó. Un murmullo suave, un tarareo algo desafinado. El aroma a pan recién horneado flotó en el aire. Rosemary miró hacia una de las estanterías y distinguió el contorno más leve, plateado, de un hombre corpulento cargando una bandeja con panes. Por más que pertenecieran al mundo de los espíritus, habría jurado que desprendían vapor.

—Hay una impronta —susurró, aunque estaba claro que el hombre no podía verlos. No era exactamente un hombre, sino más bien la impresión de alguien que había estado allí y que había amado su trabajo en la panadería.

—¿Una impronta? ¿Como las huellas de fantasmas de las que me hablaste? —Ellis miró a su alrededor y olfateó el aire—. ¿El pan?

—Sí. Hay un panadero, justo ahí. Ya está muy desvanecido. Debe de ir y venir, y seguramente esté aquí las veces que hueles pan recién hecho.

—Guau. —Ellis abrió mucho los ojos—. Un fantasma panadero.

—En cuestión de fantasmas, creo que has tenido suerte —dijo Rosemary con una sonrisa, y volvió al pasillo—. ¿Qué hay allí? —preguntó, señalando una puerta cerrada a la derecha de la sala.

—Nada —respondió Ellis demasiado rápido.

—¿Nada?

—Eh... No está listo todavía. No entres, ¿por favor?

—¿Por qué tengo la sensación de que has montado algún tipo de mazmorra sexual? —soltó Rosemary, impasible.

—Ninguna mazmorra, pero... arriba hay un par de habitaciones libres a las que les vendría bien una reforma.

Rosemary puso los ojos en blanco y dejó que Ellis la condujera a la cocina.

Era la clase de cocina con la que sueña cualquier persona de veintinueve años que vive en un apartamento diminuto. Armarios azul marino con tiradores de latón y encimeras de mármol blanco se curvaban hacia la izquierda alrededor de una isla flotante y, detrás, dos escalones bajaban a un luminoso invernadero con otro sofá y una gran mesa de madera. Una hilera de cazuelas de cobre y un juego completo de cacerolas Le Creuset naranjas estaban dispuestos con gusto. Más allá de la calidez de la cocina y del invernadero soleado, una fila de puertas de cristal se abría al jardín, donde el verde los rodeaba por todos lados.

—Qué maravilla, Ellis. Aquí cabrían fácilmente tres de mis estudios de Nueva York.

—Es ideal para cenas con amigos —sonrió, acercándose por detrás y atrayéndola contra su pecho—. Hace días que sueño con hacerte muchas cosas sobre esa encimera del desayuno —le susurró con su voz baja y melosa—. Y allí, en ese sofá. De hecho, no creo que haya un solo rincón de esta casa donde no me haya imaginado desnudándote.

—¿Cuál primero? —preguntó ella, y se volvió hacia Ellis, apoyando las manos abiertas en su pecho firme y notando cómo su corazón latía con más fuerza.

—Primero quiero mostrarte el jardín.

Volvió a buscar los zapatos y los abrigos, porque la temperatura había bajado varios grados. Desde adentro, Rosemary podía engañarse pensando que el sol y el cielo despejado significaban calor, pero agradeció que Ellis le trajera su abrigo. Hacía un frío cortante.

Ellis estaba en su salsa. Rosemary comprendió que la visita a la planta baja no era más que un prólogo en comparación con el verdadero orgullo y alegría de Ellis: su jardín.

—Este es el huerto. Para Navidad habrá patatas y zanahorias —dijo, señalando los arbustos que bordeaban las paredes del huerto y los parches de tierra desnuda debajo—. La mayoría son perennes, pero llevo años plantando bulbos de tulipanes, narcisos y campanillas, así que en primavera es un estallido de colores.

—Los tulipanes son mis flores favoritas —comentó Rosemary.

—Ah, ¿sí? Entonces tendré que plantar más —respondió Ellis con una seriedad absoluta.

Le tomó la mano, envolviéndola con su calor, y la condujo por un sinuoso camino empedrado, flanqueado por helechos y lo que parecían tallos de flores silvestres, hasta llegar a un pequeño claro verde.

—¿Es muy grande tu jardín? —preguntó ella, pensativa.

—Más grande que la casa —respondió Ellis con una sonrisa—. Creo que no te conté todavía que crecí en un apartamento muy pequeño. No importaba que no tuviéramos jardín; mi papá tenía macetas colgantes en todas las ventanas, y la cocina estaba llena de plantas, así que cultivábamos todas las hierbas y flores que queríamos. Siempre me encantó cuidar esas macetas con él y me prometí que, cuando pudiera permitirme comprar algo propio, tendría un jardín grande.

—Es precioso, Ellis. ¿Qué opinan tus padres?

—Les encanta. Prepárate para muchas barbacoas familiares... Bueno, cuando estén en el país. Ahora están de viaje por Jordania, disfrutando de su jubilación y conociendo el mundo.

—Me parece una forma estupenda de aprovechar la jubilación. ¿Qué hay ahí? —Rosemary señaló un arco de madera cubierto de enredaderas.

—La zona del banco doble. Muy escondida de las miradas.

—Déjame adivinar...

—Sí, también te voy a penetrar allí. De hecho...

Durante los siguientes quince minutos, Rosemary no sintió el frío, y su aprecio por el amplio jardín de Ellis y sus altos setos perennes se triplicó.

29

Llegó el fin de semana, y Ellis acababa de dejar a Rosemary en la estación de tren cercana de Lower Foxleigh, tras mostrarle el trayecto para llegar a Londres y visitar a sus amigas. Se había ofrecido a llevarla en auto todo el camino varias veces, pero Rosemary le explicó que quería acostumbrarse al viaje. Aunque la fecha límite se le venía encima y él notaba cómo el estrés la iba consumiendo, sabía que ver a sus amigas era justo lo que Rosemary necesitaba ese día. Además, no quería ganarse la antipatía de las mejores amigas de su novia acaparándola todo el tiempo.

Pero tenía un motivo oculto, por supuesto. Quería seguir trabajando en la habitación secreta, algo que no podía hacer mientras Rosemary estuviera en la casa. La idea se le había ocurrido el día en que ella se sentó a escribir con la computadora apoyada en las piernas en la cabaña, después de que él la invitara a quedarse con él durante el resto del rodaje.

En ese momento, de pie en la habitación, con el overol manchado de pintura y rodeado de las cajas que había mandado llevar a su casa —con las piezas que necesitaría para construirle a Rosemary un escritorio donde pudiera escribir bajo la ventana—, Ellis se dio cuenta de que estaba enamorado de ella.

Si no, ¿por qué otra razón estaría pintando las paredes de un rosa claro o colgando pósteres enmarcados de películas clásicas de terror que a Rosemary le gustaban? ¿Por qué habría instalado un comedero, una casita y una fuente para pájaros justo afuera de la ventana, con la esperanza de que Rosemary pudiera ver un carbonero palustre, el ave que llevaba tanto tiempo intentando avistar?

Ellis quería que ella se quedara con él, que viviera con él. Quería casarse con ella, cuando por fin se lo pidiera y hubiera pasado el tiempo suficiente como para que no pensara que estaba loco. Darse cuenta de que estaba enamorado no lo tomó del todo por sorpresa; sospechaba que había estado enamorándose desde hacía bastante, probablemente desde aquella discusión en el hotel Cloverwood. La sensación era embriagadora, y tuvo que detenerse un momento para asimilar todo.

Rosemary tenía todo lo que Ellis había soñado en una pareja, y había confiado en él lo suficiente como para contarle sobre su habilidad para ver fantasmas. También había una parte, bastante irracional, que la quería aún más porque ella había conocido a Hank, incluso como fantasma. Como si hubiera recibido el visto bueno de Hank.

Aun así, no le había contado todo, ¿verdad? No, había mantenido una parte fundamental de sí mismo bien guardada. «¿Quién querría pasarse la eternidad en el clóset?», se había preguntado Rosemary, hablando de la pareja de fantasmas de Hallowvale. En serio, ¿quién?

Tenía tantas ganas de contarle que era bisexual que se le oprimía el pecho. Quería desnudar su alma frente a ella y saber si seguiría eligiéndolo.

Cuando las paredes estuvieron secas y los pósteres colgados, Ellis dejó entrar a Fig en la habitación y empezó el lento proceso de armar el escritorio y las estanterías. Logró montar una repisa y se detuvo, sin querer arriesgarse a que Rosemary regresara mientras aún estaba trabajando.

La tarde fue dando paso a la luz azulada del atardecer; los días se acortaban cada vez más con la cercanía del solsticio de invierno. Encendió las luces del jardín y le dio de comer a Fig.

¿Qué cosas debería comprar para la cocina? ¿Qué tés le gustaban, qué solía desayunar en la tranquilidad de los domingos por la mañana? Había tantas cosas todavía que quería aprender de ella, y esperaba que se sintiera feliz viviendo allí, con él, como para que, después de ir a visitar a su papá a Georgia por la Navidad, regresara.

Ellis sabía que la vida de Rosemary estaba en otro país. Sí, había vaciado su apartamento y le había dicho que sus amigas más cercanas estaban en Inglaterra, pero una cosa era mudarse entre estados y otra muy distinta, cambiar de país.

Le sonó el teléfono: un mensaje de Brody. No podía seguir ignorando a su representante.

El mensaje decía: «Te conseguí una entrevista en el programa de Theo Drake, el viernes por la noche. Dile a Eva que lleve el traje verde de Armani».

A veces —solo a veces—, cuando Brody se ponía así, a Ellis no le molestaba. Theo Drake siempre era un placer como entrevistador. Su programa reunía a estrellas y celebridades de ámbitos muy distintos, y Ellis nunca rechazaba sus entrevistas. Theo era un hombre trans, bajo y fibroso, que había alcanzado la fama rápidamente gracias a su ingenio afilado y a su estilo directo para entrevistar. Nunca hacía preguntas para incomodar a sus invitados, nunca recurría a bromas hirientes y siempre tenía música en vivo excepcional de artistas emergentes. Ver a alguien tan talentoso como Theo ascender tan rápido en el periodismo televisivo le daba a Ellis mucha alegría. La suficiente como para responderle a Brody con un mínimo de cortesía.

«Gracias, allí estaré», respondió con un texto.

El trabajo lo había hecho sudar. Se duchó y luego se sentó en la cama y se quedó mirando la maleta de Rosemary, a medio deshacer, mientras reflexionaba sobre todo lo vivido en aquellas semanas. De algún modo, era más fácil pensar cuando estabas sentado desnudo en la cama.

Deseó otra vez tener más amigos con quienes hablar de esto, personas que supieran de su sexualidad y que pudieran darle algún consejo. Su hermana Annie lo sabía, claro, pero no tendría señal en el teléfono hasta dentro de uno o dos días. Al comienzo de su carrera había tenido amigos —o personas que creía que lo eran—, pero cuando intentó contarle a uno de ellos sobre el incidente, sobre las amenazas de Brody, se puso del lado de su agente. Le dijo que era mejor que volviera al clóset si quería tener una carrera exitosa.

Eran amigos solo cuando convenía, en el mejor de los casos, y no personas con las que pudiera ser sincero.

Se vistió y, mientras se ponía un par de calcetines gruesos —ideales para mantener los pies calientes cuando trabajaba en el jardín en invierno—, reparó en el diario apoyado sobre la cómoda.

Rosemary se lo había mostrado por arriba cuando desempacaba sus artículos de tocador. Si no recordaba mal, había pertenecido a una de las fantasmas, Juliet. Ellis hojeó las cartas; eran de Cecilia. Luego leyó las entradas del diario de Juliet. Siguió el recorrido de su amor, las preocupaciones que la atormentaban. Aunque no era religioso, entendía muy bien esa vergüenza venenosa nacida de creer que lo que eras, y a quién amabas, te volvía inferior. Te convertía en algo digno de rechazo. Se detuvo al llegar a un pasaje breve, escrito con una caligrafía apresurada, casi ilegible. La entrada estaba fechada el 11 de diciembre de 2024. El último día de rodaje. Empezaba así:

> *No sé si esto funcionará, ya que me cuesta sostener la pluma. Cecilia lo sabe. Se lo dije. Por fin, después de todos estos siglos, es mía. Tenemos nuestro propio cielo aquí, en Hallowvale, mientras esta existencia nos lo permita. He sido una tonta. He pasado cientos de años atormentándome por estos sentimientos, por esta necesidad. Todos estos años como amiga, cuando debería haber sido más. Esperé demasiado, y no hay nada como la eternidad para hacerte entender lo precioso que es el tiempo.*

Las palabras lo conmovieron profundamente. Dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas y se permitió imaginar una vida en la que no hubiera cedido a la presión, en la que no hubiera vuelto a ocultarse. Tal vez su carrera habría sufrido, sí, pero habría sido feliz. Se habría sentido orgulloso de sí mismo por ser fiel a quien era. Habría conocido gente, habría hecho amistades en las que pudiera confiar. Quizá, con el tiempo, la industria habría dejado de encasillarlo, y a lo mejor igual habría podido interpretar al héroe.

Y cuando conoció a Rosemary, no habría tenido miedo de decírselo.

—¡Ya estoy en casa! —gritó Rosemary desde abajo. *En casa. Mi mujer está en casa.*

Se secó las lágrimas y se recompuso. Necesitaba pensar.

—Estoy arriba, bonita —respondió. Unos minutos después, Rosemary entró en la habitación, con la nariz y las mejillas sonrosadas por el frío. Cruzó la habitación de un salto directo hacia él, a sus brazos, donde debía estar. Todo parecía más sencillo ahora que ella estaba allí.

—¿Cómo estaban Dina e Immy? —preguntó él, después de tomarse su tiempo para besarla desde los labios hasta la curva de la oreja. No se le escapó que seguía sin camiseta, ni que Rosemary parecía disfrutar mucho calentándose las manos heladas en su pecho.

—Bien. Por supuesto que me hicieron un interrogatorio sobre ti.

—Por supuesto.

—Immy dijo que Eric, su esposo, y Scott, el prometido de Dina, quieren saber si alguna vez has remado. Al parecer necesitan una cuarta persona para su bote de cuatro, junto con un colega del museo de Scott. Creo que es una especie de rito secreto entre hombres.

—Ja. Bueno, soy partidario de los ritos secretos. Solo remé un par de veces, por una película, pero creo que podría aprender.

—¿Qué has estado haciendo? Hay olor a pintura fresca abajo.

—Nada.

Rosemary levantó una ceja y lo miró fijo con sus ojos cafés.

—No quiero arruinar la sorpresa —dijo él.

Ella soltó un bufido y sonrió.

—Está bien. —Se acurrucó más en sus brazos, aunque lo apretó un poco de más.

—Algo anda mal —dijo Ellis—. ¿Qué pasa? ¿Ocurrió algo en Londres?

Resuelve esto. Haz que se sienta mejor, le gritaba el cerebro.

—Estoy un poco nerviosa por la firma de libros que tengo en Londres la semana que viene —murmuró Rosemary contra el hueco de su cuello.

—¿Por qué? Ya has hecho firmas en Londres antes. Esta no puede ser tan distinta.

—No, no lo es. Es solo que... Bueno, no tengo una razón concreta para estar nerviosa, supongo. Pero me siento así.

Ellis la abrazó con más fuerza.

—Está bien. No necesitas un motivo. Hacer un evento ya de por sí da miedo. Yo tengo que estar en el *set* por la mañana, pero por la tarde solo hay trabajo con la segunda unidad, así que debería llegar a tiempo.

Rosemary soltó el aire.

—Qué bueno. Gracias. Normalmente Immy o Dina están entre el público, pero Immy tiene a los gemelos y Dina está capacitando a nuevos baristas en su café, así que no pueden ir. Creo que me gusta saber que hay alguien que no es solo un admirador, sino alguien que *de verdad* me conoce. Seguro le estoy dando demasiadas vueltas. Son solo nervios. Perdón.

Ellis hubiera dado cualquier cosa por evitarle el nerviosismo. Quería tomar todas las preocupaciones de Rosemary y lanzarlas bien lejos. Tal vez era puro egoísmo, pero tampoco quería pensar más en sí mismo. Tenía que encontrar la manera de contarle todo —que era bisexual, que la amaba, que quería que se quedara con él—, pero en ese momento le parecía un obstáculo imposible de superar. En cambio, podía tomar el control de la situación, aquietar su propia mente concentrándose en darle placer a Rosemary.

—Te entiendo —le dijo, deslizando las manos por la parte posterior de los brazos de Rosemary—. Ahora, quítate la ropa.

—¿Ahora?

—Sí. Todo menos la ropa interior —le ordenó con suavidad.

Rosemary estaba allí, en su casa, con él. Era todo lo que Ellis podía pedir en ese momento. *Casi todo*, le susurró su mente. *Aún no se lo contaste; ¿y si después no te quiere?* Hizo a un lado esos pensamientos desagradables y se concentró en las curvas de Rosemary, en sus tatuajes sinuosos, en su cabello rojo intenso que le caía en ondas por la espalda. Apartó la ropa con el pie y la sujetó de las caderas, guiando su cuerpo para que quedara sentada a horcajadas sobre él en la cama.

Nunca se cansaría de verla, con las mejillas encendidas y los ojos entornados por el deseo. Ellis le tomó los pechos con las manos y

pasó los pulgares por sus pezones duros. Cuando ella arqueó la espalda, él subió una mano y le rozó los labios, siempre suaves y carnosos, mientras cerraba la otra con delicadeza alrededor de su garganta.

Por su respiración entrecortada y la forma en que sus ojos se oscurecieron tras los lentes, dilatándose por completo, supo que eso le gustaba. Quería saber todo lo que le daba placer.

Rosemary gimió cuando la mano de Ellis bajó y la acarició por encima de la tela, trazando círculos sobre el algodón empapado de su ropa interior.

—Ya estás tan mojada... —murmuró—. Quiero verte tocarte, bonita.

Los dedos de Rosemary bajaron y apartaron hacia un lado el material fino de su ropa interior.

—Así no —dijo Ellis con firmeza—. Sobre la tela.

Rosemary dejó escapar un gemido leve y se tocó a través del algodón.

—Necesito más —le susurró.

—Sigue así —le indicó Ellis, y miró complacido cómo ella se dibujaba círculos sobre el clítoris, con las piernas abiertas sobre sus caderas. Ellis se recostó hacia atrás sobre las manos para dejar en claro cuánto le gustaba mirarla. Sentía el cuerpo en llamas; quería estar adentro de ella, pero sabía que debía ir despacio, asegurarse de que estuviera lista. Ser dominante era más que penetrar con fuerza. Era lograr que su sumisa estuviera relajada y entregada, para poder darle el placer que necesitaba. Aun así, su verga presionaba de forma dolorosa contra el pantalón.

Cuando Rosemary cerró los ojos y empezó a respirar a bocanadas, mordiéndose el labio, supo que estaba cerca. En el último segundo, le tomó la muñeca con firmeza y le apartó la mano del clítoris.

—Por favor —gimió Rosemary—. Estaba a punto.

Ellis recorrió todo su cuerpo con una mano y presionó dos dedos en la hendidura de su labio inferior.

—Chúpalos —ordenó.

Rosemary abrió la boca y le pasó la lengua por los dedos.

—Muy bien —la elogió Ellis—. Haces justo lo que te digo. Ahora voy a meterte estos dedos, así que mójamelos bien.

Los llevó de nuevo hacia abajo, despacio, por el hueco entre sus pechos y el suave relieve de su vientre.

Ella gimió cuando corrió la tela de su ropa interior de algodón y hundió los dedos en su interior, mientras le frotaba el clítoris con el pulgar.

Era la puta perfección. Siguió moviendo los dedos dentro de su vagina, colmándola de elogios. Cuando llevó los dedos un poco más hacia atrás, preguntó: —¿Verde?

—Verde —respondió ella.

Entonces, con la otra mano, Ellis rodeó con lentitud la entrada apretada de su trasero, saboreando las palabrotas que Rosemary soltó cuando por fin entró en ella y la penetró de ambos lados.

—Ay, por Dios —dijo entre jadeos—. Qué bien se siente esto, Ellis.

—Así te voy a hacer llegar, bonita, y cuando estés a punto, y solo en ese momento, te voy a meter esta verga.

—¡Sí! —gritó ella, levantando más las caderas hacia él. Ellis sintió el calor de su propio deseo, casi sofocante. Cuando habló, su tono de voz sonó bajo y tembloroso.

—Un día de estos voy a comprar un consolador y te voy a dar por ese trasero tan bonito mientras te la meto. ¿Te gustaría?

—Muchísimo —dijo Rosemary—. Iba a pedírtelo.

—Lo sé —respondió él, sintiendo cómo su cuerpo empezaba a tensarse alrededor de sus dedos, cada vez más cerca—. Sé lo que necesitas.

Se detuvo un momento para desabrocharse los jeans con una mano y sacar la verga. Luego se colocó en su entrada y le bajó un poco el cuerpo.

—¿Te mereces mi verga, bonita? —le preguntó con dulzura—. ¿Te portaste bien?

—Muy bien.

No hizo falta responder. Se la metió de lleno hasta el fondo. La sensación de su cuerpo recibiéndolo, todo calor y humedad, y el sonido erótico del choque de sus cuerpos fue casi demasiado. Rosemary acabó al instante, gritando mientras Ellis la embestía con

más fuerza, más rápido, sin dejar de estimularle el trasero con la otra mano.

Cuando su orgasmo se fue apagando, Ellis la levantó hasta dejarla de rodillas y la atrajo hacia atrás, con la espalda apoyada en su pecho, mientras él quedaba al borde de la cama.

Extendió una mano y le rodeó el clítoris, empujando hacia arriba con la verga. Ver su ropa interior fina, que ella sostenía a un lado para él, era una delicia erótica.

—¿Crees que puedes volver a acabar para mí? —le susurró contra el cuello, lamiéndole una gota de sudor que le bajaba por la clavícula.

—Sí, Ellis.

Él empujó con más fuerza, disfrutando cómo ella se estiraba y sintiendo su cabello rozarle el rostro.

—Te voy a hacer entrar toda mi leche, ¿sabes?

—Sí. Me encanta.

Ellis sintió su propio orgasmo alcanzar el clímax y sincronizó los círculos en el clítoris de Rosemary con sus embestidas, con las caderas tensas contra su trasero.

—Voy a... voy a... —gritó Rosemary, echando la cabeza hacia atrás sobre el hombro de Ellis cuando el orgasmo la sacudió. Él lo acompañó con el suyo, derramándose dentro del calor de su cuerpo, cubriendo su cuello de besos húmedos y apasionados.

—Perfecta —volvió a decirle Ellis al oído, mientras sus respiraciones y cuerpos se aquietaban. Otra frase le llegó a los labios y casi se le escapó. Una que necesitaba decirle. Rosemary se merecía saber toda la verdad sobre él. Solo debía tener la valentía para revelársela.

30

Rosemary era de sueño pesado. Cenaron y, en cuanto el reloj marcó las diez de la noche, ya se estaba quedando dormida sobre el hombro de Ellis en el sofá. La llevó en brazos arriba, con Fig, igual de somnolienta, siguiéndole los pasos, y los dejó a ambos en la habitación: Rosemary bien arropada bajo el edredón y Fig hecha un ovillo sobre la alfombra. Apostaba a que, cuando él por fin se acostara, encontraría a Fig ocupando su lado de la cama junto a Rosemary.

Pero Ellis no podía dormir. Todavía no. El sexo había logrado frenar sus ansiedades por un rato, pero ya habían vuelto con fuerza. Así que regresó a trabajar en la habitación secreta, procurando hacer el menor ruido posible, mientras armaba el escritorio para Rosemary y sacaba el puf de su empaque. Ella le había dicho que era lo más cómodo para escribir, y él había rastreado internet hasta dar con uno que le pareció adecuado.

Las horas se le escurrieron de las manos mientras preparaba el espacio para Rosemary. En cierto momento, se sentó en el suelo, con la espalda apoyada contra una de las estanterías recién montadas. Solo iba a cerrar los ojos un instante; no estaba realmente cansado.

Cuando se despertó, el cielo ya se teñía del color púrpura del amanecer. *Mierda*. Le dolía todo el cuerpo por haber dormido en el piso. Al menos, la habitación estaba terminada.

Contempló su trabajo. No había querido decorarla demasiado, para que Rosemary pudiera darle su propio toque, pero había colgado una hilera de luces pequeñas a lo largo de los estantes para darle una sensación acogedora. Esperaba que fuera suficiente para

que ella quisiera quedarse, para que lo eligiera, cuando le contara toda la verdad sobre sí mismo.

Fue a la cocina y se preparó un café, y dejó salir a Fig al jardín cubierto de rocío helado para que gastara un poco de energía.

Media hora después, un poco antes de las nueve, Rosemary bajó las escaleras. Llevaba calcetines que no hacían juego, la larga trenza pelirroja revuelta por el sueño y una de las camisetas de Ellis del día anterior. Cuando la vio entrar en la cocina medio adormilada, Ellis pensó que nunca la había visto tan hermosa.

—¿Café? —preguntó.

—Por favor —respondió con voz ronca—. Me desperté y no estabas en la cama.

—Perdón. Tenía que terminar algo pendiente.

Ella le echó un vistazo de arriba abajo: la ropa arrugada, las motas de pintura en el pantalón deportivo, las ojeras marcadas bajo los ojos.

—¿En la habitación secreta?

Él asintió. Bebieron el café en silencio, y Ellis tuvo que obligarse a dejar de mostrarse inquieto. Las palabras de Juliet le daban vueltas sin parar en la cabeza. Entonces tomó la decisión: le diría la verdad a Rosemary.

Cuando ella terminó su café, la tomó de la mano.

—Cierra los ojos.

—¿Vamos a la habitación secreta que definitivamente no es una mazmorra sexual?

—Sí —dijo él, dejando escapar una carcajada breve.

Se colocó detrás de Rosemary y la condujo hasta la habitación, empujando la puerta para abrirla. Encendió la luz.

—Ahora abre los ojos.

Sintió cómo Rosemary contenía el aliento, y vio cómo se le levantaban de golpe los hombros y se llevaba las manos a la boca.

—Ellis... ¿Qué es esto?

—Es para ti. Sé que estás estresada por la fecha de entrega de tu manuscrito y dijiste que extrañabas tener tu propio espacio de trabajo, así que pensé que deberías tener uno.

Ella se secó las lágrimas y se volvió hacia él.

—¿Hiciste todo esto por mí?

Ellis la rodeó con los brazos, le levantó el mentón para mirarla a los ojos y le secó las lágrimas con el pulgar.

—Haría cualquier cosa por ti.

—Me encanta. Muchísimo. —Sorbió por la nariz y se puso de puntillas para besarlo. Dios, cómo amaba a esta mujer—. Pero solo voy a quedarme un mes —agregó Rosemary.

Ellis sintió que la sonrisa se le borraba del rostro.

—Tal vez estoy esperando que te quedes —dijo—. Ayer tuve mucho tiempo para pensar. Leí el diario de Juliet.

—Ah, ¿sí?

Ellis asintió.

—Escribió algo nuevo, ¿sabías? Y me hizo darme cuenta de algo. —Ellis tomó aire—. No he sido honesto contigo.

Rosemary se apartó un poco para mirarlo.

—Bueno. ¿Tiene que ver con lo de fingir que salías con Jenna?

—En parte. —Se quedó en silencio un momento. Las palabras estaban claras en su mente, pero le costaba llevarlas a los labios. Rosemary se sentó en el puf.

—Tómate tu tiempo —lo tranquilizó, con una expresión suave y pensativa en los ojos—. No me voy a ir a ninguna parte.

No hay nada como la eternidad para hacerte entender lo precioso que es el tiempo.

Era la mujer que amaba. Y estaba cansado de reprimir lo que sentía.

—Soy bisexual —dijo Ellis—. Me atraen los hombres y las mujeres y... Todos los géneros, en realidad.

La idea de decirlo en voz alta siempre le había parecido imposible, pero acababa de hacerlo. Tan natural como respirar. Y Rosemary no estaba llorando, gritando ni había salido corriendo. De hecho, sonreía y se acercaba a él.

—No me lo imaginé. Normalmente tengo bastante buen radar para estas cosas, pero contigo no tuve ni idea. —Sonrió con picardía —. ¿Crees que nos detectamos lo gay mutuamente?

—¿Qué? —El cerebro de Ellis se quedó en blanco.

—Yo también soy bisexual.

—¿En serio?

—Ajá. —Rosemary pasó los brazos alrededor de su cuello y lo atrajo hacia ella—. Gracias por decírmelo y por confiar en mí. Supongo que no lo has hecho público, ¿verdad?

Ellis negó con la cabeza.

—Al comienzo de mi carrera estaba más «afuera» que ahora. Salí con algunos hombres, con un par de personas no binarias, pero Brody se enteró. Creo que una de ellas intentó vender la noticia a la prensa y así fue como Brody lo supo. Algo como «Nueva estrella de Hollywood disfruta dominar miembros masculinos». Basura de mal gusto. Fue justo en la época en que mi carrera despegó con la primera película de *Soldado de la justicia*, así que tenía que ser la gran estrella masculina, ruda y viril. No podía ser bisexual; habría arruinado mi carrera antes de que empezara. —Mientras hablaba, Ellis se dio cuenta de que estaba repitiendo las mismas frases que Brody le había dicho años atrás, aunque ya no estuviera seguro de creerlas. También notó cómo el rostro de Rosemary se enrojecía y sus cejas se fruncían con enojo—. Así que dejé que Brody mantuviera la noticia lejos de la prensa y volví al clóset. Después de eso, tuve que andar con cuidado. En público, solo salía con mujeres. Algunos encuentros ocasionales con el tiempo, pero nada más.

—Ellis —dijo Rosemary muy despacio—. Voy a matarlo. Esta vez lo digo en serio. Lo voy a asesinar. ¿Dónde vive? Dame su dirección, tengo un crimen que cometer.

Él soltó una risa apagada, sin alegría.

—¿Por qué no estás más furioso con él, Ellis? Este imbécil te obligó a esconderte durante décadas, ¿y para qué? ¿Para seguir cobrando comisiones?

—Sé que lo hizo por eso. Pero tampoco es que yo no tuviera parte de culpa. Podría haber salido del clóset si de verdad lo hubiera querido, pero vi cómo eran las cosas.

»No tienes idea de lo horrible que era ese ambiente de Hollywood. Cuando todavía estás subiendo la escalera de la fama, no puedes darte el lujo de hacer lo que te da la gana y pasar por encima de todo. No. Tienes que estar en las fiestas. En los estrenos. En las celebraciones posteriores.

Había sido tan joven y tan ingenuo. Se había dejado deslumbrar por el brillo de todo eso. Las noches interminables, la música a todo volumen, forzándose a encajar en un molde y ahogándose en alcohol cuando el vacío se volvía insoportable.

—Escuché cómo todo el mundo hablaba de quienes habían salido del clóset. Decían cosas realmente asquerosas, incluso de actores como Lance, que era tan famoso que parecía intocable. Cuando Lance y Arthur se juntaron, los comentarios daban náuseas. Y luego empezabas a notarlo en las decisiones de reparto. De pronto, la actriz que decía ser lesbiana solo conseguía unos pocos papeles, ninguno protagónico ni romántico. Siempre secundario. Y si era un hombre el que salía del clóset, entonces quedaba encasillado como el mejor amigo gay, siempre y cuando fuera bajo y delicado. Pero si tenías un estilo como el mío, te descartaban por completo. No puedes tener el aspecto que tengo yo y además ser *queer*; para ellos, no encaja. En cada película de acción, en cada sesión de entrenamiento personal, me convirtieron en este hombre ultrahétero que otros hombres hetero quieren imitar. Lo odiaba.

—¿Por qué te quedaste?

Buena pregunta. ¿Por qué? ¿Había valido la pena? Décadas de soledad, de ocultarse. ¿Y todo para qué? ¿El dinero, la fama? ¿Cómo había permitido que se prolongara tanto?

—Me encantaba el trabajo. Actuar... Todavía amo hacer esto. Quería sacar a mis padres de su apartamento diminuto y llevarlos a una casa grande, y ayudar a Annie a que terminara su doctorado. Con el tiempo, lo bueno pesó más que lo malo. Y luego, cuando ya era lo bastante famoso, no tenía que hacer tanto teatro social, y salvo algún montaje de citas falsas que Brody armaba de vez en cuando, podía quedarme al margen. Sin darme cuenta, habían pasado quince años y seguía escondido.

Durante un rato, se quedaron callados tratando de asimilar todo. Rosemary apoyó la cabeza en su pecho; su corazón volvía poco a poco a un ritmo más tranquilo. Ellis no se había dado cuenta de lo agobiado que había estado con todo aquello, de cuánto tiempo había pasado desde la última vez que se lo había contado a alguien. Se inclinó hacia Rosemary y le besó la coronilla.

—¿Quieres salir del clóset? Más públicamente, digo —preguntó Rosemary.

Si le hubieran hecho esa pregunta una hora antes, habría respondido con un «no» rotundo. Pero ahora, con Rosemary entre sus brazos, la idea de que el mundo supiera quién era le resultaba un poco menos aterradora.

—Tal vez. Creo que podría. Con el tiempo.

31

Rosemary inhaló el aroma polvoriento y dulce de los libros viejos y del cuero gastado, y dio un sorbo a su té. Recordaba haber leído en algún lugar que los libros antiguos huelen a vainilla por la lignina que contienen, que al parecer es similar a la vainillina, y se preguntó si sería esa la razón por la que a todo el mundo le gustaba tanto el olor de los libros.

Estaba sentada en la sala trasera, cerrada al público, de The Reader's Rest, una de las librerías más antiguas de Londres, que además tenía una gran sección especializada en la ciencia ficción, fantasía y terror. Intentaba prepararse mentalmente para el evento. Aunque quizá «gran» no era la palabra más adecuada para describir la sala; era más bien «laberíntica».

La librería estaba en una casa típicamente londinense y se extendía hacia arriba desde la planta baja a través de una serie de pasillos estrechos y sinuosos, hasta llegar a una sala de lectura abovedada en el último piso. En el tercer nivel, con vistas a las tranquilas calles traseras de Mayfair, Rosemary esperaba mientras los libreros organizaban la presentación y la firma de libros. Había llegado un poco antes para aclimatarse y prepararse, algo que siempre la ayudaba con su ansiedad. Su papá solía decir que ella afrontaba los eventos como si fueran una pelea: siempre sabía dónde estaban las salidas y siempre llegaba preparada con un plan. Rosemary pensaba que, si consideraba todos los escenarios posibles, si anticipaba las preguntas que podían hacerle, no se quedaría paralizada en el momento. A ella le parecía perfectamente razonable, aunque al parecer esa forma de actuar también significaba que era una persona ansiosa.

Sin embargo, había notado que su nivel de ansiedad había bajado en los últimos tiempos, y mentiría si dijera que no sabía por qué. Con Ellis podía hablar de sus miedos. No era que no pudiera hacerlo con Dina, Immy o su papá, pero no quería estar cargándolos todo el tiempo con sus diversas preocupaciones. Cuando diagnosticaron a su mamá, el miedo que invadió a Rosemary fue indescriptible, algo que jamás había sentido. Su mente barajó todos los resultados posibles de cada tratamiento, y planificaba con antelación cada salida por si surgía algún imprevisto. Ni siquiera las idas al supermercado del barrio escapaban a su necesidad de prever todo.

Ensayaba cómo hablar con los médicos y qué preguntas hacer, porque sabía que su papá estaría demasiado afectado en el momento. Lo había planeado todo y, aun así, al final no había servido de nada. Y no quiso sumar más angustia a la de sus padres dejando que vieran el caos que tenía en la cabeza. Sus vidas estaban absorbidas por la enfermedad; y las de sus amigos, por sus propios problemas.

Y si bien Ellis también estaba ocupado, simplemente... la entendía. Él sabía que a veces ella solo necesitaba decir las cosas en voz alta o que alguien le devolviera un poco de realidad. Detectaba cuándo su mente iba a mil por hora y sabía qué hacer para calmarla. No era solo el sexo, claro que no; su sola presencia se había vuelto un bálsamo. Cuando él entraba en una habitación, el aire se volvía más respirable. ¿Cómo era posible que una sola persona lograra que se relajara y, al mismo tiempo, despertarle un deseo tan intenso?

Le había hablado de los fantasmas y se alegraba de que él también se sintiera con la libertad de ser honesto, de mostrarle todas sus facetas, incluida su sexualidad. Desde que habían regresado del rodaje en Hallowvale, Rosemary había empezado a preguntarse qué estaba pasando realmente entre ellos. Él le había instalado la oficina de sus sueños y le había dejado muy claro que quería que se quedara. Esa mañana, se había despertado junto a él. Incluso sin los lentes, podía ver cómo su rostro se suavizaba mientras dormía, con esas pestañas largas que proyectaban sombras sobre sus mejillas. El cabello en sus sienes empezaba a encanecer y se estaba dejando crecer una barba salpicada de gris. A Rosemary le

parecía tremendamente atractivo de cualquier manera y no podía negar que le gustaba la aspereza de la barba cuando él estaba entre sus piernas.

En algún momento de la noche debió de girarse hacia él, porque ahora la rodeaba con un brazo sobre la cintura y los dedos le rozaban la espalda. Sentía su aliento cálido contra el rostro.

No faltaba mucho para que regresara a Blossom Ridge. Primero para visitar a su papá y después, en teoría, para volver a Nueva York y buscar un nuevo apartamento. Pero esa idea empezaba a parecerle cada vez más una farsa.

Sacó el teléfono y buscó lugares en alquiler. Podía ir a Little Hathering, donde vivían Immy, Eric y los gemelos. Dina y Scott también pasaban mucho tiempo allí, ya que sus padres vivían en esa zona. O podía mirar algo en Putney, cerca del apartamento de Dina, o en Lower Foxleigh, la estación más cercana a la casa de Ellis. También estaban Upper Foxleigh y Foxleigh, aunque en realidad no entendía por qué los ingleses necesitaban tres estaciones dentro de un radio de cinco kilómetros.

Miró las tres opciones. Uno de los apartamentos estaba bien: entraba mucha luz por la mañana y estaba dentro de su presupuesto, pero no había improntas de panaderos allí. Hizo clic en la otra opción. Este estaba mejor: tenía un balcón con vistas a un parque del vecindario y no quedaba tan lejos de la estación, pero solo tenía una habitación. Rosemary estaba cansada de vivir toda su vida en espacios diminutos. Y, sobre todo, ese lugar no tenía su nuevo puf, ni el escritorio que Ellis le había construido frente al jardín, ni los pájaros que iban a comer y a bañarse en los comederos y bebederos que él había instalado.

Y no tenía a Ellis.

Él le había dicho que quería que se quedara. Pero ¿eso era por ahora o para siempre?

Bueno, tal vez ninguno de esos apartamentos era el indicado. Ya encontraría uno que se ajustara a sus necesidades. Todavía tenía tiempo. *Mañana tenemos un almuerzo íntimo en casa*, pensó. Un momento. ¿En casa? ¿Cuándo había empezado a pensar en la casa de Ellis como suya? Eso era nuevo. Irían Dina, Scott, Immy y Eric, y

Ellis había invitado a su hermana Annie en cuanto logró comunicarse con ella. Cuando Rosemary escribió en el grupo que tenía con Dina e Immy, recibió un aluvión de mensajes larguísimos, todos en mayúsculas. Estaban claramente entusiasmadas. Dina dijo que estaba practicando la lectura de auras y que iba a intentar leer la de Ellis. Rosemary todavía no le había contado a Ellis sobre la afición de Dina a la brujería; antes necesitaba el permiso de su amiga, aunque, si Ellis estaba bien con el tema de los fantasmas, no creía que un poco de magia fuera a asustarlo.

Su teléfono vibró cuando entró un mensaje de su papá.

«¿Qué tal la vista, cielo?», preguntó, como siempre. Rosemary tomó una foto de la vista desde la ventana y otra de las estanterías repletas de libros.

«Nada mal, en el evento de firma de libros en Londres».

«Vas a arrasar», respondió él. «Tengo muchas ganas de ver a mi hija favorita».

«Solo tienes una hija, papá».

«No se lo cuentes a ellos». Con eso, le mandó una foto de los gatitos de la granja. Estaban creciendo tan rápido que a Rosemary no le sorprendería si ya hubieran dejado la leche y estuvieran comiendo sólido. Tenía muchas ganas de ver a su papá y, quizá, de contarle sobre Ellis. Bah, ¿a quién engañaba? *Por supuesto* que se lo iba a contar.

Rosemary respondió con otro mensaje. Justo en ese momento, alguien entró en la sala.

—Hola, Rosemary, ya estamos listas para ti.

Era Mona, la dueña de la librería. The Reader's Rest era un negocio familiar, por lo visto, ya que el hermano de Mona, Ali, atendía la caja en la planta baja. Para homenajear a Rosemary, todos se habían vestido con colores que combinaban con la portada de *La posesión del mal*: Ali de rojo y negro, y Mona con un hiyab estampado en rojo, negro y púrpura. Rosemary estaba tan complacida que quiso tomarse una foto con ellos. No usaba mucho las redes sociales, pero se la envió a su publicista en el Reino Unido, Warren. En teoría, él debía estar allí ese día como apoyo general, pero una hora antes le había escrito para decirle que su gato estaba

vomitando por toda la casa, así que no había podido salir. No importaba; se había preparado mentalmente para un escenario en el que él no pudiera asistir, y Mona había sido muy amable y hospitalaria.

Al salir de la calma de la sala trasera, Rosemary se dio cuenta de que tal vez no se había preparado para *todas* las posibilidades; en concreto, para el hecho de que la planta de la librería que habían destinado como espacio para el evento estuviera repleta de gente. Y toda esa gente había ido a verla a *ella*.

—Es muchísimo más de lo que imaginé, Mona —le dijo a la librera, y su voz apenas delató sus nervios. Ya había hecho eventos en librerías antes; podía hacerlo otra vez. Solo que hacía mucho tiempo que no hacía uno en el Reino Unido, más de un año, de hecho. La última vez todavía no se había anunciado que *La posesión del mal* se convertiría en una película, así que suponía que su base de lectores había crecido tras ese anuncio. Probablemente ayudaba que la historia estuviera ambientada en Inglaterra.

—Hola a todos, gracias por venir. —Sonrió mientras se abría paso entre la gente y seguía a Mona por un costado de la sala hasta la mesa de firmas. Había pilas y más pilas de todos sus libros, incluso ejemplares de *Julia*, con su inquietante portada británica. Miró al público y notó que muchos lectores habían traído sus propios ejemplares gastados. Eso la reconfortó y calmó un poco su ansiedad.

Cuando Rosemary se sentó, Mona tomó un micrófono pequeño y lo colocó sobre la mesa, cerca de ella. Antes de encenderlo, se inclinó y dijo en voz baja: —Hay cuarenta personas aquí adentro, pero debo decirte que hay unas treinta más afuera que no compraron entrada, pero igual quieren un libro firmado. Diría que es nuestro evento más grande desde la primavera.

—Guau, me halaga que hayan venido todos por mí —dijo Rosemary.

—Te lo mereces —respondió Mona con sinceridad, y encendió el micrófono.

—Gracias por acompañarnos hoy en esta lectura y firma de la inimitable Rosemary Shaw, la reina del terror histórico.

El aplauso fue entusiasta. Rosemary respiró hondo y paseó la vista por la sala. Muchos lectores sonrientes, pero Ellis no estaba. Le había dicho que vendría, y ella sabía que lo haría. Entonces, ¿dónde estaba? ¿Había logrado por fin un «disfraz de celebridad» tan bueno que ni ella podía reconocerlo desde allí? Poco probable. Seguramente se había retrasado.

Tras la presentación, leyó un fragmento del tercer capítulo de *La posesión del mal*, cuando Alfred llega por primera vez a la mansión y contempla su fachada gótica. Sin embargo, mientras leía, su mente se desvió hacia el *set* de filmación: aquel día bajo la lluvia, la figura de Ellis de pie frente a Hallowvale. El personaje de Alfred empezó a transformarse en su imaginación: a medida que avanzaba en la lectura, cada vez se parecía más a Ellis. En un momento, levantó la vista y volvió a mirar al público. Allí estaba. En un rincón de la sala, apoyado contra una estantería, con una gorra baja sobre la frente. Aunque llevaba lentes de sol en el interior, ella podía notar que la miraba fijamente. El corazón se le aceleró de golpe y le regaló una sonrisa secreta, que él le devolvió. Ellis estaba allí.

Cuando terminó la lectura, comenzó la firma.

Esa parte siempre era más fácil. Solo tenía que charlar un poco con cada lector; lo más complicado era asegurarse de escribir bien los nombres. Aun así, no dejaba de preguntarse cuándo Ellis se acercaría a saludarla, aunque seguramente se mantenía al margen para pasar desapercibido. Pasado un rato, los rostros empezaron a desdibujarse y, en cuarenta y cinco minutos, ya iba por su segundo marcador. Quedaban muy pocas personas en la fila.

Una lectora adorable incluso le había llevado una ilustración enmarcada que había hecho de David, el protagonista de *Julia*. Era curioso cómo un libro cobraba vida propia una vez publicado y en manos de los lectores. Quizá, en su inconsciente, Rosemary había imaginado al personaje de David, el científico, como una persona *queer*, aunque no había sido el eje central de su construcción. Sin embargo, al igual que con *The Babadook*, con los años *Julia* había convertido a David en una especie de ícono *queer* del terror en ciertos círculos literarios. Algo en el hecho de tener una relación

homoerótica con la voz de lo insondable parecía codificado de ese modo, si lo pensaba bien, así que tal vez no era tan extraño.

—Hola, soy un gran admirador —dijo una voz grave y familiar. Rosemary levantó la vista y se encontró con la mirada de Ellis, con los lentes de sol inclinados apenas sobre la nariz.

—Muy discreto —dijo ella, riendo—. No sabía si ibas a poder venir.

—No me lo perdería por nada —dijo él, apoyando las manos sobre la mesa—. Quedé atrapado en un embotellamiento, pero creo que llegué cuando solo llevabas unos minutos leyendo. —Se inclinó un poco más—. Me está matando no poder besarte en este instante.

Rosemary se sonrojó.

—¿Entonces por qué no me besas?

Ellis negó con la cabeza.

—No puedo, bonita. Intento pasar desapercibido, ¿recuerdas?

—Nadie sabe que estamos juntos y nadie sospecharía que eres tú —replicó ella en un susurro.

—Tal vez no, pero seguro que a alguien le daría curiosidad ver de cerca al tipo que se está besando con la reina del terror. Además, tienes que firmarme un libro. —Colocó un ejemplar de *Julia* frente a ella—. Dicen que la autora es bastante talentosa —agregó, con una sonrisa cómplice.

—Ah, ¿sí?

—Ajá. Y está muy buena, según dicen.

Rosemary sintió una corriente de calor que le subió por el cuello hasta las mejillas. Sus dedos ansiaban entrelazarse con las manos de Ellis, que descansaban sobre la mesa.

—¿Y a nombre de quién lo dedico? —preguntó, mirándolo desde debajo de las pestañas y disfrutando ver cómo se le tensaban las manos.

A Ellis le encantaba verla en su ambiente, tanto como a ella verlo a él en el suyo. La expresión de su rostro dejaba muy claro qué pensaba hacerle más tarde.

—A nombre de...

—Ey, estás tardando mucho, ¿sabías que hay más gente en la fila? —interrumpió el hombre que estaba detrás de Ellis, empujándose hacia delante.

—Me resultas familiar. Espera, ¿eres Ellis Finch? ¡Guau! ¡Chicos, es Ellis Finch, está aquí!

Rosemary no estaba preparada para lo que ocurrió a continuación. Todos se abalanzaron de inmediato, formando una masa alrededor de Ellis. Escuchó gritos de «¿Me firmas un autógrafo?» y «¡Una foto conmigo, Ellis!», y por un instante lo perdió entre el tumulto. Los flashes de los teléfonos estallaban desde todos los ángulos y cada vez entraba más gente en la sala.

—Lo siento, Mona, creo que voy a tener que irme —dijo Rosemary, y Mona asintió, aunque parecía distraída por la forma en que algunos clientes prácticamente saltaban sobre las sillas para acercarse a Ellis. Era una locura. Era solo Ellis. Aunque, claro, era uno de los actores más famosos del mundo, algo que Rosemary parecía haber olvidado. Ahora el tema del disfraz tenía mucho más sentido. No eran paparazis, pero era igual de intenso. Rosemary rodeó la mesa de firmas, se colgó la bolsa al hombro y se abrió paso entre la multitud. No se molestó en llamar a Ellis; no habría podido oírla.

—¡Ellis, tómate una foto conmigo! —gritó alguien, y Rosemary escuchó un «Ahora no, disculpa» de parte de Ellis. Entonces lo vio. Un par de mujeres se habían aferrado a sus brazos, inmovilizándolo a menos que él se soltara a la fuerza. Y no lo haría, porque era demasiado educado.

—Disculpen, van a quitarle las manos de encima ahora mismo —dijo Rosemary en un tono de voz fuerte. Toda la ansiedad que le había provocado la multitud desapareció al ver a Ellis atrapado. Usó su acento sureño más firme y severo, la voz que había oído mil veces en boca de su mamá durante su infancia. Ese tono hacía que la gente prestara atención y no admitía faltas de respeto. El frenesí se detuvo. Rosemary cruzó la mirada con Ellis, visiblemente alterado, sin lentes y con la gorra torcida. Reconoció esa expresión; la había visto antes cuando los fotógrafos invadían el *set*. Era una pesadilla para él, pero estaba en sus manos sacarlo de allí. Lo tomó de un brazo y lo liberó de una de las mujeres.

—Vámonos —dijo en voz baja.

Por suerte, la multitud se abrió para dejarlos pasar. Aunque seguían tomando fotos, les dieron espacio para salir. La gente realmente perdía la cabeza frente a una celebridad. Rosemary se preguntó por qué no se había sentido así cuando conoció a Ellis, aunque tal vez, en cierto modo, le había pasado lo mismo; solo que su mal humor de los primeros encuentros lo había eclipsado.

Ali, que estaba pasando libros por el escáner en la caja de la planta baja, saludó a Rosemary con la mano y le agradeció la visita. Evidentemente, el caos del tercer piso aún no había llegado hasta allí.

—Gracias por este evento tan encantador —dijo ella con una sonrisa. Y con el brazo enlazado al de Ellis, salieron de la librería.

—¿Dónde está el auto? —preguntó. Ya afuera, entre la brisa y la fina llovizna de noviembre, Ellis se recuperó un poco. Se pasó una mano por el pelo antes de volver a ponerse la gorra.

—En esa calle lateral —respondió, tomándole la mano para guiarla.

—Eso fue brutal —dijo ella.

—Sí.

—¿Estás bien? ¿Alguien te hizo algo? Esas mujeres no deberían haberte tocado.

Ellis la miró.

—Lo sé. Gracias por defenderme. En momentos así, me quedo paralizado.

—Lo entiendo. Es una reacción bastante natural. ¿Siempre es así cuando sales en público? Ahora veo por qué no querías seguir viviendo en Londres.

—No siempre. Las alfombras rojas están mucho más controladas, y la mayor parte de la gente de mi vecindario no dice nada. Veo que me miran, pero suelen respetar mi espacio. A veces, sin embargo, basta con un par de personas para que se convierta en lo que pasó allí dentro.

Llegaron al auto. Ellis abrió primero la puerta del lado de Rosemary y luego rodeó el vehículo para sentarse. Cuando cerró con seguro, por fin lo escuchó soltar un suspiro profundo.

—Dios —dijo, y arrojó la gorra al asiento trasero—. Siento que hayas tenido que ver eso.

—¿Estás bromeando? Yo soy la que lo siente, Ellis. No sé cómo puedes vivir así. Yo no podría.

Él miró por el parabrisas. Rosemary notó que apretaba y soltaba la mandíbula. Parecía a punto de decir algo, y ella esperaba que se descargara, aunque no quiso presionarlo. Era evidente que sus emociones estaban a flor de piel después del asedio en la librería. ¿Habría dicho algo que lo incomodó?

Despacio, Ellis se volvió hacia ella.

—Fue maravilloso verte allí hoy —dijo, optando claramente por cambiar de tema. De acuerdo. Más tarde intentaría volver a hablarlo.

—¿De verdad crees eso? —preguntó ella, y se acercó para darle un beso.

—Sin dudas. Me sentí muy orgulloso viéndote leer. En tu salsa.

La besó, apartándole un mechón de pelo y recorriéndole el cuello con las yemas de los dedos hasta la clavícula.

—¿Les escribiste a tus amigas por el almuerzo de mañana? —preguntó. La semana había pasado volando, y en un par de días viajaba a Estados Unidos para ver a su papá. Aun así, no habían hablado en serio de lo que vendría después. No sabía cómo sacar el tema.

—Sí. Immy y Eric van a dejar a los gemelos con los padres de él para poder venir, y Dina y Scott también vienen. ¿Y tu hermana?

—Annie viene. Está muy emocionada por conocerte.

—Igual yo. —Apoyó una mano en la mejilla de Ellis y le dio otro beso, esta vez en la comisura de los labios—. Vamos a casa. Tengo que hacer las maletas antes de mañana. Si no, me voy a olvidar.

La expresión de Ellis se endureció.

—Claro. Tienes que hacer las maletas. Mejor vamos.

32

A diferencia de su amiga Dina, Rosemary no tenía talento natural para la repostería. Pero las recetas que sí sabía preparar las había llevado al límite de sus capacidades, por muy poco bruja de cocina que fuera. Para ese almuerzo necesitaba causar una buena impresión, así que eligió una receta que había comido durante las fiestas desde chica: tarta de caqui especiada. En la granja donde creció había árboles de caqui, y cada otoño la mandaban a cosecharlos con un cubo en la mano. En Londres no había caquis, aunque Ellis ya había pedido un arbolito por internet porque dijo que quería plantarlo en el jardín. Por dentro, Rosemary sintió un cosquilleo cálido al pensar que Ellis quizá estaba imaginando un futuro en el que ella pudiera cosechar los frutos de su propio jardín para hacer tartas.

Aunque no tenía la habilidad mágica de Dina para infundir bienestar en la comida y la bebida, igual amaba el proceso de hornear. Medir los ingredientes secos y los líquidos, volcarlos en el molde y ponerse en cuclillas frente al horno de vez en cuando para comprobar que la masa subiera como debía. Mientras la tarta se horneaba, Rosemary anotó algunas ideas para las primeras escenas de la adaptación cinematográfica de *Julia*, que avanzaba muy bien.

La cocina se llenó del aroma a nuez moscada, canela y nueces pecanas caramelizadas que usaría como cobertura, además del perfume mantecoso y frutal de la tarta. Rosemary estaba sacándola del horno cuando Ellis entró en la cocina, con el pelo todavía revuelto de sueño. Fig fue corriendo hacia él, enredándosele entre los tobillos hasta que Ellis se inclinó para rascarle las orejas.

—Huele increíble aquí —dijo, mientras se acercaba a Rosemary para darle un beso. Ella apenas tuvo tiempo de quitarse los guantes de horno antes de que Ellis la atrajera hacia él jalando de la presilla de sus jeans. Sus cuerpos quedaron pegados.

—Me desperté y no estabas en la cama —se quejó, y le plantó un beso.

—Tenía que empezar a cocinar para que la tarta tuviera tiempo de reposar. Y, como soy una novia maravillosa, también te hice café.

Ellis gimió contra su cuello y murmuró sobre su piel: —Eres un ángel.

Rosemary fue y vino por la cocina mientras Ellis tomaba su café y Fig no dejaba de saltarle al regazo para pedir atención.

—¿Y esto? —preguntó Ellis, mirando el documento de Word abierto en la computadora de Rosemary.

—¡Uy, no, no mires eso todavía! —chilló ella, corriendo a cerrar la computadora—. Es una sorpresa.

—Está bien, seré paciente —respondió Ellis, riendo.

Pasaron las horas siguientes ordenando la casa y preparando el almuerzo. Como Rosemary se había ocupado del postre, Ellis quedó a cargo del plato principal, y ella lo observó desde la encimera mientras él metía una pata de cordero al horno. Se había adaptado tan rápido a vivir allí, con Ellis. No parecía que hubieran pasado apenas unas semanas, sino meses. Años, incluso. Se sentía en casa.

Cuando se acercaba el mediodía y faltaba solo una hora para que empezaran a llegar los invitados, Ellis empezó a comportarse de forma extraña. Daba vueltas como si buscara algo, murmuraba para sí, y finalmente salió de la cocina. Cuando pasaron casi quince minutos sin que regresara, Rosemary subió a la habitación. Ellis estaba semidesnudo frente a la cama, que parecía haber sido atacada por una montaña de camisas.

—Siempre puedes estar sin camiseta —sugirió ella.

—Ah, ¿sí? ¿No crees que esté mal visto por la sociedad educada?

—Cuando conozcas a mis amigos, vas a darte cuenta de que «sociedad educada» no es el término adecuado.

Ellis miró con gesto serio el montón de camisas, luego tomó una blanca de algodón al azar y se la puso.

—¿Qué tal así?

Rosemary se acercó despacio, le pasó las manos por la nuca y lo rascó con suavidad, como sabía que le gustaba. Un destello de deseo volvió a encenderse en los ojos de Ellis, imposible de confundir.

—Me gustas con esta.

—¿Sí?

—*Mmm*. —Rosemary se estiró en puntas de pie y lo besó despacio. Nunca se cansaría de eso. De repente, oyó un zumbido constante, desde algún rincón del dormitorio, que antes no había notado.

—¿Hay una abeja aquí adentro?

—No, es mi teléfono —dijo él, soltando un suspiro—. Estuvo sonando toda la mañana, así que lo tiré en el cajón de los calcetines. Subieron a internet unas fotos del día de la librería y se armó bastante revuelo.

—¿En serio? ¿Qué están diciendo?

Ellis le levantó el rostro con la mano.

—Nada de lo que tengas que preocuparte. En su mayoría son solo especulaciones sobre la naturaleza de nuestra relación.

—¿Brody te está hostigando? ¿Es él el que llama?

—Aunque no lo puedas creer, no es él. Me escribió esta mañana solo para decir que responda «Sin comentarios» a lo que llegue y que ya vamos a «tener una charla» antes de mi entrevista de mañana, lo que sea que eso signifique. El zumbido proviene de un montón de periodistas intentando contactarme por redes sociales. Quieren saber si le estoy siendo infiel a Jenna Dunn con la reina de la ficción de terror.

—¿Crees que Jenna está bien?

Ellis sonrió.

—Me escribió para decir que sí. Y que esto le da una excusa para hacer pública su relación con Lyn.

—Me alegro. Olvídate de los periodistas. Que se queden con la duda. No tenemos que decirle nada a nadie.

Una expresión fugaz de decepción cruzó el rostro de Ellis, y Rosemary se preguntó qué había dicho mal.

—Claro. Lo mantenemos en secreto. El equipo del rodaje también sabe que no debe decir nada, así que por ese lado no hay problema. —No la miró a los ojos, y Rosemary sintió una punzada de culpa en el pecho. Había sugerido que lo mantuvieras en privado porque supuso que eso era lo que él quería.

—Te vas mañana —dijo Ellis en voz baja.

—Sí.

—¿Quieres…? —dudó, y ella pensó que quizá le pediría que volviera—. ¿Quieres que te lleve al aeropuerto? —dijo al fin.

Ella le tocó la mejilla.

—No puedes llevarme porque tienes que ir a prepararte para la entrevista con Theo Drake en los estudios.

Él negó con la cabeza.

—Pueden esperarme. Seré una diva por una vez.

—Los dos sabemos que eso no va contigo. Ellis, ve a los estudios. Me pido un taxi.

Él bufó.

—Deja que me ocupe de eso al menos.

Rosemary quería confesarle su deseo de volver. Quería decirle que nunca había sentido algo así por nadie, que él era lo único en lo que pensaba, que no podía imaginar un futuro sin él. Pero no pudo decir nada de eso porque, justo en ese momento, sonó el timbre.

***

Annie Finch, la hermana menor de Ellis, había llegado.

—Traje hierbas para Rosemary —dijo apenas cruzó el umbral. Tenía un tono de voz suave y un poco ronco a la vez, y desprendía una tranquilidad que a Rosemary le encantó de inmediato.

Annie era más baja que Ellis y tenía una figura delicada de curvas redondeadas que, según Rosemary, la hacía parecer una actriz clásica de los años cincuenta. De hecho, su ropa parecía salida de la edad dorada de Hollywood: un vestido rojo oscuro con ribetes de piel que se ceñía a la cintura y se abría hacia abajo, como si ocultara una enagua. Rodeó a Ellis con un brazo, pero, al ver a Rosemary, prácticamente empujó a su hermano.

—Tú debes de ser Rosemary. Qué gusto conocerte por fin en persona. Te traje esto —dijo, extendiéndole una maceta—. Es mejorana. En el lenguaje victoriano de las flores significa «Te deseo alegría y felicidad», y eso es lo que te deseo. Todo lo demás era bastante sexual; casi te compro camelias rojas, pero me acordé de que quieren decir «Eres una llama en mi corazón».

—Gracias, es un detalle precioso —respondió Rosemary, tomando la maceta. Detrás de Annie, Ellis miraba con una sonrisa de oreja a oreja—. Es un placer conocerte por fin —agregó Rosemary.

—Ellis me dijo que escribes novelas de terror y que eres famosa —comentó Annie con total naturalidad mientras iban hacia la cocina.

—Escribo terror, sí, pero no diría que soy famosa.

Annie frunció el ceño.

—Ellis no es de exagerar, así que sospecho que estás siendo modesta.

Rosemary le lanzó una mirada a Ellis; él le guiñó un ojo. Annie se tomó un momento para llenar de mimos a Fig, que estaba panza arriba en medio de la cocina integrada.

—Ellis me contó que trabajas en un museo. Mi amigo Scott es curador en el Museo Británico, y lo conocerás hoy.

—¿El doctor Scott Mason? Conozco su trabajo. La exposición Símbolos de Protección del año pasado estuvo muy bien lograda. Y sí, aunque mi empleo no es tan glamuroso: soy archivista en el museo Merryweather, un museo antropológico pequeño, ubicado en el sur de Londres. Soy una bibliotecaria con un título más pomposo, básicamente.

—¿Y quién es la modesta ahora? —intervino Ellis.

La conversación con Annie y Ellis fluyó con total naturalidad. Ellis le había dicho que en ocasiones Annie podía ser un poco tímida, pero Rosemary no lo notó. Tal vez, por estar con su hermano, Rosemary había logrado pasar por encima de su timidez y ser recibida de inmediato. Eso fue exactamente lo que sintió cuando, minutos después, ambas estaban sentadas en el suelo dándole pequeños trozos de zanahoria a Fig.

—Me alegra que estés aquí, Rosemary —dijo Annie en voz baja, cuando Ellis fue al huerto a cortar más hierbas para decorar los

platos.

—No me cuenta demasiado, ¿sabes? —continuó—. Entró muy joven en el mundo del cine, y no voy a negar que eso cambió muchísimo a nuestra familia. Pero nunca paró. Lo veo en esas películas de acción y se le nota en los ojos que no las disfruta. Cuando me invitó y me habló de tu película… Nunca lo había visto así. Estaba disfrutando. Así que gracias, por escribirla y por estar para mi hermano. —Annie le dio una palmadita en la mano.

—Eh... De nada —balbuceó Rosemary y, antes de que pudiera decir algo más, volvió a sonar el timbre.

—Deben de ser mis amigos —dijo, y se puso de pie.

Hacía varios días que no veía a Dina ni a Immy y, aunque hablaban seguido por el chat grupal, nada la preparó para la explosión de amor que sintió cuando sus dos amigas más cercanas la envolvieron en un abrazo de tres.

—¡Te extrañamos!

—¡Qué bien se te ve! —chillaron las dos junto a su oído mientras la abrazaban.

—Las extrañé tanto...

—No puedo creer que estés saliendo con una celebridad, y encima está *tan bueno*... —dijo Immy, y Rosemary oyó la risa de Eric, el esposo de su amiga, detrás de ellas.

—¡Qué gusto verlos! —dijo Rosemary, abrazando a Eric y luego a Scott, la pareja de Dina. Había un patrón evidente entre las tres amigas: Eric, Scott y Ellis les sacaban al menos una cabeza de altura. Las tres tenían el mismo tipo, y ese tipo era alto.

Rosemary sintió la presencia de Ellis detrás de ella.

—Chicos, les presento a Ellis y a su hermana, Annie —dijo.

Mientras se hacía a un lado del pasillo y veía a sus personas favoritas interactuar por primera vez, Rosemary fue muy consciente de que ese era uno de sus Grandes Momentos de la Vida®. ¿Cuándo fue que Ellis pasó a ser parte de ellos? Mejor aún; ¿cuándo se había convertido en su persona favorita?

Después de las presentaciones, se sentaron a almorzar. Ellis cortó y sirvió la pata de cordero, y Rosemary llenó los platos de todos con

las verduras asadas y las papas Parmentier que habían preparado. Annie y Scott debatían animadamente sobre los métodos de extracción de una excavación egipcia reciente, aunque Rosemary notó que Scott tenía la mano entrelazada con la de Dina y le acariciaba con los dedos el anillo de compromiso. Immy y Eric le contaban a Ellis una anécdota sobre sus gemelos, y era evidente cuánto disfrutaban ser padres. Rosemary les había advertido a sus amigos para que no hicieran preguntas incómodas sobre la fama de Ellis ni sobre cómo era trabajar con otros actores. Quería que se sintiera simplemente Ellis, no una estrella de cine. Y hasta ahora, todo iba perfecto.

—¿En qué vas a trabajar después de esta película, Ellis? —preguntó Immy.

Ellis, que dibujaba círculos en el muslo de Rosemary bajo la mesa, lo que le dificultaba un poco concentrarse en la charla general, respondió: —Aún no lo tengo claro. Depende de varias cosas.

—¿Como cuáles? —preguntó Dina.

—Como dónde va a estar Rosemary. —Rosemary sintió un saltito en el corazón. ¿A qué se refería? Lo miró, intentando leer su expresión, pero él miraba a sus amigos—. Si se vuelve a Estados Unidos, buscaré trabajo allá. Si quiere quedarse en el Reino Unido, lo mismo.

Por fin, la miró.

—¿Harías eso por mí? —susurró ella.

—Claro.

—Es una decisión enorme, Ellis.

—Tú la haces bastante fácil, amor.

De pronto, le pareció que el comedor estaba demasiado lleno de gente para una conversación tan íntima. Ellis debió notar el rubor que le subía por las mejillas, porque le apretó la pierna como diciendo «lo hablamos después» y se volvió para preguntarle a Dina sobre su panadería.

La tarta de caqui de Rosemary fue un éxito rotundo; Dina, sentada en la punta de la mesa, casi gimió al probarla, lo que provocó que Scott le murmurara algo sin duda muy subido de tono al oído. Annie incluso le pidió la receta para sumarla a su colección.

—¿Cocinas? —preguntó Rosemary.

—Para nada. Me gusta coleccionar cosas. Te sorprendería saber cuántas recetas son solo orales y se pierden de una generación a otra si no se escriben.

Después del almuerzo, Eric, Ellis y Scott se encargaron de levantar los platos, y Ellis les prometió un recorrido por el jardín. Mientras ellos salían al frío, Rosemary llevó a Dina e Immy al estudio que Ellis había acondicionado para ella. Annie, que parecía un poco cansada de tanta socialización, dijo que quería echar un vistazo a los libros de Ellis para llevarse algunos prestados.

—¿Pueden creer esto? ¿No es increíble? —dijo Rosemary, señalando los pósteres enmarcados de sus películas de terror favoritas que Ellis había colgado en las paredes—. Incluso puso un comedero para pájaros afuera para que pueda observarlos mientras trabajo.

Dina e Immy se miraron con complicidad.

—¿Qué? —preguntó Rosemary.

—Ese hombre está enamorado de ti.

Rosemary se dejó caer en el puf.

—No, es muy pronto. No puede ser.

—Créeme —dijo Immy—, reconozco las señales. Las vi el año pasado con Scott. Ellis Finch está loco por ti.

—Pero él sabe que me voy a volver.

—¿No lo escuchaste? —replicó Immy—. Te seguiría a cualquier parte del mundo. Si le dijeras que quieres mudarte con él, apuesto a que en una hora ya habría contratado un servicio para hacer traer el resto de tus cosas.

—Están exagerando —dijo Rosemary sin mucha convicción—. El amor no se da *tan* rápido, ¿o sí?

—Por supuesto que sí —respondió Dina—. Yo me enamoré de Scott a los pocos días de conocerlo, aunque tardé más en darme cuenta.

Immy se recostó contra el escritorio, con aire satisfecho.

—Saben que con esto ya voy dos de dos.

—¿De qué estás hablando?

—De mi talento para emparejar gente. Junté a Dina con Scott y ahora a Ellis con Rosemary.

Dina puso los ojos en blanco.

—Explícame cómo fuiste responsable de que Ellis y Rosemary terminaran juntos si ni siquiera estuviste en el *set*.

—¿No recuerdas que mandé al grupo ese video de él besando a un montón de actrices en películas?

—¿Y a *eso* le llamas hacer de Cupido? Sinceramente, estás mal de la cabeza —repuso Dina con una carcajada, lo que le valió un golpe en el brazo por parte de Immy.

Dina se volvió hacia Rosemary.

—¿Cómo se tomó lo de los fantasmas? ¿Se puso raro?

—Le surgieron muchas preguntas, pero lo tomó mejor de lo que esperaba. De hecho, aquí hay una impronta. La casa antes era una panadería, y he visto al espíritu muy viejo de un panadero.

—Esta casa no podía ser más genial, pero ahora dices que hay un fantasma panadero. Estoy maravillada —dijo Immy.

—Es una casa preciosa. Creo que me gusta estar aquí —admitió Rosemary con cautela. No era que le diera miedo hablar de estas cosas con sus amigas; era solo que solían centrarse en la vida sentimental de ellas, y Rosemary no había tenido nada demasiado serio hasta ahora.

—¿Quieres volver? A Inglaterra, quiero decir —preguntó Dina—. Anoche te leí las cartas y me salió el Loco al derecho.

—Buena señal —dijo Rosemary con ironía.

—Es algo bueno, en realidad. Igual que la Muerte o el Diablo, el Loco tiene mala fama, pero representa nuevos comienzos, aventura, un potencial ilimitado. No es algo de lo que haya que asustarse. Y me hizo pensar en ti. Espero que no te moleste que te lo diga, sabes que lo hago con cariño: claramente no eres feliz en Nueva York. Siempre que hablamos, mencionas los ruidos de tu vecindario y lo difícil que es estar lejos de nosotras y de tu papá.

—No me había dado cuenta de que me quejaba tanto, pero tienes razón. Y es verdad. Solo pienso en lo mucho más lejos que quedaría de mi papá, de Blossom Ridge. Y él está cada vez más grande. Pero

siento que estar aquí es lo más indicado —dijo Rosemary, soltando el aire.

—¿Y qué le digo a Ellis? ¿Me encanta vivir contigo, estar contigo, y creo que siento algo muy fuerte por ti? No hay forma de decirle que quiero mudarme sin que piense que voy en serio. No quiero asustarlo; todo ha sido tan vertiginoso. ¿Y si cree que lo hago por la fama?

Dina le tomó una mano entre las suyas.

—No va a pensar eso. Te lo digo yo: ese hombre también siente algo muy fuerte por ti, como tú misma has dicho. Si no salió corriendo cuando le contaste que ves fantasmas, no hay nada que vayas a hacer que lo espante.

***

Las palabras de Dina quedaron resonando en los oídos de Rosemary durante el resto de la tarde, incluso después de que todos se hubieran ido. Rosemary estaba en la habitación poniéndose ropa más cómoda cuando Ellis la llamó desde abajo, en un susurro teatral.

—Amor, ven rápido. Pero sé lo más silenciosa que puedas.

Rosemary no tenía idea de qué pasaba, pero hizo lo que Ellis le pidió y bajó de puntillas.

Él estaba de pie en la cocina, mirando algo a través de las puertas que daban al jardín. Le hizo una seña para que se acercara, con un dedo sobre los labios.

Cuando Rosemary llegó a su lado, Ellis la tomó de los brazos y la giró para colocarla entre él y el cristal.

—Mira el bebedero de pájaros a la izquierda, ¿lo ves?

Rosemary miró y se quedó sin aliento al comprender lo que Ellis le estaba mostrando. Allí estaba, con su cuerpito redondeado, las plumas moteadas de marrón y blanco y un gorrito negro tiznado: un carbonero palustre.

Rosemary casi vibró de emoción.

—No lo puedo creer —susurró, apoyando la frente en el cristal para ver mejor. No era el ave de jardín más llamativa, pero hacía

años que la buscaba para completar su colección de carboneros.

—He estado dejando semillas de girasol en el comedero con la esperanza de que viniera —susurró Ellis.

Se quedaron allí, observando al carbonero palustre mientras se bañaba, y Rosemary se dio cuenta de algo: estaba enamorada de Ellis Finch. Había llevado ese amor consigo día tras día, sin ponerle nombre, dejándolo crecer. Cada gesto, cada palabra de él lo había ido profundizando y moldeando. Y bastó la presencia de ese pequeño pájaro cantor para que lo entendiera.

El carbonero alzó vuelo, pero Rosemary apenas lo notó. ¿Podía decírselo? ¿Era una buena idea?

—Estuve pensando en lo que pasó ayer —dijo Ellis—. Cuando dijiste que no entendías cómo alguien podía vivir así, con tanta atención encima. Me preocupa, Rosemary, cómo sería para ti si lo hiciéramos público. ¿Y si algún día decido salir del clóset? Todas las columnas de chismes, los tabloides... Sería demasiado.

Rosemary se volvió hacia él y fueron a sentarse en el sofá.

—¿Y si te das cuenta de que no vale la pena todo ese acoso? ¿Y si...? —La voz grave de Ellis empezó a quebrarse—. ¿Y si te das cuenta de que no valgo la pena?

Esto estaba mal. No podía seguir así. Rosemary le tomó el rostro entre las manos.

—Escúchame bien, Ellis. Aceptaría sin dudar que me arrastren por el lodo en todos los tabloides del país si eso significa poder estar contigo. Y me voy a enojar muchísimo si intentas hacerte el noble y alejarme por lo que crees que es «mi propio bien».

Ellis respiró hondo, y una sonrisa empezó a arrugarle los ojos.

—¿Estás segura?

—Más que segura —dijo Rosemary—. De hecho, espera aquí. Fue a buscar su computadora y la abrió en la página en la que había estado trabajando más temprano. Antes de que pudiera volver a sentarse, Ellis la atrajo hasta acomodarla sobre su regazo.

—¿Esto era lo que me estabas ocultando hoy?

—Sí. Son las primeras páginas de mi guion para *Julia*. Pensé que no iba a poder con estos plazos. Pero trabajar aquí, estar contigo... Todo se me hace más fácil. Pude avanzar bastante, y quiero que

estés. Quiero que interpretes a David, el protagonista. No puedes decir que no, porque ya no logro imaginármelo con otro rostro.

—¿En serio? —Ellis sonrió y le dio un beso en el hombro desnudo —. ¿No puedes imaginar a nadie más?

—No. Por tu culpa, no puedo pensar en nadie más. Espero que estés contento.

—Estoy muy contento con eso —respondió, y la apretó contra él. Luego, agregó—: Léeme el guion, bonita. —Su voz firme y dominante la hizo arder de deseo al instante. Rosemary tomó conciencia de cómo su trasero, cubierto apenas por unos *leggings* finos, descansaba justo sobre la verga de Ellis, que se endurecía rápido. No pudo evitar frotarse contra él y trató de dejar la computadora a un lado, pero Ellis le detuvo la mano.

—Te dije que leas —le gruñó al oído.

—Está bien —susurró ella, y empezó a leer la descripción de la escena mientras Ellis le separaba las piernas con la mano izquierda. La otra mano la deslizó bajo su camiseta y le acarició uno de los pezones, que ya estaba erecto, lo que le provocó una descarga de deseo directo a su sexo.

—Exteriores. Submarino en las profundidades del océano. La luz del sol no llega... *Mmm*... —A Rosemary ya le costaba continuar cuando Ellis metió una mano en su ropa interior y empezó a trazar círculos sobre su clítoris. Ya estaba empapada.

—Sigue. Sé buena. No dejes de leer.

Rosemary no pudo evitar que la voz le temblara en un gemido.

—La luz del sol no llega al agua. Nos acercamos a una de las ventanas del submarino donde... Ay, por favor, Ellis —dijo con un hilo de voz, arqueándose contra su mano cuando él empujó los dedos hacia el calor de su cuerpo. Estaba al borde, y la forma en que él frotaba su verga contra la costura de sus *leggings* la excitaba cada vez más.

—Quiero que todos sepan que estamos juntos —le dijo Ellis al oído —. Quiero decir que eres mía. Nada de secretos.

El deseo y el orgasmo que empezaba a apoderarse de su cuerpo la estremecieron.

—Yo también quiero eso. Muchísimo. —Ya no podía concentrarse en el guion y corrió la computadora a un lado. Giró sobre el regazo de Ellis hasta quedar frente a frente. Él la devoró con ojos oscurecidos.

—¿Qué más quieres, Rosemary? ¿Quieres volver?

—Sí. —Se arqueó contra él, sin romper el contacto visual. Era más que sexo; sentía que Ellis podía mirar dentro de su alma.

—¿Quieres estar con tus amigas, mudarte aquí? —Sus dedos se movían cada vez más rápido.

—Sí.

—¿Estar conmigo? —Su autocontrol se desmoronaba. Ella acercó el rostro al suyo.

—*Sí, Ellis.*

Con un sonido ronco, Ellis la colocó en cuatro patas sobre el sofá y le bajó los *leggings* de un tirón. Volvió a llevar las manos a sus caderas, y Rosemary oyó el sonido obsceno de él escupiendo en su sexo desde atrás, lo que le provocó una descarga aún mayor.

—¿Puedo, bonita? —preguntó con voz entrecortada.

—Sí. —Al instante, Ellis estaba adentro de ella, penetrándola sin piedad, con una mano enredada en su pelo. Fue rápido, duro, brutalmente exquisito. Rosemary gimió, alcanzando orgasmos sin parar, sin que la ola de placer cediera. Él la penetró así hasta que le brotaron las lágrimas y los gemidos salvajes le rasgaron la garganta. Era algo primario, la fuerza de él embistiéndola por atrás.

—Eres mía —rugió Ellis.

—Tuya, Ellis. —El orgasmo la arrasó con violencia y gritó de placer. Ellis acabó con ella, pronunciando su nombre mientras la llenaba. Incluso después de salir, siguió estimulándola con las manos.

—Me encanta cómo recibes mi semen. Es algo hermoso de ver —susurró contra su piel, besándole toda la espalda—. Mía —repitió, una y otra vez, hasta que el mundo de Rosemary se hizo añicos una vez más.

33

La casa estaba vacía sin Rosemary; incluso Fig parecía sentir su ausencia. La perrita había despertado a Ellis a las cinco de la mañana, escarbándole el costado y presionándole el brazo con las dos patas delanteras.

El lado de Rosemary —porque se había convertido muy rápido en el lado de Rosemary de la cama— estaba frío, la almohada intacta. Se había vuelto a Savannah el día anterior, después de pasar un último día con él. Había ido al *set* con Ellis y, cuando no necesitaba quedarse mirando, aprovechaba su camerino para escribir.

La noche anterior había logrado un gran avance en su borrador y, después de terminar la jornada, habían ido a celebrarlo al café de Dina antes de que cerrara. Ellis probó una porción de selva negra y, sin saber bien por qué, le recordó la primera vez que había tenido a Rosemary entre sus brazos, el aroma dulce, floral y a vainilla de su perfume.

Pasó el día trabajando en el jardín, plantando bulbos de tulipán y planeando dónde pondría el caqui de Rosemary.

—Va a volver —le aseguró a Fig mientras le daba de cenar temprano ese día. Aunque la extrañaba, por primera vez Ellis sintió que la soledad que lo había acompañado como un espectro durante la última década empezaba a disiparse. La amaba, tenía a Fig y ya lo habían sumado a un chat grupal con Scott y Eric; incluso tenían planes para ir a remar a mediados de enero. Ritual masculino, recordó que Rosemary le había advertido, y sonrió.

El auto llegó a buscarlo para llevarlo al programa de Theo Drake apenas antes de las cuatro de la tarde. De camino, Ellis pensó en sus planes para el regreso de Rosemary en Año Nuevo. Iría a

buscarla al aeropuerto, y quizá le compraría un ramo de tulipanes. Calculaba que aguantaría cinco minutos antes de decirle que la amaba. Una parte enorme de él había querido decírselo antes de que se fuera. Pero después de lo ocurrido en la librería, cuando la multitud los había rodeado, Rosemary había sido muy clara en que no podía vivir así. Y él se había asegurado de que no viera lo que la gente estaba diciendo en internet. Mucho era halagador, pero algunos de esos trols... Pensar en lo que habían escrito lo llenaba de furia. Sabía que ella tendría que lidiar con esa mierda todo el tiempo si hacían pública la relación. Habían vivido dentro de una burbuja intensa, y pensó que pasar un tiempo con su padre le daría a Rosemary el espacio para decidir si de verdad quería esto con él. Y entonces, solo entonces, le confesaría lo enamorado que estaba. Y cuánto seguía enamorándose.

***

Dos horas después, Ellis estaba en el estudio, vestido con un traje entallado. Había logrado convencer a su maquilladora de que se llevara a su casa uno de los cinco ramos de flores que le habían dejado en el camerino.

Rosemary tenía señal intermitente en la granja familiar, pero le había enviado una foto con una sudadera puesta y un diminuto gatito anaranjado dormido dentro de la capucha.

«Ojalá estuvieras aquí», decía el mensaje. «Éxitos esta noche, llámame después y cuéntame cómo te fue». Ellis también deseaba estar allí con ella, quizá la próxima Navidad. Le encantaría aprender con su padre sobre plantar flores.

Rosemary estaba siete horas atrasada con relación a la hora en Inglaterra, pero le dijo que encontraría la forma de ver el programa de Theo Drake en vivo cuando saliera al aire el sábado por la noche. Era el especial de Navidad y todo el estudio estaba cubierto de guirnaldas azules y moradas, la paleta característica del diseño del programa. Un asistente de producción con cara de agotamiento lo condujo al camerino común y, apenas se sentó en el sofá a esperar que lo llamaran como invitado, su teléfono sonó.

Ellis suspiró al ver el nombre de Brody en la pantalla.

—Hola, Brody —contestó.

—Ey, amigo, ¿cómo va todo? —La alegría falsa en su voz no era buena señal. Brody nunca lo llamaba «amigo» a menos que pasara algo malo.

—Bien. Esperando a que me llamen para charlar con Theo.

—Sobre eso... —«Ahí vamos», pensó Ellis—. Habrás visto las publicaciones.

—No, no vi nada. Estuve ocupado.

—Me imagino —dijo Brody, riendo—. Están por todo internet. Fotos tuyas con la guionista. ¿Cómo se llama?, ¿Rosie?

—Rosemary —dijo Ellis entre dientes. No le gustaba oír su nombre en boca de Brody.

—Claro. Bueno, ¿qué piensas decir si Theo pregunta por tu aventurita?

Ellis respiró hondo. Era ahora o nunca.

—Voy a decir la verdad, Brody. Que nunca estuve saliendo con Jenna, que Rosemary no es ninguna «aventura», sino mi novia, que estamos muy bien y que agradecería que se respete nuestra privacidad.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea.

—Me temo que eso no va a funcionar, Ellis.

34

El día anterior a la entrevista, Rosemary había aterrizado en el aeropuerto de Atlanta. Durante buena parte del vuelo, alternó entre investigar cómo mudarse al Reino Unido siendo ciudadana estadounidense y ver películas de terror.

La idea de decirle a Ellis que lo amaba y que quería mudarse al Reino Unido —no *por él*, aunque sin duda era un factor importante— la había llenado de energía. Sentía el cuerpo más liviano. *Así debía ser el amor*. Estaba muy emocionada por ver a su papá y volver a la casa donde había crecido, pero una parte enorme de ella estaba igual de emocionada por el viaje de regreso a Londres. No era solo Ellis: había estado pensando en mudarse allí en general. Estar más cerca de Dina y de Immy, sobre todo ahora que los gemelos de Immy estaban creciendo. Construirse una vida en un lugar que amaba, con personas que amaba. Tendría que darle la noticia a su papá, por supuesto, y no le entusiasmaba nada esa charla, pero planeaba postergarla hasta después de Navidad.

A solo dos días para las fiestas, el aeropuerto de Atlanta estaba engalanado de pies a cabeza con decoración navideña. Después de los adornos bastante más sobrios del Reino Unido, Rosemary había olvidado lo intensa que podía ser la Navidad en su país natal.

Vio a su papá esperándola junto a la barrera de llegadas; llevaba un solo tulipán amarillo que sabía que él mismo había cortado para ella ese mismo día.

—Hola, mi cielo —dijo, y le dio un abrazo de oso. Rosemary sabía que había heredado de su papá esa habilidad excepcional para abrazar; Immy y Dina se lo habían dicho muchas veces: un «abrazo a lo Rosemary» era un abrazo muy selecto. Pero a ella le encantaban

esos abrazos, esa sensación de quedar envuelta por completo. El aroma terroso de su papá se mezcló con el de la flor y suspiró, sintiendo cómo se le aflojaban los huesos, esa calma que solo aparece cuando te abraza uno de tus padres.

—Hola, papá. Te extrañé.

Parpadeó para contener las lágrimas y lo miró. Russell Shaw era alto y fibroso, mientras que Rosemary había heredado la baja estatura de su madre. Pero, además del talento para abrazar, también había heredado de su papá el tono de piel: ambos pálidos y pelirrojos, aunque los antebrazos y el rostro de él estaban cubiertos de muchas más pecas, fruto de pasar tanto tiempo al sol.

La última vez que había vuelto a casa había sido seis meses atrás, y desde entonces había pasado de todo.

—¿Qué tal el vuelo? ¿Cómo va el rodaje?

—Bien. Vi un montón de películas. Y el rodaje va genial. Ellis es perfecto como Alfred. —*Cómo cambian las opiniones*—. Y el director es fantástico. —Le había contado por mensaje que estaba saliendo con Ellis, pero sin entrar en detalles. Por suerte, su papá no había preguntado mucho, aunque ella sospechaba que en ese mismo momento se estaba conteniendo para no soltarle una avalancha de preguntas.

—Ajá... ¿Y estamos hablando de Ellis Finch, la estrella de cine? —empezó, arqueando una ceja y acomodándose la gorra gastada con la mano libre. Era una gorra de color verde oscuro con un girasol, el logo de la Granja de Flores y Frutas Shaw. Había sido la primera gorra que sus padres produjeron como artículo promocional del negocio; más bien un prototipo.

Su mamá había cosido a mano el nombre y las flores, un poco torcidos y desparejos. Rosemary recordaba que, cuando mandaron a imprimir profesionalmente el primer lote de gorras, su madre intentó darle una nueva a su papá, pero él se negó. Dijo que la vieja ya era perfecta. Esa misma noche, Rosemary estaba leyendo en el porche cuando vio a sus padres bailando lento entre los girasoles, celebrando una cosecha exitosa. No había música, pero se movían a un ritmo que solo ellos podían oír, rodeados de pétalos amarillos a la altura de los hombros.

—Sí, la estrella de cine. No te pongas raro con eso, papá.

—No, no. ¿Algún día podré conocerlo y darle la charla de rigor?

—¿Qué soy? ¿Una niña de dieciséis?

—Siempre vas a ser mi niña, cielo —dijo, y le rodeó los hombros con un brazo y le dio un beso en la sien—. Tengo una sorpresa en el auto.

—Ya me trajiste flores, papá.

—Bueno, no me dejaba en paz, así que tuve que traerla.

—¿A quién? —Rosemary miró hacia la camioneta Chevy de su papá, que estaba a unos pasos en el estacionamiento del aeropuerto. No veía a ninguna mujer adentro. Pero al acercarse, vio una cabecita anaranjada, con orejas puntiagudas y tupidas, que se asomaba justo por encima del borde inferior de la ventanilla del lado del pasajero. Una señal en la pantalla interna del vehículo indicaba que la temperatura estaba ajustada para el control de mascotas y un aviso decía: «Mi dueño vuelve enseguida». Y maullando como si le fuera la vida en ello, había una gatita flaca, anaranjada, con los ojos más redondos que Rosemary hubiera visto.

—Ay, por favor, ¿es una de las crías que encontraste en el granero? —preguntó, mientras su papá acomodaba la maleta en la parte trasera.

—Sí. Es la más pequeña, estoy casi seguro. Y la única color jengibre; los demás son todos blanco y negro.

—¿Llegaste a encontrar a la mamá?

La sonrisa de su papá se apagó.

—Sí. No sobrevivió. La enterré en el campo de girasoles. Creo que era callejera; debe de haber encontrado el granero y pensó que era un buen lugar para parir. Cuando hablé con el veterinario, me dijo que probablemente ya era demasiado grande para otra camada.

—Qué triste. ¿Los otros gatitos siguen en la casa?

—Sí, les armé una camita en la sala. Pero a esta no —dijo, señalando a la gatita anaranjada a través del vidrio—. Es un peligro y no quiere dormir en otro lugar que no sea la almohada de tu cama, así que espero que no te moleste compartirla.

Lo dijo con un tono gruñón que hizo que Rosemary sospechara en secreto que adoraba a la gatita y que, muy probablemente, él mismo

la había puesto en la cama de Rosemary desde el principio, aunque jamás lo admitiría. Abrió la cerradura y Rosemary se acomodó en el asiento; la gata se le subió encima de inmediato, clavándole las diminutas garras afiladas en las piernas.

—Pero mírate, si eres una preciosura —le dijo con voz dulce, alzándola contra su pecho. De inmediato, la gatita empezó a amasar con sus patitas en los antebrazos de Rosemary y a restregar la cabeza contra su pecho.

—¿Ves? Te lo dije —dijo su padre, acomodándose en el asiento del conductor—. Un peligro con patas.

—¿Qué nombre le pusiste? Es diminuta.

—Diminuta pero brava. Me recuerda a ti —dijo él y soltó una pequeña carcajada—. Le digo Abe, de Abejita, porque la encontré dormida dentro de tus viejas botas de goma negras con rayas amarillas.

—Abe... Me gusta. Le queda perfecto.

Abe estaba claramente agotada después de tanto alboroto y de la emoción del viaje, y no tardó nada en quedarse dormida en el hueco del brazo de Rosemary. No hacía tanto frío como en Inglaterra, pero igual Rosemary estaba bien abrigada y cubrió a Abe con su bufanda como si fuera una mantita.

Durante la hora siguiente, Rosemary charló con su papá de a ratos mientras dejaban atrás Atlanta y comenzaban el viaje de tres horas hasta Blossom Ridge. Su papá encendió la radio y se puso a tararear viejas canciones *country*, y la mente de Rosemary se fue aquietando mientras contemplaba las carreteras anchas y vacías. Debió de quedarse dormida, porque la siguiente vez que abrió los ojos ya estaban girando a la izquierda para entrar en el camino de su casa, con el enorme roble antiguo, cubierto de musgo español, que llevaba allí más tiempo que su familia y cuya copa se inclinaba sobre el buzón y la entrada.

La casa familiar de Rosemary era una casa de granja clásica de una sola planta, con un porche blanco que la rodeaba por completo y persianas verde oscuro. Árboles altos la protegían del peor calor en verano y la envolvían en invierno. Detrás de la casa, ahora fuera de la vista, se extendían los campos de flores y calabazas, todos en

reposo hasta la primavera. Los invernaderos de flores quedaban hacia el este de la casa, justo en el límite del terreno. Y en el centro de todo, el viejo cerezo. El lugar favorito de su mamá, y donde la habían enterrado. Rosemary miró las dos sillas vacías del porche y, por un instante, casi esperó ver a su madre sentada en su lugar de siempre. Había una manta sobre una de ellas, y casi podía imaginar que su mamá simplemente había entrado un momento a preparar una tetera.

Su mamá siempre tenía olor a té dulce y flores de cerezo, y por un segundo Rosemary juró haber oído su risa estridente flotando en el aire. Pero habían pasado doce años. Había buscado un espíritu, aunque fuera una impronta, y no había nada. Tal como Cecilia le había dicho, había un lugar después de esto, lleno de paz y tranquilidad, y ahí era donde su mamá estaba ahora.

—¿Estás bien?

Rosemary miró a su papá.

—Es que la extraño.

—Lo sé. Yo también —dijo él, y le apretó la mano.

Bajaron de la camioneta; su padre tomó la maleta mientras Rosemary entraba a Abe, dormida y envuelta en la bufanda.

Enseguida le mandó un mensaje a Ellis para avisarle que había llegado bien, junto con una foto de Abe. Él respondió con una imagen suya con Fig en el jardín.

Empujó la puerta principal, que se abrió con su chirrido familiar, y la recibió el olor de la casa de su infancia: el té de jengibre que tomaba su papá, la ropa limpia secándose sobre los radiadores y el aroma fuerte del barniz para madera que venía del garaje.

Todo se veía igual, desde la manta hecha a mano por su abuela estirada sobre el respaldo del sofá en la sala, hasta las fotos familiares en la pared y la alfombra roja gastada que se extendía por el pasillo hasta la cocina.

La Navidad nunca había sido una fiesta importante en su casa, pero su papá había colgado dos calcetines sobre la chimenea y había un arbolito bajo, adornado con luces de colores, en un rincón.

No esperaba ser emboscada por cuatro gatitos blancos y negros, que se enredaron entre sus pies maullando para llamar su atención.

Abe decidió que ese era el momento perfecto para despertarse y marcar territorio sobre Rosemary, clavándole las garras diminutas en el brazo y armando un escándalo de proporciones.

—Tranquilos, tranquilos —dijo su papá, dándole un empujoncito a la puerta para cerrarla—. Ya les dije que venía, y ustedes prometieron portarse bien. —Su papá, canoso y famoso por no ser un hombre al que le gustaran los animales a menos que estuvieran sazonados en su plato o trabajando en la granja, les hablaba a los gatitos como si fuera su entrenador en un partido infantil. Rosemary sintió que el corazón le iba a explotar.

Se puso en cuclillas, y Abe se le escapó de los brazos para ir a jugar a pelearse con sus hermanos. Era notorio lo mucho más pequeña que era y cómo resaltaba su pelaje anaranjado brillante entre el montón blanco y negro. Rosemary escuchó un maullido más grave y suave procedente de la sala, y vio a una gata adulta, de color carey, entrar en el pasillo para separar la pelea cuando el juego empezaba a volverse demasiado brusco. Había un resplandor tenue alrededor de la gata, y sus patas avanzaban sin hacer ruido sobre el suelo de madera.

—Su mamá sigue aquí —dijo Rosemary. Se inclinó y extendió una mano; la gata fantasma se acercó y le dio un cabezazo. No sintió nada más que un ligero frío momentáneo en los nudillos, como el roce suave de una exhalación.

—¿Su mamá? Ah. —Su papá miró hacia el espacio vacío donde Rosemary tenía la mano extendida.

—Bueno, está bien. Así les hace compañía cuando yo estoy en el campo.

Rosemary y su papá no hablaban mucho sobre sus habilidades, y solo una vez él le había pedido que buscara a un fantasma.

Un par de semanas después de que su mamá muriera, su papá le preguntó si la había visto por ahí. Parecía casi esperanzado, y a Rosemary se le partió el corazón al tener que decirle que no. Pero el año pasado, en la boda de Immy y Eric, Rosemary había visto a su mamá.

La noche de Halloween había bailado alrededor de una fogata con Immy, Dina y Nour, la madre de Dina. Cada una sostenía una vela de

Babilonia; las velas ardían con una llama azul intensa y, durante unos minutos, podían invitar a un ser querido a bailar con ellas alrededor del fuego. Los espíritus que acudieron no eran fantasmas exactamente, porque ya habían cruzado a lo que fuera que existía más allá. Ninguna de las mujeres que bailaban alrededor de la fogata podía verlos, salvo Rosemary. Vio a las tías de Dina, que parecían versiones más jóvenes de Nour. Vio a Immy con su abuela, las dos con la misma expresión traviesa. Y a su lado, devuelta a este plano por un instante, estaba su madre. Se veía más joven de lo que Rosemary la recordaba, con el cabello largo y suelto sobre los hombros.

Había un millón de cosas que Rosemary había soñado con volver a decirle a su mamá si alguna vez tenía la oportunidad, pero en ese momento fue suficiente con estar juntas, bailando una canción que a las dos les encantaba. Sintió el calor de las manos de su mamá entre las suyas, el aroma de su té dulce y de su jabón de rosas flotando en el aire, y eso bastó.

—Te quiero, mamá —susurró, justo antes de que la vela se apagara. El espíritu de su madre sonrió, ya desvaneciéndose, y por primera vez desde su muerte, una parte del corazón de Rosemary se volvió a unir. La siguiente vez que regresó a su casa de visita, le contó a su papá sobre aquella noche de Halloween.

—Qué bonito —dijo él, y se quedó mirando en silencio por la ventana. Más tarde esa noche, Rosemary miró por la ventana de su habitación y lo vio sentado en el suelo, junto a la tumba, acomodando la tierra a su alrededor.

***

Al día siguiente, Rosemary se sentó en el sofá para ver *The Theo Drake Show*. El programa se transmitía en vivo a las nueve de la noche en el Reino Unido, así que allí apenas era media tarde.

Se habían mensajeado antes de la grabación, pero ella sabía que, una vez que él llegara al estudio, estaría tan ocupado que no tendría noticias suyas hasta después del programa.

Su papá se dejó caer a su lado en el sofá, mientras los gatitos se les trepaban por las piernas para acomodarse encima de ellos.

—¿Un dulce de chocolate? —dijo Rosemary, ofreciéndole una lata que había comprado en una tienda especializada en Foxleigh. Prefirió no decirle a su papá el nombre del local, que, tras perder una letra del letrero, ahora parecía el título de una película porno.

—¿Alguna vez te dije que eres mi hija favorita? —dijo él, riéndose mientras robaba un puñado. Rosemary sonrió y cambió al canal satelital que les permitía ver programas británicos en tiempo real.

Los créditos iniciales del programa aparecieron en la pantalla, acompañados por la cortina musical, y Rosemary sintió que el corazón se le subía a la garganta. Esto estaba pasando de verdad. ¿Qué iba a decir Ellis? ¿De verdad iba a anunciarle al mundo que estaban juntos? Otra vez tuvo la sensación de estar al borde de uno de esos Grandes Momentos de la Vida®, y pronto no habría vuelta atrás. Bien. Quería a Ellis. Quería compartir una vida con él.

En la televisión, Theo Drake le dio la bienvenida a Ellis y lo invitó a sentarse en el sofá. Tenía puesto un traje impecable, pero Rosemary notó de inmediato que algo no estaba bien. Bajo el resplandor crudo de los focos, su piel se veía pálida y caminaba hacia el sofá con el cuerpo rígido. ¿Se habría enfermado después de que ella se fue? Sin duda, parecía enfermo. Cuando se sentó, dio un largo trago a su vaso de whisky y luego pareció recomponerse, haciendo aparecer una sonrisa ganadora en su rostro. Pero a Rosemary no podía engañarla. Algo había pasado. Se le hizo un nudo en el estómago.

—Bueno, parece un tipo agradable —comentó su papá, sonriendo al ver cómo Rosemary se había desplazado hacia el borde del sofá.

—Eh... Sí, es verdad —respondió ella sin convicción. No se podía negar que Ellis era magnético en pantalla, pero sus ojos no reflejaban la sonrisa que tenía pegada en el rostro.

Theo Drake le hizo una serie de preguntas sobre su película más reciente de la saga *Soldado de la justicia*, que pronto estaría disponible en varias plataformas, y también sobre el rodaje de *La posesión del mal*. Hasta ahí, nada fuera de lo normal. Ellis le había dicho a Rosemary que le gustaba ir al programa de Theo Drake

porque nunca le hacía preguntas incómodas. Entonces, ¿por qué estaba bebiendo whisky como si necesitara valor?

Y entonces llegó el momento. La pregunta que no tendría vuelta atrás para ninguno de los dos.

Theo adoptó un aire conspirativo.

—Ellis, no podríamos tenerte en el programa sin hablar de lo que ocurrió recientemente en una pequeña librería londinense llamada The Reader's Rest, ¿verdad? Por favor, saca a nuestra audiencia y a quienes nos ven desde casa de la incertidumbre y dinos cuál es la naturaleza de tu relación con la reina de la ficción de terror y guionista de tu película más reciente, Rosemary Shaw.

La piel de Ellis se veía pálida y húmeda bajo las luces del estudio. No habló de inmediato; miró fijo a la cámara, como si estuviera mirando directo a Rosemary.

—Di algo —susurró ella a la pantalla.

Una foto apareció detrás de él, y Ellis se giró para mirarla: eran los dos en la librería, tomados de la mano mientras escapaban de la horda de fans.

—Rosemary es una buena amiga. Una colega. Hizo un trabajo increíble con la adaptación del guion de *La posesión del mal*, y asistí a su firma de libros porque... disfruto leer sus novelas.

Rosemary tragó saliva, pero sintió gusto a ceniza en la boca. Su visión se redujo a un túnel y los bordes se oscurecieron. Las risas metálicas del programa le retumbaron en la cabeza y una sensación de náusea le subió por la garganta. No era posible. Debía de haber escuchado mal.

—¿Tenemos que creer entonces que vas de la mano con todos tus colegas del *set*? —preguntó Theo.

—Te sorprendería; soy muy afectuoso con mis amigos —respondió Ellis, sonriendo al entrevistador, aunque solo mostraba los dientes.

—¿Por qué estás mintiendo? —dijo Rosemary a la pantalla, pero su voz sonó como un sollozo entrecortado.

Ellis se movió en el asiento, pero no parecía sentirse más cómodo.

—Como saben, sigo saliendo con Jenna Dunn.

Rosemary vio cómo su boca formaba las palabras, pero no podía asimilar lo que estaba escuchando. Ese no era el mismo hombre que

le había construido una oficina, que había dicho que se mudaría al otro lado del mundo para estar con ella. Apenas había pasado un día desde que se había ido de Inglaterra. ¿Era tan fácil de olvidar?

Una parte racional de su mente sabía que todo esto olía a la mano del agente de Ellis; ¿por qué, si no, diría que seguía con Jenna? Pero lo había creído más valiente. Se había sincerado con ella, y por eso Rosemary pensó que, por fin, tendría el coraje de plantarse frente a Brody. Se puso de pie de golpe.

—¿Cielo? —Su papá estiró la mano hacia ella.

—Dame un minuto, papá. —Salió tambaleándose hacia el jardín trasero mientras las lágrimas le nublaban la vista. El atardecer era más hermoso de lo que podía soportar: nubes rosadas como lirios y los trinos de reinitas capuchinas y sinsontes del norte entre los árboles.

Respiró hondo una y otra vez, y casi tuvo que reprimir una risa amarga cuando vio el rostro de Ellis aparecer en la pantalla de su teléfono, que no dejaba de sonar.

No quería enfrentarlo, pero necesitaba saber. Contestó.

—Rosemary, por favor, déjame explicarte. No fue lo que pareció.

El tono áspero de su voz, la voz que ella amaba, fue como un puñal en el estómago. Lágrimas calientes, llenas de rabia, le corrieron hasta la barbilla.

—No tienes derecho a explicarte, Ellis. Perdiste esa oportunidad en el momento en que le anunciaste a todo el puto mundo que no estás conmigo.

—Tenía que hacerlo. Lo hice por ti —dijo él, con la voz lejana y quebrada.

—¿Qué carajo significa eso? ¿Que lo hiciste por mí? ¿Se supone que debo darte las gracias? Déjame adivinar. Fue Brody, ¿no? Brody te dijo que tenías que decir esas cosas y tú no tuviste más remedio que hacer lo que te dijo.

—Sí.

—Es patético, Ellis. Y lo sabes. Dejaste que te pasara por encima y no pudiste enfrentarlo. ¿Ni siquiera por mí? —Las manos le temblaban.

—Iba a contárselo a todo el mundo —dijo Ellis.

—¿Qué?

—Al principio pensé que era el mismo chantaje de siempre, amenazándome con revelar mis «perversiones», pero le dije que no me importaba. Y es verdad. Sabes que soy bisexual, lo sabe toda mi familia y todos los que me importan. Me da igual que el mundo lo sepa, Rosemary. Eso le dije a Brody. Y lo despedí.

A Rosemary le temblaba tanto la mano que tuvo que sujetar el teléfono contra la oreja con el hombro.

—No entiendo. ¿Entonces por qué…?

—Tiene un video. —Al oír esas palabras, Rosemary sintió que se le helaba la sangre.

—Brody nos mandó a seguir ese fin de semana en el *set*, cuando Jenna apareció para la foto. Soy un idiota. Creí ver un auto que nos seguía, pero pensé que me estaba volviendo paranoico. Tiene un video de nosotros, creo que en la colina, cuando me estabas haciendo sexo oral. Dijo que si no le decía a Theo Drake que solo éramos colegas y que yo seguía con Jenna, iba a publicar el video. Habría arruinado tu carrera, Rosemary. No me importa un carajo lo que me pase a mí, pero tú... Estás a punto de alcanzar otro nivel de fama como autora, y no quise que esto te hundiera.

—¡Esa no era tu decisión, Ellis! —gritó ella—. Dijiste que siempre me contarías estas cosas, que las hablaríamos. ¿De verdad era tan imposible intentar llamarme?

—No había tiempo. Tuve que tomar una decisión. Hice lo mejor para ti, amor.

—No tienes ningún derecho a decidir qué es lo mejor para mí.

—Rosemary, habría sido una tortura; te habrías vuelto famosa por los peores motivos. Vivirías un acoso constante, fotos, persecución. Habrían destrozado tu vida y la de tu familia. Hice lo que tenía que hacer para protegerte. Porque te amo.

¿Es posible sentir cómo se rompe un corazón? Todo lo que había querido oír, y llegaba demasiado tarde. Incluso ahora, una parte racional de su mente estaba de acuerdo con él. Sonaba a tortura: tanta atención, tanta notoriedad y fama por motivos equivocados. Odiaba pensar que Ellis pudiera tener razón. ¿Y si no podía con eso? Rosemary sabía que no estaba siendo racional, pero el dolor era

demasiado grande para ignorarlo. *No lo alejes por esto; él también está sufriendo*, gritaba una vocecita dentro de ella, pero la acalló con facilidad. Necesitaba espacio. Necesitaba respirar.

Cuando habló, fue como si estuviera fuera de su propio cuerpo, oyendo a otra persona hablar por ella.

—No, Ellis. Lo hiciste porque tienes miedo y vergüenza. Eso no fue por mí. No puedo con esto. Necesito espacio. No me contactes. Por favor. —Y cortó. Lágrimas calientes y furiosas resbalaban por sus mejillas; se derrumbó sobre el césped y cedió al dolor que la invadía: un sollozo le desgarró la garganta. Lo amaba, y él la amaba a ella. Pero todo había terminado.

***

Rosemary se despertó un rato después; estaba acostada en su cama, cubierta con una manta, sin saber cómo había llegado ahí. Algo le hacía cosquillas en la oreja. Giró la cabeza y se encontró con el vientre suave y cálido de Abe, que había curvado su cuerpito alrededor del costado de la cabeza de Rosemary, con una patita apoyada en su cuello. Sobre su pecho, aunque no podía sentir su peso, estaba la gata fantasma hecha un ovillo, observándola con sus ojos luminosos, como diciendo: «Estoy aquí, vuelve a dormir». Rosemary sintió el cuerpo entumecido. Era demasiado pronto para pensar; aún no estaba lista. Se dejó llevar otra vez por el sueño, reconfortada por un rato por la respiración suave de Abe.

35

Rosemary se despertó al oír unos golpes en la puerta de su habitación.

—Hola, cielo, ¿puedo pasar?

—Sí —dijo con voz ronca.

Su papá entró con una taza de café y una dona glaseada de fresa con chispas que, con toda seguridad, había ido a comprar al pueblo, tal como solía hacer para animarla cuando ella era chica. Los dejó sobre la mesa de noche y abrió las persianas.

—No voy a preguntarte si estás bien, porque sería una pregunta estúpida cuando sé que no es así. Solo voy a decirte que te quiero y que Dina e Immy han estado llamando a la casa toda la mañana para hablar contigo. Dijeron que cuando despertaras, las llamaras. —Se inclinó y le dio un beso en la frente—. Estoy abajo si me necesitas.

Rosemary gimió y se incorporó en la cama. Había puesto el teléfono en modo No molestar y, cuando lo revisó, vio que había más de cien mensajes de Dina e Immy en el chat grupal. Tocó para iniciar una llamada grupal.

—Voy a *matarlo* —dijo Immy apenas su rostro apareció en la pantalla.

—Tú lo matas y yo le lanzo un hechizo; no me importa cuáles sean las consecuencias —añadió Dina.

Rosemary se vio reflejada en la pantalla del teléfono. Dios, se veía fatal: tenía el rostro hinchado y enrojecido de tanto llorar.

—Hola —logró decir con un hilo de voz. Abe había saltado otra vez a la cama y ahora amasaba con sus patitas diminutas entre las piernas de Rosemary. Gracias a Dios por esa gatita.

—¿Cómo estás, *habiba*? —preguntó Dina, acercándose al teléfono como si así pudiera verla mejor.

—No lo sé. No termino de entender qué pasó.

—¿Terminaron? No entiendo por qué dijo esas cosas.

Rosemary dejó que las lágrimas cayeran sin freno mientras les contaba todo.

—Los hombres son una porquería —dijo Dina—. Dime si quieres que le haga algún hechizo. Cuando alguien lastima a mis mejores amigas, no tengo ningún dilema moral.

—Te aviso —dijo Rosemary. Tomó un sorbo de café y le dio un mordisco a la dona, y poco a poco fue volviendo en sí.

—Lo peor es que yo también iba a decirle que lo amaba.

—Ay, Rosemary.

—Lo sé. Qué tonta.

—No eres ninguna tonta —dijo Immy con firmeza.

—Para nada, *habiba*. Pero sabes lo difícil que puede ser salir del clóset. Tal vez sea cierto que hizo lo que hizo porque pensó que era la mejor forma de protegerte. Eso no significa que tengas que estar de acuerdo, y yo estoy contigo al cien por ciento —le aseguró Dina —. Tómate el tiempo que necesites.

—Lo sé. Sé que tienes razón. Solo necesito espacio para procesarlo todo —dijo Rosemary, con un hipo.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó Dina.

—Quedarme aquí un tiempo. Hay gatitos, y es lindo estar cerca de mi papá. Quiero terminar el guion para *Julia*, y tengo que entregar el borrador.

—¿Y después? —preguntó Immy.

Dina frunció el ceño.

—No la presiones, Imms.

—No pasa nada. Todavía no lo sé —admitió Rosemary. ¿Seguía queriendo mudarse a Londres? Ese había sido el plan antes, pero ahora, después de Ellis... Necesitaba entender cuánto deseaba ese futuro si él no formaba parte, y hasta qué punto su deseo de estar allá había estado ligado a él. Una parte de ella ya sabía que sí, que todavía quería irse, que estar con sus amigas, en el país que más

sentía como un hogar, era el futuro que deseaba. Pero necesitaba tiempo.

—Ya lo voy a resolver.

—Claro que sí —asintió Dina—. Y nos llamas todos los días.

—Si no lo haces, vamos a tener que subirnos a un avión para ir a verte —amenazó Immy.

—Las quiero a las dos.

—Nosotras también.

***

Dos días después, Rosemary ya había dejado de revolcarse en la miseria. Necesitaba aire fresco y sentir el sol en la piel. Se despertó poco después del amanecer, casi al mismo tiempo que su papá, y se quedaron de pie en silencio en la cocina, mirando cómo la luz de la mañana inundaba los campos.

—Feliz Nochebuena, cielo —le dijo él, pasándole una galleta navideña para acompañar el café.

—Feliz Nochebuena, papá. Pensé que hoy podría ayudarte en el invernadero, si te parece bien.

—Siempre viene bien una mano —dijo él y sonrió.

Pasaron la mañana revisando las hileras de plantas para ver si había daños por la helada. Había sido un invierno especialmente frío, y solo pudieron cortar unas pocas flores del invernadero, que su papá vendía una vez al mes en el mercado de productores del pueblo. Si a Rosemary se le cruzaban recuerdos del invernadero de Ellis o del tiempo que habían pasado juntos en su huerto, los hacía a un lado de inmediato.

Después de varias horas de trabajo manual, Rosemary se sentía más ella misma de lo que se había sentido en días.

—Voy a calentar un poco de guiso, si quieres —dijo su papá.

—Gracias, voy en un minuto. Quiero ir a ver a mamá antes.

Él asintió; un destello de tristeza le cruzó el rostro.

Su mamá estaba enterrada bajo el cerezo, cuyas ramas oscuras formaban un arco que protegía el césped bien cuidado. Habían colocado una pequeña lápida a ras del suelo y sembrado la tumba

con semillas de flores silvestres que cada primavera estallaban en una explosión de color. Rosemary se sentó junto a la tumba.

Cuando su mamá le dijo que quería ser enterrada bajo el árbol, Rosemary recordó haberle preguntado por qué, y su mamá le había contestado que, al morir, quería convertirse en parte del mundo que la rodeaba, y a Rosemary le había parecido una forma hermosa de seguir viviendo.

—Hola, mamá —dijo, pasando los dedos por los delicados tallos verdes de las flores dormidas. Se quedó un rato en silencio, dejando que el frío húmedo se le metiera en el cuerpo y le despejara la cabeza. Después de tantos días encerrada en la atmósfera cargada de su habitación, era un cambio agradable. Miró hacia la casa familiar: el sol invernal se reflejaba en las ventanas, pero algo pequeño y anaranjado que avanzaba trotando por el sendero de tierra llamó su atención.

La pequeña Abe, empequeñecida por la hierba alta, la había seguido desde la casa. Y no estaba sola. Detrás de ella, con los bordes brillando en plata, venía la gata fantasma, la mamá de Abe. La gatita corrió hacia Rosemary, que extendió los brazos y la levantó, acunándola contra el pecho.

—Qué valiente eres, viniendo hasta aquí.

Le hizo cosquillas bajo la barbilla diminuta. La gata fantasma se acercó y se sentó junto a las rodillas de Rosemary.

—¿Te estás asegurando de que tu bebé esté a salvo conmigo, mamá? —le dijo a la gata, que la miró con unos ojos demasiado sabios.

Rosemary se quedó bajo el cerezo hasta que el estómago empezó a protestar.

—Vamos, volvamos a casa —dijo, acomodando a Abe en el bolsillo de su enorme abrigo.

La gata fantasma corrió delante de ellas por el camino de tierra.

—¿Está contigo? —preguntó su papá, señalando a Abe cuando Rosemary entró en la cocina por la puerta trasera—. No la veía por ningún lado y me preocupé.

—Me siguió hasta la tumba. Su mamá estaba con ella; creo que está cuidando a su bebé.

Su papá sonrió y se pasó la mano por el pelo, cada vez más ralo.

—¿Lista para comer?

—Por favor.

Se sentaron a la mesa y comieron en un silencio cómodo durante un rato. Rosemary notó que la mirada de su papá se desviaba una y otra vez hacia un libro que había sobre la encimera, titulado *Un libertino para una dama*. Sonrió para sus adentros, pensando cuánto habrían disfrutado Cecilia y Juliet un libro como ese.

—Papá, ¿estás leyendo novelas románticas de época?

—¿Qué? Ah, eh… Es para el club de lectura.

—¿Estás en un club de lectura?

Su papá parecía avergonzado.

—Uno chiquito, local. Se reúnen en el centro parroquial los miércoles por la noche. Leemos de todo, no solo novelas románticas. Este lo eligió María. —Fue a buscar el libro a la encimera y se lo mostró a Rosemary. Ella notó que muchas páginas estaban dobladas y, cuando lo hojeó, vio que había subrayado con lápiz algunos de los pasajes más románticos.

—Parece que lo estás disfrutando.

—Bueno, es uno de los favoritos de María, y pensé que querría comentarlo, así que me pareció que tenía que leerlo y conocer bien la trama y todo eso. —Las palabras le salieron tan rápido y se le enrojecieron tanto las mejillas que Rosemary tuvo que contener la risa. Qué dulce era su padre.

—Por supuesto. —Dio un sorbo lento a su bebida—. ¿Y quién es María? ¿La que organiza el club?

—No, solo va, igual que yo. Es la directora de la escuela primaria del pueblo; reemplazó a Wright cuando se jubiló. —Hizo una pausa —. También es viuda. Perdió a su esposo hace diez años.

Rosemary observó los ojos de su padre y vio esperanza y cautela en su mirada.

—Parece encantadora, papá. Me gustaría conocerla en algún momento, si a ti te parece bien.

Un gesto de alivio le suavizó las facciones.

—Me parece bien, cielo. Quizá el próximo fin de semana podrías ir conmigo al mercado. Suele pasar por el puesto a saludar.

—Claro, papá.

Rosemary lavó los platos mientras su papá limpiaba el desastre que habían hecho los gatitos en el rincón donde comían.

—Oye, sobre Ellis —dijo él, de espaldas a ella.

—¿Qué pasa con él?

—Bueno, sabes que siempre estoy de tu lado.

—Lo sé, papá.

—Y me da la impresión de que ustedes tuvieron algo muy especial durante un tiempo. Supongo que lo que intento decir es que hay un millón de razones por las que alguien puede tomar una mala decisión, por las que *él* pudo haberla tomado, y no quiero que estés pensando que es culpa tuya. Me parece que ahí había mucho más de lo que se ve a simple vista.

Sí, y se llama Brody, pensó Rosemary, pero no dijo nada. Todavía le dolía demasiado hablar del tema.

—Gracias por decir eso, papá.

—Tienes mi apoyo, cielo. Siempre. Incluso si te mudas allá.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo lo supiste?

Él sonrió y se encogió de hombros.

—Eres mi hija. Y siempre pareces más feliz cuando estás cerca de Dina e Immy, en Londres.

—Quiero volver, es cierto —admitió Rosemary—. No de inmediato. Tengo que planearlo. Y voy a venir a visitarte más seguido. Pero... últimamente, cuando pienso en dónde quiero vivir mi vida, siempre es Inglaterra.

Su papá la estrechó en uno de sus característicos abrazos de oso estilo Russell Shaw.

—Me alegra por ti, cielo. Quizá pueda ir a visitarte y traerme algunos esquejes de rosas inglesas. —Volvió al invernadero, mientras Rosemary terminaba en la cocina. Abe se le enredaba en los tobillos, y la gata fantasma estaba sentada en el alféizar, lamiéndose una delicada pata translúcida.

—Salió mejor de lo que esperaba —les dijo a las dos.

La gata fantasma le respondió con un maullido silencioso.

Se sentía más tranquila con la idea de mudarse ahora que su papá había conocido a alguien. No le gustaba imaginarlo solo a medida que envejeciera, sobre todo si ella iba a estar más lejos.

Y, de algún modo, le alegraba que María también fuera viuda, porque así entendería esa forma particular de duelo.

Su papá había sobrevivido a la pérdida de su mamá; ella podía sobrevivir a lo que hubiera pasado con Ellis. El dolor tenía una manera extraña de enseñarte cuán fuerte podías llegar a ser. No había pasado tanto tiempo, y aunque hubiera sido amor, esperaba que con los años pudiera pensar en todo con menos amargura y menos dolor. ¿Y qué si Ellis no iba a ser David en la adaptación de *Julia*? Eso no debía impedirle terminarla y entregarla a su agente como estaba previsto. También podía terminar el borrador de su novela; la presión por acabarlo ya no lo ocupaba todo. Otras ideas, para otras novelas, se gestaban en su mente; historias para las que encontraría tiempo. Todavía no era momento de irse: pasaría Navidad y Año Nuevo allí. ¿Y después? Londres la estaba llamando.

36

Ellis estaba atrapado. ¿Por qué había aceptado asistir a esa gala benéfica de año nuevo? Tenía un vago recuerdo de haber donado algún objeto firmado, pero después de tres whiskies todo era difuso. Así le gustaba vivir últimamente. Había una sola ventaja ese día: su relación falsa con Jenna había terminado. Ella había conseguido el papel en la película que quería, así que él quedaba libre. No haría falta un anuncio oficial de ruptura; la prensa se encargaría de eso.

Lo primero que había querido hacer era ir a ver a Rosemary, pero no podía. Había arruinado lo más valioso de su vida. Lo había hecho para protegerla; habría hecho cualquier cosa por ella. Era suya. Y ese era el problema. Su actitud, esa necesidad dominante de cuidarla, lo había frenado cuando debía llamarla. No le dio opción, y ahora la había perdido.

Dio un sorbo largo a su copa y dejó que el aroma ahumado intenso de la bebida hiciera su mundo un poco más borroso. Una hora más; aguantaría una hora más y después se iría. Al final se trataba de eso: aparecer, sonreír cuando anunciaran su donación y aplaudir cuando cerraran la subasta. Se dejó caer contra el asiento junto a la ventana y observó a la gente que bailaba en el salón, todos en pareja, sus cuerpos entrelazados en una masa de trajes caros y vestidos de diseño.

Repasó una y otra vez la conversación con Brody. Luego, lo que le había dicho a Rosemary. Algo seguía inquietándolo, algo que le había llevado varios días identificar. Brody no le había mostrado el video. Lo lógico era que se lo hubiera mostrado para alardear; ese era su modo de operar. Entonces, ¿por qué no se lo mostró?

Salió al jardín y caminó por un sendero iluminado hasta encontrar una banca. Estaba un poco húmeda, pero no le importó. Se sentó en la oscuridad, escuchando el murmullo y la música que el viento helado arrastraba desde el interior.

—Te vas a enfermar, abuelo, si te quedas aquí mucho tiempo.

Jenna se sentó a su lado.

—No sabía que estabas en la fiesta.

—Era tu acompañante, ¿recuerdas?

Él asintió despacio y bebió un poco más.

—De hecho, te estaba buscando —dijo ella—. Tengo noticias.

—Conseguiste el trabajo.

—Sí, pero eso no es lo que vengo a contarte. Despedí a Brody.

Ellis se giró para mirarla. Esta chica tenía más valor que él.

—Bien. Que se vaya al carajo.

—Que se vaya al carajo —repitió ella, chocando su copa con la de Ellis—. Vine con Lyn. Está en la barra. Supongo que debería agradecerte por habernos presentado.

—De nada. —Ellis no tenía ganas de hablar, y no estaba seguro de soportar muchas más buenas noticias de Jenna, aunque se alegrara por ella.

—Bueno, ¿qué pasa? ¿Por qué estás tan raro? —Jenna se inclinó para mirarlo mejor—. Estás tristísimo. ¿Dónde está Rosemary?

—No está aquí —gruñó Ellis—. La cagué. Asegúrate de no poner a un tipo como yo en tus comedias románticas; al final, todos somos unos idiotas egoístas.

—¿Qué hiciste? No me digas que es por lo que pasó en el programa de Theo Drake. Ellis, eres un imbécil si me pusiste a mí antes que a ella.

Ellis se dio cuenta de lo extraña que era toda la situación: hablar de su ruptura con la mujer con la que había fingido salir, mucho más joven que él y, aun así, mucho más centrada. Tal vez era justo la persona indicada con quien hablar del tema. Ella sabía cómo era Brody.

—¿Sabías que soy bisexual? —empezó. Y le contó todo: las amenazas de Brody, los motivos por los que había aceptado el plan

de la relación falsa y, por último, el supuesto video—. Lo que no entiendo es por qué no me lo mostró —agregó.

—Lo habría hecho; le encanta presumir sus maniobras —coincidió Jenna—. A menos que... no hubiera ningún video.

El mundo de Ellis se volvió nítido.

—No había ningún video.

—Un truco para mantenerte bajo control.

—Mierda.

Se terminó la copa de un solo trago. El alcohol le quemó la garganta y la rabia le tensó los músculos. Ya no sentía frío. Tenía una oportunidad, si se atrevía a tomarla.

—¿Tu hermano no es abogado?

37

—Demasiado pequeño. ¿Dónde piensas meter todos tus libros? —Dina miró la pantalla de la computadora por encima del hombro de Rosemary mientras le preparaba una taza de té de rosas en la diminuta cocina del Airbnb londinense.

—Pero está cerca de un parque y aceptan mascotas. Eso no lo negocio —suspiró Rosemary. Dina tenía razón: terminaría ahogada en su propia biblioteca si alquilaba ese apartamento. Cerró la pestaña y pasó a la siguiente—. Este es el que voy a ver hoy por la tarde con Immy.

Dina lo observó sin decir nada.

—Te parece horrible.

—No...

—A mí sí. Se ve frío, clínico. Aunque quizá sea solo la decoración.

Rosemary cerró la computadora y se dejó caer en el sofá.

—Ya casi pasó una semana y todavía no encontré nada. Y sé por qué —se quejó con una mueca.

Dina dejó la taza frente a ella y la miró con expresión expectante.

—En ninguno de estos lugares está Ellis. Fui tan estúpida, Dina. Pensé que estaba siendo egoísta, pero cuanto más lo pienso, más entiendo por qué hizo lo que hizo. Sigo molesta, pero no era imperdonable. Perdí el control; deberíamos haberlo hablado.

—No es demasiado tarde —dijo Dina, y le apretó una mano.

—Sí, es tarde. La cagué. Lo lastimé y creo que ya no se puede arreglar. Ojalá pudiera.

Dina le ofreció una sonrisa cómplice, breve, y sirvió el té. El aroma de los capullos de rosa inundó el aire.

—Vas a salir adelante. Nos tienes a Immy y a mí, y a esa preciosura de ahí —intentó reconfortarla Dina, señalando a Abe, que estaba muy ocupada atacando uno de los calcetines de Rosemary; el calcetín iba ganando. Dina no podía verla, pero junto a Abe estaba su mamá, a quien Rosemary con cariño había bautizado Cereza. Mientras empacaba sus cosas en Blossom Ridge, había notado que Cereza ya no vigilaba a sus otros gatitos —ahora convertidos en gatos de granja— con la misma atención que a Abe. Tal vez porque Abe era la más pequeña de la camada, su mamá necesitaba asegurarse de que saliera adelante. Rosemary no entendía del todo cómo funcionaba la magia de los animales fantasma, ni siquiera después de Hank, pero Cereza parecía estar unida a Abe; así que cuando se llevó a la gatita color jengibre al Reino Unido, Cereza la acompañó para cuidar a su bebé.

Aun con su red de apoyo, Rosemary se sentía a la deriva, vacía.

—¿El té es mágico? —preguntó, esperanzada. Necesitaba algo que le levantara el ánimo.

—Sí, sí, es un hechizo de amor poderosísimo.

—Dina.

Su amiga levantó las manos en señal de rendición.

—Es broma. Te ayudará a ver el lado bueno de las cosas y a adoptar una postura equilibrada. Pensé que te vendría bien para las visitas a los apartamentos.

Rosemary dio un sorbo. Era dulce y floral.

—Gracias.

—Perdón por no acompañarte a la visita; hoy tenemos la cena mensual con las mamás de Scott y mis padres.

—Son los dos adorables. Te veo el fin de semana.

—Puede que estés ocupada —dijo Dina, con expresión tímida.

—¿Qué estás tramando, mujer? —Rosemary alzó una ceja.

—Nada, nada. —Dina hizo un gesto con la mano y le dio un beso en la mejilla—. Chau, *habiba*.

Cuando Dina se fue, Rosemary aprovechó el efecto del té y siguió buscando apartamentos en línea. En cuanto encontrara uno, podría organizar el envío de todas sus cosas desde el depósito en Nueva York. Hasta entonces, estaba varada en un Airbnb bastante aburrido.

Sonó el timbre. Era demasiado pronto para que Immy pasara a buscarla; aún faltaba tiempo para ir a ver al apartamento. ¿Tal vez Dina se había olvidado algo?

Abrió la puerta. Ellis estaba en el umbral.

Rosemary sintió que el corazón se le subía a la garganta y se quedó muda. Se veía tan atractivo como siempre, ocupando todo el umbral con sus hombros anchos, con un jersey verde tejido que se estiraba sobre ese pecho musculoso; era injusto mirarlo. Rosemary se dejó envolver bajo su mirada con demasiada facilidad, contempló las ojeras nuevas bajo sus ojos y las hebras plateadas que empezaban a acumulársele en las sienes. Su cuerpo la traicionó: quería hundirse en su abrazo, respirar su aroma a jabón amaderado.

—Hola, bonita —dijo él, con la voz quebrada—. ¿Puedo pasar?

Rosemary no pudo hablar; asintió con un leve temblor. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, él ya estaba adentro, la puerta cerrada, y lo tenía justo frente a ella en el pasillo en penumbra.

Abe fue a investigar y maullaba a los pies de Ellis, empujando su pantorrilla con la cabeza. Él la levantó y la sostuvo contra su pecho.

—¿Esta es Abe? —preguntó Ellis.

—Sí. ¿Cómo llegaste hasta aquí?

Ellis dejó a la gata en el suelo.

—Dina e Immy me dijeron dónde estabas. No te escribí porque me pediste que no lo hiciera, pero necesitaba hablar contigo. Por favor, déjame decir lo que tengo que decir y, si después quieres que me vaya, me voy.

La aspereza de su voz la atravesó. Ellis dio un paso más cerca y el corazón traidor de Rosemary se aceleró; parecía a punto de salirse del pecho. ¿Cómo había podido pensar, siquiera por un segundo, que podría dejar de amar a Ellis Finch?

—¿Qué me querías decir?

Puede que lo amara, pero la rabia todavía la carcomía. Una parte de eso —bueno, una gran parte— iba dirigida contra ella misma, pero le dolía igual.

Él avanzó hacia la pequeña sala de estar del apartamento, donde la cocina, el comedor y el sofá compartían un espacio reducido.

—No pensé que llegaría hasta aquí —bromeó, pero era una broma sin ganas. Se quedó frente a la ventana y luego se volvió hacia ella. Rosemary hubiera preferido llevar puesto otra cosa y no ese jersey universitario roído por las polillas y unos *leggings* viejos de estar en casa; algo que la hiciera verse más armada.

—Te mudaste a Londres —dijo él.

—Siempre fui más feliz aquí —admitió ella. *Contigo*, le susurró su corazón.

Afuera, las nubes, que habían amenazado tormenta desde la mañana, finalmente cedieron, y una cortina de lluvia golpeó las ventanas con fuerza.

—Esto me recuerda a la vez que te encontré entrando por la ventana en la casa de huéspedes —dijo Ellis.

Se miraron un largo rato.

—Perdón. Perdóname —dijeron los dos al mismo tiempo.

Ellis negó con la cabeza y sonrió.

—Por favor, déjame pedirte disculpas. —Apretó el respaldo de una silla de la cocina—. Tendría que haberte llamado. Tendría que haberte contado lo que pasaba con el supuesto video, y me mata pensar que esa decisión de un momento haya arruinado lo mejor que tuve en la vida.

—Sí, tendrías que habérmelo dicho. —Rosemary sintió que algo en ella se ablandaba. Tal vez la estaba ayudando el té mágico de Dina, pero estaba cansada. Cansada de no estar entre los brazos de Ellis. Cansada de esta pelea que ahora sentía que podían arreglar. Claro que una parte enorme de ella se preocupaba por su vida y su carrera si ese material salía a la luz, por cómo afectaría a su familia y amigos, pero Brody era un abusador y ya estaba harta de toda su mierda—. Entiendo por qué lo hiciste, Ellis. Pero necesito que sepas que no me importa.

Por un segundo, Ellis quedó impactado; una sombra de dolor le tensó el rostro, pero ella siguió hablando.

—No me importa si el mundo entero me ve haciéndote sexo oral en la cima de una colina. No me importa el ridículo ni la fama por razones equivocadas. Puedo con todo eso; podemos con todo, juntos.

Ellis se acercó: una sonrisa se insinuaba lentamente en su boca. Con el pulgar, secó las lágrimas de las mejillas de Rosemary. Ella ni siquiera se había dado cuenta de que estaba llorando.

—No hace falta, no hace falta —dijo—. No había ningún video.

Rosemary se quedó inmóvil y alzó la vista hacia los cálidos ojos cafés de Ellis. Un soplo de esperanza le hizo cosquillas en el estómago.

—¿Era una farsa?

—Era extorsión. Ojalá me hubiera dado cuenta antes. Me pareció raro que nunca me mostrara nada ni entrara en detalles, y cuando me crucé con Jenna en un evento, lo hablamos. Después fuimos a ver a un abogado. Brody confesó que no tenía nada; el muy maldito lo inventó para que no lo despidiera.

Rosemary apoyó las manos en el pecho de Ellis. Su corazón latía a mil.

—Lo despedí. Ya no tiene poder sobre mí. Es más: Jenna y yo hablamos con todos los demás clientes de Brody. Les contamos todo. Todos lo echaron. No va a volver a trabajar en la industria.

—Lo lograste —dijo ella, conteniendo las lágrimas—. Te libraste de él.

—No habría podido sin ti —admitió Ellis y la atrajo hacia él, haciendo que sus narices se rozaran—. Vuelve conmigo, amor. Metí la pata, pero te amo, y voy a pasarme la vida demostrándote cuánto.

—Ellis... —dijo Rosemary con un hilo de voz—. Te amo. —Le rodeó el cuello con los brazos; sus cuerpos se pegaron. Rosemary sintió el calor del cuerpo del hombre que amaba: su piel la encendía hasta el alma.

—Dilo otra vez —exigió Ellis, mordiéndole el labio—.

—Te amo.

Él le rodeó la cintura, amasándole los hoyuelos de la espalda.

—Otra vez.

—Te amo. Te extrañé con desesperación.

Rosemary tuvo la sensación de estar dentro de un sueño: esa sonrisa que arrugaba los ojos de Ellis, estar en sus brazos. Quería

guardar cada detalle. Ellis le dio un beso en la frente y bajó por la sien, dejando un rastro de calor.

—*Ellis*.

Trazó con los labios la curva de su cuello hasta llegar a la clavícula. Rosemary sintió un escalofrío de anticipación recorrerle la espalda y se arqueó contra su pecho. Ellis soltó el aire en un suspiro profundo cuando ella le devolvió la caricia; su abrazo se volvió más posesivo.

—Extrañé cómo dices mi nombre.

Ellis deslizó las manos por la cintura de los *leggings* mientras le daba besos en el oído.

—Extrañé tu sabor. Extrañé cómo me recibes tan bien. —Al sentir otra vez, por primera vez, sus dedos en la piel desnuda de su vientre, a Rosemary se le escapó un gemido suave y Ellis le devoró la boca.

Fue un beso furioso, y ella sintió que caía en picada. Todas esas semanas de extrañarlo, amarlo y odiarse por eso se desmoronaron de golpe. Cada caricia de Ellis despertaba en ella un deseo incontrolable, pero necesitaba tenerlo más cerca, necesitaba más.

—Ellis, por favor —gimoteó contra sus labios, dándole permiso.

Él la levantó por la cintura y la sentó en el borde de la encimera.

—Quítate esto —ordenó, y le bajó los *leggings* de una sola vez. Como un hombre hambriento ante un festín, se arrodilló ante ella y apoyó la boca abierta contra el montículo cubierto por su ropa interior. La cubrió de besos a través de la tela empapada; el calor de su aliento hizo que Rosemary se retorciera de placer. Un escalofrío delicioso le recorrió la espalda.

—Ay, por Dios —gritó.

Y miró, hipnotizada, cómo él corría la ropa interior a un lado y le cubría el sexo con la lengua, lamiendo justo en su centro. Se movía rápido, como si ningún sabor fuera suficiente, y cuando empezó a empujarle los dedos, Rosemary echó la cabeza hacia atrás, con la mente totalmente en blanco. El orgasmo la sacudió mientras repetía su nombre entre gemidos, una y otra vez.

—Te amo —dijo él, poniéndose de pie y apoyando la frente en la de ella. A Rosemary se le escapó una risa alegre—. ¿Quieres vivir

conmigo?

—Pensé que nunca me lo ibas a pedir —respondió Rosemary con una sonrisa, y se hundió en el abrazo de Ellis, preguntándose si era posible morir de felicidad.

EPÍLOGO

Ocho meses después

—Scott y Eric acaban de escribirme diciendo que ya están todos —gritó Ellis desde abajo a Rosemary, que le estaba dando los últimos retoques a un labial rojo intenso para la noche.

—De acuerdo, bajo en un minuto —dijo, sonriéndole a su reflejo. ¿Labial perfecto? Listo. ¿Vestido sexi, ceñido al cuerpo? Listo. Era una noche cálida de comienzos de otoño, así que había elegido un vestido color crema claro que hacía resaltar sus tatuajes y su pelo. Se veía increíble, aunque eso no impedía que los nervios la asediaran por dentro. Después de esa noche, todo el mundo podría ir al cine a ver *La posesión del mal*. Rosemary no podía estar más orgullosa de la película que habían hecho y, como amante del cine de terror, tenía expectativas altísimas.

Había desterrado a Ellis de la habitación durante las últimas dos horas mientras se arreglaba, pero ahora hizo su gran entrada en el pasillo de la planta baja, donde él la esperaba apoyado contra la pared, mirando a Fig y a Abe (y a Cereza) jugar bajo un rayo de sol.

Cuando la vio, se quedó inmóvil, y la miró de arriba abajo con ojos repletos de un calor delicioso.

—Cancela el estreno —dijo—. Volvemos arriba y vas a cubrirme con ese labial.

Ella le dio un manotazo, aunque el deseo ya le ardía en el vientre.

—¿Entonces te gusta el vestido?

Ellis la hizo girar.

—Me encanta. Pareces una diosa de verdad. —Le tomó una mano y la besó, pasando un dedo por el anillo de diamantes que llevaba

puesto.

—¿Te preocupa que lo pierda? ¿Por eso revisas todo el tiempo que siga ahí?

Él se rio.

—No, solo necesito comprobar que no estoy soñando y que de verdad vas a ser mi esposa.

Rosemary se detuvo a admirar el traje de su prometido: un tres piezas color borgoña oscuro que le quedaba perfecto.

—La que está soñando soy yo —le guiñó un ojo.

Ellis fingió sorpresa.

—¿Está coqueteando conmigo, futura señora Finch?

—Creo que sí, señor Finch. ¿Crees que Fig y Abe van a estar bien? Vamos a volver tarde.

Ellis le tomó la mano y la llevó del pasillo a la sala.

—Míralos, están perfectos. Sacamos a pasear a Fig, los dos cenaron temprano y van a estar solos unas pocas horas. ¿No será que no estás nerviosa por ellos, sino por el estreno?

Ella asintió, y fue a apoyarse contra su pecho mientras miraba a sus mascotas jugar.

—Tienes razón.

—Va a ser un éxito —dijo Ellis—. Pero no tenemos prisa; podemos llegar un poco tarde si necesitas tomarte unos minutos.

Mientras Ellis hablaba, Rosemary observó cómo Fig se echaba en el piso y dejaba, con mucha paciencia, que Abe se le trepara encima y la pisoteara como si fuera una hermana menor insoportable. La madre miraba desde otro rayo de sol a la más pequeña de su camada, que ya no era tan pequeña.

Cereza se desvanecía un poco más cada día. Rosemary sentía que pronto despertaría una mañana y descubriría que la gata fantasma ya se había ido a descansar. Su bebé estaba a salvo, y había tenido tiempo de asegurarse de eso. Ellis tenía razón: no estaba nerviosa por sus mascotas, sino por el estreno. Uno más de sus Grandes Momentos de la Vida®. Durante todo el trayecto, sintió el corazón en un puño.

Cuando el auto se detuvo cerca de Charing Cross Road, Ellis le apretó la mano y le levantó el rostro.

—Voy a estar contigo todo el tiempo. Si se vuelve demasiado, me aprietas la mano y entramos directo, ignorando las cámaras, ¿sí?

Ella asintió; los nervios le erizaron la piel.

—Estoy muy orgulloso de ti —le dijo Ellis, dándole un beso suave en la parte interna de la muñeca. Rosemary lo habría matado si le arruinaba el maquillaje antes del estreno—. Y soy el hombre más afortunado del mundo.

—También eres el más cursi —bromeó ella—. Te amo.

—Vamos.

Ellis bajó del auto y le ofreció la mano para ayudarla a ponerse de pie.

—Señor Finch, señorita Shaw, por favor, acompáñenme. —Una mujer muy seria, vestida con un traje negro y con un auricular, los condujo hasta el inicio de la alfombra roja. Los gritos del público eran ensordecedores y Rosemary tuvo que entrecerrar los ojos por los flashes cegadores de las cámaras.

—¿Todo bien? ¿Lista? —le susurró Ellis al oído.

Estuvo a punto de decir que no, que era demasiado, pero entonces vio a Dina e Immy, a Scott y Eric saludándolos, y más adelante, sobre la alfombra roja, a Lyn y Jenna de la mano. Su papá estaba por ahí con María, y sin duda Lance estaría coqueteando con periodistas como el galán que era.

Rosemary pensó en lo que Juliet había escrito en sus diarios; pensó en todos los fantasmas que había conocido y en cómo, al final, se quedaban porque querían más tiempo con las personas que amaban.

Cereza había amado a sus bebés, Hank había amado a su dueño, y Juliet y Cecilia se habían quedado para permitirse amarse como no habían podido en vida.

Esa noche, Rosemary iba a ver su libro en la pantalla grande. Iba a escuchar al público gritar con los sobresaltos. Era mucho más que un sueño hecho realidad.

Le habían dado algo precioso: estaba con la persona que amaba y esperaba tener muchos años junto a él. Le habían dado tiempo. Los

nervios se disiparon y solo quedó la emoción. No había ningún motivo para esperar.



AGRADECIMIENTOS

El miedo al segundo libro es muy real, y no habría llegado al final de esta novela sin un verdadero ejército de apoyo. El agradecimiento más grande para mi agente, Maddy, por su respaldo incondicional y su genialidad constante; para mis editores, Mae y Sam, cuyos aportes hicieron que este libro tuviera un ritmo más ágil y más alegre y, sobre todo, más picante. Gracias infinitas a todo el equipo de Dell, Del Rey y la agencia Madeleine Milburn por su trabajo para que mi libro llegara a manos de los lectores, y a todas las personas que han leído y reseñado mis libros. Un reconocimiento especial a las librerías: son la columna vertebral de la industria editorial, y su apoyo significa muchísimo.

A mis amigos, pero muy en especial a Rose, Gyamfia, Tori, Georgia y Tasha, que me sacaron a flote del estrés de la escritura con cantidades obscenas de memes, cafés helados y maratones de *Austenland.* Gracias por dejarme leerles escenas sexuales y no mortificarse demasiado. A mi grupo de D&D, por aguantar mis acentos ridículos durante dos campañas y todavía más años. Debo de haber hecho algo muy bien para tener amigos tan maravillosos como ustedes.

Sin una pizca de ironía, quiero agradecer a mi terapeuta, que me dio las herramientas para atravesar las aguas oscuras del duelo, herramientas que luego pude pasarle a Rosemary. No podemos desterrar el dolor; siempre encuentra la forma de volver, pero gracias a tu ayuda ya no huyo de él.

A mi familia: los amo y gracias por el aliento y por no decirme si han leído mis libros; creo que es mejor que todos sigamos fingiendo que no, para siempre. A mi papá, que cuando por fin tuve el valor de decirle que soy bisexual, lo tomó con total naturalidad. Sé la suerte

que tengo de que seas mi padre. A mamá, siempre. A mi querido Fitz; de verdad espero que sigas entre nosotros cuando tenga el libro terminado entre las manos. Te amo con todo mi corazón, pequeño terremoto.

Y a Chris. Te amo. Todo lo que escribo es para ti.

Índice

Nota de la autora
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24

25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
Epílogo
Agradecimientos

Un sello de
V&R Editoras



Elegí esta historia pensando en **ti** y en todo lo que las mujeres románticas guardamos en lo más profundo de **nuestro corazón** y solo en contadas ocasiones nos atrevemos a compartir. Y hablando de compartir, me gustaría saber qué te pareció el libro…

VeRa

yo también
creo en el amor



vera.romantica

El-Fassi, Nadia Amor al primer susto / Nadia El-Fassi. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2026.
Libro digital, EPUB

Traducción de: Mariángel Mauri.
Archivo Digital: descarga y online ISBN 978-631-300-757-8
1. Novelas Románticas. I. Mauri, Mariángel , trad. II. Título.
CDD 810

Título original: *Love at First Fright*
Dirección editorial global: María Florencia Cambariere **Edición:** Florencia Cardoso **Coordinación gráfica:** Leticia Lepera **Diseño de tapa:** Belina Huey **Ilustración de tapa:** Bex Glendining **Diseño de interior:** Cecilia Aranda **Conversión a formato digital:** Estudio eBook © 2025, Little Pink Ghost Ltd © 2026, de la traducción del inglés al español por V&R Editoras S. A.
www.vreditoras.com

Publicado en virtud de un acuerdo con la autora.
Derechos gestionados por Madeleine Milburn Literary, TV & Film Agency.

ARGENTINA

Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

Primera edición: junio de 2026

ISBN 978-631-300-757-8

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

EDITORAS

Seguinos en tu red favorita

VR.editoras

Índice de contenido

Cubierta

Sobre este libro

Sobre Nadia El-Fassi

Portada

Dedicatoria

Nota de la autora

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

Epílogo

Agradecimientos

Índice

Créditos


Cubierta